

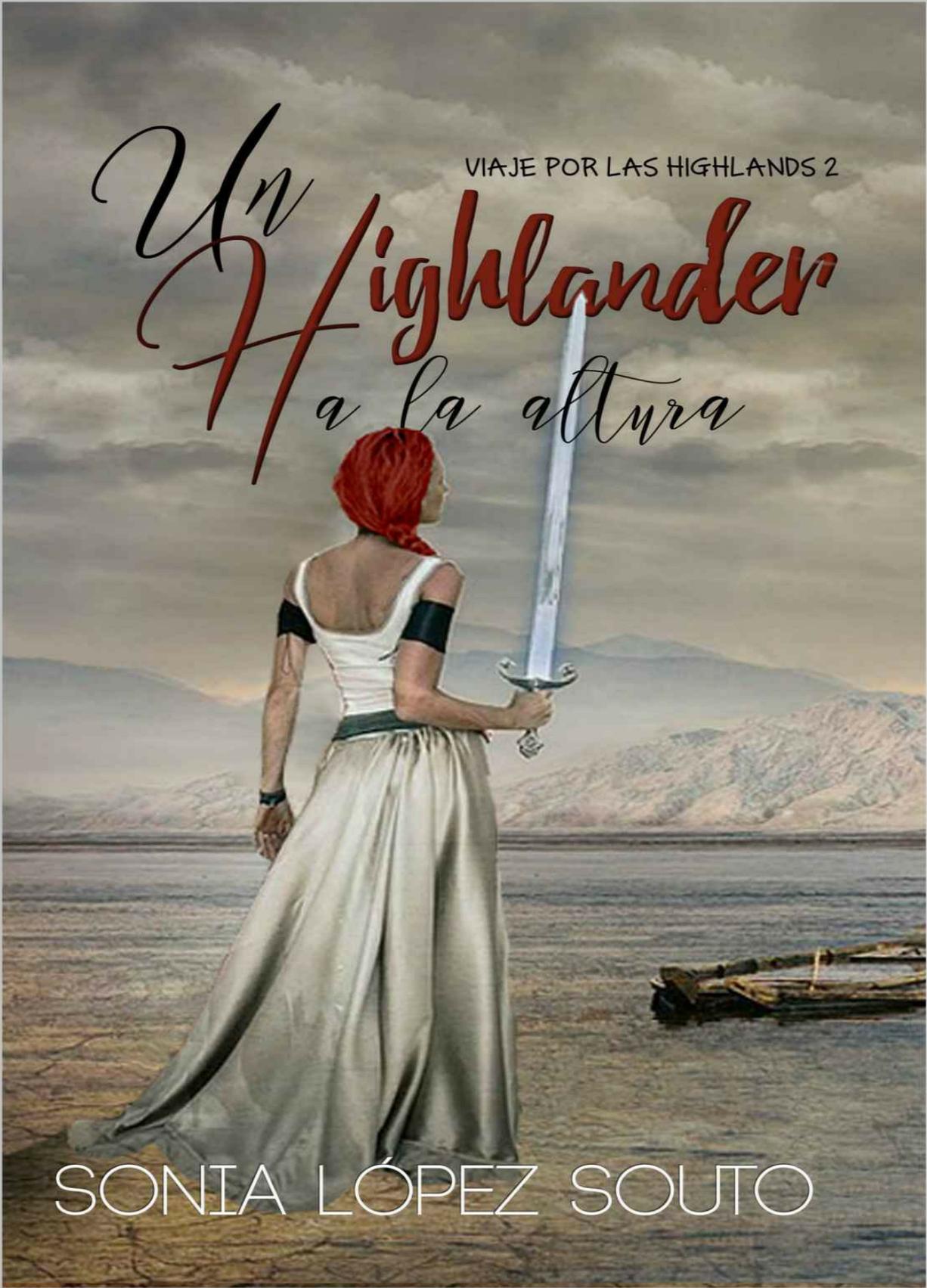
VIAJE POR LAS HIGHLANDS 2

Un Highlander a la altura

SONIA LÓPEZ SOUTO

VIAJE POR LAS HIGHLANDS 2

Un Highlander a la altura



SONIA LÓPEZ SOUTO

Un highlander a la altura

SONIA LÓPEZ SOUTO

En ocasiones hay que escapar de la rutina para poder descubrir lo que realmente amamos. Dedico este libro a todos los que en algún momento, han sabido buscar su camino en contra de la marea.

© SONIA LÓPEZ SOUTO

UN HIGHLANDER A LA ALTURA

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

TRES AÑOS

El valor de una persona no se mide por su fuerza, sino por su destreza y su inteligencia. ¿Cuántas veces había escuchado esas palabras en boca de su padre? Por supuesto, no se las decía a ella, sino a sus hermanos, pero igualmente había absorbido cada una de sus enseñanzas con ansias de conocimiento. Ya fuese de cara o a escondidas, escuchaba todos sus consejos y trataba de ponerlos en práctica.

Comenzó a seguir a sus hermanos y a rogar que le enseñasen a usar la espada en cuanto tuvo fuerza suficiente para empuñarla. Probablemente les hacía gracia su interés porque finalmente la tomaron como pupila. Y para cuando su padre descubrió lo que habían estado haciendo, ella amaba las armas casi tanto como sus hermanos. Puede que más.

Manejaba la espada y la daga casi tan bien como sus hermanos, pero con el arco era superior a ellos. La habían convertido en la guerrera que siempre había querido ser y estaba muy orgullosa de ello. Sin embargo, cuando su padre lo descubrió, se convirtió en una fuente continua de disputas con él.

—No te servirá de nada —le decía enfadado, cuando la descubría entrenando—. No creas que te dejaré probar tus habilidades con nadie más que tus hermanos. No es una espada lo que deberías saber manejar.

—Por supuesto, papá —decía ella airada—. El trapo es mucho más adecuado para mí.

Odiaba ver el reproche en su rostro cada vez que la descubría en el campo de entrenamiento con la espada en la mano y odiaba ver su decepción cuando descuidaba sus tareas en la casa. Pero sobre todo, odiaba no poder coger su espada o su arco cada vez que le apeteciese sin que su padre le dijese que estaba mal. Sin ellos, se sentía incompleta.

—No es justo, mamá —lloraba en sus brazos cuando ya no podía soportarlo— ¿Por qué tuve que nacer mujer?

—Ser mujer no es malo, cariño —la consolaba ella—. Tenemos otra clase de fortaleza.

—Pero yo quiero mi espada.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y no estoy diciendo que no la uses, ya sabes que yo también aprendí a usar una daga para poder defenderme sola. Pero no debes desatender tus obligaciones por las armas.

—Si me ocupo de mis labores no me queda tiempo para practicar.

—Busca el equilibrio —la instaba siempre— y verás como tu padre dejará de negarse a que lleves la espada contigo. Sé que podrás hacerlo. Confío en ti.

Podría decir que fue la frustración. O quizá las frecuentes peleas con su padre. Podría decir que fueron las presiones. O sus ganas de aventuras. Podría decir que fue por no encontrar el equilibrio del que le hablaba su madre. Podría darse muchas excusas, pero la única verdad era que se había escapado de casa a los 18 años para evitar que la casasen con un MacLean.

Ni siquiera se permitió conocerlo antes de rechazar la propuesta. En realidad, ni siquiera dio tiempo a sus padres a presentarle la propuesta. Los escuchó hablar una noche sobre ello y sintió que las paredes se cernían sobre ella. No se habría asustado más si hubiesen estado planeando encerrarla en un calabozo y tirar la llave al mar después.

Corrió a su cuarto y metió en una alforja varias mudas y bajó a la cocina cuando todos dormían, a buscar provisiones para varias semanas, para escabullirse después de la casa llevando consigo su caballo, su espada y su arco. Dejó atrás su hogar, su familia y sus recuerdos en una noche de verano, iluminada por una luna llena que guiaba sus pasos. Una simple nota pidiendo perdón fue lo que le quedó de ella a su familia antes de que emprendiese su camino hacia la libertad y la aventura.

Tantas veces había escuchado decir a su madre, cuando contaba aquellas maravillosas historias antes de dormir, que una vida extraordinaria requería sacrificios y tantas veces había soñado con poder vivir algo similar. Había llegado su oportunidad al fin. Estaba dispuesta a sacrificar su pasado para encontrar su futuro. El futuro que ella creía que se merecía.

Tres años después, había recorrido Escocia casi por entero y se había labrado una reputación. Le llamaban la highlander audaz y se sentía orgullosa de ello. Había ayudado a mucha gente y aún seguía haciéndolo. Los inicios no habían sido fáciles, pues siendo mujer nadie la tomaba en serio, pero como su padre había dicho siempre, el esfuerzo tiene sus recompensas. Y ella pudo recoger el fruto de su trabajo después del primer año.

No diría que no extrañaba a su familia porque estaría mintiendo. Tampoco diría que no había estado tentada de regresar en más de una ocasión porque en realidad lo había deseado con todas sus fuerzas. Después de tres duros años había comprendido los motivos de su padre para no permitirle usar la espada y también había aprendido a valorar el trabajo de su madre en la casa. No todo

era blanco o negro, sino que había matices que cambiaban la realidad, pero solo lo aprendió cuando tuvo a su familia lejos.

Pero después de tres años viviendo prácticamente en el camino, sin un lugar al que llamar hogar, había llegado el momento de tomar una nueva decisión. Llevaría a cabo una última misión y su tiempo lejos de casa habría terminado. Ya era hora de regresar al verdadero hogar.

DUNNOTTAR

Los Keith habían demostrado saber lo que hacían al elegir dónde construir su hogar, pues el castillo estaba situado en un barranco rocoso con una caída de al menos 50 metros y el único acceso a él era un estrecho canal de tierra que lo conectaba a tierra firme y un escarpado sendero que conducía a la puerta fortificada.

Las temperaturas descendían abruptamente a medio camino y a medida que se acercaban al castillo empeoraba. Podían divisar el fuerte oleaje golpeando contra las rocas más allá del barranco. Quien estuviese dispuesto a atacar por mar, debía salvar varios metros de escarpadas paredes rocosas. Si acaso las olas dejaban alcanzar la base sin hacer zozobrar las barcas. Ni siquiera quien pensase en acceder al castillo a través de la entrada principal lo tendría fácil. El estrecho sendero por el que debían ascender no permitía ir de a dos en los caballos sin que se descontrolasen por lo cerca se que veían del borde.

Muchos de ellos decidieron que caminar y sujetar las riendas con firmeza, pero dejando un poco de libertad de movimiento a sus monturas para no acabar despeñados, era lo mejor. Habían ido a trabajar y necesitarían sus caballos para llevar a cabo la misión.

La puerta chirrió cuando mandaron abrirla para ellos. Esta sería la segunda ocasión en que su grupo visitaría a los Keith, pero era la primera para ella y lo miraba todo con ojos asombrados por las impresionantes vistas. No solo eso, sino la magnificencia de los edificios. Dunnottar era uno de los pocos castillos que poseía un palacio en el interior de sus murallas. No un simple local de piedra, sino un gran edificio con todos los lujos que en aquella época solo los más poderosos se podían permitir. Pues los Keith era los Condes Marischal, una de las familias más importantes de Escocia y recibían visitas de los más ilustres personajes, entre ellos el mismísimo rey.

Contaba con capilla propia, también en el interior del recinto, y con una gran bodega, donde corrían rumores de que se aparecía la Dama Verde, el fantasma de una mujer de alta cuna que había desaparecido años atrás en aquel lugar. La forja era digna de admirar, pero probablemente eran mucho más impresionantes los establos, porque además de controlar las rutas marinas, los Keith se encontraban en la única ruta comercial terrestre que llegaba a

Aberdeen y poseían muchos caballos para el cambio de refresco o para comerciar con ellos.

Y a pesar del poder que ejercía en aquellas tierras, William Keith era un hombre muy precavido y totalmente consciente de que sus enemigos se aprovecharían de la más mínima debilidad para dañarlo o usurpar su lugar. Probablemente, aquel habría sido el motivo por el que los hizo llamar a ellos, pues su hija Jean, de 18 años, se iba a desposar con Alexander, hijo de su gran amigo, el laird de los Forbes.

Desde la muerte de su padre tres años atrás, Alexander se había hecho cargo de las tierras de su clan, pero había estado ocupado luchando contra sus vecinos, que vieron en ello una oportunidad para apoderarse de lo que no les pertenecía, creyendo que su juventud sería su ruina. Pero Alexander había demostrado ser un digno rival y había defendido a su gente con gran éxito. William le había ayudado en cada una de las ocasiones en que el joven laird se lo había pedido, que no fueron muchas para asombro de todos. Pudo descubrir de primera mano que el nuevo jefe de los Forbes sería un gran líder y en sus ansias por fortalecer sus lazos con ellos, le ofreció a su primogénita en matrimonio.

—Tenéis hombres suficientes para escoltarla —dijo Boyd, después de escuchar su propuesta— ¿Qué os impide hacerlo?

—Toda precaución es poca —contestó él—. Los Irvine y los Gordon están al acecho desde que descubrieron mi intención de enviarla a Forbes antes para la ceremonia. Si decidiesen unir fuerzas, me superarían en número.

—No creo que les convenga hacerlo. Es probable que ambos jefes quieran a la muchacha para su clan si logran capturarla. La unión entre ellos acabaría en disputa.

—Os sorprendería saber de lo que el odio en común es capaz de lograr.

—Celebrad la ceremonia aquí —Aileen se atrevió a intervenir. No solía hacerlo, pero la solución se le presentaba tan obvia que no entendía cómo no podían verla.

—¿Crees que no hemos contemplado esa posibilidad, muchacha? —William la miró—. Alexander no puede desplazarse hasta aquí, sin arriesgarse a encontrarse el castillo asediado a su regreso. La única opción es que Jean acuda a Forbes.

—¿Y después de tres años siguen sin ver que es estúpido luchar contra él? —Aileen había oído hablar de las hazañas de Alexander y lo admiraba. Había demostrado ser mucho más inteligente que sus enemigos aún poseyendo una

fuerza menor y aquella era la prueba de que su padre tenía razón. Una vez más.

—La mente de algunos hombres funciona en un solo sentido, Mac —le dijo Boyd. Habían empezado a usar un par de años atrás el inicio de su apellido para referirse a ella y ya casi nunca oía su propio nombre en boca de sus compañeros de armas—, lo que es una suerte para nosotros. Nunca nos quedaremos sin trabajo.

Tenía razón, claro, como siempre. Por hombres con pocas miras o con demasiada ambición, según el caso, ellos tenían el trabajo asegurado, ya fuese para ellos o en su contra. Desde que había aceptado unirse al grupo de Boyd, había logrado acumular una pequeña cantidad de dinero, de la que se sentía especialmente orgullosa, gracias al duro trabajo que había llevado a cabo. Pero a pesar de ello y aunque había huido de casa con la intención de tener aquella vida, empezaba a entender que el éxito sin alguien que te importe con quien compartirlo, era poco gratificante.

Extrañaba a su familia y estaba cansada de vivir en los caminos, de no tener una cama caliente donde dormir la mayoría de los días ni de no poder comer decentemente sentada en una mesa. Aquellos eran los pequeños placeres de la vida a los que no le había dado importancia hasta que le faltaron y por ese motivo le había dicho a Boyd que aquel sería su último trabajo. En cuanto llevasen a la joven al castillo sana y salva, emprendería su viaje de regreso al hogar.

No se iba a quejar, pues había sido su decisión vivir tal aventura, sin embargo, era el momento de finalizarla y volver al redil. Si es que todavía tenía un hogar donde la acogiesen. Les había estado enviando noticias suyas cada vez que tenía ocasión, pero nunca había recibido respuesta porque no podía indicarles un lugar a donde enviarla, siempre viajando de un lado a otro, así que iría a ciegas en su regreso.

—De todas formas —Boyd continuaba hablando con William—, no somos un grupo tan numeroso como para inclinar la balanza en vuestro favor, en caso de que los Irvine y los Gordon se uniesen.

—Lo sé —notó el pesar en su voz—. Pero debe haber alguna forma de llegar a Forbes sin tener que enfrentarnos a ellos.

Aileen dejó de prestar atención a lo que decían y se concentró en encontrar una solución. Tal y como había dicho Boyd, no creía que los dos clanes uniesen fuerzas, pero podrían dar problemas por separado, lo que podía ser todavía peor. Sería más sencillo evitarlos, pero para ello deberían actuar en las sombras, pues en el mismo momento en que descubriesen que lady Jean ya

había salido de Dunnottar, la buscarían sin descanso.

—Un señuelo —dijo en voz alta, deteniendo la conversación de su jefe con el laird sin pretenderlo.

—Un señuelo —repitió Boyd, sopesando la idea—. Podría funcionar. Hacemos salir al grueso del grupo haciendo creer que lady Jena va entre ellos y un par de días después la enviamos con un grupo más reducido a Forbes.

—No debemos esperar tanto —negó ella—. Sería arriesgarse a que descubran el engaño.

—¿Qué propones? —Boyd había aprendido a apreciar sus ideas, ya que había demostrado que eran coherentes y fáciles de llevar a cabo.

—Como dices —habló directamente hacia él, ignorando al laird—, dejamos que se marchen a la luz del día para que los espías, que los habrá, los vean e informen de su partida. Y esa misma noche salimos a hurtadillas con lady Jean. No debería escoltarla más de una docena de hombres para pasar desapercibidos.

—¿Y si los descubren? —intervino William, que no quería quedarse fuera—. Una docena de hombres no sería suficiente para luchar.

—Un grupo reducido puede huir —dijo Boyd, apoyando a Aileen— y despistar a sus perseguidores con mayor facilidad que un grupo grande. Elegiré personalmente a los hombres de entre los míos. Estará segura con ellos.

—No creo que mi hija deba ir sin una escolta de su propia gente.

A ninguno le ofendió aquel comentario, pues eran mercenarios y sabían que aunque los contratasen, no confiaban en ellos. Y con razón, pues la mayoría se vendía al mejor postor sin importar la misión que tuviesen que llevar a cabo. No sería la primera vez ni la última en que algún mercenario cambiaba de bando porque el contrario le ofrecía un trato mejor. Ese nunca sería su caso, pero entendían las reticencias del laird.

—Mac irá con ella —continuó Boyd—. Es mi segunda al mando. Mis hombres la obedecerán en todo. Y estoy seguro de que vuestra hija no se sentirá incómoda con ella.

—Podéis asignar a una doncella para que la acompañe, pero ha de estar dispuesta a montar a caballo si la ocasión lo requiere. Si nos descubren, podríamos necesitar huir sin el carruaje y no voy a cargar con una mujer que se queje todo el camino. La rapidez será nuestra única posibilidad y si debo dejarla atrás, lo haré sin vacilar. Además —añadió Aileen, al ver que la duda continuaba empañando los ojos del laird— os permitiré seleccionar a cuatro

de vuestros hombres para que nos acompañen. Procurad elegir bien porque también los abandonaré si nos retrasan.

—Os damos un par de días para prepararlo todo —concluyó Boyd, con rotundidad, impidiéndole negarse—. Cuanto antes salgamos, más posibilidades tendremos de llegar a Forbes sin necesidad de enfrentarnos a nadie. No les demos tiempo a organizarse.

—De acuerdo —cedió el laird finalmente—. Me encargaré de ello ahora mismo. Mi esposa os acomodará a todos. Nos vemos en la cena.

Mary Keith apareció minutos después, seguida por un séquito de damas de compañía, para escoltarlos hasta los barracones, fuera del palacio. Y aunque Boyd insistió en que Aileen se quedase con ellos, la esposa del laird no cedió en cuanto a eso.

—Es inconcebible que una mujer duerma en el mismo cuarto que tantos hombres —había dicho escandalizada, sin pensar en que llevaba dos años conviviendo con ellos como uno más—. Vendrá a la casa y tendrá un cuarto privado. No se hable más.

—Volveré en cuanto la pierda de vista —le aseguró a Boyd antes de marcharse con ella—. Todavía tenemos que decidir quién irá conmigo.

—Disfruta de tus privilegios —le dijo él—. Ya hablaremos durante la cena.

Pero Aileen no era de las que se quedaban quieta en un mismo lugar por mucho tiempo y decidió salir a explorar los alrededores mientras no llegaba la noche. Al entrar, no había tenido ocasión de inspeccionar al detalle cada una de las edificaciones y sentía curiosidad. Aquel castillo era sin duda, el más impresionante que sus jóvenes ojos habían visto nunca.

—¿Venís con ellos?

—Sí —se giró hacia la joven que la observaba con curiosidad. La había estado siguiendo, creyendo que no se había dado cuenta. Ella se había limitado a esperar a que se decidiese a hablar, para detener su paso.

—¿Sois la esposa de alguno de ellos?

—No estoy casada.

—Su... amante, tal vez —se ruborizó intensamente y Aileen sonrió.

—Boyd es como un padre para mí y los demás... bueno, supongo que puedo considerarlos como mis hermanos. Ellos me respetan y yo no les corto las pelotas por intentar proparse conmigo.

La joven se ruborizó todavía más y Aileen no pudo contener una carcajada. Después de tres años conviviendo solo con hombres que daban más

importancia a sus armas que a su vocabulario, a veces olvidaba que debía controlar su lengua frente a jóvenes tan impresionables como aquella.

—Aileen MacLeod —se presentó.

—Jean Keith —respondió ella.

—Lo suponía —le sonrió, mientras la estudiaba con ojo crítico.

Era una muchacha bonita y delicada, tal vez demasiado para el viaje que estaban a punto de emprender, dato que debía tener en cuenta por si huir era su única opción. Tenía, además, unos impresionantes ojos azules que la miraban con curiosidad y una boca pequeña, pero de gruesos labios que llamaba la atención. Su cabello rubio endulzaba más su rostro. Si ser una Keith no fuese ya de por sí un buen motivo para que muchos la quisiesen por esposa, su belleza habría sido aliciente suficiente.

—¿Sabéis montar a caballo?

—Mi padre me enseñó —asintió.

—¿Y podríais hacerlo con la suficiente rapidez para dejar atrás a otros jinetes?

—¿Creéis que podrían seguirnos? —el miedo en su mirada, le hizo arrepentirse de haberle preguntado.

—Solo es una posibilidad —trató de restarle importancia—. No os preocupéis. Estamos aquí para llevaros sana y salva con vuestro prometido y eso haremos.

La tierna sonrisa con que la obsequió y el ligero sonrojo en sus mejillas fueron muy reveladores para Aileen. Estaba claro que la muchacha estaba enamorada de Alexander Forbes. ¿Sería acaso el sentimiento mutuo?

LA PARTIDA

William también era un hombre eficaz y lo demostró cuando un día después de la llegada de los mercenarios ya había organizado y movilizado a sus hombres para el viaje. Boyd capitanearía al grueso del grupo y Aileen se encargaría de llevar a Forbes a lady Jean. Algo que al laird no le entusiasmó.

Lo había discutido con Boyd en varias ocasiones antes de ceder, inseguro de dejar a su hija en manos de una joven no mucho mayor que ella. Al final Boyd, solo para tranquilizarlo, porque él confiaba ciegamente en las capacidades de Aileen, lo retó a que eligiese a dos de sus mejores guerreros para una demostración. Aileen terminó impresionando no solo a William, sino a todos los que se acercaron a presenciar el combate, aunque estaba segura de que el laird seguía teniendo sus reticencias.

Su forma de luchar había sido lo que llamó la atención de Boyd aquella primera vez en que sus caminos se cruzaron, dos años atrás. La había confundido con un muchacho un tanto enclenque y muy temerario, que quería comerse el mundo y decidió darle una lección para asustarlo y que regresase a su hogar. Pero la lección la habían recibido ellos. No la incorporó inmediatamente a su grupo, no porque no la quisiese en él, sino porque le perdió la pista después de aquel día. Tras enfrentarse a ellos, Aileen se había escabullido, segura de que querrían venganza por dejarlos en evidencia. Tal y como le contó después, su primer año fuera de casa había sido duro. Siempre alerta por si alguien intentaba propasarse con ella o robarle lo poco que tenía; buscando quien le ofreciese un trabajo a cambio de comida y un techo bajo el que dormir, algo tremendamente complicado por ser mujer.

Para cuando dio con ella meses después, estaba encerrada en un calabozo en Aberdeen, acusada de robarle a un granjero de la zona. Fue casualidad encontrarla allí, pero una suerte para ella. Después de hablar con Aileen y asegurarse de que no lo había hecho, Boyd decidió hacerle una visita al hombre. En cuanto lo vio llegar con su grupo de mercenarios y nombró a la muchacha, el granjero confesó. Ni siquiera tuvo que amenazarlo para que le dijese que la había acusado en represalia por haberse negado a compartir la cama con él. Y por colocar un puñal en sus partes nobles cuando se lo exigió, añadió Aileen una vez la liberaron.

Boyd la admiraba por la valentía que demostraba viviendo en un mundo de hombres siendo mujer. Y también sentía curiosidad por su pasado y por el motivo que la había llevado a huir de casa con tan solo 18 años. Pero Aileen jamás hablaba de su familia o sus razones para no estar con ellos. Solo había trascendido su apellido, pues no quería renunciar a él, pero cuando descubrió que Boyd andaba haciendo averiguaciones al respecto, amenazó con desaparecer si no lo dejaba estar. Para ese entonces ya la consideraba como una hija, así que desistió de saber más.

—¿Crees que podrás hacerlo, Mac? —estaban solos, en la muralla del castillo, repasando el plan una última vez.

—El único problema será si nos descubren —se miraron y Boyd vio diversión en sus ojos.

—No es una broma, muchacha —la reprendió.

—¿Qué es la vida sin un poco de humor, Boyd? —suspiró antes de hablar con más seriedad—. Solo me preocupa que lady Jean y su doncella nos retrasen si tenemos que dejar el carruaje. Me han asegurado que saben montar a caballo y que podrán mantener nuestro ritmo si fuese necesario.

—Pero no te lo crees —sentenció él.

—Tú las has visto tan bien como yo. Son... delicadas.

—Cualquier mujer a tu lado es delicada, Mac —fue su turno para reír—. Dales una oportunidad.

—Si nos descubren, solo tendremos una oportunidad, Boyd —dijo.

—Será más que suficiente.

—Siempre que no hayan mentido en cuanto a eso —recalcó—. Si lo han hecho, estaremos jodidos.

—Aileen —pocas veces usaba su nombre—, te conozco desde hace tiempo y sé cómo piensas. Si os veis acorralados y sin posibilidad de escapar, no cometes ninguna insensatez. Simplemente trata de mantenerlas con vida hasta que vayamos a rescataros.

Boyd era un hombre rudo, criado en y para la guerra. No conocía otra vida y sin embargo, cuidaba siempre de los suyos. Aileen lo admiraba y había llegado a considerarlo un segundo padre. Un padre que no la censuraba por usar las armas, aunque sabía que hubiese preferido que no lo hiciese.

Miró la cicatriz que le cruzaba el rostro, que le habían hecho ya muchos años atrás, en alguna de las guerras en las que participó. No era un hombre feo, con sus oscuros cabellos que rivalizaban con el negro de sus ojos y su sonrisa fácil a pesar de la seriedad de que hacía gala, pero aquella cicatriz

endurecía sus facciones. Las mujeres se mantenían lejos por miedo a su aspecto, aunque a él no parecía molestarle. Aileen no sabía el motivo, pero Boyd había renunciado al amor hacía tiempo. En una única ocasión le había intentado sonsacar el porqué, pero había eludido con gran habilidad todas sus preguntas. Al final decidió que no lo querría menos por no saber de su pasado y no volvió a preguntarle.

—Haré lo que tenga que hacer, Boyd, como siempre.

—Sé prudente —le advirtió, aunque ambos sabían que desoiría sus consejos.

—Bajemos. Esta será la última cena decente que vamos a tener en días y quiero disfrutarla.

—Y esa cama mullida y caliente que te has ganado por ser mujer —bromeó con ella.

—Algo bueno debía tener el serlo. Desde luego —añadió cuando ya estaban entrando en el salón—, los Keith saben cómo tratar a sus invitados.

—Sean de la calaña que sean —terminó por ella.

—Somos buena gente —le sonrió.

—Algunos más que otros — y aunque estaba sonriendo, esta creció al descubrir al joven hijo de los Keith acercarse a ellos—. Mac, por ahí viene tu pretendiente.

—Maldición.

Antes de que les diese alcance, Aileen había desaparecido de su campo de visión, escabulléndose entre las mesas. Pero Boyd disfrutaba viéndola sufrir en silencio el acoso del joven heredero y le indicó a William hijo dónde encontrarla. Era su última noche en Dunnottar y el interés de un joven de 14 años por ella no la mataría. Aileen pasaba tanto tiempo entre hombres, que ya se consideraba una más de ellos, y en ocasiones olvidaba que era una mujer. Una mujer joven y bella que merecía encontrar a su hombre.

Él había renunciado al amor hacía muchos años, cuando decidió emplear lo que le quedaba de vida en vender sus servicios al mejor postor, pero no quería lo mismo para ella. La quería como a la hija que nunca tendría y deseaba que abandonase algún día los caminos para asentarse definitivamente en un lugar al que llamar suyo, con un hombre al que amar y unos hijos a los que cuidar. Ahora que había decidido regresar a su hogar, no estaba de más recordárselo.

—Esta me la pagarás, Boyd —le dijo horas después, cuando logró zafarse del futuro heredero de los Keith.

—Es un muchacho apuesto —rió él.

—Es un crío —protestó.

—El futuro laird —le recordó.

—Como si eso lo hiciese ser mejor a mis ojos —bufó—. Además, soy la hija de un granjero. No podría ser la señora de Dunnottar ni aunque sintiese algún tipo de interés en él, que no es el caso.

—Así que un granjero —alzó una ceja.

—No me mires de ese modo, Boyd. No me creas tan tonta como para pensar que no continuaste con tus averiguaciones.

—En realidad no pude hacerlo —admitió—. Mis contactos no llegan a las islas.

—Si no me destierran cuando regrese -le ofreció—, puedes venir a visitarme siempre que quieras.

—Algo me dice que tendré que averiguar por mí mismo dónde te criaste —sonrió.

—Te lo habría dicho antes de la encerrona —había satisfacción en su voz al decirlo—, pero te quedarás con las ganas por haberme obligado a soportar a William.

—William padre es un buen hombre. Su hijo podría llegar a ser un gran hombre también.

—Pero no para mí.

—No, no para ti —suspiró—. Tú necesitas un hombre que sepa estar a la altura.

—Yo no necesito ningún hombre —matizó levantándose—. Es hora de acostarse. Los próximos días serán duros.

—Disfruta de tu cama blanda.

—Y tú de tu catre duro. Bien merecido por lo que me has hecho.

—Cualquier mujer sería feliz con las atenciones del muchacho —rió Boyd—. Incluso teniendo 14 años.

—Pero yo no soy cualquier mujer, Boyd —le guiñó un ojo y lo dejó solo, con una sonrisa en los labios.

—No, no lo eres —también él se levantó para reunirse con el resto de sus hombres en los barracones. Se avecinaban días difíciles y necesitaría de toda su energía para superarlos.

Al día siguiente, Aileen se reunió con ellos para despedirlos. Ella no partiría hasta que el sol se ocultase en el horizonte, pues la oscuridad sería su aliada para salir del castillo sin ser vistos. Boyd la vio acercarse a ellos

decidida, con aquel vestido que se había mandado hacer para poder luchar y montar a horcajadas sin que le estorbase la falda del mismo. Si permanecía inmóvil parecía llevar un simple vestido, pero al caminar se podía ver claramente que la falda estaba cosida a modo de pantalones anchos.

Boyd le había prohibido llevar ropa de hombre cuando se unió a ellos. Había sido su única condición, aunque nunca le explicó la razón para ello. Aileen se había enfadado, pero finalmente lo había aceptado. Se lo tomó como un desafío y una semana más tarde apareció con todos sus vestidos modificados.

—No tienes buena cara, Boyd.

—Me estoy haciendo mayor, Mac.

—Tonterías.

—Estoy pensando seriamente en tomarme un descanso después de esto y acompañarte hasta tu hogar.

—Tú lo que quieres es ahorrarte el trabajo de descubrirlo por ti mismo —rió.

—Me has pillado —la acompañó—. Nos vemos en Forbes, Mac.

—Nos vemos en Forbes, Boyd.

Subió a las almenas para verlos partir. Ni siquiera le extrañó que el laird apareciese poco después a su lado. Después de tres años tratando con el escepticismo de los hombres, sabía que William todavía se preocupaba por el bienestar de su hija, aún cuando le había demostrado que era más que capaz de cuidar de ella. Por ese motivo, tampoco le sorprendió lo que le dijo.

—He decidido añadir otro par de hombres al grupo —aclaró la voz—. Solo para asegurarme de que tendréis protección suficiente en el camino.

—Lo suponía —dijo ella con total tranquilidad, pero con firmeza— y por ese motivo Boyd se llevó a dos hombres más de los nuestros con él. Debéis entender que el éxito de nuestro engaño depende exclusivamente de no que no seamos descubiertos. Si el grupo es pequeño tendrá más posibilidades de pasar desapercibido. Si os empeñáis en hacerlo mayor, solo nos pondréis en peligro. Si no confiabais en que pudiésemos hacer este trabajo, deberíais haber contratado a otros... mi señor.

No le dio tiempo a defenderse o retractarse, algo que sabía que no haría, pues a los hombres con grandes responsabilidades no les gustaba depender de una mujer y lo había comprobado ya en demasiadas ocasiones. Dejar a su primogénita en manos de una mujer debía de haberle quitado el sueño. Sobre todo desde que Boyd le había dicho que si no aceptaba las condiciones,

perdería al grupo entero.

Tampoco era la primera vez que Boyd tenía que defenderla ante quienes los contrataban. La mayoría eran reticentes a pagarle a una mujer por hacer el trabajo que consideraban de un hombre. Al menos al principio, cuando se unió a ellos. Por suerte, con el paso del tiempo su reputación fue creciendo y ahora eran pocos los que ponían reparos por su presencia.

—Mac —uno de sus hombres se acercó— tenemos un problema. Uno de los caballos amaneció enfermo y los Keith no pueden dejarnos ninguno que sirva porque sus hombres se han llevado los mejores.

—Iré en el carro con las mujeres —le dijo, después de sopesar la información.

—¿Y si tenemos que huir a caballo?

—Compartiremos montura, como teníamos previsto para ellas.

—Eso nos retrasará todavía más, Mac. Ya con ellas...

—¿Crees que no lo sé, Rob? —lo interrumpió—. Pero no tenemos otra opción. Esperemos no tener que llegar a eso.

La noche llegó rápida, más de lo que le hubiese gustado a Jean, que se veía muy nerviosa cuando se reunió con el grupo que la escoltaría a Forbes. Su doncella parecía un poco más tranquila y eso le dio esperanzas a Aileen de que fuese más llevadero. Sobre todo porque el viaje no sería fácil ni cómodo. Debían evitar los caminos para no llamar la atención sobre ellos, lo que los llevaría por lugares poco transitables para un carruaje. Lo ideal habría sido recorrer la distancia que los separaba de Forbes a caballo, pues eso les daría la velocidad y seguridad que buscaban, pero el laird se había mantenido firme en cuanto a eso.

—Mi hija no se presentará antes Alexander montada a caballo. Es una dama.

Aileen no se había sentido ofendida cuando la miró con disimulo al hablar porque en cierto modo tenía razón. Hacía tiempo que había dejado de ser una dama para convertirse en un guerrero. Ella había elegido aquella vida y le gustaba. Era cuanto había querido hacer y habría seguido muchos años más si no extrañase tanto a su familia.

—Puede que no tenga otra opción —le recordó Boyd—. Si alguien los descubre, el carruaje se quedará atrás. La vida de vuestra hija es más importante que su dignidad.

Por supuesto, el laird había guardado silencio tras sus palabras, pues sabía que Boyd tenía razón.

—Nos vamos —Aileen di la orden con voz potente para que todos la escuchasen.

Su último trabajo había empezado. Ya faltaba menos para poder regresar a casa.

PRIMERA PARADA

Realizaron su primera parada no mucho después de haber salido de Dunnottar. Aunque la luna estaba prácticamente llena y les permitía ver el camino, era arriesgado viajar por la noche. Aileen dio el alto en cuanto divisó a lo lejos Stonehaven.

El pueblo era famoso por sus caballos y pensó que tal vez podría acercarse sola para intentar comprar uno. Usaría su dinero y así podría quedárselo después. Le vendría bien un caballo joven y resistente para el viaje de regreso a Skye.

Desde que habían salido del castillo se sentía ansiosa por llegar a Forbes y dar por finalizado el trabajo. Ahora que había decidido regresar a casa, toda demora le parecía frustrante. Ni siquiera entendía cómo había podido estar tanto tiempo sin ver a su familia. Y aunque le aterraba el momento de reencontrarse con ellos, sobre todo con su padre, estaba deseando hacerlo.

¿Se habría casado ya Tam? ¿O Ellar? ¿Tendría más sobrinos a lo que no conocía? Cuando se fue, Fiona acababa de dar a luz a un precioso niño pelirrojo al que llamaron Monroe. Ya tendría tres años y lamentó que eso fuese lo único que sabía de él. Se había perdido demasiadas cosas, pero en su afán de libertad no había visto todo a cuanto renunciaría. Ahora deseaba recuperar aquel tiempo perdido, aunque sabía que sería imposible.

—Rob, yo haré la primera guardia —dijo en cuanto el campamento estuvo listo—. Tengo la intención de ir hasta el pueblo en cuanto amanezca. No tardaré demasiado.

—¿Crees que es buena idea? —le preguntó él—. Todavía tenemos provisiones, acabamos de empezar el viaje y...

—Iré a comprar un caballo —lo interrumpió—. El carruaje tiene dos y podríamos usarlos para las mujeres. Sé que no son tan rápidos como los nuestros, pero son resistentes. Podrían servirnos para huir, pero no si llevan peso extra.

—Te acompañaré —le dijo decidido.

Rob era sin duda, después de Boyd, uno de los hombres al que más respetaba. La había sabido aconsejar bien en innumerables ocasiones, aunque ella no le hiciese caso en la mayoría de ellas. Era un hombre apuesto, en la

plenitud de la vida. Y mujeriego; se jactaba de tener una mujer en cada pueblo de Esocia esperando por él. Y aunque Aileen dudaba de ello, podría ser cierto pues su mirada azul y su cabello rubio hacían las delicias de las mujeres. Aileen había visto suspirar a más de una con una simple sonrisa de Rob.

—No —le dijo con firmeza—. Tú te encargarás de recogerlo todo y borrar nuestras huellas porque partiremos en cuanto regrese de Stonehaven.

—De acuerdo —pocas veces cuestionaban sus órdenes a pesar de ser más joven que la mayoría y por eso Boyd la había hecho su segunda al mando.

No esperaban tener problemas durante aquella primera noche, pero realizaron los turnos de vigilancia igualmente. Les gustaba estar preparados para cualquier imprevisto. Los Irvine podrían estar al acecho aún cuando hubiesen visto el grupo grande partir de Dunnottar a plena luz del día. Esperaban que hubiesen picado el anzuelo, pero no podían arriesgarse. Ella no habría dudado en dejar algún hombre cerca del castillo, para asegurarse de que no habían sido engañados.

El amanecer la encontró en el pueblo, negociando por un caballo con un adormilado granjero. Puede que no lo hubiese planeado, pero aquello la benefició. Dispuesto a volver a la cama por unas horas más, el hombre había aceptado el precio que le ofrecía, sin poner demasiados reparos. Obtuvo así un buen caballo joven y brioso, negro como la misma noche, con gran porte y mayor resistencia, a un precio menor del que realmente tenía. Aunque el hombre la había prevenido sobre que no estaba debidamente domado y podía darle problemas a la hora de guiarlo, pero no le importó. En cuanto sus ojos se posaron sobre él, lo quiso.

—¿Tendremos que dormir siempre en el suelo? —Jean se estaba quejando justo cuando Aileen apareció en el campamento con su nueva adquisición.

—Os dije que este no sería un viaje agradable —le contestó ella—. Mucho depende de que nadie sepa quién somos ni a dónde nos dirigimos. Dormir en el suelo es mejor opción que ser capturada por vuestros enemigos. O morir a manos de los mismos.

En cuanto pronunció aquellas últimas palabras se arrepintió de haber sido tan brusca, pues Jean estaba completamente pálida y su doncella la sostenía con miedo a que se desmayase. Le indicó a esta última con un gesto que la llevase al carruaje. Si pensaba perder el conocimiento, mejor allí donde no les retrasaría la partida. Más tarde se ocuparía de comprobar su estado. En ese momento no podían perder tiempo.

—Demasiado delicada —suspiró, montando en su caballo y dando la

orden de avanzar.

Ahora más que nunca esperaba no encontrarse problemas por el camino pues sabía que Jean no soportaría una carrera a caballo por aquel terreno tan escarpado. Tampoco vivir a la intemperie y con lo puesto, pues así se verían si tenían que huir. Solo por eso, su mente comenzó a improvisar un plan alternativo en caso de encontrarse en apuros. Ignoró deliberadamente las advertencias de Boyd sobre no cometer ninguna imprudencia y sopesó cada pro y contra de las ideas que le iban surgiendo.

—Cada vez que veo ese gesto en tu cara tiemblo, Mac —Rob se había acercado a ella— ¿Qué estás tramando?

—Tú mismo has visto que lady Jean es demasiado pusilánime —se encogió de hombros—. Si tenemos que huir a caballo no llegará demasiado lejos. Estoy tratando de encontrar otras alternativas.

—Siempre puedes esconderla en algún lugar y regresar por ella, una vez los despistemos.

—Dios, no. Si la dejamos sola quién sabe lo que podría pasarle.

—Procuremos mejor que no nos descubran —sonrió— ¿No crees?

—Como si estuviese en nuestras manos hacer tal cosa. Podemos tomar precauciones, pero lo que ha de pasar, pasará.

Rob no lo desmintió, pues sabía que tenía razón. Habían vivido suficientes aventuras, juntos, como para saber que a veces una planificación exhaustiva no aseguraba el éxito de la misión y que muchos eran los factores que podían influir en ella, alterando el resultado. En ocasiones la improvisación ayudaba, en otras era pura suerte.

—No me fio de los Keith que nos acompañan —dijo en cambio.

—¿Por qué? Yo creo que nos serían útiles en caso de tener que escondernos. Conocen el lugar mejor que nosotros.

—Mac, ¿crees que permitirán que su señora ande vagando por el bosque? Me temo que llegado el momento, no obedecerán tus órdenes, sino las que su laird les haya dado de antemano.

—Pues los dejaremos atrás luchando por ella si es lo que quieren —lo entendió perfectamente—. Pero nos llevaremos a Lady Jean. Nos contrataron para llevarla sana y salva a Forbes y es lo que haremos.

—Estamos igualados —le recordó.

—¿Tú crees? —alzó una ceja—. Puede que en número, pero les falta nuestra experiencia y dudo que estén tan compenetrados como nosotros. Llegado el momento, si tenemos que huir, cogeremos a la dama y a su doncella

y nos iremos. Si no quieren seguirnos, será su problema.

—Admiro tu seguridad, Mac.

—Y por eso Boyd me deja a mí al mando y no a ti —bromeó con él.

—Bueno —le sonrió de regreso—, ahora que piensas abandonarnos tu puesto queda vacante.

—Si lo quieres, mira y aprende —rió.

A media tarde, Aileen decidió que era el momento de reunirse con Jean en el carruaje. No le apetecía demasiado, pero sentía que era su responsabilidad averiguar cómo se encontraba. En la parada para comer había estado muy silenciosa y continuaba un tanto pálida. Obligar a un carro a cruzar terrenos tan irregulares no era agradable para quien iba dentro y si a eso le sumabas el dormir en el suelo sin estar acostumbrado era todavía peor. Esta sería una dura prueba para Jean.

—Me duele todo el cuerpo y es tan solo el primer día —se quejó en cuanto le preguntó por ello— ¿Cuántos más habrá?

—Al menos cuatro.

—¿Tantos? —gimió.

—Si vuestro padre os hubiese permitido viajar a caballo como al resto, podríamos haber adelantado tal vez un par de días.

—Yo no soportaría ni un día completo a caballo —le sorprendió la sinceridad con que le hablaba—. Puedo montar por unas horas, si es necesario escapar, como os he dicho, pero no soy tan buena amazona para una travesía larga.

—Si nos descubren —decidió ser franca también—, tendremos que ir a caballo el resto del camino. No podremos recuperar el carro ni comprar uno nuevo. Además de arriesgado, sería una pérdida de un tiempo demasiado valioso para nosotros.

—Entonces recemos para que no nos descubran.

—Rezar no sirve de nada —en cuanto pronunció aquellas palabras, vio cómo ambas se santiguaban y apenas pudo contener la risa. Ella era de las que pensaban que cada uno se forjaba su propio destino, pero respetaba a la Iglesia, aunque solo fuese por el poder que ostentaba. Nadie se atrevía a ir en su contra si quería continuar viviendo—. Solo es una expresión, Lady Jean. No creáis que soy una hereje.

—Pero tampoco sois de las que van a misa habitualmente.

—Con mi trabajo no es sencillo.

—Vivís entre hombres —la doncella parecía escandalizada por ello.

—Son mi familia —le respondió—. Puede que no nos unan lazos de sangre, pero daría mi vida por cualquiera de ellos. No solo me han respetado como mujer, sino que han defendido mi honor cuando alguien trató de mancillarlo. Me han protegido como lo haría un hermano o un padre y jamás han intentado propasarse.

—Pero eso lo sabéis vos nada más.

—Me basta con eso.

—Tal vez a vuestro futuro esposo no le baste —insistió la joven.

—Es suficiente, Meg —la reprendió Jean—. No sé por qué motivos ha decidido vivir de este modo, pero me alegro. Este viaje habría sido peor para mí si ella no estuviese. Me da seguridad que una mujer nos acompañe. Una mujer a la que obedecen todos esos hombres de ahí fuera que no conozco. Me siento más tranquila con ella al lado.

—Pero mi señora...

—Suficiente —repitió con voz autoritaria—. No voy a consentir que la juzgues, Meg. Sé que mi padre desconfía de ella y te ha pedido que la vigiles y avises a sus hombres si ves algo sospechoso; sí, os oí anoche, no te sorprendas tanto; pero confío en ella y eso es lo que importa. Si no estás de acuerdo conmigo, puedes volver a Dunnottar. No te necesito teniéndola a ella.

Las palabras, dichas con tal convicción y vehemencia, barrieron todas las objeciones que Aileen habría podido tener sobre Jean. Puede que huir a caballo si los encontraban siguiese suponiendo un problema, pero se prometió que antepondría la seguridad de Jean a la suya propia llegado el momento. Se encargaría de que llegase sana y salva a Forbes así se dejase la piel y la vida en ello.

EN EL CAMINO

A medida que avanzaban, alejándose de Dunnottar, los hombres del laird se iban relajando. Aileen podía verlo en su postura al cabalgar, en que las charlas entre ellos eran más animadas y en que protestaban demasiado por no poder salir al camino. Pero ella continuaba alerta, al igual que sus hombres, negándose a abandonar la protección del bosque. En su caso, el peligro solo desaparecería cuando dejaran a lady Jean a salvo en Forbes, no antes. Habían pasado suficientes veces por ello como para saber que el peligro, en muchas ocasiones, no venía de los enemigos conocidos.

La segunda noche habían acampado cerca de Peterculter. Había estado tentada a pedir asilo en una de las granjas, solo para que lady Jean descansase en un lugar más cómodo que el suelo, pero finalmente desistió por temor a que los delatasen. Que la joven no protestase de nuevo ayudó a calmar su conciencia. Podía ver las ojeras bajo sus ojos y los gestos de dolor al moverse, pero no había vuelto a quejarse ni una sola vez. Al menos no en público. Lo que hacía en el carruaje no era de su incumbencia y desde el primer día, no había vuelto a viajar con ellas. Disfrutaba más del camino a caballo y le resultaba más fácil controlar lo que ocurría a su alrededor. Dubh resultó ser una excelente montura a pesar de que a veces intentaba zafarse de sus órdenes y descubrió que esperaba aquellos momentos con ansia, para sentir la adrenalina correr por sus venas. El viaje estaba resultando aburrido, aunque no pretendía quejarse, por miedo a invocar a los problemas.

También había notado que los hombres del laird se desvivían por su señora y procuraban proporcionarle tanta comodidad como les fuese posible, habida cuenta de las circunstancias. Había sido así desde que iniciaron el viaje. Sin embargo, con el paso de los días Aileen creía ver en la mirada de la joven cierto reproche cada vez que uno de ellos hacía algo por ella.

—No hay nada como una experiencia difícil en la vida para forjar el carácter de una persona —le dijo Rob, sentándose a su lado, y ambos miraron hacia Jean. Ambos habían visto lo mismo.

—Parece que está descubriendo que es más fuerte de lo que creía —asintió.

—Ahora no le gusta que hagan las cosas por ella.

—Yo diría que le molesta más que la traten como una niña. Pero será bueno para ella que busque esa independencia porque le esperan unos primeros años en Forbes bastante duros. Son muy jóvenes y van a necesitar firmeza en su gobierno para que los tomen en consideración. Alexander lo está haciendo bien y creo que lady Jean está aprendiendo a hacerse valer. Si continúa por ese camino será un gran apoyo para él.

—Si conseguimos llevarla hasta Forbes.

—¿Por qué no habríamos de hacerlo? —lo miró con curiosidad.

—En un par de jornadas estaremos allí, pero esto está resultando demasiado fácil —frunció el ceño—. Ni siquiera Boyd parece haber tenido problemas hasta el momento.

No hacía mucho había llegado un mensajero para asegurarse de que todo iba bien y les había informado de que estaban llegando a Forbes sin ningún contratiempo. Se habían alegrado, pero Rob tenía razón, demasiado fácil estaba resultando todo. Ella había pensado lo mismo no hacía tanto.

—Doblabamos la vigilancia por las noches —sentenció después de pensar en ello—. Solo para asegurarnos de estar preparados para cualquier eventualidad.

—Uno de ellos con uno de los nuestros —le recomendó.

—¿Crees que podrían traicionar a su laird?

—Por supuesto que no, eso sería impensable para un highlander —casi sonaba ofendido y Aileen sonrió—, pero se están confiando.

Aileen asintió, pues entendía lo que trataba de decir. Un hombre con la guardia baja era prácticamente lo mismo que no tener a nadie vigilando. Ahora, más que nunca, lamentaba ser solo seis. Debería haberse conservado a los dos hombres que regresó con Boyd cuando este se lo sugirió.

—Has hecho lo correcto, Mac —Rob la conocía bien y sabía lo que estaba pensando.

—Ya lo veremos —no fingió no entender lo que le decía.

—Necesitamos pasar desapercibidos —añadió—. Escortar un carro con doce hombres ya llama demasiado la atención.

—Y por eso huimos de los caminos —le recordó—. Tal vez dos más no habrían supuesto gran diferencia, pero lo harán si hay lucha.

—Podremos con ello —aseguró aunque no sonaba tan convencido como quería hacerle creer.

—Espero que sí —lo miró, justo para descubrir arrugas en su frente y supo que algo le preocupaba—. Hoy pareces desanimado, Rob. ¿Algún problema?

—Ninguno, Mac —se levantó—. Solo estoy deseando llegar a Forbes y acabar con esto.

No lo creyó ni por un momento y por eso lo siguió antes de que pudiese escabullirse sin darle más explicaciones. Rob siempre era muy intuitivo, si algo le preocupaba tenían que tomarlo en cuenta. No solía equivocarse.

—Desembucha —insistió.

—No es nada, Mac —la miró con fastidio cuando caminó a su lado—. No vas a dejarlo estar, ¿verdad?

—Ya me conoces —le sonrió, fingiendo una inocencia que ambos sabían que no tenía.

—No puedo decirte qué es, Mac, porque ni yo lo sé —frunció el ceño de nuevo intentando explicarse—. Es solo una sensación de que algo va a pasar, algo grande.

—Y supongo que malo.

—Solo digo que me hubiese gustado contar con el resto del grupo para la jornada final —añadió.

—Podemos enviar un mensajero y pedirles que vengan.

—¿En base a qué?

—Tu instinto no falla, Rob. Traerlos podría suponer una diferencia importante entre llegar a Forbes o quedarnos por el camino.

—Déjalo estar, Mac —se negó—. Procuremos hacerles entender a estos obtusos que deben estar alerta. Nuestro plan es huir de los enfrentamientos y eso haremos si es necesario. No estamos aquí para luchar.

—A veces no hay más opción y lo sabes.

—Esperemos que todo se quede en una mala sensación.

Pero Aileen no lo creía. Rob había acertado en tantas ocasiones con sus presentimientos, que no podía tomarlos a la ligera. Por ello, redobló la vigilancia y echó un buen sermón a los hombres del laird para que cumpliesen con su deber. Para cuando acabó, ninguno de ellos se atrevía a mirarla a los ojos, aunque sabía que no duraría demasiado. Los hombres tendían a desoír las órdenes que impartía, solo porque era mujer. Sus compañeros se habían comportado de igual forma hasta que les demostró que era tan capaz como cualquiera de ellos.

En eso estaba y estaría siempre agradecida a Boyd. Jamás había dudado de ella y pocos meses después de incluirla en el grupo, la tomó como segunda al mando, por encima de muchos guerreros que llevaban más tiempo con él. Su decisión no había gustado, pero la aceptaron porque lo respetaban a él.

Tiempo después, comprobaron que había estado acertado y ya nadie dudó de ella ni la cuestionó de nuevo.

—Aileen —Jean se acercó a ella con precaución—, ¿podemos hablar en privado?

—Claro —la acompañó al arroyo que había cerca del campamento que habían organizado para pasar la noche. Lo suficientemente cerca como para que las oyesen si gritaban pidiendo ayuda.

Aprovechó el momento para refrescar la nuca con agua. Estaba deseando llegar a Forbes para darse un baño en condiciones. Un aseo en el río no era algo que le entusiasmase demasiado, sobre todo porque el frío del invierno parecía no querer abandonarlos del todo en aquellos primeros meses de primavera.

—Vos diréis —la instó a hablar al ver que permanecía en silencio.

—Ahora ya no me parece tan buena idea —se ruborizó—. Sino más bien algo superficial y tonto.

—Yo decidiré si lo es —le sonrió para animarla.

—He escuchado decir a los hombres de mi padre que llegaremos a Kintore mañana y que después ya solo quedará media jornada para alcanzar Forbes.

Aileen la escuchaba paciente, consciente de que estaba dando un rodeo para no decir lo que tenía en mente. Por el camino que parecía llevar sus derroteros, podía hacerse una idea de lo que pretendía pedirle y contuvo su sonrisa para no avergonzarla más de lo que parecía estarlo ya. Pero no le facilitaría las cosas, pues si se iba a convertir en la esposa del laird de los Forbes no podía dudar ni titubear. Necesitaría de toda su fortaleza para hacerse valer y aquello le serviría de práctica.

—Así es.

—No sé si sería posible hacer un alto en Kintore —se retorció las manos mientras hablaba y Aileen se mordió la lengua para no decir lo que pensaba—. Bueno, pensaba que... tal vez...

—Vais a ser la esposa de un laird, mi señora —dijo al fin, incapaz de contenerse por más tiempo—. Debéis ser contundente al dar órdenes y no vacilar o nunca os tomarán en serio. Vos sois la que manda, junto a vuestro esposo. De ambos depende el bienestar de todos los Forbes. Decid lo que tengáis que decir y que no os importe que sea una tontería. La crueldad es lo único que debéis evitar, lo demás está permitido. Incluso un tonto capricho como querer arreglaros para que vuestro prometido os vea hermosa cuando lleguemos a Forbes.

El sonrojo de Jean le dijo que había acertado en su suposición. Después de todo, que novia no querría verse impecable ante su futuro esposo.

—¿Tan evidente es? —parecía abochornada.

—Para una mujer, sí —trató de restarle importancia.

—¿Podrías planteárselo?

—No, no podría hacerlo —sonrió ante el espanto en su rostro—. Lo haré porque es lo que vos queréis. Lo que me ordenáis. No deis la oportunidad de que se nieguen a acatar vuestras exigencias, mi señora. Sed firme para que no os cuestionen. Si flaqueáis, no le seréis de ayuda a vuestro esposo.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué me ayudáis? —miró al suelo—. Os pagan por entregarme a mi esposo sana y salva, no para darme consejos.

—Crecí escuchando los consejos de mi padre a mis hermanos —le dijo después de pensar en ello—. Tal vez si me los hubiese dado a mí también, las cosas hubiesen sido diferentes. O tal vez no, no lo sé. Pero sé que esos consejos, aunque no fuesen para mí, han sido los que me ayudaron a sobrevivir estos tres últimos años.

—Tu familia... —no se atrevía a terminar la frase, pero Aileen supo qué le preguntaba.

—Están vivos —frunció el ceño después—. Hasta donde yo sé.

—¿No los has visto en 3 años? —a Aileen no le pasó desapercibida la familiaridad con que le habló.

—No.

—Ni has tenido noticias suyas.

—No.

—¿Cómo sabes que están vivos entonces?

—Es lo que espero, mi señora —dijo al fin.

Nunca, en aquellos tres años, se le había pasado por la cabeza la idea de que su familia no estuviese en la granja. De que cuando regresase, no los encontrase a todos tal y como los había dejado. Había esperado conocer a nuevos miembros de la familia, pero no tener que llorar la pérdida de los que conocía. Pensar en no volver a ver a sus padres o hermanos la aterraba como ninguna otra cosa había podido hacerlo en toda su vida.

—Parece que hubieses visto un fantasma, Mac —dijo Rob cuando regresaron del arroyo y le informó de la parada en Kintore.

—Espero no tener que llegar a eso, Rob.

—¿Qué? —la miró con curiosidad—. Era solo una expresión, Mac.

—No me hagas caso —le sonrió—. Creo que tanta ociosidad no es buena

para mí.

—Si es por eso, yo podría entretenerte.

—Guárdate tus encantos para quien le afecten, Rob —lo golpeó en el hombro con el suyo.

—Eso dolió —se llevó la mano al corazón—. Mi pobre orgullo.

—Tu orgullo sobrevivirá —rió—. Da aviso de que reemprendemos la marcha. Quiero avanzar todo lo que podamos antes de la noche.

—¿Ya te he contagiado mis ganas de llegar?

—No eres el centro de mi mundo, Rob —bromeó con él—. Tengo las mías propias.

—Cierto —asintió, preparando otra de sus puyas—. Cuanto antes lleguemos, antes nos abandonarás.

—Sé que estás deseando perderme de vista —lo señaló—. No finjas lo contrario.

—Quiero tu puesto —se encogió de hombros—. Mejor que te vayas ahora, así no tendré que matarte para conseguirlo.

—Podrías intentarlo, Rob. Pero no te resultaría fácil.

—Lo sé, Mac. Es complicado estar a la altura contigo —le guiñó un ojo antes de irse a impartir las órdenes que le había dado.

PROBLEMAS

La niebla parecía dispuesta a acompañarlos en aquella jornada. Estaban ansiosos por llegar a Kintore, pero la marcha era más lenta de lo habitual porque no veían nada a más de dos metros por delante de ellos. Los caballos estaban inquietos y sus jinetes no se sentían mucho mejor. Aileen envió un par de hombres por delante para asegurarse de que no los aguardaban sorpresas en el camino. No le gustaba aquella situación.

—Tal vez no sea tan buena idea detenerse en Kintore, Mac —Rob cabalgaba a su lado y tenía una expresión igual de preocupada que la suya.

—O puede que sea mejor —contravino ella—. Con suerte, la niebla desaparecerá mientras permanecemos en el pueblo. Avanzar a ciegas es peligroso.

—No avanzar estando ya tan cerca también lo es.

—¿Tan ansioso estás, Rob? ¿Acaso tienes a alguien esperando tu llegada? —intentó bromear con él, a pesar de lo preocupante de la situación—. Creo recordar que no es tu primera visita a Forbes.

—Mac —la miró con censura.

—Relájate, Rob. O acabarán retorciéndosete las entrañas.

—Muy ilustrativo, Mac —torció el gesto—. Solo me relajaré cuando crucemos las murallas del castillo.

—¿Sigues con ese presentimiento? —preguntó ya en serio.

—Cada vez es más fuerte —asintió—. La maldita niebla lo empeora todo.

—Tal vez deba enviar a otros dos hombres a la retaguardia —lo miró ceñuda—. Por si nos estuviesen siguiendo.

—Me preocupa más el frente. Los Irvine no vendrán tan al norte, pero los Gordon...

—Estamos cerca de sus tierras —terminó por él—. Y seguramente tienen más interés que los Irvine en que esta boda no se celebre.

—Maldita niebla —repitió.

—En cuanto...

El ruido de cascos acercándose a toda prisa detuvo su boca. Se llevó la mano a la espada y miró hacia Rob antes de espolear el caballo para colocarse en la vanguardia del grupo. No necesitó mirar de nuevo para saber

que Rob estaba a su lado. Nunca solía andar lejos, mucho menos en situaciones como esa.

—Gordon —gritó uno de sus hombres en cuanto los alcanzó—. Nos pisan los talones.

—¿Cuántos? —quiso saber Aileen inmediatamente.

—Demasiados —negó el hombre, tratando de mantener el control de su montura.

—Soltad los caballos de tiro —ordenó al momento—. Nos vamos ya.

Desmontó para dirigirse al carruaje y hacer salir a las mujeres. El momento que tengo había temido, había llegado. Continuarían a caballo y solo esperaba que no le hubiesen mentido en cuanto a su capacidad o estarían en serios problemas. Entre la niebla y el grupo de Gordon que venían a por ellos, no tenían muchas más opciones que huir.

—Tan cerca —suspiró de frustración. Estiró la mano para abrir la portezuela, pero no llegó a hacerlo, pues la voz de Rob la frenó.

—No hay tiempo, Mac —corría hacia ella.

—¿Cómo que no hay tiempo?

—Ya están aquí. No podremos escapar de ellos.

En cuanto lo dijo, se escuchó el atronador sonido de cientos de cascos golpeando el suelo y Aileen gimió. Tenía razón, no habría forma de huir a tiempo. Y tampoco podrían enfrentarse a ellos, porque, por el ruido que hacían, debían ser cuarenta o cincuenta jinetes. Por ese motivo, al subir al carruaje, estaba poniendo en marcha su plan alternativo. Aquel que Rob censuraría y por el que Boyd la mataría, si estuviese allí para presenciarlo. Había jurado defender a lady Jean a toda costa y había llegado la hora de cumplir su palabra.

—Sacaos la ropa, mi señora —le dijo nada más cerrar la puerta.

—¿Qué?

—Se acerca un pequeño contingente de Gordon -explicó mientras ella misma se desnudaba—. Nos será imposible escapar y mucho menos luchar porque nos superan con creces en número.

—¿Y debemos recibirlos desnudas? —aunque dudaba de la utilidad de su petición, ya se estaba quitando la ropa con ayuda de su doncella. Aileen se sintió halagada por la confianza ciega que le tenía.

—Os quieren a vos —continuó—. Si os entregamos, no habrá lucha y es más probable que nos perdonen la vida a todos.

—¿Vas a entregarme? —la idea la horrorizó.

—No —le sonrió para tranquilizarla—. Me entregaré a mí misma.

—¿Qué? —por un momento dejó lo que estaba haciendo.

—Vamos —la apremió—. No tenemos mucho tiempo.

—No puedo permitir que te sacrifiques por mí, Aileen.

—No es un sacrificio. Es solo lógica. Tengo más posibilidades de sobrevivir que tú o de mantenerme a salvo mientras no me van a rescatar — por primera vez le habló con confianza, solo para que se tranquilizase y aceptase su plan—. No sé qué intenciones tienen con respecto a ti, pero puedo imaginarlo, así que trataré de retrasarlo tanto como me sea posible para dar tiempo a mis hombres a idear la mejor manera de sacarme de Huntly. O para encontrar la salida por mí misma. Lo que suceda antes.

—Pero...

—Nada de peros, Jean —cogió su ropa y comenzó a ponérsela. La instó con la mirada a hacer lo mismo—. Sé lo que hago. Confía en mí.

En realidad no estaba segura de que funcionase, pero tenía que intentarlo. Rezó para que ningún Gordon hubiese visto antes a lady Jean o su engaño fracasaría incluso antes de empezar. En tal caso, la muerte sería el castigo más probable para todos. Pero si lograba convencerlos de que era la hija del laird, podía negociar con ellos. Su total y absoluta colaboración a cambio de la vida de sus hombres. Fácil. O eso esperaba.

—¿Y si lo descubren? —preguntó nerviosa la doncella.

—¿No eres de las que rezan? —alzó una ceja divertida, a pesar de todo—. Pues empieza.

La joven realizó una cruz frente a ella con su mano derecha y comenzó a murmurar por lo bajo. Aileen contuvo su risa para no ofenderla, pues no había esperado que le hiciese caso. Aunque bien visto, si se dedicaba a rezar, sería una preocupación menos para ella. Tendría suficientes entre los Gordon y sus hombres. Contaba con que se opusiesen al plan así que saldría del carruaje cuando ya no pudiesen protestar. El éxito dependía de que todo el mundo le siguiese el juego.

—¿Dónde está? —oyó decir. La voz había sonado fuerte y decidida. Pudo imaginarse a un guerrero bruto y rudo tras ella—. Si nos la entregáis, nadie sufrirá daños.

—¿Quién lo garantiza? —la voz de Rob también sonó firme.

—Yo mismo. Adam Gordon, hermano del laird de los Gordon.

—¿Y quién me asegura que no estáis mintiendo?

La provocación de Rob no era más que un entretenimiento para ganar

tiempo y Aileen lo sabía. Aunque no serviría de nada, pues aunque hubiese enviado a alguien a buscar ayuda, Boy estaba en Forbes ya a estas alturas y el aviso llegaría demasiado tarde. Su única opción era convencerlos de llevársela a ella. Solo a ella. Ya encontraría la forma de retrasarlos después para darles ventaja a sus compañeros.

—Aunque no fuese quien digo ser, la palabra de un highlander es sagrada.

—La palabra de un highlander no sirve si viene de un mentiroso.

—Repetid eso si os atrevéis —lo amenazó.

—No hay necesidad de llegar a las manos, señores —Aileen salió del carruaje decidida a detener aquella locura.

Rob era capaz de empezar una disputa con tal de ganar tiempo, pero ella temía las consecuencias de semejante actitud. Sobre todo cuando su mirada se cruzó con la de aquel hombre. Dura, imponente, amenazante. Si no fuese una mujer valiente, que se había curtido en las peores situaciones, estaría gritando a los cuatro vientos que no era Jean Keith, solo para librarse de una mirada como aquella. Era un hombre intimidante a la vista.

Rob la miró con espanto al advertir el cambio de ropa, pero se recompuso con tal rapidez que nadie salvo ella lo notó. Tampoco percibieron la censura y el descontento por el plan, que había averiguado al verla. Lo creía una locura y demasiado arriesgado, pero ella le había hecho entender que no tenían muchas más alternativas. Se habían comunicado sin pronunciar ni una sola palabra y habían llegado al acuerdo tácito de no delatarla, pues cumplir la misión siempre había sido lo más importante, y en este caso, no iba a ser distinto. Salvar a lady Jean priorizaba ante cualquier otra cosa.

—¿Vos sois lady Jean?

—Eso depende —le respondió tanteándolo.

—¿Sois o no sois ella? —el gesto de enfado endureció su aspecto. Aileen estaba segura de que hacía temblar de miedo a muchos, solo con su presencia.

—¿Perdonaréis la vida a mis hombres? —le devolvió la pregunta.

—Si accedéis de buen grado a acompañarnos, vivirán —le aseguró.

—No podéis fiaros, mi señora —Rob trató de advertirle que aquello le gustaba todavía menos que verla ocupar el lugar de la joven, pero Aileen fingió no darse por enterada.

—En ese caso, iré.

—Hay alguien más en el carruaje —oyó decir al hombre que se encontraba junto a Adam.

Su voz era más suave, pero no por ello imponía menos. Tenía cierta

similitud con el otro, aunque sus rasgos eran menos duros, sin dejar de ser igualmente masculinos. Aileen supuso que eran hermanos y eso le hacía dudar sobre quién era el cabecilla del grupo.

—Nadie que importe —se adelantó, antes de que enviase a alguien a comprobarlo.

—Eso lo decidiré yo —habló de nuevo Adam—. Que salga.

—Me buscabais a mí —se movió, protegiendo la puerta—. No hay necesidad de insistir en algo que no cambiará el hecho de que he accedido a irme con vos. ¿O acaso me estabais mintiendo cuando me disteis vuestra palabra?

—No mentía, milady —le aseguró—, pero mi intención es impedir que nos sigan y para ello he de...

—¿Y cómo pensáis acometer semejante hazaña sin matarlos? —lo interrumpió.

Estaba claro que aquello lo molestó todavía más, pero sabía que mientras su ira se dirigiese a ella, no prestaría atención a nada más. Como por ejemplo al maldito porte regio que esgrimía Jean cuando bajó del carro sin que nadie se lo pidiese. Rob se ocupó disimuladamente de ocultarla tras él y susurrar algunas palabras en su oído. Después de eso, Jean bajó la cabeza y compuso una actitud más sumisa. Aileen respiró con normalidad de nuevo.

—¿Quién son? —Adam ignoró su pregunta, fijando la mirada en las dos mujeres.

—Mis doncellas. Como he dicho, nadie que importe. Decidme cómo pensáis evitar que nos sigan —insistió, para reclamar sobre ella su atención.

—Atadlos —fue su respuesta.

—No podéis hacer eso —protestó—. Los vais a dejar a merced de cualquiera. Eso es casi lo mismo que matarlos.

—Estoy seguro de que sabrán liberarse —se acercó a ella sin bajar del caballo, impidiendo así que alguien intentase detenerlo y la alzó sin apenas esforzarse para colocarla delante de él—. Pero para cuando lo hagan, nosotros estaremos fuera de su alcance.

—Eso no es lo que negocié —intentó librarse de él en vano, pues era mucho más fuerte y grande que ella.

—¿Realmente creíais que esto era una negociación? —rió, algo que molestó en demasía a Aileen—. Mi señora, os habríais venido con nosotros igualmente.

—Me asegurasteis que no les pasaría nada.

—Os dije que vivirían. ¿Acaso no están respirando todavía?

—Sois un...

—Mi señora —la interrumpió Rob—, nosotros estaremos bien. No os preocupéis.

Lo que en realidad le estaba diciendo era que se mantuviese con vida hasta que fuesen a rescatarla. Aileen sabía que no tardarían en liberarse de las cuerdas y no entendía por qué discutía con aquel hombre. Simplemente se había dejado llevar por el enfado aunque, bien pensado, le había ayudado a hacer más creíble su condición de dama preocupada por los hombres de su padre.

—Decidle a su padre —Adam miraba directamente a Rob al hablar, pero Aileen notó que sus brazos aseguraban su agarre sobre ella también—, que pronto tendrá noticias nuestras.

—¿Acaso pediréis un rescate? —no habían pensado en semejante posibilidad y le sorprendió.

—No —rió de nuevo—. Tengo intención de hacer algo mucho mejor que eso. Me casaré con ella.

Aileen y Rob se miraron al momento. No necesitaron decir nada para saber que estaban en problemas. Resiste, decía él mientras la veía alejarse, con impotencia. Debo escapar ya, pensó ella con determinación.

HACIENDO PLANES

Aileen lamentaba haber dejado atrás a su caballo, pero no podía haberles pedido que le permitiesen llevarlo sin levantar ciertas sospechas, pues las damas jamás viajaban a lomos de uno. Claro que ese detalle no parecía importarle al hombre que la llevaba en su propia montura, pues habían dejado el carro abandonado junto a sus hombres.

Le hubiese gustado disponer de su propio caballo, no solo por no tener que soportar el férreo agarre de su secuestrador, sino para facilitarse su propia huida cuando se decidiese a llevarla a cabo. Si se hubiese llevado a Dubh, podría haber intentado despistar al grupo antes de que la niebla se animase a desaparecer. Habría sido una gran ventaja, pues no conocía el lugar tan bien como le gustaría. Pero montando con Adam, era impensable. Y aún más cuando su brazo parecía querer partirla en dos.

Si la idea no le resultase ridícula de por sí, habría pensado que el fiero guerrero tenía miedo de que intentase escapar o más bien de que lo lograra, pero se decantó por la opción que lo convertía en un bruto que no controlaba su fuerza. Porque desde luego, la estaba apretando tanto que acabaría por conseguir un morado si no aflojaba en agarre en breve.

—Me hacéis daño —dijo al notar que el hombre no tenía intención de liberarla pronto.

—Mi caballo no está habituado a llevar a mujeres nerviosas en su grupa —le explicó de malas maneras—. Podría tirarte. No querrías partirte ese bonito cuello tuyo antes de la boda, ¿verdad?

Aileen estuvo a punto de decirle lo que pensaba de aquello, pero recordó a tiempo que se lo decía a lady Jean y no a ella. Jean se habría sentido infinitamente más nerviosa de encontrarse en semejante situación. Histérica, lo más probable. Por más que le hubiese gustado responderle con algunas verdades, permaneció en silencio y agachó la cabeza fingiendo una sumisión que no iba con su carácter. Agradecía que el engaño todavía no se hubiese descubierto y trató de recordar que debía comportarse de forma más medrosa para que continuase siendo así. Estuvo tentada de fingir un desmayo, solo para comprobar si serían considerados con ella y detendrían su avance hasta que se repusiese, o por el contrario, continuarían su camino sin miramientos.

Finalmente decidió guardárselo para cuando lo necesitase. Si acaso llegaba a necesitarlo.

Aún teniendo que comportarse como lo haría lady Jean, estaba dispuesta a retrasar su llegada a Huntly cuanto pudiese, para dar tiempo a sus hombres a organizarse, pues no tenía intención de convertirse en la esposa de nadie y mucho menos de un hombre como aquel, que se creía con el derecho de hacer y deshacer su vida a su antojo. *La vida de Jean*, recordó, aunque para el caso era lo mismo. Trataba a las mujeres como meros objetos y eso no le gustaba. Odiaba que las mujeres quedasen relegadas a ser las hijas de, las esposas de o las madres de. Ella quería ser Aileen MacLeod, la primera mujer guerrera de su clan.

Había huido de su casa al descubrir que su padre quería usarla para fortalecer una alianza por medio de los lazos familiares y se convertiría en una esposa de. En aquel momento, solo pensaba en evitar esa boda, pero con el paso de los meses, temió que su padre hubiese tenido problemas con los MacLean por su culpa. Sabía que cuando regresase a casa tendría que responder por muchas cosas, pero aún así estaba deseando hacerlo. Necesitaba abrazar a su madre y sus hermanos. Necesitaba conocer a sus sobrinos, si es que tenía más de uno. Pero sobre todo y a pesar de lo que fuese a suceder después, necesitaba mirar a su padre a los ojos y pedirle perdón por haber sido tan impulsiva.

Por esas y por muchas otras razones, estaba decidida a impedir aquella boda, la de lady Jean, hasta que fuesen a rescatarla o lograrse encontrar el modo de escapar por su cuenta. Y si fallaba en su intento, estaba dispuesta a destapar la mentira, a riesgo del castigo que le impusiesen, que bien podría ser la muerte. No le preocupaba, pues sabía defenderse y no se lo pondría fácil. No había llegado a donde estaba temiendo a la muerte, pero mejor sería no llegar a esos extremos.

Para poder poner sus planes en marcha, necesitaba un caballo y por ahora no estaba muy segura de cómo conseguirlo, sin que desconfiasen de su interés por cabalgar sola. Podía probar a tirar al guerrero y apoderarse de su montura, pero tenía la sensación de que ese caballo solo hacía caso a su señor. Había conocido a muchos soldados que hacían eso, para evitar que el animal los abandonase o les fuese robado. La yegua con la que huyó de su hogar había sido así.

Sus hermanos le habían enseñado a prepararla y había logrado que le fuese fiel hasta la muerte. Cosa que sucedió en su primer año sola, cuando tuvo que

huir de algunos hombres con no muy buenas intenciones. En cuanto la yegua notó su miedo, salió a galope tendido con ella a lomos y no se detuvo hasta dejarlos atrás. Pero no contaban con encontrarse con el acantilado tras la densa niebla que las envolvía y la yegua la lanzó al suelo en el último segundo para despeñarse sola. La había llorado durante días antes de decidirse a abandonar el lugar. Después de aquello no quiso tener caballo propio. Cambiaba de montura tan pronto como empezaba a sentir apego por el animal, pues no quería volver a llorar una pérdida como aquella. Hasta que conoció a Dubh. El caballo se ganó su corazón en tan solo un par de días y lamentaba no tenerlo allí con ella. Todo habría sido muy distinto.

—Nunca te lamente de tu situación. Haz lo que debas con lo que tengas a tu alcance. Si eres lo suficientemente inteligente, sabrás sacarle provecho incluso a una rama endeble.

Las palabras de su padre resonaron su mente, como tantas otras veces. Sus consejos, dados a sus hermanos, la habían ayudado a lo largo de aquellos tres años. Tal vez, si se lo hiciese saber a su padre, el castigo que le impusiese, sería menos severo. Aunque sabía que tenía mucho por lo que responder ante él.

—Necesito detenerme un momento —pidió un par de horas más tarde, dispuesta a empezar con sus interrupciones.

—No hasta que caiga la noche —fue su lacónica respuesta.

—Si preferís que vacíe la vejiga en vuestro regazo —se encogió de hombros mientras hablaba.

Solo al terminar recordó que una dama como lady Jean jamás habría sido tan directa a la hora de expresar sus necesidades y permaneció en silencio, esperando la reacción del hombre ante su descaro, pero solo obtuvo un gruñido antes de que alzase un puño para obligar a sus hombres a detenerse.

—Tienes cinco minutos —le dijo en cuanto la dejó en el suelo—. No te alejes y no intentes escapar. No querrás que descargue mi ira sobre ti, te lo aseguro.

Poco le importaban las amenazas de aquel hombre. Se llevaría una sorpresa si intentaba hacerle algo porque no se lo permitiría sin oponerse. Puede que fuese más grande y fuerte, pero ella era mucho más inteligente. La astucia vencía a la fuerza bruta en la mayoría de las situaciones y ella lo había demostrado cientos de veces.

En cuanto se liberó de la presión de su vejiga, estuvo tentada a desafiarlo, solo por ver cómo reaccionaba, pero la Aileen sensata la instó a contenerse.

No debía crearse problemas tan cerca de sus hombres porque si descubrían ahora que no era quien decía ser, podrían regresar a por la verdadera Jean. Y dudaba mucho de que hubiesen tenido tiempo de liberarse ya de las ataduras. Tenían que alejarse más antes de intentar escapar. Y después de sopesar sus opciones, concluyó que la noche sería el momento ideal para hacerlo.

Aunque eso no le impediría resarcirse por el dolor que sentía en el costado por su sujeción. Lo molestaría un poco por el camino. O mucho. Nunca le habían gustado las mujeres que se quejaban por todo y no dejaban de hablar hasta que provocaban dolor de cabeza, pero en aquella ocasión se convertiría en una de ellas. Y después de casi una hora, tuvo que admitir que le resultaba muy divertido, sobre todo cuando no era ella el objetivo.

—Hazte cargo de ella un rato, James —le dijo Adam con fastidio, prácticamente lanzándola a sus brazos sin detener el caballo en ningún momento.

—Bruto —dijo fingiendo un miedo que no sentía. Aquel cambio fue lo más excitante que le había pasado en horas.

—No deberíais enfadarlo, lady Jean —le dijo con calma James—. Os convertiréis en su esposa en cuanto lleguemos a Huntly.

—No si yo puedo evitarlo —dijo con enojo, antes de recordar que Jean jamás habría dicho algo así y mucho menos en aquel tono. Intentó arreglarlo añadiendo—. Debo desposarme con Alexander Forbes, es lo que mi padre quiere.

—Lo que vuestro padre quiere ha dejado de tener importancia —le respondió él—. Ahora estáis con nosotros y os convertiréis en una Gordon.

No si yo puedo evitarlo, repitió, pero en aquella ocasión tuvo el tino de no decirlo en voz alta. Después, estudió con disimulo el rostro de James y llegó a la conclusión de que realmente ambos hombres eran hermanos. Imposible no notarlos. El mismo color castaño en su pelo y los mismos ojos verdes, que tan extraños se veían en el duro rostro de Adam, pero que a James le sentaban tan bien. Porque James tenía una expresión más relajada que lo hacía más cercano que su hermano. Incluso parecía más gentil con ella. Al menos la sujetaba con mayor delicadeza; firme pero sin llegar a lastimarla como había hecho Adam. Aunque había el mismo reproche en su mirada, que había visto en su hermano mayor.

—¿Siempre hacéis lo que vuestro hermano os dice? —pensó que tal vez podría molestarlo a él también, por si era tan impaciente como Adam y la lanzaba a los brazos de otro hombre. Alguno al que pudiese tirar del caballo

para huir con su montura antes de que la niebla se disipase. Estaba claro que James tampoco sería fácil de derribar.

—No os funcionará.

—¿Qué? —lo miró, ahora genuinamente sorprendida.

—No conseguiréis ponernos en contra al uno del otro.

—No era mi intención —aunque ahora que lo decía, le parecía una muy buena idea, si fuese capaz de lograr tal hazaña. Mientras peleaban entre ellos, se olvidarían de ella.

—Solo os lo digo para que os ahorréis el trabajo de intentarlo. Mi lealtad está con mi familia y ninguna mujer cambiará eso.

—Mi lealtad está también con mi familia —le dijo—. Así que no me culpéis por intentar detener esta boda.

—¿Realmente creéis que podéis impedirlo? —su risa la enfureció hasta el punto de olvidar que debía mostrarse recatada.

—No solo lo creo —dijo con convicción—, sino que lo haré.

—Eso me gustará verlo —el reto había sido lanzado y Aileen no lo dejaría pasar.

—Lo veréis —dijo en un susurro, sin saber si lo escucharía, y sin importarle que lo hiciese—. Vaya si lo veréis.

REFLEXIONES

A pesar del buen ritmo que llevaban desde que la niebla se había disipado a primera hora de la tarde, estaba claro que tendrían que acampar pronto a pasar la noche. Aileen estaba deseándolo para poner en práctica algún otro de sus planes, en vista de que James era infinitamente más paciente que su hermano y había soportado todo el camino su continuo parloteo sin sentido y sus provocaciones. Incluso ella llegó a hartarse de sí misma y dejó de hablar por unas horas. Algo que ambos agradecieron.

—Quedaos aquí quieta —le indicó en cuanto la bajó del caballo y la colocó junto a un árbol, al borde del claro donde pernoctarían.

—¿Y si me muevo? —lo retó una última vez.

James se limitó a amenazarla con la mirada antes de dejarla sola para ayudar a sus compañeros. Debía de estar hastiado por sus provocaciones, pero Aileen había disfrutado de ellas. Le resultó muy estimulante intentar hacer que aquel hombre perdiese los papeles, cosa que no había logrado todavía. Era un hombre muy paciente, ella ya habría explotado a media tarde.

Decidió hacerle caso en aquella ocasión y se sentó bajo el árbol, solo porque así podría observar sus movimientos para buscar la mejor ruta para huir sin que la descubriesen en seguida. Debía poner cierta distancia entre ellos antes de que eso sucediese, para tener una mínima oportunidad de éxito. Pero no sería tan sencillo porque había demasiados ojos puestos en ella, incluso en aquel momento, mientras acondicionaban el campamento.

Lo ideal sería hacerse con uno de los caballos, pero intentarlo sería el suicidio de su plan porque ninguno de ellos la conocía y se alborotarían en cuanto se acercase. Si hubiesen sido caballos normales, no habría tenido problema en controlarlos, pero eran monturas de guerra, entrenados para alertar de la presencia de los enemigos. Y eso era ella, así que tendría que huir a pie.

Su mayor prioridad sería encontrar un lugar seguro en el que poder esconderse y esperar a que se cansasen de buscarla, pero desconocer la zona sería un inconveniente. Sus pasos nunca los habían llevado tan cerca de las tierras de los Gordon, así que conocía lo justo para orientarse y no perderse. También sabía de los pueblos principales de la zona, pero no podía contar con

que la ocultasen de sus propios hombres, así que aquella tampoco era una opción. Robert había mencionado un par de veces una capilla en Garioch en la que se había refugiado años atrás al ser perseguido por las autoridades. Le había dicho que la santidad del lugar lo había librado de ser capturado porque nadie osaría contradecir a la Iglesia y esta aseguraba un salvoconducto para quien permaneciese en suelo sagrado. Lo que nunca le contó fue cómo salió de allí, pues dudaba mucho que los hombres que lo seguían se hubiesen dado por vencidos con facilidad. Le hubiese venido bien saber aquella información.

Al igual que ellos, los Gordon habían ido evitando los caminos en su regreso a Huntly, pero creía que aquel pueblo había quedado atrás no hacía mucho, así que aquella era la noche perfecta para intentar llegar a la capilla. El resto lo dejaría a la improvisación, no teniendo mayores referencias ni tiempo para organizar algo mejor. No estaba convencida de que fuese a lograrlo, pero si con aquel intento conseguía retrasarlos, al menos sentiría que había merecido la pena el esfuerzo. Tenía la esperanza de que aunque escapase una y otra vez, no le hiciesen daño mientras creyesen que era Jean Keith.

—Vamos —en aquella ocasión fue Adam quien fue a por ella.

—Estoy bien aquí, gracias —lo retó, segura de que no le pondría la mano encima mientras durase el viaje.

—Si el matrimonio con Alexander no supusiese un inconveniente para nuestro clan —la fulminó con la mirada—, te dejaría libre y sería feliz pensando en cuán loco se volvería contigo.

—Pero con él sería todo dulzura —se permitió el gusto de seguir molestándolo, pero fue demasiado para Adam, que la sujetó por el brazo y la arrastró con él hasta la fogata donde le esperaba un plato con comida.

Si no tuviese tanta hambre, se habría negado a comer, solo para rematar la jugada. Sin embargo, prefirió aceptar el plato y comer en silencio, observándolos a todos con disimulo. O al menos a la mayoría, pues James Gordon la descubrió. Había sido aquel ceño fruncido que mostraba casi todo el tiempo el que lo delató. Y aún siendo pillada, Aileen, lejos de sentirse avergonzada, sonrió inocentemente hacia él y continuó cenando, intentando ignorar que era él quien la observaba después incansablemente.

—La ataremos —escuchó decir a Adam a su hermano menor como si ella no estuviese delante—. No quiero problemas con ella esta noche. Nuestros hombres necesitan dormir y los que se queden de guardia ya tienen suficiente que vigilar.

—Tu esposa, tu decisión, hermano —le respondió el otro.

—No soy su esposa —protestó, incapaz de contenerse. Se mordió el labio en cuanto sus miradas se posaron sobre ella. Su maldito temperamento acabaría por delatarla.

—Todavía —dijo con convicción Adam—. Pero lo serás muy pronto y ten por seguro que obedecerás cada una de mis órdenes.

—¿Queréis una esposa o un soldado, mi señor? —en esa ocasión ni siquiera intentó callar.

—Quiero una alianza con los Keith.

Su respuesta la enfureció. A eso reducían a las mujeres, a meros instrumentos para lograr un fin. Le daban el mismo valor que a un buen caballo, una casa o incluso a las tierras que aportaría al matrimonio con su dote. Se levantó del tronco en que la habían sentado y puso sus manos en las caderas, desafiándolos a ambos con la mirada. Si tuviese una espada lo habría hecho con ella.

—No somos objetos —le dijo, enfadada—. Somos personas y como tal, tenemos sentimientos. No podéis usarnos a vuestro antojo y desecharnos después cuando decidáis que ya no servimos. Las mujeres tenemos tanto derecho como vosotros a decidir nuestro futuro y si de mí depende, vos no seréis mi esposo jamás.

La vehemencia de sus palabras los dejó a ambos anonadados por unos minutos. Hasta que la risa de Adam rompió el silencio. Una risa que enfadó más a Aileen. Bullía de rabia y juró vengarse de aquel hombre antes de escapar de él. Una afrenta como aquella no podía quedar impune. Por ella y por todas las mujeres que no eran capaces de defenderse.

—Bonitos ideales —le dijo—, pero hay un fallo en tu palabras, niña. Las mujeres no tienen voz ni voto. Se deben a la protección de sus padres en primer lugar y a la de sus esposos después. Harías bien en recordarlo porque mañana llegaremos a Huntly y serás mi esposa antes de que caiga la noche. Entonces dependerás de mí y tendrás que hacer cuanto te diga.

—Bonitos ideales —lo imitó, salvo por el trato que le dispensaba. Aunque le hubiese gustado rebajarse y usar un vocabulario más soez con él—, pero hay un fallo en vuestras palabras, mi señor. No podéis obligarme a aceptaros por esposo. Hace tiempo que los matrimonios forzados fueron prohibidos por la Iglesia. ¿Cómo haréis para convencerme de que os dé el sí?

—Para cuando acabe contigo —la amenazó, acercándose tanto a ella que sus cuerpos se rozaron—, suplicarás que te convierta en mi esposa.

Cómo deseaba demostrarle cuán equivocado estaba, pero había sido

demasiado agresiva y aquello no le beneficiaría si quería ir aquella noche a la capilla. Había reaccionado sin pensar y ahora temía pagar las consecuencias de sus actos con vigilancia extra sobre ella, así que compuso su semblante, para que creyese que la había acobardado y se sentó en el tronco de nuevo. Se abrazó a sí misma en una postura sumisa, odiando tener que retroceder ante él. Pero se había excedido y debía arreglarlo.

—Átala, James. Y asegúrate de que queda bien sujeta.

—Os dije que no debíais enfadarlo.

—Haced lo que tengáis que hacer —le tendió las manos— y largaos. No necesito vuestros consejos ni vuestra compasión.

—Os tratará bien —lo miró con desdén y él añadió con voz suave—. Una vez seáis su esposa os tratará bien.

—No seré su esposa.

—No tenéis más opción que serlo.

—¿Va a matarme acaso? —lo contradijo—. No le conviene hacerlo. Y llegado el momento, me negaré a pronunciar mis votos.

—¿Sabéis que se puede pagar al sacerdote para que os case sin el consentimiento de la novia?

Se levantó y la dejó sola en cuanto formuló la pregunta. Una vez más la ira se apoderó de ella. Ira e impotencia. Cuán indefensas se habrían sentido cientos de mujeres a lo largo de la historia, viendo como sus deseos eran pisoteados incluso por sus propios padres. Cuán terrible debía ser no tener voz ni voto en tu propia vida. Ella misma iba a ser casada por su padre con un hombre al que no conocía. Pero en su caso, ni siquiera intentó convencerlo de que no quería, simplemente huyó. Se alejó de su familia y de la seguridad de la granja en la que había crecido, para evitar un matrimonio que no deseaba. ¿Habría tenido su padre en cuenta sus deseos? ¿Si le hubiese dicho que no quería casarse, la habría contentado? Nunca lo sabría. Y lo que más temía era que cuando regresase a su hogar, no fuese bien recibida. Se lo merecería, por supuesto, por haberlos hecho sufrir durante tres años con su ausencia, pero esperaba que la perdonasen algún día.

Viéndolo en perspectiva, sabía que había obrado mal. Por más que los informase cada pocos meses, una carta no apaciguaría la preocupación que les causaría no saber nada más de ella hasta la siguiente, si es que la había. Podía entender que había obrado sin pensar, pero también sabía que habría tomado la misma decisión si tuviese la oportunidad de retroceder en el tiempo. Las experiencias que había vivido le habían enseñado a ser una mujer fuerte e

independiente. Le habían ayudado a tener una perspectiva de la realidad diferente a la que le enseñaban a la mayoría de niñas. Le habían hecho madurar.

No cambiaría ni una sola de las penalidades que había sufrido por la seguridad de su hogar. No cambiaría el hambre y el frío por los brazos amorosos de su madre. No cambiaría el miedo y la frustración por la protección de su padre. ¿Por qué? Porque en su desesperación había aprendido a valerse por sí misma y a no depender de nadie para sobrevivir. Eso era más importante para ella que cualquier otra cosa. Se arrepentía de haber hecho sufrir a su familia y no había tiempo suficiente en lo que le quedaba de vida que los compensase por ello, pero no cambiaría ni una sola de sus decisiones.

—Hora de poner el plan en marcha —pensó al ver el campamento sumido en el más absoluto de los silencios. Cuanto antes huyese, antes podría regresar con su familia.

LA FUGA

No tardó demasiado en deshacerse de sus ataduras porque no se habían molestado en cachearla y el puñal que siempre llevaba sujeto a uno de sus muslos seguía en su lugar. A la hora de ser sigilosa, el vestido le estorbaba, así que dejó olvidada la falda en un extremo del campamento y se fue en la dirección contraria, esperando que fuesen tan estúpidos como para creer que, en su ignorancia, les había dejado una pista más que evidente de hacia dónde había huido.

Su intención era encontrar la capilla y refugiarse en ella antes de que descubriesen sus intenciones. De ese modo, podría esperar allí hasta que se cansasen de buscarla. No podía competir contra guerreros a caballo y fuertemente armados y aunque se llevaría la espada de Adam Gordon en venganza por haberse burlado de ella, no estaba muy segura de poder usarla. Aquel hombre era enorme y por consiguiente, su arma debía pesar demasiado para ella. Si no encontraba el pueblo tan rápido como esperaba, tal vez incluso tuviese que deshacerse de ella por el camino, aunque eso enfureciese a su dueño si lograban capturarla después.

Moverse con sigilo por el campamento no le resultó difícil, pues estaba acostumbrada a ser silenciosa. Y con su tamaño, también era sencillo pasar desapercibida. No tardó mucho en localizar a Adam porque lo había estado observando desde que la dejó en manos de su hermano para que la inmovilizase y sabía dónde se había tumbado para pasar la noche. Tenía la espada junto a él, al alcance de su mano, por lo que tuvo que acercarse demasiado a él para arrebatársela, pero lo logró sin que el hombre despertase de su profundo sueño. Admiraba la confianza ciega que tenía en la capacidad de sus hombres para protegerlo, aunque en este caso le estuviesen fallando estrepitosamente. Podría rebanarle el pescuezo y para cuando lo descubriesen ya estaría lejos. Pero por más que la tentase la idea, no quería enemistarse con los Gordon ni que se iniciase una guerra por su culpa. Menos aún si todavía la creían Jean Keith.

Salió del claro y se adentró en el bosque desandando el camino que habían recorrido. La luna había empezado a menguar, por lo que tardó un tiempo en acostumbrar la vista a la penumbra. Era peligroso caminar entre los árboles

con tan poca luz, pero debía arriesgarse. Si esperaba más, llegarían a Huntly y le resultaría más complicado escapar. Por lo que le había dicho Adam, no pensaba perder el tiempo para convertirla en su esposa una vez en el castillo y no podía permitirlo. Descubrir su identidad era lo único que se le ocurría para evitarlo, pero ignoraba lo que podría suceder después y temía que su situación se complicase más.

Caminó por largos minutos escuchando atentamente los sonidos a su alrededor y procurando ser lo más sigilosa posible. Nunca se era lo suficientemente precavido, se lo había enseñado Boyd, y se había llevado muchos golpes y caídas por su culpa, hasta que aprendió a estar alerta en todo momento.

—No diré que no me atrae la idea de ver a una mujer en paños menores — aquella voz detuvo sus pasos bruscamente—, pero si resulta ser la futura esposa de mi hermano, no creo que sea muy correcto que me recree en ello.

—Pues cerrad los ojos —se mantuvo alerta, aunque no podía verlo todavía. Había creído escuchar algo detrás de ella, pero no tuvo ocasión de esconderse ya. James era casi tan sigiloso como ella y la había sorprendido a pesar de todas sus precauciones.

—Si hago eso, podríais escapar. No creo que me convenga.

—Difícil decisión entonces.

Vio el brillo de una espada a su derecha y sujetó con fuerza la de Adam. Pesaba como mil demonios, pero no iba a entregarse sin pelear.

—A mi hermano no va a gustarle que hayáis intentado robarle la espada.

—Se lo merece —afianzó los pies en el suelo—. Aunque es poco, en comparación con lo que realmente desearía hacerle.

—Había oído decir que lady Jean era encantadora y muy dulce —se acercó a ella— ¿Cuánto hay de verdad en eso?

—Soy dulce —giraba lentamente sobre sí misma mientras James se dedicaba a caminar en círculos a su alrededor—. Pero me habéis secuestrado. ¿Esperabais que os diese las gracias acaso?

—Esperaba a una mujer asustadiza y temblorosa.

—Siento decepcionaros.

En cuanto James se puso a su alcance, blandió la espada contra él. El hombre no se lo esperaba y tuvo que retroceder para no resultar herido por el filo. Alzó su propia espada y se defendió de cada estocada que lanzaba Aileen.

—Soltad el arma —la apremió—. No vayáis a haceros daño.

—No vaya a hacéroslo a vos —como había supuesto, el peso de la espada dificultaba sus movimientos. Se sentía torpe y sabía que no tardaría en aflojar su ataque. Quedaría en ridículo, pero al menos James no sabría cuán buena era en realidad, ahora que la había descubierto. Debería haberlo pensado antes de atacarlo, pero Boyd no había sido capaz de corregir ese defecto en ella.

Y entonces, viendo sus intenciones de desarmarla, se arriesgó a una última y desesperada jugada. Aún sabiendo que alertaría a todos, pero que sería la única forma de tomar la velocidad que necesitaba, lanzó un grito mientras la espada salía volando hacia James. No apuntaba a matar, simplemente quería que centrarse su atención en esquivar el arma mientras ella aprovechaba para huir.

—Maldita sea —lo oyó blasfemar antes de escuchar sus pasos tras ella.

Había conseguido cierta ventaja y esperaba poder aumentarla gracias a los árboles, que dificultaban la visión a su perseguidor. Intentaría despistarlo antes de que los demás se pusiesen en marcha, pues los estaba llamando a gritos. Nada estaba saliendo como había planeado, pero mantenía la calma a pesar de ello. Se había visto en peores situaciones y había salido ilesa. Y si tuviese la mala suerte de ser capturada de nuevo, al menos esperaba haberlos retrasado unas cuantas horas.

Le ardía la garganta al respirar por la boca y el corazón parecía querer salirse del pecho, pero no bajó el ritmo. Podía escuchar tras ella a los hombres dándose órdenes los unos a los otros a voz en grito, intentando cercarla y le molestaba que ni siquiera tratasen de ser sigilosos porque se sabían en ventaja. No creían posible que una mujer pudiese competir contra una veintena de hombres que la doblaban en tamaño y mucho menos escapar de ellos.

Tal vez para darles una lección a todos o quizá para demostrarse que podía escapar, tuvo la osadía de trepar a uno de los árboles más frondosos. Las ramas más anchas soportarían su peso y las hojas la ocultarían si alguien decidía mirar hacia arriba. No era un escondite tan seguro como la capilla, pero tendría que servir. Se arañó brazos y piernas en el ascenso y apretó los labios hasta que le dolieron para no emitir un solo quejido. El silencio era su mejor baza en aquel momento. Quizá la única.

En cuanto se creyó lo suficientemente oculta, buscó la rama más ancha del árbol y se sentó en ella, recostando después la espalda contra el tronco. Cerró los ojos e intentó controlar su respiración para que no la delatase.

—No puede haberse evaporado —escuchó bajo el árbol, un par de horas

después. Casi se había quedado dormida y aquello despejó su mente de golpe.

Podía distinguir la luz de las antorchas entre las ramas, pero no se asomó por miedo a que la descubriesen. Permaneció inmóvil, esperando a que continuasen su camino. Antes de que su cuerpo decidiese sucumbir al cansancio, había visto pasar a varios de ellos por allí, buscándola. Estaba segura de que habría más antes de que el día llegase. Debía admitir que eran persistentes.

—Adam está furioso. Creo que la azotará cuando la encontremos.

—Si lo hacemos.

—No nos iremos sin ella —Aileen pudo distinguir la voz de James entre las demás, básicamente porque solo había hablado con él y con su hermano—. Adam no va a renunciar a la alianza con los Keith.

—Deberías haberla atado mejor, James —le recriminó alguien.

—Y tú deberías haber hecho tu trabajo y vigilar el campamento —la rabia teñía sus palabras—. No me culpes de tu incompetencia, Gavin.

—Repítemelo si te atreves. No me importa que seas el hermano de Adam, te partiré la cara igualmente y disfrutaré con ello.

—Puedes intentarlo, pero no te lo pondré fácil.

—Ya basta —aquel, sin duda, era Adam—. Con el ruido que hacéis, no me extraña que no encontréis a la mujer. Para ella será como un juego esconderse de unos patanes como vosotros. Guardad silencio y seguid buscando. Y tú, James, quédate, quiero hablar contigo.

—¿Qué? —parecía enfadado todavía.

—No tienes que enfrentarte a todos, James.

—No tendría que hacerlo si me respetasen, Adam —protestó—. Soy el menor de los tres y no creen que me deban la misma lealtad que a vosotros dos. Estoy harto de tener que probar mi valía a golpes, pero si es lo que debo hacer, que así sea.

—No tienes que probar nada —rugió—. Eres nuestro hermano y con eso basta.

—Eso díselo a tus hombres.

—Nuestros hombres.

—Tuyos y de John —recalcó—. Él es el laird y tú su mano derecha. Os juraron lealtad a vosotros. A mí no me deben nada.

—Hablaré con ellos.

—Déjalo, solo lo empeorarás. Sé librar mis propias batallas.

—James, espera.

De pronto se hizo el silencio y Aileen supo que se habían ido. Por un momento se había sentido identificada con James. No era el mismo caso, pues ella jamás podría comandar a los hombres de su padre, pero se había sentido infravalorada en su propio hogar por pretender ser quien no podía. O más bien quien ellos creían que no debía ser.

—Es hombre —se recordó para no sentir simpatía por él— Incluso en su situación, todo le resultará más fácil que a mí. No somos iguales. Él es mi enemigo.

Cerró los ojos de nuevo y trató de descansar. En un par de horas más, si la búsqueda se relajaba, intentaría bajar y continuar su camino hacia Garioch. Aunque estaba cómoda en aquella rama, no podría quedarse eternamente en ella porque terminarían por encontrarla. Si alcanzaba la capilla sin ser vista, podría pedirle al reverendo que enviase a alguien a Forbes para informar a Boyd de dónde se encontraba y él se encargaría de ir a por ella. Y si los Gordon la encontraban antes, permanecería en la capilla a salvo de los Gordon hasta que sus compañeros apareciesen. Cuando supiesen que habían estado siguiendo a la mujer equivocada, no tendrían más opción que dejarla ir. Y Boyd se ocuparía de ello.

Bajar le resultó más complicado que subir y obtuvo más cortes. La camisola apenas cubría sus piernas y se llevaron la peor parte. Las masajó en cuanto llegó al suelo, aprovechando a calentarlas también. La noche estaba avanzada y el frío se le había metido dentro por estar parada tanto tiempo en las alturas.

Caminó con cuidado entre los árboles, si ver bien por dónde iba y procurando no tropezar con nada. Pronto comprendió que no debería haberse movido hasta el amanecer, pero como siempre, actuaba antes de pensar y ahora ya no se sentía con fuerzas para trepar de nuevo. Los primeros rayos de sol la encontraron cerca del pueblo, no obstante. Casi podía saborear la victoria, cuando escuchó a lo lejos los cascos de los caballos. Se giró y vio a una docena de hombres cabalgando a toda prisa hacia ella. James iba a la cabeza.

—Maldición —echó a correr, rogando para llegar a la capilla antes de que le diesen alcance.

DISCUSIONES

Nunca en su vida había corrido tan rápido y aún así, parecía no ser suficiente. No se atrevía a mirar hacia atrás para no ver cuán cerca estaban ya de ella, pues si lo hacía, podría perder la poca ventaja que todavía conservaba. Que no debía ser mucha, pues el ruido de los cascos retumbaba bajo sus pies.

—Jean Keith —escuchó tras ella, demasiado cerca para su gusto—, deteneos ahora mismo.

Tampoco se molestó en contestar aunque se moría de ganas de hacerlo. Necesitaba de toda su energía concentrada en llegar a tierra sagrada y todavía faltaban unos metros para ello. Estaba segura de que la había increpado por eso, precisamente. En un último esfuerzo, obligó a sus cansadas piernas a moverse con mayor velocidad y solo se detuvo en cuanto golpeó con fuerza la puerta de la capilla con ambos puños. A pesar de que las tierras de alrededor formaban parte del edificio, no se fiaba de que los Gordon las respetasen. Tenía que entrar antes de que le diesen alcance.

—No lo hagáis —escuchó tan cerca, que esa vez se giró para mirar y descubrir que James estaba apenas a un par de pasos de ella.

—Padre —gritó golpeando la puerta una y otra vez—, solicito asilo. Por favor, abrid la puerta.

James ya la tenía a su alcance cuando la puerta se abrió. Aileen entró, empujando al pobre hombre en sus prisas por escapar de su perseguidor. Había estado muy cerca.

—Hija mía —se quejó el párroco—, ¿por qué tanto ímpetu?

—Ese hombre pretende hacerme daño —le dijo mirando a James, que permanecía fuera, con los puños apretados y su fiera mirada sobre ella.

—¿Es cierto eso?

—No, padre. Es mi prometida —mintió sin ningún remordimiento—. Su padre concertó el matrimonio, pero al parecer ella no está de acuerdo y por eso huyó. Os aseguro que no corre ningún peligro conmigo.

—Hija —la miró ahora a ella—, vuestro padre jamás os entregaría a un hombre que no pudiese cuidar de vos. ¿No creéis que estáis exagerando un poco vuestra reacción?

—¿Vais a creerle a él? —se sintió ofendida.

—No tengo motivos para no hacerlo.

—¿Mi palabra no sirve, padre?

—Vamos, vamos —tomó su mano y la palmeó condescendiente—. No os alteréis tanto. Veréis que todo tiene solución.

—¿Me la entregareis? —James sonaba ansioso.

—Me temo que no puedo —el alivio fue evidente en el rostro de Aileen—. La joven ha solicitado asilo y mi deber es ofrecérselo. La única forma en que pueda salir de aquí es por voluntad propia.

—Esperaré lo que haga falta, Jean —la amenazó, antes de dar la vuelta y regresar con sus hombres.

—¿Sois consciente de que esta pequeña rebelión solo retrasará lo inevitable, hija? —le preguntó el párroco en cuanto se quedaron solos—. Esto es una simple capilla, no hay comida, no hay agua, no hay un lugar donde dormir... Yo mismo debo regresar a mi casa en cuanto caiga la noche y me temo que aunque quisiese regresar con alimentos para vos, vuestro prometido ya no me lo permitiría.

—Sois un hombre de Dios, no puede reteneros.

—Puede hacerlo fuera de tierra sagrada y creo que lo hará. Parece un hombre decidido —se sentó con ella en uno de los bancos— ¿No sería mejor que le dieseis una oportunidad? Yo podría estar presente mientras habláis con él. Estoy seguro de que en cuanto lo conozcáis un poco no os parecerá tan malo ser su esposa.

—No soy su prometida —a pesar todo, no era capaz de mentir tan descaradamente como James a un hombre santo, así que trató de buscar las palabras adecuadas para contarle lo que ocurría sin llegar al engaño—. Es con su hermano con quien quieren casarme y mi padre no está de acuerdo con este matrimonio.

—Tal vez debería enviar a alguien a buscar a vuestro padre.

—No os lo permitiré.

—Lo primero es lo primero —el cambio de actitud en el hombre la desconcertó—. Debemos cubrir vuestra desnudez. Venid conmigo a la rectoral. Creo que tengo un poco de pan también y parece que lo necesitáis más que yo.

La llevó con él mientras hablaba y le entregó un abrigo viejo que tenía guardado en un destartalado armario de la rectoral. Luego le dio el mendrugo de pan y le pidió que se quedase allí mientras él terminaba de cumplir con sus obligaciones. Aileen no quería dejarlo sin comer, así que partió el pan en dos

y comió su mitad. Estaba acostumbrada a pasar tiempo sin alimento, así que unas pocas horas no serían nada para ella.

Ignorando las palabras del párroco, salió de aquella habitación en cuanto terminó de comer, sorprendiéndose de que estuviese sola en la capilla. Cuando vio que la puerta de la entrada estaba entornada, corrió hacia ella para descubrir, con enfado, que el hombre se acercaba con James. Y aunque este venía desarmado, Aileen estuvo tentada de encerrarse en la capilla y no dejarles pasar a ninguno de los dos.

—¿Por qué, padre? —lo acusó en cuanto entraron.

—Concedeos al menos un momento para conoceros, hija —le dijo con calma—. Estoy seguro de que no es tan terrible como pensáis vos.

No la había creído y lo sintió como una traición. Cruzó los brazos en actitud beligerante, pero por dentro estaba tan decepcionada que deseaba gritar. ¿Qué esperaba en realidad? Era un hombre, después de todo. Jamás creería en la palabra de una mujer tanto como lo haría en la de otro hombre, aunque este le mintiese tan descaradamente como lo había hecho James. La poca simpatía que podía haber sentido por él la noche anterior, desapareció en el mismo instante en que pronunció la palabra prometida.

—Vamos, vamos —la tomó de la mano una vez más—. Hablar no os hará daño y vuestro prometido ha jurado respetar la santidad de este lugar. No saldréis de aquí hasta que os sintáis segura.

Escaso consuelo era aquel, porque el hombre daba por sentado que querría irse en cuanto hablase con James. Pero no sería así, no se lo pondría tan fácil a ninguno de los dos. Necesitaba enviar un mensaje a Boyd, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo si el reverendo insistía en no creerla. O quizá debería intentar huir por su cuenta cuando llegase la noche.

—No quiero que os vayáis, padre —apretó su mano fingiendo un miedo que no sentía para nada—. No me sentiré cómoda estando a solas con él.

—No estaré lejos —le prometió. Y sin darle opción a intentar nada más, se alejó de ellos para darles un poco de intimidación. Aileen lo hubiese golpeado si no fuese un hombre santo.

—Creo que la jugada os ha salido mal, Jean —James susurraba para que el hombre no pudiese escucharlos.

—Para nada —se cruzó de brazos otra vez—. No podéis obligarme a salir de aquí, así que sigo ganando.

—¿Cuánto tiempo creéis que aguantaréis sin comer ni beber? No podré sacaros de aquí, pero no permitiré que nadie más entre —la amenazó—.

Ahorrémonos la molestia y salgamos ahora mismo los dos juntos.

—Seré una molestia para vos todo el tiempo que sea necesario, así tenga que morir de hambre.

—Os comportáis como una niña caprichosa —apretó la mandíbula para controlar su voz.

—Puede que lo sea.

—Vamos, Jean, no lo compliquéis más. Soy un hombre paciente, pero mi hermano no y si no os llevo de regreso hoy, vendrá él a buscaros y no le importará profanar suelo sagrado para sacaros de aquí.

—No sería capaz —abrió los ojos espantada.

—Adam es capaz de todo por obtener lo que quiere. Y os quiere a vos.

—Quiere una alianza con los Keith —repitió las mismas palabras que le había dicho él unas horas antes.

—Es lo mismo.

—No lo es —negó—, pero sois hombre, es normal que no entendáis la diferencia.

—¿Amor? —la miró con divertida curiosidad—. Eso no tiene cabida aquí. Son sueños de niñas.

—No os hablo de amor —fue su turno para apretar la mandíbula—, sino de respeto.

—Mi hermano os respetará.

—¿Cuándo? —le preguntó— ¿Después de secuestrarme? ¿Después de desposarme por la fuerza? ¿O cuando me obligue a consumir el matrimonio para que sea válido? Tal vez después de que le dé el heredero que afiance la alianza que tanto desea con los Keith. O puede que en mi lecho de muerte. Sí, es posible que lo haga en mi lecho de muerte y pida la extrema unción para mí.

—Estáis exagerando. Adam os...

—Adam no será mi esposo —lo interrumpió—. De eso podéis estar seguro. Padre, James ya se va. Solo.

La mirada de James haría temblar a cualquiera, pero no a ella. Ella le lanzó una similar, aceptando el reto. Porque a partir de ese momento, el primero que claudicase le entregaría la gloria al otro y aunque Aileen sabía que tenía las de perder, no pensaba rendirse tan fácilmente.

—No has ganado, Jean —le recordó James antes de marcharse.

—Eso ya lo veremos —susurró ella en cuanto la dejó sola.

—Debo irme, muchacha —le informó el párroco—. Mis obligaciones fuera de la capilla me reclaman.

—No os preocupéis por mí, padre. Estaré bien.

—No creo que me dejen regresar. ¿Sois consciente de ello?

—Lo soy —asintió. Como también lo era de que tendría que hallar el modo de escapar en cuanto cayese la noche.

—Deberíais reflexionar sobre esto. La mejor decisión es aceptar lo que vuestro padre ha elegido para vos.

—Mi padre no eligió nada de esto —y no mentía.

—Pensadlo.

Deseó gritar de frustración, pero se contuvo. No serviría de nada porque aquel hombre había creído a James y no podría hacerlo cambiar de opinión ni aunque le contase la verdad. Lo vio salir y por un momento pensó en que la había dejado sola a propósito. ¿Esperando que se arrepintiese y saliese por voluntad propia? O que el miedo a pasar la noche en una capilla la obligase a salir, tal vez. Fuese por lo que fuese, si salía de allí, sería a escondidas y para huir de nuevo.

Pero por el momento, buscó un lugar donde poder descansar. Si iba a escapar aquella noche, necesitaría disponer de más energía para correr, o pelear, si fuese necesario. Sabía que James estaría alerta y que le resultaría complicado pasar desapercibida. Podía confesarle que no era Jean Keith para acabar con aquella locura, pero a esas alturas lo más probable era que no la creyese ya. Y así, su plan de librarse del matrimonio contando la verdad se había desbaratado por completo. En el mismo instante en que huyó de ellos, perdió la credibilidad. No lo había contemplado de aquel modo y ahora debía pagar las consecuencias.

—Mis impulsos y yo —suspiró y se removió en el banco buscando una postura más cómoda. Se habría acostado en el suelo, pero la piedra estaba muy fría, así que se decidió por el banco, aunque fuese estrecho.

Después cerró los ojos y trató de conciliar el sueño. Sin embargo, su mente no parecía dispuesta a permitirlo. Viajó hasta su hogar y pensó en su familia. Nunca los había extrañado tanto como en aquel instante. Si pudiese chasquear los dedos y aparecer en un lugar en concreto, Lochbay sería su elegido. Hoy más que nunca necesitaba un abrazo de su madre o incluso las regañinas de su padre. Cualquier cosa que la hiciese olvidar en el lío que se había metido por no pensar bien en lo que hacía.

Nunca debería haberse hecho pasar por Jean. En su momento le pareció una gran idea, pero había sido un error. Y aunque había creído que destapar el engaño lo solucionaría, ahora veía que no habría funcionado tampoco.

Pensarían que se lo había inventado para evitar la boda y no conseguiría más que unas cuantas risas de su parte. Mentir nunca llevaba a nada bueno y debería haber recordado lo que solía decir su madre sobre ello antes de ocupar el lugar de Jean.

—Siempre hay que decir la verdad, hija —sus palabras resonaron en su mente como si la tuviese delante—. Las mentiras llevan a más mentiras y cuando quieras darte cuenta, ya no sabrás qué es real y qué no.

Ella todavía sabía qué era lo real, pero también sabía que nadie la creería. El párroco ni siquiera la había tomado en serio cuando le explicó lo que pasaba y James estaba tan convencido de que era Jean, que se burlaría de ella si intentaba convencerlo de lo contrario. Aunque le pidiese que fuese a Skye para comprobarlo, no lo haría. Supondría que era una treta para retrasar la boda.

—Maldición. ¿Por qué siempre me meto en líos? —se levantó del banco y comenzó a dar vueltas por la capilla. De repente, se le antojaba más pequeña de lo que era.

Se sentía encerrada, como si en lugar de su salvación, fuese una prisión. Como si no se estuviese liberando de sus captores, sino esperando su condena. La impotencia era tan grande, que deseó gritar una vez más maldiciendo su condición de mujer. Odiaba no ser la dueña de su destino.

Entonces, la puerta se abrió de golpe y Aileen se llevó la mano a la cintura para recuperar su espada, pero no encontró nada. La costumbre había actuado por ella. En cuanto vio entrar a James con el reverendo, puso distancia entre ellos. No serviría de nada, pero al menos le daría cierta ventaja si debía salir corriendo de la capilla. Algo le decía que se habían confabulado contra ella.

—No temáis, muchacha —le dijo el hombre santo—. Le he pedido a vuestro prometido que me acompañase porque quería hablaros a los dos. He estado reflexionando sobre el asunto y he tomado una decisión.

—Vos no tenéis que decidir nada, padre —dijo con cautela.

—Estáis bajo mi protección ahora... y la de Dios —añadió a modo de reprimenda—. Es mi deber velar por vuestra seguridad.

—Aquí estoy segura.

—¿Por cuánto tiempo? —le recriminó—. No puedo permitir que os muráis en la casa de Dios y algo me dice que estáis dispuesta a ello con tal de libraros de una boda que no deseáis.

Decidió no desmentirlo. Al parecer era cierto que había tomado una decisión y que nada de lo que ella dijese lo haría cambiar de opinión, así que

era mejor reservar sus energías para cuando las necesitase de verdad. Guardó silencio y esperó a que continuase hablando. Le consolaba ver que James estaba tan perdido como ella en aquel momento. Al menos el párroco no había mentido en eso y era algo que se le había ocurrido a él solo.

—He estado hablando con James —continuó el hombre— y no creo que sea un esposo tan terrible para vos. Sé que os protegerá y velará por vuestro bienestar. Que vuestro padre lo haya elegido me anima a pensar que vio lo mismo que he visto yo en vuestro prometido.

—Padre —empezó a protestar viendo a dónde se dirigía—, no creo que eso...

—Estáis asustada —la interrumpió—, lo entiendo, pero no creo que debáis temer nada. Vuestro esposo os tratará con el respeto que os merecéis. He podido comprobar que es un buen hombre y sé que hará lo que esté en su mano para haceros feliz.

—Padre —insistió—. Yo no soy...

—Así que yo mismo os desposaré —su frase la enmudeció—. Ahora mismo, en esta capilla. Saldréis de aquí siendo su esposa y veréis que el futuro con él no será tan terrible.

—Padre —ahora era James quien pretendía interrumpirlo—. Dudo que eso sea del agrado de nuestras familias. Esperan presenciar el enlace.

—Siempre podéis renovar los votos más adelante —lo miró—, pero lo importante es que no dejaré que la joven salga de la capilla sin un anillo en su dedo.

—No tengo ninguno.

—Hablo de algo simbólico, muchacho. Pero estoy seguro que se lo entregaréis en cuanto regreséis a vuestro hogar.

—No voy a casarme con él, padre —Aileen estaba estupefacta con aquella conversación—. No podéis obligarme.

—Soy un hombre de Dios y como tal cuido de su rebaño aquí en la tierra —había censura en su voz y en sus ojos—. Haré lo que crea correcto.

—¿Me obligaréis?

—No —negó—. Vos consentiréis.

—Jamás.

—En este caso he de estar de acuerdo con ella, padre —James se colocó junto a Aileen para apoyar sus palabras—. La ceremonia se ha de llevar a cabo en Huntly.

—Me temo que no puedo aceptarlo —les dijo inamovible y alzando una

mano antes ellos, realizó la cruz mientras añadía—. Estamos aquí ante Dios Todopoderoso, Nuestro Señor, para unir en santo matrimonio a este hombre y esta mujer. Me consta que ambos desean y consienten la unión y que respetarán sus votos. Por el poder que me ha sido conferido por la Santa Madre Iglesia, los declaro marido y mujer. Lo que ha unido Dios en los cielos, no lo separe el hombre en la tierra. Amén. Podéis besar a la novia.

Antes de que ninguno tuviese tiempo a reaccionar, el párroco ya los había casado. Permanecieron frente a él, sin moverse, por un tiempo que al parecer se le antojó largo, porque insistió en que sellase el matrimonio con un beso y saliesen de su capilla.

James se giró entonces hacia ella decidido y Aileen negó con la cabeza mientras retrocedía unos pasos. La atrapó igualmente entre sus brazos y la atrajo hacia él hasta estampar los labios en los suyos. Fue un beso duro y corto, pero se estremeció de pies a cabeza. Era su primer beso y jamás creyó que sería así. Y mucho menos que se lo daría su esposo. Su esposo. Aquello no sonaba nada bien, pues nunca había querido desposarse con nadie.

—Pediré la anulación —le dijo mientras la arrastraba fuera de la capilla.

—No harás tal cosa —la obligó a subir a su caballo y después se colocó tras ella—. Nos vamos.

Su orden, gritada, la sobresaltó y notó cómo James afianzaba su sujeción para evitar que se cayese del caballo cuando lo lanzó al galope. Por el modo en que cabalgaba, supuso que su intención era llegar ese mismo día a Huntly. Su tiempo se estaba agotando y ya no le quedaban ideas que poner en marcha.

—Conseguiré una anulación —insistió pasados unos minutos—. Este matrimonio no tiene validez.

—Me temo que tiene toda la validez del mundo —replicó él, igual de enfadado que ella—. Te guste o no, estamos casados.

—¿Qué dirá vuestro hermano de esto?

—Lo averiguaremos esta noche —el tono sombrío que imprimió a aquellas palabras, provocó un escalofrío en Aileen.

—Las mentiras llevan a más mentiras —murmuró, recordando una vez más las palabras de su madre.

Había mentido al hacerse pasar por Jean y James había mentido al decir que era su prometido. Ahora estaban casados y aunque desease que fuese otra mentira más, su matrimonio era real. Si no lograba escaparse antes de que el engaño saliese a la luz, su vida correría peligro. Y por desgracia, en el mismo instante en que el laird de los Gordon enviase un mensaje a William Keith

anunciando aquella boda, su tapadera desaparecería.

Verse casada con un Gordon sin ser la mujer que ellos querían la dejaría a su merced y no estaba muy segura de lo que querrían hacerle. Si habían sido capaces de secuestrar a la hija de uno de los hombres más poderosos de Escocia para obtener una alianza con él, qué no harían con una mujer que les había privado de lo que más deseaban. Ahora, más que nunca, necesitaba que Boyd y sus hombres la rescatasen, pero temía que llegasen demasiado tarde.

Desde que habían iniciado aquella misión, todo había salido mal. Al menos para ella, pues a aquellas alturas, Jean seguramente ya estaría a salvo en Forbes. *Resiste un poco más*, se dijo, pensando en que Boyd no la abandonaría a su suerte. Vendría a por ella.

—No debes temer nada, Jean —le dijo James malinterpretando su desánimo—. No permitiré que te ocurra nada malo.

Cómo si pudiese evitarlo o si quisiese hacerlo, pues en cuanto se descubriese su verdadera identidad, sería el primero en pedir su cabeza como venganza por el engaño.

HUNTLY

Cuando llegaron al castillo la noche se les había echado encima. Después de todo lo que había pasado en los últimos años, Aileen no se asustaba con facilidad, pero cabalgar a aquella velocidad y con tan poca luz, no era su idea de un viaje seguro. Permaneció en silencio la mayoría del camino, pero cuando vio que no tenían intención de detenerse, trató de convencer a James de que era peligroso.

—No te pasará nada —le había dicho él, zanjando la discusión. Si es que a ignorarla totalmente se le podía llamar así. Aún así, había apretado el brazo contra su cintura después.

—¿Quién va? —oyeron delante de ellos.

—James Gordon —gritó de regreso.

Al momento se escuchó el ruido del portón abriéndose y Aileen pudo ver a varios hombres portando antorchas para iluminarles el camino en cuanto la traspasaron. Frente a la misma entrada del castillo esperaban Adam y otro hombre, que por su parecido con ellos dos, supuso que era el laird.

James bajó del caballo y la ayudó después, mientras los otros se acercaban. Podía notar la tensión en su ahora esposo y supo que también él estaba preocupado por lo que fuese a pasar. No iba a sentir lástima de él pues estaban en aquella situación porque él había mentido al reverendo. Tampoco tenía intención alguna de aligerar su carga, así que decidió permanecer en silencio hasta ver qué decidían sus hermanos mayores. Con suerte, pedirían la anulación del matrimonio y le darían así más tiempo para poder encontrar el modo de escapar de Huntly. Porque su plan seguía siendo el mismo, aunque el escenario hubiese cambiado.

—Sabía que la encontrarías —dijo con orgullo Adam, palmeando su hombro.

—Tenemos que hablar —le respondió James—. En privado.

—De acuerdo —el laird los presidió hasta la pequeña habitación de cuentas.

Nadie habló, pero Aileen notaba la tensión en cada uno de ellos. Tampoco James le dio opción a escabullirse porque la tenía bien sujeta por la mano y la arrastraba con él. A ninguno de ellos le pasó inadvertido aquel gesto y aunque

Aileen no era propensa a los sonrojos, no puedo evitar que su rostro se colorease bajo la mirada curiosa del laird.

—Tú dirás, James.

—Jean se refugió en la capilla de Garioch —dijo sin rodeos y Aileen no pudo más que admirarlo secretamente por ello— y tuve que mentir para poder sacarla de allí. Lo primero que se me ocurrió fue decir que era mi prometida y que se había escapado para no casarse conmigo. No creí que el padre Logan se lo tomase tan en serio.

—¿Qué estás diciendo, James? —Adam lo miró con desconfianza.

—Está diciendo que el padre Logan los ha casado —intervino el laird— ¿Es eso, verdad? Conozco a ese hombre y sé de lo que es capaz.

—Así es —asintió tenso—. Pero no la he tocado, lo juro. He venido directamente desde Garioch sin detenernos por el camino. Así que podemos solicitar la anulación del matrimonio explicando lo que ha pasado. Quizá en un par de semanas...

—Un par de semanas es demasiado, James —Adam parecía fuera de sí—. Los Keith podrían venir a reclamarla mañana mismo.

—No hay por qué alterarse, muchachos —el laird los miraba con calma—. No será necesario pedir la anulación porque nos servirá igualmente tu matrimonio con Jean.

—Pero tú querías que la desposase yo, John —protestó Adam.

—Solo pensé en ti porque eres mi segundo al mando, Adam. Pero James es mi hermano también, así que la alianza con los Keith se llevará a cabo igual —miró a James antes de continuar—. Solo has de consumir el matrimonio esta misma noche para que nadie lo pueda anular y estará hecho. Después enviaremos un mensaje a William para informar que su hija está casada con un Gordon...

—Me temo que no servirá de nada, mi señor —era el momento de intervenir. Pasase lo que pasase después, no podía permitir que su matrimonio se consumase—. Si enviáis aviso a William Keith sobre esta boda, lo único que obtendréis será una felicitación de su parte y puede que hasta logréis hacerlo reír por haber sido engañado tan fácilmente.

—¿Engañado? —John la miró con curiosidad.

—Sí, señor, engañado. Porque no soy Jean Keith —cruzó los brazos, más para impedir que vieses cómo le temblaban las manos que por mostrarse desinteresada.

—Y debemos creerte —intervino Adam.

—Haced lo que queráis —replicó—, pues hoy me ha quedado claro que mi opinión no cuenta para los hombres, pero habréis casado a un Gordon con la mujer equivocada. Y una vez consumado el matrimonio, la nulidad es totalmente imposible.

—Si no sois Jean —John captó su atención— el matrimonio carecerá de valor, pues usasteis un nombre falso.

—El padre Logan no dio nombres durante la ceremonia —explicó James, que había permanecido en silencio en cuanto ella habló—. Sea quien sea, es y será mi esposa, si esta noche le arrebató la virtud.

—No es más que una treta —Adam se acercó a ella amenazante—. Ha jurado impedirlo y es lo que intenta. No debemos creerla.

—No te acerques más a ella, Adam —James habló con calma, pero todo notaron cómo apretaba la mano contra la empuñadura de su espada—. No voy a permitir que le hagas daño.

—Parece que te tomas muy en serio tus obligaciones maritales —lo miró ceñudo—. Si es cierto que no es Jean Keith, ¿qué te importa lo que le pase?

—Es mi esposa y la protegeré con mi vida si es necesario mientras lo siga siendo.

—Todavía no lo es —renegó—. Ni siquiera te has acostado con ella, por el amor de Dios.

—No blasfemes —lo reprendió John—. Y tranquilizaos los dos. No es necesario llegar a las armas. James, aparta la mano de la espada, por favor.

El silencio se hizo en la habitación en cuanto James hizo caso a su hermano y nadie se atrevió a moverse mientras John parecía reflexionar sobre el asunto. Aileen permaneció con la frente alta, desafiante, para demostrarle que no le tenía miedo, pero en el fondo estaba aterrorizada. ¿De que no la creyese? ¿De que sí lo hiciese? Cualquiera de las dos opciones le acarrearía problemas, pero tal y como ella lo veía, continuar siendo la esposa de James sería el peor de todos. ¿Cómo podría huir de Huntly sin que él la siguiese? Se había puesto en plan protector desde que se habían casado y eso le decía que era un hombre de honor. Dudaba que la dejase marchar sin más, ni siquiera si descubriría quien era ella en realidad.

—Solo hay un modo de comprobar que decís la verdad, Jean —que John usase aquel nombre era prueba suficiente para saber que no la creía—, pero me temo que no podemos correr el riesgo de que sea una treta para no consumar el matrimonio y para darle tiempo a vuestro padre a pedir la anulación del mismo.

—No soy Jean Keith —insistió—. Me hice pasar por ella cuando nos capturaron para que os llevaseis a la incorrecta.

—¿Y por qué habrías de hacer tal cosa? Si fuese cierto, podríamos decidir matarte —la amenazó Adam—. Ya no nos serías de utilidad si no eres ella.

—Podrías intentarlo, desde luego —no demostró temor alguno a sus palabras—, pero no penséis que os lo pondré fácil.

—Aquí nadie va a matar a nadie —dijo James, para aclarar el tema.

—No —asintió John—, nadie va a matar a nadie aquí. Aunque he de decir que sin pruebas, es muy difícil creerlos, Jean.

—No soy Jean —repitió—. Pero sé de otra forma de demostrarlo sin tener que recurrir al laird de los Keith. Aunque esa sería la forma más rápida.

—¿Cómo?

No estaba segura de querer involucrar a su familia en aquello, pero tampoco tenía muchas más opciones. Enviarlos a Forbes en busca de Boyd no era posible porque se negarían a ir y con los Keith tampoco lo harían sin consumir antes el matrimonio, así que solo quedaban ellos.

—Enviad un mensajero a Dunvegan —sugirió, insegura aún así, de que fuese a ocurrir tal y como ella esperaba—. Dougal MacLeod es el laird y enviará a mi padre o a uno de mis hermanos para corroborar mis palabras.

Su padre bien podía dejarla a su suerte a modo de castigo por lo que les había hecho sufrir con su huída y no le extrañaría que lo hiciese. Pero si con ello podía ganar tiempo para organizar otro plan de huída, se daría por satisfecha.

—Muy conveniente —intervino Adam de nuevo—. Pretendes enviar a nuestros hombres a un viaje de varias semanas a comprobar una información que probablemente sea falsa. Y mientras tanto, querrás que el matrimonio siga en el aire, ¿verdad?

—Os doy una alternativa a hablar con William Keith, puesto que pensáis que os estoy mintiendo —se defendió—. Pero adelante, id a hablar con el laird. Cuando se ría en vuestra cara y os diga que su hija está casada con Alexander Forbes, no vengáis a echarme la culpa a mí. Ni pretendáis castigarme por haber consumado un matrimonio que no os beneficiaría en nada.

—Enviaremos a alguien a Dunvegan, a Forbes —sentenció John— e incluso a Dunnottar. Tres confirmaciones serán mejor que una. Dadme un nombre por el que preguntar al laird de los MacLeod y veremos quién tiene razón.

—Kerr MacLeod —se sintió extraña pronunciando el nombre de su padre después de tres años sin hablar de él. Había pensado en ellos continuamente, pero nunca había hablado con nadie sobre su familia. Le dolía demasiado.

Por un momento, al pensar en que podría verlos pronto y no del modo en que habría esperado hacerlo, la ansiedad se apoderó de ella. Aquella no era la forma en que había planeado regresar a su hogar.

—Adam, encárgate de eso —le pidió a su hermano y en cuanto los dejó solos, John los observó alternativamente, como si estuviese sopesando la información que tenía. De repente fijó la mirada en ella y habló—. Comprenderéis que no puedo arriesgarme.

—¿Qué?

—Esta noche consumaréis el matrimonio, tanto si sois Jean como si no.

—No —se negó—. Os estoy diciendo la verdad. Jean está en Forbes ahora mismo, probablemente ya casada o a punto de hacerlo. Yo no soy...

—Lo siento, muchacha, pero nos jugamos demasiado en esto para dejar cabos sueltos.

—Os estáis equivocando al obligarnos a consumir el matrimonio.

—En realidad ya no importa si sois o no Jean Keith.

—¿Desde cuándo no importa? —preguntó ahora James confuso.

—Bueno, los MacLeod son un clan poderoso, James —le explicó—. Así que no tendré ningún inconveniente en estar emparentado con ellos, en caso de que la muchacha diga la verdad.

—No soy nadie importante en el clan —intentó convencerlo de que se retractase, aún a sabiendas de que Dougal haría honor a su unión, pues siempre la había tratado como a una prima a pesar de que solo Tam y Fiona lo eran realmente—. Este matrimonio no significará nada para el laird.

—¿Cuántas mentiras han salido de vuestra boca desde que habéis llegado? —la sonrisa de John la enfureció.

—Ninguna.

—Digamos que no sois Jean Keith —le explicó ahora a ella— y que el laird de los MacLeod hace llamar a vuestro padre para que lo corrobore, tal y como aseguráis. Creo que el haberlo nombrado a él en primer lugar y no a vuestro propio padre ya es bastante significativo, ¿o me equivoco? Además, si el hombre se molesta en dar aviso a vuestro padre a petición vuestra quiere decir que os tiene en alta estima o puede que incluso seáis familia. Así que no me culpéis por no creer que este matrimonio lo vaya a dejar indiferente.

—Podéis creer lo que queráis —lo desafió, aún sabiendo que tenía razón

en todo.

—Tendremos tiempo de sobras para comprobarlo —añadió John—, porque esta noche vuestro matrimonio se hará efectivo y...

—No —se negó.

—Cuando antes lo asumáis, mejor —hizo un gesto con la cabeza y James la sujetó por un brazo para llevársela fuera.

—No lo haré —se liberó de él.

—Creo que no lo habéis entendido —le respondió—. Os guste o no, ya sois una Gordon.

NUEVA FUGA

John mandó llamar a su esposa después para que la preparase para su noche de bodas y Aileen estaba segura de que la había elegido a ella precisamente para que no se resistiese demasiado. ¿Cómo negarle algo a una mujer con un bebé en brazos? Había conocido a muy pocas mujeres importantes que se ocupasen de sus propios hijos como lo hacía aquella. La mayoría contrataban a una ama de cría y se contentaban con pasar unas pocas horas al día con sus bebés.

—Es un cielo de niña —le sonreía amorosamente mientras hablaba con ella—. No me da ningún trabajo. Y es una suerte porque así la puedo llevar conmigo todo el tiempo. Odiaría tener que dejarla con la institutriz gran parte del día.

Su madre había sido institutriz, pero no se animó a decirlo, pues no quería darle motivos para crear un vínculo entre ellas. Aún no sabía cómo, pero encontraría el modo de salir de allí, casada o no. Ya se ocuparía de despistar a James, aunque haberle dado el nombre de su clan no era la mejor manera de mantenerlo lejos. Ella y su maldita impulsividad. Debería haberse limitado a pedir que comprobasen la veracidad de sus palabras yendo a Forbes. En cuanto descubriesen que Jean estaba casada con Alexander, no tendrían motivos para retenerla.

Ahora John Gordon ansiaba una alianza con los MacLeod y aquel matrimonio se la proporcionaría. Dougal no se la negaría aunque no fuese su verdadera prima. En cuanto a su padre, no temía su reacción ante su matrimonio, sino su ira por haber escapado. Y estaba segura de que no vendría a buscarla de buenas formas. Si acaso aparecía. Después de esa noche, por desgracia, sería una Gordon, a no ser que se le ocurriese algún modo de retrasarlo, y tal vez su padre pensase que permanecer en Huntly era un buen castigo.

—No has de estar nerviosa —la voz de Sophia, la esposa del laird, la sacó de sus pensamientos—. James será dulce contigo. Él es el más tranquilo de los tres.

—Sois muy joven —se arrepintió de decirlo en cuanto las palabras estuvieron fuera de su boca. No quería hacerle creer que serían amigas algún

día e iniciar una conversación tan íntima con ella le impediría mantener las distancias sin herir sus sentimientos.

—Tengo 22 años —se ruborizó—. Sé que John es mucho mayor que yo, pero es un buen esposo. Me quiere y es muy cariñoso con la pequeña Henrietta, a pesar de que él deseaba un varón.

—Imagino que fue vuestro padre quien pactó el matrimonio.

—Mi padre necesitaba la ayuda de John, pero no tenía mucho que ofrecer, salvo a su hija —se encogió de hombros—. Admito que cuando vi a John por primera vez me asusté mucho. Él tenía 15 años más que yo y se veía tan rudo, tan serio. Pero siempre fue amable conmigo y con el tiempo aprendí a quererlo. Y ahora él también me quiere. Somos felices.

A eso se le llama resignación, quiso decir, pero guardó silencio. No quería desilusionar a la joven, menos ahora que había sido madre recientemente. Madre. Oh, Dios, un motivo más para no permitir que James se convirtiese en su esposo de palabra y hecho. Si sospechaba que pudiese estar encinta, jamás la dejaría marchar. Y aunque lograrse escaparse, la seguiría a donde fuera para recuperarlos a ambos.

—Necesito estar un momento a solas —se disculpó con Sophia.

—Claro —apretó su mano, comprensiva—. No te preocupes. James será bueno contigo.

¿Trataba de convencerla a ella o a sí misma?

En cuanto la dejó sola, corrió hacia la ventana para comprobar cuán lejos estaba del suelo y después de descartar esa vía de escape, se aventuró hacia la puerta. La abrió cuando creyó que no había nadie al otro lado y en cuanto comprobó que el pasillo estaba desierto, salió a hurtadillas. Avanzó en la misma dirección en que habían llegado, buscando las escaleras. Si lograba salir del castillo sin ser vista, tal vez pudiese escabullirse fuera del recinto y ocultarse hasta que se hiciese de día. Por primera vez desde que hacía planes improvisados, fue consciente de que era una locura y de que probablemente no funcionaría, pero sabía que debía intentarlo. Si se quedaba, sería peor.

Consiguió llegar hasta la puerta principal y traspasarla sin mucha dificultad, pero aunque estaba encantada con semejante hazaña sentía que algo no estaba bien. Le parecía imposible no haberse encontrado con nadie por el camino en un castillo tan grande. Debería bullir de actividad, pues era la hora de la cena. La misma Sophia le había dicho que ella y James se les unirían después. Lo había dicho con tanto tacto que ni le había sonado raro. Ahora, pensándolo mejor, le parecía terrible reunirse con docenas de personas, quizá

más, a sabiendas de que todos estaban al tanto de lo que habían estado haciendo.

Hubiese sido mejor cenar primero y luego permanecer toda la noche en la alcoba. Al menos no se moriría de vergüenza con las miradas de la gente sobre ellos y por la mañana ya estarían más ocupados con sus quehaceres y no se fijarían en una pareja de recién casados. Solo por ello, maldijo al laird una vez más. Ese hombre era terrible por más que su esposa lo hubiese alabado.

—Tanto si es Jean como si no —escuchó unos pasos por delante en la oscuridad—, lo que ha hecho James es jugar sucio.

—James ha hecho lo que creía correcto para traer a la joven hasta Huntly. Si tanto interés tenías en ella, haber ido tú a buscarla en lugar de enviarlo a él.

—James es el mejor rastreador que tenemos. La encontraría antes que yo.

—¿Quieres a la muchacha para ti?

—No se trata de eso.

—Si lo que te duele es el orgullo, asúmelo, Adam. James siempre nos ha sido fiel, no veas en sus acciones una traición. Te aseguro que no está contento con lo que ha sucedido. No tenía intención ninguna de regresar casado, pero ahora lo está y cumplirá con su deber. ¿Harás tú lo mismo?

—Sabes que sí, John. Pero pudo haberle dicho al párroco que era mi prometida y...

—¿Qué clase de hombre enviaría a su hermano a recuperar a su prometida fugada? —lo interrumpió—. Vamos, Adam, déjalo ya. Si la quieres aún estás a tiempo de impedir que el matrimonio sea un hecho. Si no, déjasela a James.

—Él tampoco la quiere —le recordó—. Ha estado rondando a Mary todo el invierno. En cuanto la muchacha sepa que se ha casado, no le hará ninguna gracia. Y no es una mujer a la que te gustaría tener como enemiga.

—James se está ocupando de eso ahora mismo. Y en todo caso no es asunto tuyo, Adam. Sabe lo que tiene que hacer y lo hará.

—No lo envidio en eso —dijo más calmado—. Ni en tener a Jean por esposa... O quien sea. ¿Cómo podría confiar en ella si ni siquiera sabemos si ha dicho la verdad?

—Ambos mintieron, en eso están a la par. Tendrán que aprender a convivir con ello. Olvidarlo por el bien del matrimonio. Adam, ningún hombre que se case por conveniencia quiere a su esposa. Y el que diga lo contrario miente.

—Pero tú amas a la tuya.

—Aprendí a hacerlo con el tiempo. Cuando la conocí no era más que una niña que se encogía de miedo cada vez que le hablaba. Los primeros meses

fueron muy frustrantes, pero cuando al fin comprendió que no la lastimaría, me permitió ver a la verdadera mujer que es. La amo, sí. Tal vez no la habría elegido de haber podido hacerlo, pero ahora no la cambiaría por ninguna otra.

No pretendía espiarlos, pero en cuanto descubrió que hablaban de ella, le resultó imposible no hacerlo. Estaba claro que John y Adam habían salido fuera para no ser escuchados y tal vez por eso todavía no había nadie en el salón. Nadie entraría sin que su laird lo hubiese hecho en primer lugar.

Descubrir que James estaba renunciando a la mujer que amaba por un matrimonio que ninguno de ellos quería, la hizo dudar de su plan inicial. Por un momento sopesó la idea de regresar a la alcoba y tratar de convencerlo de que terminasen con aquella farsa por las buenas, usando a la mujer como munición contra su matrimonio, pero lo descartó pronto porque, en el fondo, sabía que no sería sencillo lograr que James rompiera su unión. Aquel hombre tenía, al parecer, un gran sentido del honor. Si era capaz de anteponer el deber a sus propios deseos, persuadirlo de que anulase el matrimonio se le antojaba un imposible. Tal vez...

—Encontrarte medio desnuda en la noche se está volviendo una costumbre —se sobresaltó al escuchar su voz tras ella—. Y ahora que eres mi esposa, me gusta menos que cuando ibas a ser mi cuñada.

En su prisa por escapar, se había olvidado de que todavía llevaba solo la camisola y el corpiño. El viejo abrigo del reverendo había quedado en la capilla, pues el muy ingrato se lo había pedido de regreso. James le había dejado un plaid para ocultar la poca ropa que llevaba mientras hablaban con sus hermanos, pero en aquel momento debía de estar tirado en algún rincón de la alcoba de su esposo.

—Cerrad los ojos —le dijo, tal y como había hecho en la anterior ocasión.

—Esta vez puedo hacer algo mejor.

—¿Qué...? —no pudo terminar la pregunta porque James la cargó en brazos como si no fuese más pesada de una pluma.

Subió las escaleras de dos en dos sin siquiera fatigarse y abrió la puerta de un golpe. Se adentró en la alcoba directamente hasta la cama y la lanzó sobre ella, provocando que un grito saliese de su boca por la impresión. No sabía si sentirse ofendida por cómo la había soltado o sorprendida de que todavía tuviese energía para hacerlo.

Pero lo que hizo fue arrodillarse en la cama mientras él cerraba la puerta y la atrancaba para que nadie los molestase. O quizá para que ella no pudiese salir.

—Tenemos que hablar —dijo en cuanto lo vio acercarse a la cama.

—Dejémoslo para después.

—Es importante.

—Consumar el matrimonio es más importante —insistió mientras dejaba la espada y el puñal sobre la mesa, junto a la ventana—. Por suerte ya tengo medio trabajo hecho.

Aileen lo miró ofendida por el comentario y trató de ocultar sus piernas con las mantas. James rió al arrebatárselas de un solo tirón, haciéndola caer de espaldas en la cama. Por un momento fue capaz de vislumbrar mucho más de ella de lo que le hubiese gustado a Aileen.

—Serás bruto —protestó sin percatarse de que había empezado a tutearlo después de aquello.

—No las necesitaremos para lo que vamos a estar haciendo en un momento.

—No vamos a hacer nada porque sé que no quieres estar casado conmigo —sonó más desesperada de lo que le hubiese gustado, pero ver cómo se quitaba la camisa había acelerado su corazón.

—Querer y deber son cosas muy distintas —constató—. No quiero, pero debo.

—No debes —retrocedió en la cama hasta casi bajar de ella por el lado opuesto al que se encontraba James—. Tú amas a Mary y...

—¿Quién te habló de ella? —la dureza en su voz detuvo lo que iba a decir.

—Se lo escuché decir a tus hermanos —confesó insegura.

—No deberías haber sabido de ella —se acercó a ella, pero Aileen retrocedió hasta bajar de la cama. Su espalda acabó chocando contra la pared y tuvo que detenerse. James permaneció un par de pasos lejos de ella para no asustarla más, pues no era con ella con quien estaba enfadado, sino con sus hermanos.

—Pues ahora lo sé —le dijo—. Y no tienes por qué renunciar a ella.

—Vamos a aclarar el asunto aquí y ahora porque quiero que este matrimonio empiece bien —respondió—. Lo diré una sola vez y no volveremos a hablar del tema porque es algo privado y que se va a quedar enterrado en el pasado ahora. Sé cuál es mi deber y lo asumo. No tienes nada que temer con respecto a ella porque no volveré a verla.

—¿Vas a negar que la amas?

—Teníamos intereses comunes —respondió después de pensarlo—. Probablemente habríamos acabado casados con el tiempo, no te mentaré en

eso, pero ya sabe que lo que había entre nosotros se ha terminado. Tú eres mi mujer ahora y me debo a ti.

—Te debes a tu clan —le replicó.

—Mi clan es muy importante para mí —le confesó—, pero siempre tuve claro que el día que formase mi propia familia, ellos serían los primeros en mis prioridades. Olvídate de Mary. Lo que pudo haber entre nosotros ya no existe.

—Y debo fiarme de tu palabra —lo provocó, tratando de enfadarlo para que renegase de su matrimonio, aunque en lo más hondo de su ser sentía admiración por él, por su convicción y su lealtad a la familia—. La palabra de un hombre que ha descartado a la mujer que ama con tanta facilidad. ¿Cómo puedo confiar en que dices la verdad al asegurarme que seré lo primero para ti?

—Jamás mencioné el amor, sino el interés. Nos entendíamos bien, pero eso ya no tiene importancia —le dijo, terminando de cubrir la distancia que los separaba—. Olvídate de Mary. Ahora somos tú y yo.

—Si tu hermano te ordena que me mates, ¿lo desobedecerías? —su cercanía le cortó la respiración, pero se obligó a no mostrarle cuánto le afectaba. Tampoco dejó que sus ojos se paseasen por su pecho descubierto.

—Te defendí cuando Adam amenazó con matarte —le recordó.

—Adam no es tu laird.

—Ni John es mi esposa.

Por un momento, guardaron silencio, pensando en lo que había dicho James. Y a pesar de la tensión del momento, se les escapó una sonrisa.

—Vale, lo admito —se corrigió—, eso ha sonado muy raro. Pero me has entendido, ¿verdad?

—Entiéndeme tú ahora a mí —dijo ella, no obstante—. No permitiré que renuncies al amor por un matrimonio que no...

—Está hecho —la interrumpió—. No hay vuelta atrás.

Aileen se disponía a discutir con él, pero James la besó acallando sus protestas. Y no fue un beso como el que le había dado en la capilla, sino más controlado, más profundo. Tan persuasivo, que logró arrebatarse la respiración y tuvo que sujetarse a él para no caer al suelo cuando las piernas le fallaron por completo.

NOCHE DE BODAS

James regresó de casa de Mary con un humor más sombrío que cuando había ido a verla. La joven se había convertido en parte importante de su vida en los últimos meses y se había planteado la idea de pedirle matrimonio. Estaba convencido de que era lo que ella estaba esperando que sucediese y de que era lo que él quería.

Mary había quedado viuda su primer año de matrimonio y John había querido casarla poco después con uno de sus hombres, al enterarse de que estaba embarazada, pero ella se había negado. Fue evidente el porqué cuando empezó a mostrar más interés del habitual en James. Debía admitir que no la había tomado en cuenta porque no se veía como padre y quien estuviese con ella debía hacerse cargo de su hijo también. No se sentía preparado para esa responsabilidad y no quería darle falsas esperanzas, así que había tratado siempre de desilusionarla con tacto.

El día en que perdió el bebé que esperaba sintió tanta pena por ella, que se obligó a visitarla mientras se recuperaba, solo para asegurarse de que estaba bien. Era lo mínimo, después de todas las atenciones que ella le había profesado incluso cuando él solo la había tratado con cordialidad.

Las visitas se sucedieron después de aquel primer día y se fueron conociendo poco a poco, hasta descubrir que era una muchacha encantadora y alegre. Su parloteo incesante, su dulzura y aquella sonrisa constante que tenía, le hacían olvidar sus problemas por unas horas y después de unas semanas, se encontró a sí mismo frecuentándola a diario. Y después de un invierno compartiendo su tiempo y finalmente, su cama, pensó que debía dar ya el paso y pedirle matrimonio. Era lo correcto.

Pero desde que había conocido a su ahora esposa, desde que lo había hastiado con sus provocaciones durante el viaje de regreso a Huntly, desde que se había enfrentado a ellos cuando Adam le dio a entender que era un simple medio para conseguir un fin y desde que le había lanzado la espada de su hermano para poder huir de él, no estaba seguro de nada. Solo sabía que lo que había sentido por Mary palidecía ante lo que Jean provocaba en él con una sola de sus miradas airadas.

Nunca había envidiado a sus hermanos, ni siquiera cuando veía el modo en

que sus hombres los respetaban y obedecían sin la menor vacilación, mientras que él debía pelear para lograr que lo tomaran en serio; tampoco cuando recordaba que no podría aspirar a más por ser el tercer hijo; ni cuando las alabanzas iban dirigidas a sus hermanos, aunque el mérito hubiese sido suyo en mayor medida. Nada de eso le había importado porque se sentía útil ayudándoles, aún cuando le hiciesen sombra solo por ser los mayores. Pero por un momento, cuando Jean bajó del carruaje, con aquel brillo en los ojos y una actitud decidida y desafiante, deteniendo con una simple frase lo que parecía ser el inicio de una inevitable pelea, deseó ser Adam.

Durante el viaje intentó ignorar cuanto había despertado en él, pero le fue imposible. Y por ese motivo, la mentira que le dijo al padre Logan salió de forma tan natural de sus labios. Le hubiese gustado que aquello fuese cierto e inexplicablemente, al final se había hecho realidad. Y aunque se sentía un miserable mientras le explicaba a Mary las razones por las que ya no podían seguir viéndose, hacerlo le resultó más fácil de lo que pensaba. No por ello se sintió bien o le dolió menos ver la decepción en sus ojos. Tampoco se pudo mostrar indiferente ante sus súplicas y ruegos. Le constaba que ella había esperado una petición de matrimonio y no una ruptura, pero ya no había vuelta atrás y muy a su pesar, lo sintió como una liberación. Como si hasta aquel momento se hubiese limitado a seguir un camino que alguien había marcado para él y Jean lo hubiese desviado, sin proponérselo.

Su ardiente temperamento y la acidez de sus palabras lo habían cautivado. Las tentadoras pecas que adornaban su rostro habían llamado su atención incluso más que su cabello castaño, que se volvía rojizo cuando el sol lo bañaba con sus rayos. O sus labios carnosos, que había deseado besar desde el mismo instante en que la vio. Su mirada airada y sus impetuosas acciones lo habían enviado de cabeza a una encrucijada donde solo él debía decidir hacia dónde ir. Y la había elegido a ella. Tal vez no había sido consciente de ello, pero había ido en pos de su esposa desde el momento en que se habían conocido. No habría podido escapar de ella ni aunque lo hubiese intentado.

Mary había resultado ser la más perjudicada y se sentía culpable, por eso intentó consolarla cuando comenzó a llorar, pero ella no tardó en aprovecharlo para intentar robarle un beso y atraerlo a su cama, incluso sabiéndolo casado. Comprendió que tenía que ser más firme con ella aunque le doliese ver la decepción en sus ojos. Mary no se merecía sufrir por su culpa y haciendo de tripas corazón, se aseguró de que comprendiese que no tendrían otro tipo de contacto más que el que correspondía por ser miembros del mismo clan. Y

aunque nuevas súplicas brotaron de sus labios, se mantuvo firme en su decisión y soportó sus insultos hasta que consideró que había sido suficiente. Se alejó, dejándola rabiosa y dolida, y regresó al castillo de un pésimo humor.

Descubrir a su esposa deleitando, nuevamente, a cualquiera que pasase por allí con una perfecta visión de sus piernas, mejoró su estado de ánimo. Debería estar molesto con ella por mostrarse de una forma tan indecorosa, pero en realidad le divertía. Estaba seguro de que ni siquiera había reparado en ello cuando salió de su alcoba, probablemente pensando en escapar una vez más. Si algo había aprendido de ella en el poco tiempo que se conocían, eran su impulsividad y su terquedad. A pesar de que ya no podía huir de él, seguía intentándolo. Pero no podía enfadarse por ello porque cada una de sus locos planes los habían llevado a donde estaban en ese momento, besándose en su alcoba, dispuestos a consumir un matrimonio que los uniría de por vida. Y aunque no debería sentirse tan ansioso por hacerlo, pues había sido algo impuesto, en realidad era feliz de poder dar el paso.

—No —lo empujó para interrumpir el beso y aunque no lo hubiese movido si no se lo hubiese permitido, le sorprendió la fuerza con que lo hizo—. Esto no está bien.

—Estamos casados —le recordó—. Esto está bien.

—No, no lo está. Yo no soy Jean Keith —se apartó de él y la dejó ir, por el momento. Necesitaba que se relajase y soltar lo que tenía dentro sería la mejor forma de lograrlo—. No soy nadie. Cuando mi padre venga a buscarme, si acaso lo hace, descubriréis que en realidad no soy nadie importante y entonces lamentaréis haber consumado el matrimonio porque no habrá vuelta atrás. Habréis desperdiciado vuestra oportunidad con Mary de...

—Ya te he dicho que te olvides de ella —la interrumpió enfadado—. Y deja de decir que lamentaré consumir el matrimonio porque no lo haré.

—Lo haréis.

—¿Por qué has vuelto a las formalidades conmigo? —le cambió de tema para romper el círculo en el que se había sumergido ella.

—¿Qué? —su estrategia funcionó y notó cómo bajaba la guardia al momento.

—Hace un momento me tuteaste —le recordó.

—Eso no... —la vio fruncir el ceño—. Yo no...

—Tú sí... —fue su turno para fruncir el ceño— ¿Cuál es tu nombre?

—Otra razón para no consumir este matrimonio —volvió a la carga en cuanto escuchó su pregunta—. Ni siquiera nos conocemos.

—La mayoría de los matrimonios empiezan así —se acercó a ella—. Si dejases de hablar, podríamos empezar a conocernos mejor.

—Serás vulgar —lo acusó al comprender el trasfondo de aquellas palabras.

—Bruto, vulgar —sonrió—. Parece que tú sí sabes cosas de mí.

—Y no te dejan quedar en muy buen lugar —se cruzó de brazos.

—¿Probamos a ver cuánto sé yo de ti?

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé que eres impulsiva y obstinada —pretendía enfadarla—. Y que no se te da nada bien obedecer. Además tienes una piernas muy feas y...

—¿Qué? —sus ojos se desviaron hasta sus piernas y James no pudo evitar reír.

—Así que también eres vanidosa.

—No —se sonrojó intensamente, pero no sabía si por vergüenza o por enfado.

—Pues diría que te ha molestado mi comentario sobre tus piernas —continuó azuzándola.

—No me ha molestado —se defendió—. Es solo que nunca había pensado en mis piernas de ese modo y... ¿pero, por qué te estoy dando explicaciones por una tontería? No intentes confundirme. Lo importante es que no debemos consumir este matrimonio.

—¿Me dirás tu nombre? —la desvió del tema una vez más.

—Cuanto menos sepamos el uno del otro, más sencilla resultará la separación —en aquella segunda ocasión no funcionó.

—Pero tú sabes mi nombre —matizó—. Es justo que sepa el tuyo.

—Todo el mundo me llama Mac —respondió después de pensar en ello—. Puedes hacerlo tú también.

—Yo soy tu esposo —se acercó a ella—. Creo que merezco saber tu verdadero nombre.

Cuando cruzó los brazos contra el pecho, supo que no sería tan fácil sacarle la información aunque eso no lo desanimó, sino que despertó sus ganas de romper las barreras que ella se empeñaba en levantar entre ellos. Su esposa suponía todo un desafío y tras haber tenido una vida tan previsible, aquello era un soplo de aire fresco. Un estímulo para que su día a día dejase de ser aburrido.

—¿A dónde vas? —preguntó cuando lo vio caminar hacia la puerta.

—¿Ahora quieres que me quede? —bromeó con ella.

—Por supuesto que no —alzó la barbilla—. Por mí, puedes irte y no volver nunca.

—No tendrás tanta suerte —le guiñó un ojo antes de salir de sus aposentos.

Necesitaba que su esposa se relajase y parecía que no lo lograría con conversación, así que probaría a emborracharla un poco. Lo justo para que bajase la guardia. Fue a las cocinas en busca de la cena para ambos y pasó por la bodega para coger una botella de whisky. Estaba seguro que un par de tragos sería suficiente para lograr su objetivo, pues tampoco quería que no fuese consciente de lo que hacían cuando la llevase a la cama.

Abrió la puerta de su alcoba y sintió alivio al ver que no la había cerrado con llave. Hasta que entró, no sabía que aquello le había preocupado mientras lo preparaba todo. Parecía tan decidida a no consumir su matrimonio, que bien podía haber aprovechado para dejarlo fuera toda la noche. Aunque sentía que ella no era de las que eludían los problemas con artimañas de ese tipo.

—Cenemos los dos solos —propuso mientras colocaba la bandeja en la mesa que usaba a veces de escritorio—. Intentaré ganarme el derecho a saber tu nombre. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —asintió después de mirarlo con desconfianza por unos eternos segundos.

Sirvió un par de copas y le entregó una a su esposa para brindar. Esperaba que se quejase por el whisky o que tosiese, como hacía la mayoría cuando lo probaba por primera vez, pero ella lo bebió de un trago y torció el gesto solo un segundo. ¿Acaso ya lo había bebido en más ocasiones? Cuanto más tiempo pasaba con ella, más intrigado se sentía.

—¿Eras una de las damas de compañía de Jean? —le preguntó en la cena — ¿Cuál de las otras dos era la verdadera?

—¿Qué importa ahora? —se encogió de hombros—. Supongo que ya estará en Forbes con el hombre que su padre eligió para ella y probablemente casados.

—Y tú aquí con un esposo que eligió el padre Logan para ti.

—Te elegiste tú mismo —lo fulminó con la mirada—, por mentirle al pobre hombre.

—Creí que así conseguiría sacarte de la capilla con más rapidez.

—Pues acertaste —metió el tenedor en la boca y masticó con tanto énfasis que James no pudo evitar sonreír.

—Admito que no contaba con que el hombre nos casase.

—¿Qué esperabas? —bufó—. Solo era un problema para él porque no permitirías que entrase en la capilla mientras yo estuviese en ella. Además, tampoco iba a dejarme morir de hambre. Solo se deshizo de mí.

—No ibas a morir de hambre —dijo con convicción—. Te las habrías ingeniado para intentar escapar por la noche.

—No iba a ser fácil —admitió.

—No —le sonrió—, pero yo habría disfrutado viéndolo.

—¿Es que acaso te divierto? —frunció el ceño.

—Mucho —dijo solo para molestarla—, pero también te admiro. No conozco a muchas mujeres tan valientes como tú. De hecho, diré que eres la primera. Cualquiera otra habría dejado que su señora fuese secuestrada con tal de salvar la vida.

Un ligero sonrojo cubrió sus mejillas y James deseó levantarse y besarla. No era habitual verla cohibida y supuso que era porque no había recibido demasiados halagos en su vida, lo que le hizo desear saber más de su pasado.

—¿Quién te enseñó a usar la espada? —su pregunta la sorprendió— ¿Qué? Es evidente que eres buena con ella. El peso te impidió manejarla a tu antojo, pero habría que estar ciego para no ver que la dominarías si estuviese adaptada a tu constitución.

—¿Y te parece bien que use un arma? —aquella pregunta, hecha con tanta cautela, le dijo mucho más de ella que la conversación que habían mantenido hasta ese momento.

—Una mujer no debería necesitar defenderse a sí misma —admitió con sinceridad—, pero debería saber hacerlo. Yo habría elegido el puñal porque es más manejable para vosotras y fácil de ocultar, además de ser letal en el cuerpo a cuerpo, pero supongo que el que te enseñó a usar la espada debió creerlo necesario por algún motivo. No voy a reprochárselo, aunque espero saber algún día el porqué.

Vio cómo los ojos de su esposa se llenaban de lágrimas instantes antes de levantarse de la mesa. Al comprender que pretendía salir de la alcoba, la siguió para impedirselo. Antes de que ella pudiese abrir la puerta, él ya tenía una mano apoyada en ella, bloqueándola. Le preocupaban aquellas lágrimas no derramadas y el motivo real de las mismas.

—Déjame salir —no era un ruego y sintió alivio al comprender que fuese lo que fuese lo que las había provocado, no había minado su espíritu combativo.

—No te avergüences de llorar delante de tu esposo —la provocó—. Yo te

consolaré si...

—No voy a llorar —lo enfrentó, furiosa por sus palabras.

—¿Estás segura? —llevó un dedo a su mejilla y limpió una solitaria lágrima, que la sorprendió casi más que a él.

Se alejó de él, llegando hasta la ventana en el otro extremo de la habitación. James permaneció junto a la puerta, dándole espacio y tiempo. El color en sus mejillas persistía, pero ya no era por la vergüenza o la ira, sino porque el alcohol había hecho su efecto. Estaba más relajada y seguramente su lengua se soltase ahora.

—Eres el primero que no me juzga ni me censura por saber usar una espada. Aparte de... —silenció su voz.

—¿Aparte de quien te enseñó? —aventuró al ver que no hablaría de nuevo.

—Mis hermanos me enseñaron —no lo miraba—. Era un juego para ellos.

—¿Cómo pudo una MacLeod acabar en Dunnottar? —se había ido acercando a ella lentamente para no alertarla. No quería que se pusiese de nuevo a la defensiva—. Estás muy lejos de tu hogar.

—Es una larga historia.

—Tenemos toda la noche —le aseguró, dispuesto a sacrificar por un día la consumación de su matrimonio si con ello obtenía más información sobre su esposa.

—No me creerías aunque te lo contase —seguía sin mirarlo aunque estaba seguro de que era consciente de que estaba a su lado.

—Pruébame.

—O me juzgarías —suspiró.

—Eso no puedes saberlo hasta que me lo cuentes —le insistió.

—A mi padre —comenzó después de unos minutos en silencio— no le gustan las armas. Prepara a sus hombres para la guerra, pero prefiere la paz.

—Eso no es algo nuevo.

—Te sorprendería saber cuánta gente busca la guerra —le aseguró antes de seguir con su historia—. El caso es que mi padre no vio con buenos ojos lo que habían hecho mis hermanos, pero para cuando se enteró y me prohibió usar armas ya era demasiado tarde. Yo las amaba tanto o más que ellos.

—No creo que tu padre te echase de casa —la animó a seguir al ver que guardaba silencio de nuevo.

—Me fui por propia decisión —lo miró—. Para evitar un matrimonio que no quería.

—Y acabaste casada igualmente —matizó.

—Supongo que hay destinos de los que no se puede escapar —se encogió de hombros—. Y mucho menos si eres mujer.

—Tal vez él no era el hombre adecuado para ti.

—Tampoco tú.

No diría que aquello no había hecho añicos su orgullo, pero no dijo nada para resarcirse porque le pareció que todavía no había terminado de hablar y quería escuchar cuanto quisiese contarle.

—Nadie en realidad —apoyó los brazos en el alfeizar de la ventana y la barbilla en ellos para dejar que su mirada se perdiese en la oscuridad de la noche—. Nunca fui una hija ejemplar. He causado más disgustos que alegrías a mis padres. Yo no estoy preparada para la vida familiar ni creo que lo esté nunca. No quiero ser una esposa de.

—¿Esposa de? Explícate.

—Las mujeres siempre somos hijas de, esposas de, madres de. Yo no quiero eso. Quiero ser yo misma —suspiró.

—Puedes ser tu misma aunque estés casada.

—No —lo miró de nuevo—, no podré serlo. Las mujeres no somos libres. Siempre hay un hombre en nuestra vida que decide lo que debemos hacer o cómo comportarnos. Primero nuestro padre y después nuestro esposo. Los hombres regís el mundo a vuestro antojo y las mujeres solo podemos permanecer en la penumbra, acatando normas que los hombres hace mucho, nos impusieron.

—Los hombres también tenemos normas que cumplir.

—Una mujer ha de ser recatada y obediente —enumeró—, pero un hombre puede ser como quiera y nadie lo juzgará. Una mujer no puede contradecir a un hombre aunque esté equivocado, pero un hombre puede reprender a una mujer aunque tenga razón. Una mujer ha de conservar su virtud hasta el matrimonio si no quiere caer en desgracia, pero un hombre puede tener tantas mujeres como quiera, antes y después del matrimonio y nadie le dirá nada. Una mujer no posee tierras propias si no es viuda y aún así ha de ser muy rica si no quiere que la casen pronto para que un hombre gobierne su patrimonio, pero un hombre hereda de su padre todo cuanto este posee aún cuando no sea capaz de conservarlo o manejarlo adecuadamente. Una mujer...

—Te he entendido, Mac —no le gustaba llamarla por ese nombre, pero por el momento no tenía ningún otro—. Pero olvidas que no todas las mujeres se sienten desgraciadas por su vida o con su matrimonio y que hay hombres que no están de acuerdo con el control que se ejerce sobre ellas y saben

valorarlas. Hay mujeres que saben hacerse valer aunque sean esposas de, como tú dices.

—¿Tú me permitirías opinar y contradecirte? ¿Tomar mis propias decisiones? ¿Luchar?

—Podrás opinar siempre que quieras y contradecirme cuando lo consideres oportuno, mientras no me faltes al respeto. Ni a mí ni a nadie. Podrás tomar tus propias decisiones si no te pones en peligro con ello. En cuanto a lo de luchar, espero que nunca más tengas que volver a hacerlo. No porque no quiera que lo hagas —se apresuró a añadir en cuanto vio sus intenciones de protestar—, sino porque eso significaría que no he sabido protegerte bien.

—Es tan fácil hablar —apartó la mirada de nuevo—, pero a la hora de la verdad, querrás una mujer que te obedezca siempre. Como todos.

—¿Sabes qué fue lo primero que llamó mi atención al verte? —lo miró curiosa y continuó hablando—. Lo decidida que bajaste del carruaje a defender a tu gente. No te preocupaba lo que fuese a pasar contigo, sino ponerlos a todos a salvo.

—Porque creía que podría escapar de vosotros después sin ningún problema —le confesó.

—Dudo que eso te influyese —negó—. Te habrías enfrentado a mi hermano igualmente, aunque te dobla en tamaño. No vacilaste en ningún momento y no creo que alguna vez lo hagas.

—Tenía que convencerlos de que era lady Jean.

—Ella jamás habría hecho eso. Permitted que os intercambiaseis —le recordó—. Y en cuanto a eso, ¿por qué lo has hecho? Fue muy arriesgado. ¿Y si hubiésemos sabido cómo era ella?

—Tenía la esperanza de que nadie la reconociese —le confesó—. Además, nuestra prioridad era que llegase sana y salva a Forbes. Ni le permití protestar ni me permití dudar. Si conseguía que me llevaseis a mí, mi gente continuaría el camino con ella. Yo tenía la intención de escaparme en algún momento antes de alcanzar Huntly o destapar el engaño si no podía...

—¿Vuestra prioridad? ¿Tu gente? —la interrumpió—. No eres una de sus doncellas, ¿verdad?

—Soy miembro del grupo de mercenarios que contrató William Keith para escoltar a su hija hasta Forbes —vio la sorpresa en sus ojos—. Te dije que no me creerías.

—Bueno, ahora todo cobra sentido —dijo al fin, sorprendiéndola a ella.

—¿Me crees?

—Debo de haber enloquecido —le sonrió—, pero te creo.

Vio el desconcierto en sus ojos y se acercó a ella. Tenía muchas más preguntas, pero parte de su curiosidad se había satisfecho y se conformaba con eso por el momento. Podría esperar hasta el día siguiente para conocer el resto.

—No —Aileen retrocedió al comprender lo que trataba de hacer—. Que te haya hablado de mi pasado no cambia nada, James. No vamos a consumir este matrimonio.

—Claro que lo consumaremos, Mac —hizo una mueca de disgusto—. No me gusta ese nombre. Necesito que me des el verdadero.

—Si te lo doy, me dejarás irme a mi cuarto —lo retó.

—Estamos casados, este es tu cuarto.

—Pues pide que me preparen uno. Con lo grande que es el castillo alguno habrá libre y... ¿qué haces?

—Tocarte —se había colocado frente a ella, acorralándola contra la ventana y acariciaba su brazo con lentitud—. Y pienso recorrer tu cuerpo con mis manos y mi boca hasta que grites mi nombre. Y yo susurraré el tuyo con devoción cuando te convierta por fin en mi esposa, pero para eso necesito un nombre.

—No voy... —le costaba concentrarse porque sus dedos estaban en su cuello ahora—. No vamos...

—Dame un nombre —le susurró al oído.

Unos fuertes golpes en la puerta sonaron segundos antes de que se abriese y Adam entrase en el cuarto como una exhalación. Su hermano lo fulminó con la mirada, pero guardó silencio. Aunque a nadie le pasó inadvertido que se había colocado delante de su esposa para ocultarla con su cuerpo. Debería haber atrancado la puerta nuevamente cuando regresó con la comida, pero ya era tarde para lamentarse por ello.

—John te reclama abajo —dijo observándolos.

—Dile a nuestro hermano que bajo ahora —se lamentó por aquella interrupción.

—Deberías haber sido más rápido en desvirgarla —rió Adam—. Yo ya la habría hecho mía varias veces.

—Largo, Adam.

—¿Tanto se te resiste?

—He dicho que te largues —le gritó finalmente.

—Si estás de mal humor por culpa de tu esposa, hermano, no lo pagues conmigo —dicho eso, salió dando un portazo.

—Lo siento —se disculpó James cuando se quedaron solos—. Puede ser un zafio cuando se lo propone.

—¿Solo cuándo se lo propone? —se le escapó una sonrisa amarga.

—Te aseguro que no siempre es tan rudo hablando.

—Llevo algo más de dos años viviendo entre hombres —se encogió de hombros—. No me asusto con facilidad.

—¿Dos años? —entrecerró los ojos— ¿Entre hombres? Creo que...

—Será mejor que vayas con tus hermanos. Te están esperando.

—Que conveniente, ¿no?

—No voy a negar que me ha beneficiado.

—No saldrás de aquí hasta que regrese —la señaló—. Y cuando lo haga, me darás tu nombre. Y hablaremos de esa convivencia con hombres.

—Sí, esposo.

—Lo digo en serio.

Aileen se limitó a sentarse en el borde de la cama y sonreír. Por supuesto que no tenía intención de quedarse allí hasta que él volviese y ambos lo sabían. Tal vez por eso, James cerró con llave al salir. Y aunque esperaba que ella la golpease y protestase, no sintió ni un solo ruido mientras bajaba las escaleras hacia el gran salón donde lo estaban esperando.

—¿Qué sucede, John?

—Los Chattan han vuelto a entrar en nuestras tierras —le dijo su hermano mayor sin rodeos—. Necesito que vayas a recuperar lo que nos robaron. Esta noche.

—¿Esta noche? —protestó—. Casi no hay luna, John. ¿Cómo quieres que veamos por donde vamos?

—Esta noche y antes de que amanezca. No quiero darles tiempo a pedir un nuevo rescate. O a hacer desaparecer las reses. No irán muy lejos mientras no salga el sol, será fácil darles caza.

No era la primera vez que los Chattan entraban en sus tierras para llevarse ganado y pedir dinero a cambio de recuperarlo. O simplemente quedarse con él para alimentar a su gente. Estaban pasando un mal momento y no les importaba recurrir al robo para subsistir. John había querido ser clemente con ellos y fingió que no se daba por enterado de aquellos pequeños hurtos, pero la frecuencia con que se daban empezaba a ser preocupante y ya no podía cerrar más los ojos. Tenían que darles un escarmiento.

—Está bien. Saldré de inmediato.

—Adam, ve con él. Llevaos a una docena de hombres.

James fue al establo directamente mientras su hermano elegía a aquellos que los acompañarían. Maldijo su suerte por tener que salir en plena noche a recuperar unas vacas que probablemente ya estarían en tierra de los Chattan.

Aquello era culpa de su hermano, por tratar de ser benevolente con el clan vecino a su manera. James le había asegurado que lo mejor era proponerles una alianza de la que ambos clanes se beneficiasen, pero John no lo había escuchado. *¿Qué son unas cuantas cabezas de ganado para nosotros?*, le había dicho. Pero esas pocas se convirtieron en muchas más y ahora los Chattan estaban descontrolados.

—Vamos —Adam dio la orden de partir en cuanto todos estuvieron reunidos en el patio principal.

James miró hacia lo alto del castillo, a la ventana de su alcoba, pero apenas pudo ver el tenue brillo de las velas. No estaba muy seguro de cómo sería recibido por su esposa cuando regresase, pero estaba deseando descubrirlo. Casi esperaba que lo retase, porque había descubierto, con el paso de los días que le gustaba el carácter fuerte que poseía. Era muy estimulante.

—Guíanos, hermano —le pidió Adam—. Tú eres el mejor rastreador que tenemos.

Su consuelo era que no resultaría difícil seguir las huellas de una docena de vacas y otros tantos caballos incluso en una noche tan oscura como aquella. Encontrarlos sería como un juego de niños para él. Recuperar a los animales... bueno, eso ya sería algo más complicado.

LA PETICIÓN

Jean se casó con Alexander nada más llegar a Forbes. El laird la estaba esperando ansioso. Uno de los hombres de Boyd se había adelantado al grupo para anunciar su inminente llegada y todo estaba preparado para llevar a cabo la ceremonia y asegurarse de que ningún nuevo imprevisto la impedía. Ni sus ruegos para que fuesen a rescatar primero a Aileen ni sus amenazas de no pronunciar sus votos si no lo hacían fueron escuchados. La boda era su prioridad. Sin embargo, Boyd le había asegurado antes de que entrase en la capilla, quizá pretendiendo tranquilizarla, que irían a rescatarla en cuanto hubiesen consumado el matrimonio, lo que la hizo llegar al altar completamente ruborizada.

Al amanecer del día siguiente, mientras los hombres de Boyd se preparaban para partir rumbo a Huntly y este se despedía del laird, uno de los guardias entró en el salón principal buscando a su señor. Se acercó a Alexander con rapidez en cuanto lo localizó hablando con los mercenarios y habló sin esperar permiso.

—Mi señor, hay un mensajero en la entrada pidiendo audiencia. Es un Gordon.

—Hazlo pasar, Logan.

Boyd se disponía a reunirse con sus hombres en aquel momento, pero se quedó, deseoso de tener noticias sobre Aileen. Se había preocupado cuando no la vio aparecer con Rob, pero se enfadó al escuchar de su boca el loco plan que había puesto en marcha para impedir que se llevasen a la verdadera hija del laird. Debía admitir que había sido una gran jugada, aunque arriesgada para ella. De nuevo, su joven segunda al mando había decidido poner en peligro su vida para mantener a salvo al resto. Por más que había intentado hacerle entender a lo largo de los dos años que llevaban juntos que había más opciones, ella seguía escogiendo las que más le perjudicaban. Ni siquiera entendía cómo había podido sobrevivir tanto tiempo, empeñada como estaba siempre en arriesgar su vida a cambio de la de los demás. La fortuna le sonreía, no podía ser otra cosa.

Su intención había sido salir hacia las tierras de los Gordon nada más concluir la ceremonia, pues su contrato no les exigía más, pero el laird había

insistido en que se quedasen. El viaje no era largo, pero cabalgar por la noche, con una luna que se negaba a iluminar el camino resultaba extremadamente peligroso. Por eso aceptó pasar la noche en Forbes y salir al amanecer.

—Habla —exigió Alexander en cuanto el hombre se presentó ante él. Jean estaba a su lado, más tensa que nadie, sujetando con fuerza el reposabrazos de su silla.

La genuina preocupación de la joven por Aileen no era sorpresa para Boyd. Aileen solía ganarse el cariño de la gente aún cuando ni lo intentaba. Se jactaba de ser la más dura e implacable, pero la verdad era que se preocupaba por todos y que se desvivía por aquellos a quien decidía tomar bajo su cuidado. Y al final caías rendido a sus pies sin darte cuenta.

—Mi señor tiene cierta información que necesita confirmar —dijo con cautela pero sin vacilación, al ver tantos ojos posados sobre él—. Imagino que la mujer a vuestro lado es lady Jean Keith.

—Imaginas mal —contestó con firmeza Alexander—. Es Jean Forbes, ante la ley y ante Dios. Dile a tu señor que mi esposa ya no está a su alcance y que hará bien en mantenerse lejos de mis tierras.

—No vengo por ella —aclaró al momento, temiendo las represalias por el malentendido—, sino por la mujer que... se hizo pasar por vuestra esposa.

—Si le habéis hecho algo... —comenzó a decir Jean, pero la mano de Alexander sobre la suya la detuvo.

—Espero que la hayáis tratado bien —dijo él, menos amenazante que su esposa, pero mucho más firme—. La tengo en alta estima y querría recuperarla sin un solo rasguño y... de una pieza.

—Me temo que no podrá ser, mi señor.

—¿Qué le habéis hecho? —rugió Boyd acercándose a él a grandes zancadas.

Lo tomó del cuello y lo arrastró sin dificultad hasta la pared para aplastarlo contra ella. Ni las exigencias de Alexander para que lo liberase ni los intentos de algunos hombres de apartarlo fueron eficaces. Boyd lo mantenía bien sujeto y lo miraba amenazante. Si aquella actitud no lo había amedrentado, su tamaño lo haría, pues pocos hombres lo aventajaban en corpulencia.

—Si le habéis tocado un solo cabello —lo amenazó, apretando más su cuello—, moriréis bajo mi espada.

—Nadie osaría hacerle nada, mi señor —logró decir con apenas un hilo de voz. Su rostro comenzaba a cambiar de color por falta de oxígeno—. Ahora es

una de los nuestros.

—¿Qué? —soltó su agarre inmediatamente, pero no se separó de él—. Expíciate.

—Está casada con James Gordon, el hermano menor de nuestro laird — contestó después de toser al tratar de tomar aire. Se tocó el cuello mientras hablaba.

—Jamás se casaría por voluntad propia —apenas lograron sujetarlo antes de que arremetiese de nuevo contra el mensajero—. Estoy seguro de que la habéis obligado.

—Nadie me informó de los términos del casamiento —se apartó de Boyd, temeroso—. Pero puedo deciros que ya llegaron a Huntly siendo un matrimonio.

—Más vale que no la hayan tocado —dijo Boyd, amenazándolo por segunda vez—. Anularemos ese matrimonio y Mac regresará con nosotros. Dile a tu señor que...

—Mi señor solo pretende averiguar si es una MacLeod como le ha asegurado ella —se apresuró a informar—. Envié un mensajero a Dunvegan también para corroborar la información, pero tardará semanas en volver. Esperaba que aquí alguien pudiese aclararle el asunto.

—Insensata —rumió por lo bajo Boyd. Luego enfrentó su mirada con la de Alexander—. Puesto que ya no somos necesarios aquí, viajaré a Huntly con el mensajero para intentar solucionar este lío antes de que sea demasiado tarde.

—Me temo que ya lo es —dijo el mensajero—. Esta noche...

—Te aseguro que ella habrá encontrado la forma de posponerlo —lo interrumpió Boyd sin mirarlo—. Viajaremos a Huntly ahora.

—Hablemos primero en privado, amigo —sugirió Alexander, antes de impartir una orden a sus sirvientes—. Ofrecedle algo de comer mientras tanto.

—Yo me encargaré de que lo atiendan —le dijo Jean, levantándose con él y mirándolo con devoción.

—Todavía debo acostumbrarme a que ahora te tengo a mi lado —le sonrió con afecto.

—No dejes que le hagan daño, Alexander —le rogó en un susurro—. Ella habría sido yo si no se hubiese intercambiado conmigo. Me salvó la vida y aseguró nuestro futuro. Ayúdala, por favor.

—Hallaremos el modo de liberarla de ese matrimonio —le acarició la mejilla—. No has de preocuparte por nada.

Robert, que había entrado antes del mensajero para informar a su jefe de

que estaban listos, los acompañó hasta un lugar más privado donde poder hablar sin la presencia del hombre de los Gordon. Se sentía culpable por no haber impedido que se hiciese pasar por lady Jean. Sabía que en aquel momento no había más opciones, salvo iniciar una pelea, pero debió luchar. Sobre todo, después de que Adam les hubiese manifestado sus planes. Sabía que habrían perdido, pero al menos no la habría dejado sola y expuesta a aquel hombre. Estaba tan acostumbrado a verla salir airosa de cada situación, que no creyó que esa pudiese torcerse tanto. Casada. No podía ni imaginar cómo lo habrían logrado.

—No te tortures, Rob —le susurró Boyd—. No es culpa tuya. Nadie podía prever lo que pasaría.

—Adam Gordon dejó clara su intención de desposarla al llegar a Huntly —gruñó—. Claro que era previsible. Lo que no entiendo es cómo acabó casada con otro.

—No importa cómo sucedió, sino lo que haremos para solucionar este lío. Y te aseguro que lo arreglaremos.

Interrumpieron su conversación y observaron al laird una vez en su sala privada. Sabían lo que iba a decir, pues era exactamente lo mismo que habían pensado, al saber que Aileen estaba casada con un Gordon y que les había confesado sus orígenes.

—¿Hasta qué punto influirá en los MacLeod la unión de la joven con un Gordon? Me preocupa que John consiga una alianza con ellos —les confesó—. Ese es un clan poderoso. Sé que no les gusta abandonar la isla y que precisamente por ese motivo no quieren emparentarse con nadie del continente, pero este matrimonio podría cambiarlo todo. Necesito saber cómo nos afectará.

—Nunca nos habló de su clan más allá de darnos el nombre —le explicó Boyd con pesar por no haber seguido investigando sobre ella cuando se lo propuso un año atrás—. Evitaba cualquier tema que implicase desvelar algo sobre su pasado. Lo más que llegué a averiguar es que su padre era granjero. Tal vez el laird ni sepa quién es ella.

—Eso supone un alivio, pero me temo que cuando John descubra que su hermano se ha casado con la hija de un simple granjero, habrá represalias para ella —se preocupó Alexander.

—No estará en Huntly para cuando eso suceda —le aseguró Boyd—. Partimos ahora mismo y la sacaremos de allí, así tengamos que adentrarnos en el castillo de los Gordon para encontrarla.

—Eso sería un suicidio. No podéis llegar a Huntly y exigir que os la entreguen sin más.

—He dicho que la vamos a recuperar —matizó—, no que haremos peticiones de ningún tipo.

—Mi esposa, en cambio, me ha hecho una petición a mí —le dijo—. Quiere que os ayude...

—Manteneos al margen —lo interrumpió Boyd—. Mejor no iniciar una guerra entre clanes por algo que mis hombres y yo podemos solucionar discretamente.

—Ya tenéis suficientes preocupaciones —corroboró Rob, hablando por primera vez—. Mac es cosa nuestra.

—Si hay algo que necesitéis —les dijo, no obstante— y que pueda conseguiros, no dudéis en pedirlo. Os debo mucho.

—William Keith nos ha pagado bien. Vos no nos debéis nada.

—Se lo debo a esa muchacha. Si no se hubiese hecho pasar por mi esposa, ahora el problema sería mucho mayor.

—Hay una cosa —dijo Rob y Boyd lo miró con curiosidad. Cuando Alexander lo animó a continuar, dijo—. Retened un par de días al mensajero. Si queremos pasar desapercibidos, es mejor que él no los alerte de nuestra llegada.

—Me alegra ver que piensas con más objetividad que yo —lo alabó Boyd—. Antes me dejé dominar por mi genio y ahora ese hombre conoce nuestras intenciones. No podemos permitir que avise a los Gordon de que vamos a por Mac.

—Me ocuparé de él. Os daré ese par de días de ventaja. ¿Serán suficientes?

—Desde luego —asintió Boyd seguro.

En cuanto regresaron al salón, Jean, que estaba supervisando la comida que se le ofrecía al mensajero, se acercó a Boyd. Parecía nerviosa y él trató de tranquilizarla con una sonrisa.

—Necesito pedirlos un favor —le rogó también con la mirada.

—Vos diréis, mi señora. Si está en mi mano, contad con ello.

—Cuando rescatéis a Aileen, traedla a Forbes. Quiero hablar con ella. No —cerró los ojos por un momento antes de continuar—, lo necesito.

—Mac sabe que estáis agradecida por lo que ha hecho —le sonrió, condescendiente—. No es necesario que se lo digáis en persona.

—Le debo todo y necesito saber que estará bien. ¿La traeréis? Por favor.

—No está en mi mano traerla o no, mi señora. Esta fue su última misión. Su intención era regresar a su hogar y no se lo impediré si es lo que quiere hacer cuando la rescatemos. Le haré llegar vuestra petición, pero no os puedo asegurar que venga.

—Será suficiente con eso —le sonrió agradecida.

Boyd aguardó con impaciencia a que el mensajero fuese puesto bajo custodia antes de dar la orden de partir. El tiempo jugaba en su contra, pues cuanto más tardasen en rescatarla, menos posibilidades habría de obtener la nulidad del matrimonio. Solo esperaba que Aileen pudiese posponer su noche de bodas como le había asegurado al mensajero o aquella aventura terminaría de un modo muy diferente al que habían planeado.

—Maldita sea, Mac —masculló— ¿Por qué nunca te paras a pensar antes de hacer las cosas?

HERIDA

Sophia fue a buscarla a la mañana siguiente para bajar juntas a desayunar. La silenciosa y sincera disculpa en sus ojos por haber sido encerrada, logró calmar los ánimos de Aileen. Se recordó a que no era con ella con quien estaba enfadada, sino con James y le sonrió para tranquilizarla.

Cuando había sentido la llave en la puerta la noche anterior, se había sentido tentada a golpearla y gritarle tantos insultos como se le ocurriesen, pero pensó que era justo lo que él esperaba y se contuvo. No pretendía darle semejante satisfacción y por eso se desahogó esparciendo sus ropas por toda la alcoba. Las pateó imaginando que era él y cuando su rabia se evaporó, lo colocó todo de nuevo en el ropero para ocultar aquel impulso infantil, a ojos de su esposo.

Después, se paseó por el cuarto esperando su regreso, dispuesta a seguir entreteniéndolo para no consumir el matrimonio, pero horas más tarde, cuando el cansancio pudo con ella y en vista de que James no regresaría, decidió acostarse. La cama resultó tan cómoda, que se quedó dormida al instante. Y fueron los suaves golpes en la puerta los que la despertaron.

Se sentó en la cama de golpe, alerta y un tanto desorientada, hasta que vio entrar a Sophia. Entonces recordó lo que había sucedido y se lamentó por haber sido capaz de dormir tanto en su situación. Su esposo podía haber aparecido durante la noche y ella ni se habría enterado.

—James y Adam todavía no han vuelto —le confesó Sophia. Había llevado un par de vestidos suyos para que tuviese algo decente que ponerse para bajar con ella y se estaba vistiendo cuando le habló.

Aileen permaneció en silencio. No había sido informada de sus planes y no tenía ni idea de que habían salido del castillo por la noche, pero intuyó que sería algo importante si lo habían hecho sin esperar al amanecer. Aguardó a que Sophia continuase con la explicación para tratar de averiguar qué estaba ocurriendo.

—Estoy preocupada por ellos, pero John dice que no debería. Que saben lo que hacen.

—Vuestro esposo conoce a sus hermanos —le dijo, al ver que no tenía intención de contarle nada más—. Si no está preocupado es porque sabe que

estarán bien.

—No debieron salir por la noche —notaba genuina preocupación en su voz—. Apenas hay luna. ¿Cómo podrían ver por dónde van?

Eso mismo se preguntaba ella, pero recordando cómo los había guiado James hasta Huntly, podía suponer que había aprendido a orientarse en la noche de alguna forma. Sabía de personas que desarrollaban capacidades especiales, pues lo había visto con el instinto de Rob. Era capaz de anticipar ciertos acontecimientos y con más o menos precisión, no solía fallar. Que estuviese ahora en Huntly tratando de encontrar un modo de escapar de aquel matrimonio impuesto a la fuerza, era prueba de ello.

—Estoy segura de que regresarán pronto —no sabía qué más decir para tranquilizarla. Ni siquiera entendía por qué quería hacer tal cosa. Cuanto menos se tratasen, más fácil le resultaría engañarla para salir de allí. Porque ese seguía siendo su plan.

Al llegar al salón, Aileen comprendió que había dormido mucho más de lo que pensaba, pues parecía la hora de la comida. Había ya varias mesas preparadas para recibir a los comensales y miró hacia Sophia para protestar porque la hubiesen dejado dormir tanto, aunque estaba molesta consigo misma por no despertarse sola, pero la joven habló antes, impidiéndole decir nada.

—John está preocupado también. No quiere admitirlo delante de mí, pero lo conozco bien y sé que lleva horas entrenando con sus hombres y que les está exigiendo más de lo habitual porque está preocupado. Siempre hace lo mismo.

—Tal vez deberíais hablar con él —y *dejarme a solas para poder escapar*, pensó.

—No me escucharía —negó—. No quiere que me involucre en esos asuntos. Cree que así me protege.

—Así os mantiene en la ignorancia.

—No —le sonrió—. Habla conmigo de prácticamente cada asunto del clan e incluso me pide consejo en muchas ocasiones. Es solo que cuando se trata de enfrentamientos de esa índole, prefiere mantenerme al margen. Mi padre murió en una de esas luchas entre clanes y se siente culpable porque ya estábamos casados y le estaba ayudando a defender sus tierras, pero no pudo salvarlo a él.

—¿Le habéis dicho que no lo culpáis? —por como hablaba, parecía que no le guardaba rencor por ello.

—En innumerables ocasiones —se encogió de hombros—. Pero no voy a quejarme tampoco porque no quiera incluirme en esos temas. Admito que

cuanto menos sepa, mejor, mientras me diga que todos están bien cuando terminan. No me gusta cuando se ponen en peligro y mucho menos ver a John tan preocupado y no poder hacer nada por él.

—Tal vez...

—Mi señora —una de las doncellas las interrumpió—. Henrietta se ha despertado ya.

—Gracias, Agnes, en seguida subo. Ahora debo atender a mi hija —se disculpó con ella.

—Adelante —le sonrió.

En cuanto Sophia abandonó del salón, Aileen corrió a la entrada principal y salió al patio delantero. Las puertas estaban abiertas y aunque la tentación de buscar los establos para hacerse con un caballo era grande, decidió que no debía perder tanto tiempo. Si no huía ya, la descubrirían. Todavía se oía el entrecocar de las espadas a lo lejos y sabía que aquel era el mejor momento para intentarlo. Solo tenía que evitar a los guardias y sabía que no le resultaría complicado. Era ahora o nunca.

Pero nada más dirigirse hacia la muralla se produjo un revuelo en las almenas cuando el vigía dio aviso de que se aproximaban jinetes. John apareció en el patio prácticamente de inmediato, corriendo, mientras exigía saber quiénes eran. Aileen se ocultó en la entrada, esperando la misma respuesta. Su oportunidad de huir acababa de perderse para siempre.

—Vuestros hermanos, mi señor —gritó el vigía.

Aileen maldijo por lo bajo y trató de retroceder hacia el interior del castillo en cuanto los guerreros entraron al patio, pero una joven menuda y de oscuros cabellos la detuvo. La consternación en su rostro llamó su atención casi tanto como el grito que había dejado escapar al verlos también. Siguió su mirada y se encontró con un Adam con el rostro manchado de sangre y cargando a un inconsciente James en brazos.

Por un momento no supo qué hacer. Su mente se bloqueó hasta el punto de casi olvidarse de respirar, pero la mujer práctica que llevaba dentro, aquella que había sobrevivido durante tres años a las peores situaciones, se hizo cargo. Fue a su encuentro y en cuanto bajaron a James del caballo de su hermano, se acercó a él para comprobar si todavía estaba vivo. Lo estaba, aunque no podía asegurar que durase demasiado tiempo si no trataban sus heridas con rapidez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin pensar en que podrían negarse a contestar.

—No —la joven morena se abalanzó sobre James para abrazarlo—. James, no. No, no, no. Tú no.

—Apártate, Mary —Adam la sujetó por un brazo para retirarla—. Le harás más daño. Si quieres hacer algo útil por él, ve a buscar a la curandera. Me lo llevaré a su alcoba.

—No está. Se ha ido a atender un parto y no sé cuándo volverá.

—Maldición —rugió.

—Yo podría atenderlo —se apresuró a decir—. Me está enseñando.

—Vamos —la arrastró con él segundos después de ordenar con un gesto de la cabeza que llevasen a su hermano dentro—. Tú te vienes también.

Se había dirigido a Aileen, pero ella ya caminaba a su lado. Tal vez no hubiese elegido aquel matrimonio y puede que estuviese decidida a anularlo y escapar de allí en cuanto tuviese ocasión, pero en cuanto vio a James tan gravemente herido, decidió que eso podría esperar hasta asegurarse de que se recuperaría. Si no quería estar casada, menos quería ser viuda.

Aguardó en un extremo de la alcoba mientras los hombres que lo cargaban, lo recostaban en la cama. Mary, la mujer que habría tenido que ser la verdadera esposa de James, estaba preparando lo necesario para atender sus heridas. No pudo evitar observarla con más detenimiento, comparándola consigo misma. Era joven, tal vez solo un par de años mayor que ella, pero tan menuda que podría pasar por una niña si sus curvas de mujer no la delatasen. Más baja que ella incluso y con el cabello tan largo que le rozaba la cintura, tenía unos hermosos ojos azules que estaban bañados en lágrimas que no parecía dispuesta a derramar. En cambio, sus manos no dejaban de temblar y Aileen temió que acabase por tirar algo. O peor todavía, que hiciese más daño a James en sus ansias por ayudarlo.

Alguien nuevo entró trayendo consigo una bolsa de medicinas y se la entregó a Mary. La muchacha comenzó a revisarla y sacó un par de hierbas de ella. En cuanto su hermano estuvo acomodado en la cama, Adam los obligó a salir del cuarto quedando tan solo Mary, Aileen y él mismo con James. Mientras Mary realizaba sus mezclas, Adam se paseaba nervioso. Aileen permanecía inmóvil observándolos a los dos.

—Dime que se recuperará —John entró como una exhalación junto a su joven esposa. Después de observar a su hermano pequeño un momento, se dirigió al otro— ¿Qué diablos pasó? ¿Cómo pudo acabar así una simple recuperación de ganado?

Sophia vio a Aileen apoyada en la pared del fondo y fue hacia ella para

brindarle su consuelo, aunque terminó recibéndolo en su lugar, pues en cuanto la abrazó, comenzó a sollozar y Aileen le acarició la espalda suavemente buscando tranquilizarla. Los dos hermanos hablaban entre susurros de espaldas a ellas, pero Aileen podía notar la tensión en sus cuerpos. Fuese lo que fuese lo que Adam le estuviese contando a John, a este no le estaba gustando. *Y es así como empiezan las luchas entre clanes*, pensó, antes de poner su atención en Mary nuevamente.

—¿Acaso estáis loca? —Aileen se apresuró a golpear las manos de Mary para lanzar contra la pared el cuenco del que esta trataba de hacer beber a James.

Había reconocido la planta que estaba usando para el brebaje y también había visto la cantidad que había sacado de la bolsa. En cuanto volvió su atención hacia ella notó que había usado toda la adormidera. En pequeñas cantidades era un anestésico eficaz, pero en dosis superiores podría provocar la muerte.

—Vos parecéis la loca —la acusó—. Está sufriendo mucho. Necesito dormirlo antes de limpiarle la herida.

—¿Dormirlo? ¿Y por cuánto tiempo? —la acusó a su vez—. Con esa cantidad que queríais suministrarle no habría vuelto a despertar.

—¿Acaso sois curandera?

—Sé lo suficiente como para ver que habéis estado a punto de envenenarlo.

—Esa es una afirmación bastante fuerte —John las miraba a ambas alternativamente.

—No digo que esa fuese su verdadera intención, laird —se excusó Aileen—, pero está demasiado nerviosa. No deberíais permitirle cuidar de vuestro hermano.

—Tu esposo —le recordó.

—Eres tú —pudo notar el desprecio en la voz de Mary, pero ni se inmutó ni la miró.

En cambio miró a John con censura por su falta de tacto. Aquella joven parecía amar de verdad a James y el laird había sido tan insensible como para recordarle que ahora estaba casado con ella. Pensaba hacérselo saber, pero sus ojos se desviaron hacia Mary antes y el odio que vio en sus ojos la hizo callar. No parecía ya la joven quebradiza y asustada que había estado aparentando ser y por un segundo, antes de que recompusiese su semblante, tuvo la sensación de que no había sido tan inconsciente sobre lo que hacía al

suministrarle el brebaje a James.

Miró a su esposo y nuevamente a ella, como si le hubiese hecho una pregunta no formulada y al ver cómo evitaba sus ojos, supo que no permitiría que se quedase a solas con él jamás. Tampoco permitiría que cuidase de sus heridas. Mientras permaneciese en Huntly, cumpliría con su papel de esposa y se ocuparía de él personalmente. Tal vez no fuese tan experta en hierbas como las curanderas, pero sabía lo suficiente para lograr que sobreviviese. Había aprendido unos cuantos trucos a lo largo de los tres años en que las heridas eran el pan de cada día en su vida y lo usaría.

—Yo me haré cargo de él —dijo al fin—. Todos fuera.

—Si crees que te dejaremos a solas con él... -comenzó a protestar Adam, acercándose amenazante a ella, en cuanto las mujeres se fueron de la alcoba.

—No os queda otra que hacerlo —lo interrumpió.

—Todavía quieres deshacer este matrimonio —la acusó— ¿Qué te impediría dejarlo morir y solucionarlo así?

—Mi honor —enfrentó su mirada sin miedo—. Lograré disolverlo, pero no a costa de la vida de nadie.

—¿Por qué habría de creerte?

—Porque acabo de salvarle la vida —dijo con calma—. Si lo quisiese muerto, habría dejado que Mary le diese la adormidera. Ahora mismo yo sería viuda y vos tendríais un hermano menos.

—Adam —John intervino finalmente—. Deja que lo cuide. Quizá con suerte, cuando James se recupere ya no quiera la separación.

—La querré igualmente —le aseguró ella.

—Y si James muere —la miró fijamente—, ya sea accidentalmente o provocado, ella será la siguiente.

DIA Y NOCHE

En cuanto la dejaron sola, revisó la bolsa de medicinas de Mary y eligió varias hierbas que conocía, dispuesta a hacer un brebaje que le calmase el dolor y un emplasto para bajar la inflamación alrededor de la herida. Al parecer habían intentado coserla para que dejase de sangrar, pero habían hecho un pésimo trabajo. Lo más probable era que le quedase una cicatriz después. Pero a medida que lo desnudaba de cintura para arriba, descubrió que no sería su primera cicatriz. Su cuerpo parecía la prueba viviente de las batallas en las que había participado. Un libro abierto a una parte de su vida en la que el riesgo de morir era constante. También ella tenía un par de esos recordatorios. Era inevitable cuando dedicabas tus días a la espada.

Había visto a muchos hombres a pecho descubierto y también había curado unas cuantas heridas como para no ruborizarse al desnudar a James, pero no pudo evitar admirar su cuerpo. Tenía unos músculos bien definidos por el entrenamiento diario, pero sin llegar al extremo y su piel estaba bronceada. Le sorprendió que no tuviese mucho bello en aquella parte de su cuerpo y su mano lo acarició antes de que su mente registrase lo que hacía.

Apartó la mano contrariada por su arrebató y comenzó a limpiar la sangre con cuidado pero sin vacilación. Se dio toda la prisa que pudo para terminar cuanto antes y no tener que darle más calmante porque quería comprobar si se quejaba de algo que no fuese la herida abierta de su costado. No se había despertado todavía, pero sabía que sentía todo lo que le hacía y le constaba también que estaba sufriendo. Por suerte, no protestó ni cuando lo movió más de lo necesario a propósito, y suspiró agradecida por ello. A pesar de lo fea que era la herida, si lograba evitar que le sobreviniese la fiebre, se recuperaría en cuestión de semanas. Una vez consciente y fuera de peligro, ya no la necesitaría y sería el momento de huir. Antes de que pudiese levantarse de la cama y seguirla.

—Bebe esto, James —le pidió acercándole el líquido a la boca—. No te hagas de rogar, sé que puedes oírme.

Todavía no había recuperado la consciencia ni abierto los ojos en ningún momento, pero se había estado ayudando cada vez que lo movía. Sonrió cuando separó los labios ligeramente y vertió el calmante en su boca.

—Eso es, campeón. Ahora descansa un poco. El resto es cosa mía. Tú solo lucha por recuperarte pronto —le susurró después de ver cómo lo tragaba.

Esperó a que le hiciese efecto y luego abrió la herida de nuevo con un cuchillo que había desinfectado con agua hirviendo y la liberó del pus que ya empezaba a formarse por culpa de aquella cura apurada e inexperta que le habían hecho. En tan solo unas horas habían conseguido empeorar un corte que probablemente había sido limpio y fácilmente reparable. Si lo hubiesen tratado como debían, James estaría consciente. Dolorido, pero despierto y sin riesgo de fiebre.

Una vez limpiada la infección, cosió de nuevo la carne y la piel, procurando no marcar demasiado la zona. Trataría de evitar que la cicatriz fuese más evidente, aunque probablemente a James no le importaría. La mayoría de los hombres las consideraban trofeos, recordatorios de su valentía en la batalla. También lo eran para ella, pero de lo cerca que había estado de la muerte. De lo efímera que podía llegar a ser la vida.

En cuanto quedó conforme con su trabajo, colocó el emplasto en la herida y la vendó con cuidadosa paciencia. Se sentía sudorosa y exhausta al terminar, pero no podía decidirse entre darse un baño o dormir. Sophia eligió por ella al entrar en la alcoba con un par de hombres tras ella portando la bañera y varias mujeres cargadas con cubos de agua caliente.

—Supuse que querías un baño después de tantas horas cuidando de James —explicó, como si fuese enfadarse por el atrevimiento.

—No han sido tantas horas —le sonrió—, pero os lo agradezco.

—Pronto anochecerá —le recordó Sophia.

Aileen miró hacia la ventana solo para descubrir que tenía razón. Había estado tan absorta cuidando de James que no vio que las horas pasaban más rápido de lo que ella las había sentido. Como si su estómago fuese consciente de aquel paso de repente, eligió ese momento para protestar por haberse saltado el desayuno y la comida.

—También te traigo comida —sonrió Sophia, que había escuchado aquel ruido tan significativo.

—Os lo agradezco —repitió.

—Por favor, Jean —le pidió—. Creo que ya no es necesaria esa fría forma de tratarnos. Somos cuñadas.

—No soy Jean —luchó contra el impulso de decirle su verdadero nombre — ¿No os lo dijo vuestro esposo?

—Lo hizo, pero como no sabemos cómo te llamas —la miró con el

reproche en los ojos al ver que seguía usando el tratamiento de respeto con ella—, hemos decidido seguir usando ese nombre.

—Podéis llamarme Mac.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—No es ningún nombre —sonrió—. Es el inicio de mi apellido, pero es como me llaman todos.

—Pero eso no es correcto. Deberían usar tu nombre.

—Es una larga historia, Sophia —decidió que romper las normas de etiqueta podía compensar el no darle su nombre. No quería que nadie allí lo usase porque no se sentía cómoda con eso, cuando seguía decidida a marcharse en cuanto James estuviese curado—. Yo puedo olvidarme de los formalismos si tú aceptas Mac como mi nombre.

—Supongo que tendré que hacerlo —suspiró resignada—. En fin, te dejaremos sola para que puedas comer y bañarte ya. ¿Necesitas algo más?

—Estoy bien así, gracias.

—Cualquier cosa, no tienes más que mandar a buscarme.

—Así lo haré.

En cuanto se quedó sola de nuevo, tomó la bandeja de la comida y se sentó junto a la ventana para saborear cada bocado como si llevase semanas sin comer. Su mirada se perdía por momentos en el cielo que se iba oscureciendo y se sentía aliviada de haber sobrevivido a su primer día en Huntly sin haber consumado su matrimonio. Y también de no tener que preocuparse por ello en un tiempo. Hubiese preferido que no fuese a costa del bienestar de James, pero segura de que se recuperaría, se alegraba de que parte de sus preocupaciones estuviesen ya solucionadas.

Cuando entró en la bañera, el agua se había enfriado, pero no le importó. Acostumbrada al agua congelada de los ríos, aquello era el paraíso. Se dejó deslizar en la bañera hasta que todo su cuerpo quedó cubierto y suspiró de deleite. Quería disfrutarlo, pues no había podido bañarse en condiciones desde que habían abandonado Dunnottar, así que se relajó durante un tiempo, sin hacer nada más que escuchar la respiración pausada de James. Cuando lo consideró oportuno, introdujo la cabeza bajo el agua para mojar su cabello y lo enjabonó con brío pasando sus dedos entre sus hebras hasta lograr desenredarlo por completo. Luego lo aclaró y siguió con el cuerpo. Solo salió de la bañera cuando se sintió completamente limpia. Se estaba secando cuando escuchó una voz tras ella.

—O estoy soñando o me he muerto porque mi esposa jamás me permitiría

tener una vista así de privilegiada de su cuerpo sin peleárselo, aunque enseñe sus piernas a todo aquel que quiera mirar.

—James —lo miró, sorprendida— ¿Qué estás haciendo despierto? No deberías... no es posible.

—Pues lo estoy —sonrió complacido con lo que veía aunque ya se hubiese cubierto y Aileen descubrió un brillo en sus ojos que le preocupó. Cuando una gota resbaló por su frente, supo por qué el efecto del sedante se le había pasado antes de tiempo.

—Tienes fiebre —colocó sobre su cuerpo la camisola que Sophia le había prestado para dormir y se acercó a él para tocarlo aunque en realidad no necesitaba hacerlo para saber estaría ardiendo—. Esto no es bueno.

—Yo creo que es muy bueno.

Aileen se tensó al sentir la mano de James en uno de sus pechos. Contuvo el aliento por un momento, antes de expulsar el aire de golpe y apartarlo de un manotazo. James frunció el ceño y los labios al mismo tiempo en una muda protesta.

—Necesito enfriarte —hablar en voz alta le permitía concentrarse en lo que debía hacer y no en la mirada que su esposo le estaba lanzando o en las manos que intentaban atraparla de nuevo.

—Estoy muy caliente, sí —dijo él—. Mi cuerpo arde, pero sé cómo puedes enfriarlo. ¿Te lo digo?

Ignorando sus palabras, tomó uno de los cubos con agua fría que habían dejado y lo arrastró hasta la cama. Rompió un trapo en trozos pequeños y los empapó de agua. James protestó cuando se los colocó sobre el cuerpo, pero después de su severa mirada y de una advertencia, se mantuvo quieto. Era un buen enfermo, al parecer. En cuanto terminó, buscó en la bolsa de medicinas algo para ayudarle a bajar la fiebre.

—Eres hermosa, esposa —escuchó decir a James tras ella mientras preparaba el nuevo brebaje—. Y peleas bien. Sabes de hierbas y brebajes. Soy un hombre afortunado.

—Estás delirando —le dijo sin mirarlo.

—Te deseé en el mismo instante en que te vi —le confesó—. Nunca quise ocupar el lugar de ninguno de mis hermanos hasta el día en que te conocí. Aquel día lo habría dado todo por ser Adam. Lo que fuese.

—Ya basta, James —lo reprendió—. No sigas hablando. Tienes que conservar tus fuerzas para luchar con la fiebre.

—Me encanta cuando te enfrentas a todos. Te brillan los ojos de pura

pasión —continuó—. Adoro tus pecas. ¿Cuántas tienes? ¿Las has contado? Yo lo haría encantado y dejaría un beso en cada una de ellas al hacerlo.

Se acercó a él, lanzándole una dura mirada de reproche que no consiguió el efecto deseado porque James le sonrió. En cambio, al ofrecerle el vaso con la medicina, James bebió sin protestar. Y aunque lo vació de un trago, no dejó de observarla en ningún momento. Cuando Aileen fue a devolverlo a la mesa, la detuvo sujetando su muñeca. A pesar de la fiebre, su agarre era firme.

—No me abandones —le suplicó.

—Descansa, James —se soltó de él, pero terminó acariciándole la mejilla en un impulso—. Estaré aquí cuando te despiertes.

—Si no te veo al despertar —le dijo con los ojos ya cerrados—, te buscaré. Hasta en el mismísimo infierno si es necesario. Eres mía para siempre.

Aileen ignoró de nuevo cada palabra pronunciada y ocupó largos minutos en limpiar el desorden que había provocado en su prisa por preparar la medicina para la fiebre. Para cuando fueron a buscar la bañera, ya estaba sentada en una silla junto a James, oculta bajo una manta. Aunque había sitio suficiente para ambos en la cama, no le apetecía acostarse con él todavía. No después de todo lo que había dicho.

No se sorprendió al ver entrar a John en cuanto la bañera estuvo fuera, ni a Adam instantes después. Ambos hombres observaron en silencio a su hermano, que parecía dormir ahora tranquilo. Le había cambiado los trapos del cuerpo un minuto antes y parecía que la fiebre se había estabilizado. No bajaba, pero al menos no subía tampoco. Ahora todo estaba en manos de James.

—¿Tiene fiebre? —John la miró al hablar.

—Le subió hace una hora, pero ya está bajo control. Va a ser una noche larga de todas formas —no tenía intención de mentirles. Si se complicaban las cosas, no quería que la acusasen de haberlos engañado.

—Enviaremos a alguien para que te releve —asintió.

—No —su negativa sonó brusca y trató de arreglarlo—. Se despertó cuando la fiebre comenzó a subir y me hizo prometerle que me quedaría con él toda la noche. No correré el riesgo de que trate de levantarse si no me ve aquí cuando despierte de nuevo y se abra la herida.

—Mi hermano no haría algo así —Adam parecía furioso con ella.

—Puede que la fiebre le hiciese hablar de ese modo —se encogió de hombros— y no recuerde nada cuando se despierte de nuevo, pero como ya he dicho, no voy a correr ningún riesgo.

—¿Desde cuándo te importa tanto su bienestar? —la acusó una vez más.

—Desde que vuestro hermano aseguró que mi cabeza rodaría si él moría —le respondió con rabia contenida, levantándose de la silla para enfrentarlo a pesar de lo cansada que se encontraba—. No le quitaré el ojo de encima hasta que se recupere. Y ahora, si no tenéis nada constructivo que decirme, será mejor que os vayáis. James necesita reposo y yo también.

—Vámonos, Adam —terció John—. James parece estar en buenas manos. Cualquier cambio en su estado o lo que vos necesitéis, avisadme. No importa la hora que sea, quiero estar informado en todo momento.

—Lo haré —asintió, sentándose de nuevo en la silla y colocando la manta sobre sus hombros.

—Volveré al amanecer —dijo Adam en su lugar.

—Aquí estaremos —lo retó con la mirada. Puede que fuese mucho más alto y fuerte que ella y puede que intimidase a otros, pero no a ella. Se había enfrentado tantas veces a la muerte misma, que había aprendido a controlar su miedo. Adam no supondría una diferencia para ella.

En cuanto cerraron la puerta, Aileen suspiró aliviada, esperando poder pasar una noche tranquila. O todo lo tranquila que James se lo permitiese porque comenzó a removerse inquieto y ella se levantó dispuesta a calmarlo.

REENCUENTRO

—James —lo miró con reproche y las manos en las caderas—, no puedes retenerme aquí para siempre.

—Solo hasta que pueda levantarme y salir contigo fuera —le sonrió con fingida inocencia.

—Llevo cinco días sin poder irme de esta habitación y soportando tus delirios —lo acusó—. Necesito tomar aire fresco por un par de horas.

—Ya, solo aire fresco —entrecerró los ojos.

—¿Crees que aprovecharé para escaparme? —no podía culparlo de desconfiar, pues tenía la intención de hacerlo en cuanto tuviese ocasión.

James había superado la fiebre después de cinco días y su herida comenzaba a cicatrizar bien. Su necesidad de huir antes de que se recuperase por completo y decidiese seguirla, crecía cada día. Aquella salida era solo una tentativa y estaba comprobando que no sería tan fácil evitar que sospechase de sus movimientos.

—Bueno —continuó, al ver que no le respondía—, supongo que el guardia que has puesto en la puerta lo dice todo. Deberías tener un poco más de confianza en tu esposa.

—Vaya, ahora eres mi esposa —dijo divertido—. Creía que seguías pensando en anular el matrimonio.

—Debí dejarte morir —lo amenazó—. He estado cuidando de ti día y noche. Creo que merezco algo más de confianza.

—Eso ya lo has dicho, esposa.

—Pues lo repito porque parece que no te has enterado —cruzó los brazos sobre el pecho.

—Acércate —le pidió.

—No.

—Vamos —insistió—. No muerdo.

—Permíteme que te recuerde que sí lo haces —se mantuvo firme en su sitio.

La risa de James endureció su expresión porque ahora ambos recordaban la segunda noche en que James había tenido una fiebre tan alta que Aileen temió realmente por él. Había acabado metiéndolo en la bañera, con ayuda de

un par de hombres que John había mandado llamar, para intentar bajar su temperatura. En cuanto se quedaron solos de nuevo, comenzó a escurrir agua por su rostro con delicadeza, pero James la sujetó por el brazo sin previo aviso y la arrastró a la bañera con él. Antes de que pudiese protestar, ya la estaba besando. Sorprendida por aquel arrebato, le correspondió al beso hasta que lo notó su mueca de dolor. Se había levantado enfadada con él y lanzando todo tipo de insultos hacia él por ser tan insensato, pero lo que más la molestó fue la sonrisa de satisfacción que le mostró. Y lo que su corazón hizo tras ella.

Había evitado el contacto visual con él después de aquello hasta que se serenó, pero ahora, al recordarlo, bullía de rabia. Cuando James insistió en que se acercase moviendo una mano, lo miró cejuda y se negó.

—Déjame salir y tal vez luego te contente —probó suerte.

—¿Me contentarías en todo lo que yo quiera? —alzó una ceja.

—En acercarme a ti —matizó.

—Acércate primero y tal vez luego te deje salir.

Podría haber salido directamente pues sabía que James no podía levantarse todavía de la cama, pero temía precisamente que lo intentase y por eso contenía sus ganas. No pretendía alargar sus días allí porque se lastimase de nuevo. Sin embargo, necesitaba tanto respirar un aire que no compartiese con él, que finalmente claudicó y se sentó en el borde de la cama. Su mano se fue a su frente automáticamente, acostumbrada por tantas veces que lo había hecho en los últimos días. James se la tomó y la besó.

—Prométeme que volverás para comer conmigo y te dejaré ir.

—No eres mi dueño —protestó—. No puedes gobernar mi vida. Y...

—Lo sé —la interrumpió posando un dedo en sus labios para luego acariciárselos mientras seguía hablando—, hablaba muy en serio cuando te dije que tendrías la libertad que buscas, pero debo ser precavido hasta que entiendas que este matrimonio no se va a disolver.

—Este matrimonio no os aportará tierras ni lazos con los MacLeod ni nada de lo que creéis. No soy nadie importante —repitió.

—Eres mi esposa y eso ya te hace importante para mí. Te lo dije en su momento y te lo repetiré las veces que haga falta hasta que entiendas que ahora tú eres mi prioridad.

—Yo misma traeré nuestra comida —dijo levantándose más rápido de lo debido. Se sujetó al brazo de James hasta que recuperó el equilibrio y luego se soltó con brusquedad al comprender que lo había hecho. Salió del cuarto antes de que su esposo pudiese decir algo más.

Mientras bajaba las escaleras escuchó a James decirle al soldado que la dejase ir. Hubiese preferido echar a correr, pero contuvo sus impulsos por si alguien creía que estaba intentando escapar. Las pocas veces en que había salido de la alcoba, lo había hecho con Sophia y había regresado en poco tiempo, temerosa de que James despertase y no la encontrase allí. Y aún así, sabía que la vigilancia sobre ella se había intensificado. ¿Acaso sospechaban que intentaría huir igualmente? Había hecho todo lo posible por convencerlos de que se había resignado e incluso había hablado de su matrimonio como un hecho consumado, aún cuando no lo era todavía. Pero en lugar de bajar la guardia, la habían doblado.

—Debe ser cosa de Adam —se dijo a sí misma al salir fuera.

Inspiró profundamente para llenar sus pulmones de aire. Había necesitado aquello como el sediento al agua y cerró los ojos para disfrutarlo mejor. Las pocas veces que había salido de la alcoba, Sophia la había mantenido en el interior del castillo, por lo que se había sentido igualmente presa. Ahora, se impregnó de los sonidos del castillo y de las conversaciones que se sucedían a su alrededor. No las escuchaba en realidad, solo quería sentir que había más gente aparte de James y de ella. Las silenciosas horas que había pasado con él mientras estaba inconsciente le habían parecido demasiado desalentadoras para su poca paciencia. Ella era una mujer acostumbrada a la acción y permanecer ociosa tantos días le había pasado factura. La impaciencia parecía estar al acecho y le había costado no pagarlo con cualquiera que osase entrar en la alcoba en sus momentos más bajos. Salir renovaría su energía y le permitiría pensar con más claridad. Necesitaba empezar a planear su huida porque James mejoraba rápido.

Rodeó el castillo en un lento paseo, evitando la muralla para que nadie le obligase a volver dentro, pero observando cada detalle de la misma buscando sus puntos débiles. Puntos muertos que aprovechar para escabullirse fuera cuando todos durmiesen. La noche sería su aliada ahora que la luna empezaba a crecer de nuevo.

De repente, sintió una mano que cubría su boca y un brazo que rodeaba su cintura. Sus pies dejaron el suelo al ser arrastrada a un lugar donde no pudiesen ser vistos. Había sucedido rápido y para cuando quiso reaccionar, ya estaba donde la querían.

—Rob —susurró al descubrir quién era. Se abrazó a él, sorprendida de verlo— ¿Qué haces aquí? Si te descubren podrían...

—Llevo días entrando y saliendo sin que me vean —la interrumpió en

susurros también— ¿Dónde diablos te metes, mujer? Hemos tenido que escondernos lejos del castillo porque el mensajero ya informó de que intentaríamos liberarte en cuanto Alexander lo dejó regresar.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Cuatro malditos días.

—Y por lo que veo tu lenguaje ha empeorado en mi ausencia —se burló, más tranquila ahora que sabía que la estaban esperando. Eso solucionaría muchos puntos en su plan de escape.

—No estoy para bromas, Mac. ¿Dónde estabas?

—Encerrada en la alcoba de mi esposo —pronunció con rabia la última palabra.

—¿Es un hecho entonces? —sonó decepcionado— ¿Hemos llegado tarde?

—No, llegáis justo a tiempo. La primera noche tuvo que partir a... hacer algo de lo que no me informaron y regresó al día siguiente herido. He estado cuidando de él todo este tiempo.

—¿Quieres seguir casada?

—Por supuesto que no —lo golpeó en el brazo por preguntarlo.

—Haberlo dejado a su suerte.

—No quiero estar casada, pero tampoco quiero ser viuda. Además James me defendió de su hermano. Se lo debía.

—Tú y tu sentido del honor —negó—. Siempre te metes en líos.

—Pero siempre salgo de ellos también —le recordó.

—Y ahora, ¿qué? ¿Serás capaz de salir por tus propios medios esta vez? Estamos acampados a unas cinco millas al noroeste de aquí. ¿Podrías llegar hasta allí o prefieres que vengamos a por ti?

—Lo primero será eludir al guardia apostado en la puerta de la alcoba —frunció el ceño—. No se fían de mí a pesar de todo lo que he hecho por James.

—Un guardia no supone un gran desafío para ti, Mac —la atacó en broma—. Me preocupan más los de la muralla.

—Creo que podré despistarlos también.

—¿Cuándo?

—Dame unos días más —respondió después de pensar en ello—. Si en la tercera noche no me he reunido todavía con vosotros, os tocará idear algún otro plan para sacarme de aquí.

—Hecho —asintió.

Rob se movió dispuesto a desaparecer de nuevo entre la gente, pero regresó con ella antes de salir del escondite.

—Ten cuidado, Mac —le pidió—. Te queremos de regreso entera.

—Lo tendré —le sonrió—. Ya me conoces.

—Precisamente lo digo porque te conozco.

—Nos vemos en tres días, Rob —elevó los ojos al cielo—. Vete antes de que nos descubran y decidan encerrarme en una celda hasta que mi esposo se recupere del todo.

—Mac —dudó antes de continuar—, ¿te irías igualmente de Huntly si hubieseis consumado el matrimonio?

—Pienso evitar por todos los medios que eso suceda —a pesar de la dura mirada que le lanzó, su rostro se coloreó intensamente por la pregunta—. Largo, Rob.

—Solo era una pregunta —le sonrió antes de mirar a su alrededor para decidir si estaba despejado—. No hay que ponerse así.

—Largo —repitió.

Aquella no era su idea de disfrutar de un tiempo lejos de James porque ahora estaba más alterada que antes, pero al menos se sentía aliviada al saber que sus compañeros la esperaban cerca. Solo tenía que encontrar el modo de salir del castillo sin ser vista y el resto estaría hecho. Ocupó el resto de la mañana en estudiar cada uno de los movimientos de los guardias y cuando regresó a la alcoba de James con la comida, tal y como le había prometido, ya había empezado a trazar un plan.

—Esto huele delicioso —dijo él en cuanto le acercó la bandeja.

—Es bueno que tengas apetito.

—¿Qué haces? —la miró ceñudo al ver que se sentaba a la mesa, lejos de la cama.

—Pensaba comer.

—Aquí a mi lado —le indicó. Al ver cómo alzaba una ceja, añadió—. Por favor.

—Está claro que ya te encuentras mucho mejor —protestó.

Pero acercó igualmente la silla a la cama. Estaba feliz por poder irse pronto de allí, así que pensó que ceder un poco no le haría daño a nadie. Aunque protestaba por todo cuando James pedía, debía admitir que era una compañía excelente. Muy divertido.

—¿No te alegras?

—Tanto que me pondría a bailar —bufó.

—Por mí no te prives —rió—. Me encantaría ver eso.

—No tendrás esa suerte —rumió por lo bajo.

—La tendré —la había escuchado igualmente—. Todavía no hemos celebrado nuestra boda y en cuanto esté totalmente recuperado me encargaré de ello.

—No será necesario —había respondido tan rápido que se vio en la obligación de explicarse para que James no sospechase—. Es que ya llevamos una semana casados y sería una tontería celebrarlo ahora.

—Todas las mujeres quieren tener su día especial.

—Yo no soy como todas las mujeres.

—Lo sé —le sonrió antes de meter un trozo de carne en la boca, sin aclararle si eso le parecía bueno o malo.

Aileen trató de no darle importancia, después de todo se iría en dos días, y siguió comiendo como si no la perturbase la sonrisa que le había dedicado ni la convicción de sus palabras. A pesar de su deseo de anular el matrimonio, cada día que pasaba con él le intrigaba más. Así como Adam la acusaba de manipuladora y mentirosa abiertamente cada vez que tenía ocasión, James solía tratarla como si su matrimonio no se hubiese producido seis días atrás. O como si no hubiese tenido que renunciar a la mujer que habría elegido como esposa si ella no se hubiese interpuesto. Ni una sola vez le había reclamado por ello ni se había quejado de su suerte. Tampoco la había juzgado cuando le confesó que era mercenaria. Lo había aceptado sin más y eso llamó su atención más que cualquier otra cosa. James había sido el primero en no mirarla con incredulidad o censura, sin contar a Boyd o Robert. Pues incluso sus compañeros habían dudado de sus capacidades cuando se incorporó al grupo. James lo había aceptado como si fuese algo natural y la había dejado totalmente descolocada.

—¿En qué piensas, esposa? —se había negado a usar el diminutivo de su apellido y como ella se había negado a darle su nombre, usaba cualquier epíteto para nombrarla. Esposa era su favorito.

—En lo bien que se está cuando no hablas —bromeó.

No solía relajarse cuando estaba cerca de James, pues siempre que lo hacía, él intentaba atraparla entre sus brazos, pero había descubierto que le gustaba bromear con él. Casi tanto como con Rob. Aunque lo hacía con menos frecuencia, ya que su esposo le daba más motivos para enfadarse que para reír al recordarle a todas horas sus deberes conyugales. Aunque no tenía claro si lo hacía para asegurarse de que no olvidase que estaban casados o porque le gustaba verla furiosa y enfrentada a él.

—Si fueses una buena esposa, podríamos hacer ciertas cosas que no

implicarían necesariamente hablar. Y...

—Come y calla —lo interrumpió—. Estaba disfrutando de la comida hasta que hablaste.

La risa de James consiguió enfadarla más. Estaba segura de que en aquella ocasión lo había hecho a propósito para provocarla. Por suerte, en tres días se iría y ya no volvería a verlo.

ENFRENTAMIENTOS

—Ven a la cama, mujer. Es tarde.

En aquellos cinco días en que había estado convaleciente, Aileen jamás se había acostado hasta que James ya se hubiese dormido y siempre se levantaba antes de que él despertase. Al menos en las noches en que la fiebre no la había mantenido en vela hasta el amanecer, pero al parecer aquella noche su esposo reclamaba su presencia en la cama ya y no tenía ni idea de cómo negarse sin que resultase tan evidente el porqué.

—No tengo sueño todavía —dijo sin dejar de mirar por la ventana aún cuando ya había oscurecido.

—No me digas que prefieres admirar el paisaje porque dudo que veas algo —sonaba divertido, pero no se atrevía a mirarlo.

—Me gusta sentir la brisa en el rostro —aprovechó para replicarle— y ya que he tenido que permanecer toda la tarde encerrada, no me negarás este pequeño placer.

—Hay otros placeres que podríamos compartir.

—Cuida tu herida, James —lo miró con enfado—. Si se abre otra vez por hacer tonterías, te juro que te dejaré morir.

—Ahí está la mujer con la que me casé —rió, descolocándola una vez más—. Creía que se estaba marchitando por la inactividad.

—Déjame ser útil y no me marchitaré —le sugirió.

—Ya eres útil, esposa. Me has salvado la vida.

—Pero ya te encuentras mejor y hacerte compañía no es lo que yo llamaría ser útil —si lograba convencerlo de pasar fuera la mayor parte del tiempo, podría concretar sus planes de huida—. Debería estar ayudando a Sophia. La pobre tiene suficiente con Henrietta y yo podría aligerarle el trabajo un poco.

—Llámame egoísta —se encogió de hombros—, pero me gusta que estés aquí. Te quiero para mí solo.

—Te llamaré desconfiado —se acercó a la cama furiosa—. Admite que sigues creyendo que me escaparé en cuanto me dejes salir de tu alcoba.

—Nuestra alcoba —le recordó, dándole así la razón.

—Es inútil razonar contigo —se giró para alejarse otra vez, pero él la detuvo sujetando su mano—. Suéltame, James.

—No puedes culparme por pensar que huirás —dijo, acercándola a él—. No estoy ciego. Veo con qué ansias buscar salir de la alcoba y sé que no es por respirar aire fresco. Cuando esté recuperado y hayamos asegurado nuestro matrimonio tendrás toda la libertad que quieras para moverte por el castillo. Podrás ayudar a Sophia, ya que tanto te preocupas por ella. Incluso te permitiré entrenar si así lo quieres.

—¿Me dejarías practicar?

—Si abandonas el hábito, pierdes destreza. Además, sé que para ti es importante. Con eso bastaría para permitírtelo, pero también me gusta saber que podrás defenderte sola si yo no estoy cerca, esposa. No soy ningún ogro.

Aileen lo observó por largo tiempo sin llegar a creerlo del todo. Había sonado sincero, pero temía que solo lo hubiese dicho para contentarla y que deseara quedarse en Huntly con él. Y no podía negar que era muy tentador aceptar, pero sus ganas de regresar a casa eran mayores.

Trastornada por el camino que llevaban sus pensamientos, soltó su mano y se alejó de James. Salió de la alcoba aún cuando sabía que no llegaría lejos, porque necesitaba alejarse de su esposo y olvidar lo que su corazón había sentido al escucharle decir todo aquello. Creía que el guardia la detendría en cualquier momento a petición de James, pero no lo hizo. Ni siquiera al salir fuera.

—Maldita sea, Aileen —se dijo cerrando los ojos y abrazándose a sí misma—. No te dejes impresionar por sus bonitas palabras. Tú no eres una esposa de. Tú eres Aileen MacLeod, la highlander audaz y no necesitas nada más que tu reputación.

Salvo quizá a su familia. Le habrían venido muy bien los consejos de su madre en aquel momento. Siempre sabía qué decir y cómo decirlo. Era la mujer más sabia que había conocido y a pesar de ser una esposa de y una madre de, la admiraba como a ninguna otra. Había renunciado a ella tres años antes, pero ahora sentía esa pérdida.

—Espero que no estés planeando escaparte —la voz que escuchó a sus espaldas la irritó más de lo que ya estaba—. Porque no ibas a llegar muy lejos. Puede que mi hermano confíe en ti tanto como para dejarte salir sin vigilancia, pero yo no.

—Vete al infierno, Adam —se giró y lo fulminó con la mirada—. No estoy de humor para tus acusaciones sin fundamento. Si salvarle la vida a tu hermano no te parece suficiente prueba de mi buena voluntad es tu problema, no el mío. Además, qué te importa si me voy. No confías en mí, no crees ni una sola de

mis palabras, dudas que vaya a aportar algo a tu familia con el matrimonio... para ti todo son desventajas. Si me fuese, te estaría haciendo un favor. ¿Por qué todas esta animosidad entonces?

—Eres la esposa de James —la sujetó por un brazo, amenazante— y lo vas a respetar y honrar como juraste ante Dios o seré yo quien me encargue de hacértelo pagar caro.

—Yo no juré nada —se soltó—. El padre Logan nos casó sin nuestro consentimiento. Ninguno de los dos pronunció sus votos.

—Pero estáis casados —rugió.

—¿Acaso no lo honré? —gritó a su vez—. Le salvé la vida, maldita sea. Cuidé de él noche y día. Y sigo aquí, aunque podía haberme ido hace mucho y dejarlo a su suerte. O en manos de esa Mary, que lo habría envenenado la primera noche.

—No metas a Mary en esto. Estaba nerviosa porque el hombre al que ama se moría. Cualquiera puede cometer un error.

—Un error que lo habría llevado a la tumba.

Todavía recordaba la mirada que le había lanzado Mary y seguía sospechando que no había sido tan inocente como le hizo creer a todos, pero no tenía pruebas ni ganas para intentar buscarlas. Simplemente se había asegurado de que la joven no se acercase a James y con eso había sido suficiente para ella.

—Eso es lo que tú dices —la acusó de nuevo.

—Si lo que te duele es que él sea mi esposo y no tú, haber venido a buscarme a la capilla en su lugar —le espetó.

Adam avanzó un paso hacia ella hasta que sus pechos se rozaron y la miró con tal rabia en sus ojos que hasta el más valiente se habría asustado, pero Aileen estaba igual de furiosa y no reculó ante su amenazante postura. Le sostuvo la mirada sin vacilación para no darle la satisfacción de ver miedo en sus ojos.

—No tiene nada que ver con eso —susurró ahora él.

—Pues yo digo que sí —lo contradijo—. James nunca fue rival para ti, tan solo tu hermano pequeño. Tú tenías el apoyo de tu laird y la admiración de tu pueblo por ser su segundo y James estuvo relegado a la retaguardia, sin llamar demasiado la atención, sin ganarse el respeto de su gente si no era a base de insistencia. O de tu ayuda... desinteresada. Pero ahora se ha casado conmigo y si resulta que este matrimonio os proporciona la ansiada alianza con mi gente que quiere tu hermano, James se habrá labrado un nombre propio entre los

Gordon. Los MacLeod somos uno de los clanes más poderosos de las Highlands y lo sabes. Que sea James quien lo haya logrado y no tú, corroe tus entrañas porque no te gusta que te roben el protagonismo. No estás preocupado por tu hermano, sino porque tu nombre no pase a un segundo plano. A mí no me engañas.

—Tú no sabes nada —la acorraló contra la pared.

—Sé más de lo que te gustaría —lo desafió—. Y te molesta que te lo eche en cara, Adam.

—Si fueses tan importante para tu gente, no estarías vagando por los caminos, haciéndote pasar por otra. Si fueses tan importante para tu gente, no te permitirían dormir en los caminos rodeada de hombres sin ninguna clase de protección. Este matrimonio no traerá más que vergüenza a mi hermano —la miró con desprecio antes de seguir hablando—. A saber si aún conservas la virtud. Es más probable que seas una ramera a la que dejaron olvidada sus supuestos compañeros, esos que, según Orson, habrían venido a rescatarte, pero que nunca aparecieron. Seguramente se habrán buscado a otra mejor que tú y... menos usada.

Aileen lo golpeó con el puño con tal fuerza que su nariz comenzó a gotear sangre. La sorpresa en el rostro de Adam no aplacó su orgullo herido, pero lo hizo más llevadero. Jamás en su vida se había sentido tan humillada. Durante aquellos tres años había escuchado de todo, las mayores obscenidades e insinuaciones e incluso había tenido que defenderse de unos cuantos antes de que Boyd la tomase bajo su protección. Pero Adam había hecho que se sintiese menos que nada con solo un par de palabras. Era tan mezquino, que la había atacado sin piedad al ver que ella se había acercado demasiado a la verdad. Sabía que había buscado aquello que más la ofendiese, pero le había dolido demasiado.

—Tienes suerte de ser el hermano de mi esposo —le dijo— o ahora mismo estarías muerto por lo que me has dicho. Si se te ocurre insultarme de ese modo de nuevo, juro por lo más sagrado que te rebanaré el pescuezo mientras duermes. Tuve la oportunidad de hacerlo la primera vez que me escapé, pero detuve mi mano. No hagas que me arrepienta de haberte perdonado la vida.

Antes de que el hombre pudiese replicarle, entró en el castillo y subió las escaleras casi a la carrera. Al llegar a lo alto se detuvo para recuperar el aliento y tratar de serenarse. No podía entrar en la alcoba de James en aquel estado porque tendría que darle explicaciones sobre lo que había pasado y no

estaba dispuesta a que supiese que su hermano la acosaba porque si lo defendía a él, tendría que cortar dos cuellos en lugar de uno.

—¿Estás bien? —James la miró con preocupación en cuanto entró.

—Perfectamente —le mintió—. Solo necesitaba tomar el aire. ¿Qué haces despierto todavía, James? Necesitas descansar si quieres recuperarte rápido.

—Me paso el día en la cama, si descanso más me volveré loco.

Aileen no le respondió. Simplemente se acercó a la ventana y la cubrió para que no entrase el frío nocturno. Apagó las velas una a una y luego se cambió en la oscuridad. Sabía que James seguía sus movimientos, aunque no pudiese verla, y trató de no pensar en que sería la primera noche en que estarían en cama, juntos y despiertos.

—No estoy de humor para hablar —le dijo en cuanto se metió en la cama y notó sus intenciones—. Duérmete, James.

—¿Qué pasa? —le preguntó minutos después haciendo caso omiso a su petición—. No creo que lo que te he dicho sea la causa de tu malestar. No estabas tan alterada cuando te fuiste.

—No estoy alterada —mintió de nuevo.

—Claro que lo estás —sintió cómo la buscaba en la oscuridad—. De cualquier otro modo habrías esperado a que me durmiese para acostarte. No creas que no sé que me evitas, esposa.

La atrapó finalmente y la obligó a acercarse a él. Aileen le dejó hacer por miedo a lastimarlo en la herida. Notó su caricia en el rostro y cerró los ojos para que las tontas esperanzas que había sentido con sus anteriores palabras no le afectasen más. Si antes estaba decidida a marcharse, después de su enfrentamiento con Adam, su determinación era mayor.

—Confía en mí —le susurró—, por favor.

—No tengo nada que decirte, James —respondió con igual tono.

—Acabaré averiguándolo —le aseguró.

—No tengo nada que decirte —repitió. Y aún así tenía tantas ganas de contárselo, que tuvo que reprimir las lágrimas de impotencia por no poder hacerlo.

James la tomó por la nuca y la atrajo hacia él en un movimiento tan rápido, que no pudo evitar que se apoderase de sus labios con un beso cargado de promesas que no quería aceptar y de un futuro para el que no estaba preparada.

—No —lo detuvo tras unos segundos saboreando el momento—. Es peligroso para tu herida. Necesitas descansar, James.

—Esto —la acercó de nuevo— es precisamente lo que necesito.

—Todavía estás débil...

—Déjame besarte, esposa —susurró contra su boca—. Permíteme borrar con mis labios eso que te atormenta.

—No hay nada que me atormente, James —protestó, pero no hizo el amago de impedir que la besase. Estaba tan cansada de luchar contra sus sentimientos, de negar lo que James le provocaba... Y aquella noche necesitaba más que nunca sentirse querida.

—Sé que sí. Deja que esta noche calme tu desasosiego, amor —y la besó, acallando sus protestas.

Y por primera vez desde que había llegado a Huntly, Aileen dejó a un lado sus planes de escapar y se permitió soñar. Le devolvió el beso y cuando James hizo la tentativa de continuar con más, tampoco se lo impidió. Se negó a pensar en lo que aquella noche supondría para ellos y se limitó a disfrutar el presente.

—Me encanta tu sabor, esposa —gruñó James al besarle el cuello y Aileen cerró los ojos para intensificar el placer que el contacto le provocaba.

Las manos de James se apoderaron de sus pechos y jugaron con sus pezones hasta endurecerlos. Un gemido escapó de sus labios y su esposo lo atrapó con los suyos, mientras una de sus piernas se colaba entre las suyas.

—No quiero que te hagas daño —le dijo Aileen al notar la protesta que había lanzado con aquel movimiento.

—Iremos con cuidado —le prometió—. Pero quizá podríamos hacer un cambio.

Sin dejar de besarla por mucho rato y con su ayuda, se recostó contra la cabecera de la cama y la atrajo hacia él. En cuanto la tuvo en su regazo, sus besos se volvieron más ávidos. Le retiró el camisón y exploró con sus manos su cuerpo, mientras su lengua se adentraba en su boca, buscando la de Aileen. Cada gemido de su esposa era un golpe de adrenalina que lo alejaba del dolor. Se sentía arder y no era por la fiebre, sino por la mujer que tenía en sus brazos y que aquella noche se convertiría al fin en su esposa.

—¿Qué necesitas? —preguntó Aileen cuando intentó acomodarla mejor, al sentir el fuerte palpitar de su entrepierna entre ellos.

—Te necesito a ti, amor —susurró en un gruñido profundo—. ¿Estás lista para mí?

Coló la mano entre sus piernas y notó la humedad en sus dedos, lo que casi lo volvió loco. Había estado esperando el momento de hacerla suya desde que el párroco los desposó y ahora casi no podía esperar a sentir su calidez.

—Tú tendrás el control, amor —le susurró, no obstante—. Decide tu propio ritmo.

—No sé qué hacer —le confesó avergonzada.

—Déjame que te lo muestre —gimió al sentir el roce de su piel en la entrepierna. Estaba tan excitado que le costaría no empujarse dentro de ella cuando la tuviese sobre él, pero se contendría por ella. Quería que guardase un buen recuerdo de su primera vez—. Así, ya está. Despacio.

Aileen descendió sobre él y la dulce agonía de aquella lentitud amenazó con barrer todo su control. Sus manos fueron directas a las caderas de su esposa deseando empujarlas hacia él, pero logró mantenerlas allí, solo disfrutando del contacto. En cambio, dejó escapar un gemido que detuvo los movimientos de Aileen.

—¿Te he hecho daño?

—Me lo harás si no sigues —rogó, antes de besarla. La pasión que despertó en Aileen con sus labios hizo que se deslizase hasta el fondo y sintió cómo la barrera que la separaba de ser su esposa también de hecho, se rompió. Escuchó también el pequeño grito contenido que soltó y la sujetó con firmeza de las caderas para que no se moviese hasta que el dolor remitiese.

—No ha sido tan malo —dijo Aileen después de un momento.

—Ahora viene lo mejor —respondió él con voz profunda—. Y te lo mostraré.

Mientras hablaba, la elevó sobre él y luego la empujó para que descendiese. Los ojos de Aileen se abrieron por la sensación que aquel roce le provocaba y James creyó alcanzar el cielo tan solo observándola. La ayudó a mantener el ritmo en sus movimientos mientras devoraba su boca, tragándose cada gemido, hasta que alcanzaron la liberación el uno segundos antes que el otro.

—James —la oyó suspirar contra su hombro, agotada y satisfecha y se sintió el hombre más afortunado, justo en aquel momento.

MARY

Aileen estaba fuera, absorbiendo los rayos del sol mañanero que había decidido deleitarlos con su calor, mientras que su mente la torturaba por lo que había hecho la noche anterior. Después de tantos días evitando que sucediese, había sucumbido cuando ya no faltaba nada para escapar indemne de aquella experiencia. Si en algún momento de su vida había tenido dudas del desastre que era tomando decisiones, acababa de demostrarse que lo era y sin lugar a dudas.

Cuando se había despertado, James todavía dormía, rodeándola con sus brazos de manera protectora. Por un momento se sintió desorientada, pero al notar sus cuerpos desnudos bajo la manta, su mente se aclaró y recordó lo que habían hecho. Había huido de la alcoba antes de que su, ahora de hecho esposo despertase.

Aunque seguía dispuesta a irse, ahora temía más que nunca que James la siguiese. Le había dado un buen motivo para hacerlo y lo peor era que no se arrepentía de haber cedido, aunque eso le acarrease más problemas. Tendría que ocultarse bien de él hasta que se diese por vencido. Por suerte, solo tendría que lidiar una noche más con él antes de irse y aunque no le gustaba abusar de las hierbas, procuraría que la pasase durmiendo.

En cuanto llegase a su hogar, solicitaría la nulidad matrimonial a pesar de lo que había pasado. Solo ellos lo sabían y ella se había encargado de hacer desaparecer las pruebas antes de salir de la alcoba. Sabía que tenía las de perder, pues la palabra de la mujer carecía de valor frente a la del hombre, pero no podía dejar de intentarlo. Quizá James fuese mejor que los otros hombres, tal y como le había estado mostrando y le concediese la nulidad sin protestar.

—De ilusiones también se vive —se dijo, sin dejar de observar con disimulo hacia las murallas, para asegurarse de que conocía bien la ruta que seguiría la noche en que decidiese escabullirse fuera.

Solo tendría una oportunidad y no podía fallar porque si la veían, se complicaría la situación. Y no solo con James, sino con Adam y los hombres que había hecho que la vigilasen cada vez que salía fuera. Si no fuese demasiado arriesgado, le habría gustado darle una lección que no olvidase en

su vida. Tendría que conformarse con saber que se sentiría humillado por su huida.

Aquel hombre tenía un sentido del honor un tanto extraño. No confiaba en ella y no la quería en la familia, pero aún así hacía lo imposible para que no escapase. Solo de pensar que si las cosas no se hubiesen torcido en la capilla habría acabado casada con él sentía escalofríos. No había tenido reparos en secuestrar a una mujer para desposarla y obtener una alianza con su padre. ¿Qué no haría con quien consideraba menos que nada? Aquella unión se habría convertido en un infierno y estaba segura que uno de los dos habría acabado muerto a manos del otro. Esperaba ser ella quien empuñase el arma.

A pesar de que no quería enfrentarlo todavía, regresó al interior del castillo para acompañar a James en la comida, tal y como lo había hecho desde su llegada a aquel lugar. Pasó en primer lugar por la cocina para recoger la bandeja, pero se sorprendió cuando le dijeron que la habían subido, pues había dejado aviso de que se pasaría a por ella. Subió las escaleras, presa del pánico, pues había tenido un mal presentimiento. Se repetía en su cabeza que era una tontería, pero aún así, no podía quitarse la sensación de encima de que James estaba en peligro.

—Mary —dijo en cuanto entró en la alcoba y la vio sentada junto a James en la cama.

—Mary ha venido a verme —respondió James un tanto incómodo.

—Y he traído la comida —concluyó ella.

—Sois muy amable —le sonrió de manera forzada.

—No es nada —dijo ella, tomando un primer bocado para dárselo directamente a James—. Echaba de menos estar con James.

Aileen se tensó al ver cómo James comía y se acercó a ellos. No se fiaba de aquella mujer y estudió el plato que sostenía por si le veía algo raro.

—Es tu comida favorita —Mary habló con James, ignorándola a ella a propósito—. Echo de menos cocinar para ti.

—Mary, no... —James no terminó la frase porque hizo un gesto con la boca y añadió— ¿Le has puesto algún ingrediente nuevo? Sabe diferente.

Aileen no esperó a que tomase un segundo bocado y se acercó a ellos al notar la mirada esquiva de Mary. Lanzó el plato por los aires y alejó a la mujer de James.

—Pero qué... —James pretendió protestar por su arrebató, pero se quedó mudo cuando Aileen acorraló a Mary contra la pared y la sujetó con fuerza, amenazante.

—¿Qué has hecho, Mary? —la acusó— ¿Acaso has venido a rematar lo que empezaste la noche en que regresó herido?

—Yo no he hecho nada.

—¿Le has echado algo en la comida? —gritó.

—No he hecho nada —gritó a su vez.

—¿Podéis dejar de discutir y acercarme un vaso de agua? —James las interrumpió—. No me encuentro bien.

—Maldita sea —corrió hacia él y le ayudó a inclinarse hasta dejarle medio cuerpo fuera de la cama—. Tienes que vomitar, James.

No sabía qué le había puesto Mary a la comida, pero necesitaba que James lo echase fuera antes de que le afectase más. El sudor en su frente no era buena señal, ni la dilatación de sus pupilas.

—Solo necesito agua —protestó por la postura forzada.

—Vomita de una maldita vez —le gritó, desesperada.

Si era lo que creía, no tenían mucho tiempo para evitar que el veneno se mezclase con su sangre y acabase con su vida. Por un momento, Aileen temió por la vida de James y su corazón sufrió. Puede que no quisiese ser una esposa de, pero él no merecía un final tan agónico como aquel.

James parpadeó varias veces para enfocar su vista sobre Aileen y al ver la preocupación en sus ojos, se provocó el vómito como le pedía. El alivio no fue instantáneo como esperaba sino que sintió arder su garganta.

—Otra vez, James —lo apremió—. Hasta que tu estómago se vacíe.

—Duele demasiado —se quejó.

—Creo que Mary ha puesto cicuta en tu comida —le confesó.

—Mary no haría...

—Vomita, James —le gritó una vez más.

Mary ya casi estaba en la puerta cuando Aileen la vio. Abandonó a James para ir por ella y en cuanto la sujetó por el brazo la lanzó contra una esquina de la alcoba sin ningún cuidado. Le hubiese gustado matarla por lo que había hecho, pero no le correspondía a ella castigarla. Por más que lo desease, sería el laird quien la juzgase.

—Connor —gritó al guardia que estaba en la puerta—. Ve a por tu laird inmediatamente. Hay algo que tiene que saber.

En cuanto el hombre se fue, Aileen volvió con James, que estaba prácticamente inmóvil. Le provocó el vómito hasta que no salió nada de su estómago y lo recostó en la cama. Estaba agotado, no solo por lo que el veneno había empezado a hacerle, sino por todos los días de convalecencia

que había pasado y no se movió. Mary en cambio seguía acurrucada en la esquina donde la había dejado y los observaba en silencio, temblando de pies a cabeza.

—Si muere —le dijo Aileen sin mirarla—, tú serás la siguiente.

—Si no es mío —dijo ella entre dientes con rabia— no será de nadie más.

—Estás loca —la miró asombrada—. No te saldrás con la tuya.

—¿A quién piensas que creerán? —le sonrió con suficiencia—. Tú no eres nadie aquí.

—Pero puedo matarte ahora mismo —la amenazó, acercándose a ella y asiéndola por un brazo. Se deleitó con el grito de dolor que le arrancó.

—¿Qué pasa aquí? —John entró seguido de un alterado Adam, que no tardó en interponerse entre ellas al ver cómo la sujetaba.

—Suéltala —rugió.

—Adelante —lo animó con desprecio—. Defiende a la mujer que ha intentado matar a tu hermano por segunda vez. O puedes darle las gracias por querer quitarlo de en medio. Así no tendrás que manchar tus propias manos.

—James es mi hermano —la enfrentó—. Jamás le haría daño.

—Eso es lo que tú dices.

—No consiento que me hables así —la amenazó.

—Te hablo como te mereces.

—Ya basta —John los detuvo a ambos—. Que alguien me explique qué está pasando aquí o empezaré a imponer castigos. Y no será agradable de ver.

—Que os lo cuente ella —Aileen señaló a Mary con un gesto de su cabeza—, pero tened cuidado con lo que os dice. Creo que de su boca no salen más que mentiras.

—¿A dónde crees que vas tú? —la increpó Adam cuando vio que se disponía a salir de la alcoba.

—A salvarle la vida a tu hermano otra vez —le dijo antes de bajar a la cocina.

Sabía cómo contrarrestar el efecto de la cicuta porque lo había visto hacer a un curandero un año atrás, pero debía ser rápida o le causaría un daño irreparable a un ya maltrecho James. Reunió todo lo necesario y cuando regresó a la alcoba, iba acompañada de varias mujeres, entre ellas Sophia. Al entrar, descubrieron a una llorosa Mary siendo consolada por Adam y Aileen apretó la mandíbula para no explotar. Una vez más relajada, se concentró en lo que tenía entre manos porque lavar el estómago de James era más importante que las mentiras que aquella mujer pudiese contar. Si el laird no le sacaba la

verdad, ella lo haría a golpes, si era necesario, más tarde.

—Soy un desastre —sollozaba—. Intento hacer bien las cosas, pero acabo empeorándolo. No sé qué me pasa.

—No es tu culpa, Mary —la consolaba Adam—. Esta última semana ha sido dura para todos.

—Pero debí fijarme en lo que hacía, Adam. Yo quería usar hinojo para aderezar la carne porque le da un buen sabor. Quería que James se alimentase bien para que se recuperase antes, pero me equivoqué de planta. No entiendo cómo...

—Ya lo tenías ensayado, ¿verdad? —Aileen ya no pudo contenerse más.

—¿Qué?

—Usaste cicuta porque sabes que es muy fácil de confundir con el hinojo o el perejil. Esa sería tu excusa si te descubrían —le pidió a una de las mujeres que continuase suministrándole a James el remedio que había preparado y se acercó a Mary, dispuesta a obligarla a confesar—. Como no pudiste matarlo con el sedante la primera noche, decidiste intentarlo con un veneno más potente. Esperaste hasta que dejé a James solo el tiempo suficiente, para venir y poner en marcha tu plan. Lástima que me adelantase en mi regreso.

—¿Qué insinúas? —Adam la miraba ceñudo.

—No insinúo nada —lo miró—. Estoy diciendo que Mary vino a aquí a envenenar a tu hermano porque no puede soportar que no le vaya a proponer matrimonio, después de esperar un año por él. Estoy diciendo que la otra vez no se equivocó con las medidas de la adormidera, así como no lo hizo hoy al poner la cicuta en la comida. Estoy diciendo que Mary es una maldita asesina.

—Esas son unas fuertes declaraciones —convino John—. Y a menos que tengas pruebas, no deberías formularlas tan a la ligera.

—Me lo confesó instantes antes de que os mandase llamar —dijo.

—Eso no es cierto —se defendió Mary—. Se lo está inventando. ¿La vais a creer a ella? Ni siquiera es una Gordon.

—Es una Gordon —la reprendió John—. Está casada con James.

—Pero...

—Sé que esto no ha sido justo para ti, Mary y que estás dolida por ello —la interrumpió—, pero James ha cumplido con su deber y no debes reprochárselo. Como hermano mío...

—James me juró que se casaría conmigo —lo interrumpió ella.

—Dudo que mi hermano hiciese una promesa de esa índole —negó él—, cuando no sabía si podría cumplirla. Es un hombre sensato.

—Pues lo hizo.

—Aunque así fuese, ya no importa. Ahora es un hombre casado y debes aceptarlo.

—Pero...

—Ya basta por hoy —la interrumpió él por segunda vez—. Dejemos que Mac obre su magia con James una vez más. Hablaremos de todo esto en cuanto mi hermano se recupere. Todos fuera.

—¿Vais a dejarla marchar sin más? —protestó Aileen, viendo cómo Mary pretendía salir con ellos todavía abrazada a Adam—. Acaba de intentar matar a vuestro hermano, por el amor de Dios.

—Todavía no se ha probado que fuese intencionado —repuso John con calma—. Pudo haber sido un error...

—¿Dos errores en una misma semana? ¿De manos de una mujer despechada? Si no veis cuán peligrosa que es, estáis más ciego de lo que pensaba.

—Más respeto a tu laird —gruñó Adam.

—Tú cállate, maldita sea —le gritó de regreso—. Tengo tantas ganas de golpear a alguien que podrías ser tú. No me tienes más.

—Mac —Sophia la llamó con desesperación—, está vomitando.

—Tiene que hacerlo —le dijo, centrando su atención en James.

Se acercó y le sostuvo la frente mientras liberaba a su estómago de los últimos rastros del veneno. Le daba palabras de ánimo sin darse cuenta y acariciaba también su espalda para calmarlo. Por suerte para él, no había ingerido una cantidad letal en el único bocado que Mary había conseguido darle. Si le había vaciado el estómago bien, se recuperaría sin problemas.

Para cuando dejó de prestarle atención únicamente a James, la habían dejado a solas con él, salvo por un par de mujeres que se habían quedado para ayudarla a limpiar. Las despidió a ambas al terminar y se sentó en la cama junto a su esposo. Aquel iba a ser otro duro y largo día sin salir de la alcoba.

—Te juro que Mary no quedará impune, James —prometió, segura de que no podía escucharla, porque aunque la cicuta no dejaba inconsciente, el esfuerzo de eliminarla había acabado con todas las reservas de energía de su esposo—. Me encargaré de que se sepa cuán mezquina es antes de irme.

Tal vez no debería haberlo dicho en voz alta, pero sintió que lo necesitaba. Era su forma de despedirse de él, pues sabía que no podría hacerlo cuando estuviese consciente si quería evitar que se lo impidiese. Y solo porque tampoco lo recordaría, se permitió dejar también un pequeño beso en sus

labios.

—Te lo juro por mi honor.

CONVERSACIONES

Y aunque no había tomado tanto veneno, la debilidad que sentía a causa de su convalecencia, había empeorado los síntomas. No había dejado de vomitar en toda la tarde, hasta que su cuerpo decidió que su estómago estaba vacío, dejando a un James más agotado que nunca. Y cuando llegaron las convulsiones, Aileen tuvo que pedir ayuda en varias ocasiones para inmovilizarlo por temor a que su herida se abriese con sus movimientos bruscos. Sabía que su cuerpo estaba luchando con los restos que habían podido quedar del veneno, pero después de la semana de fiebre alta que había pasado, todo resultaba mucho más duro para él.

La fiebre regresó y tuvo que meterlo de nuevo en la bañera. Lo había escuchado delirar durante horas, hasta que el calor se fue poco a poco y consiguió quedarse dormido. Una vez controlada, el sueño de James se relajó.

John había ido a verlos al anochecer y se preocupó al verlo tan decaído. Aileen trató de tranquilizarlo, pero también ella estaba nerviosa. Y se culpaba por haber hecho el amor con él cuando no estaba totalmente recuperado aún.

—Debéis hacer que Mary os confiese la verdad —le pidió a John en una ocasión, después de comprobar con su mano en la frente de James, que no había regresado la fiebre.

—Para ser una mujer que no desea este matrimonio —le dijo él—, os tomáis muy en serio vuestros deberes de esposa.

—¿Preferiríais que lo dejase morir?

—Desde luego que no.

—Además, no es que tenga elección en cuanto a este matrimonio —añadió—. Y aunque la tuviese, mi honor me impide dejar morir a alguien si sé que puedo salvarlo. Y no olvidéis vuestra amenaza. Si él muere, yo también.

—Creo que me has demostrado con creces que tu preocupación por él es genuina, muchacha —le sonrió—. Y quizá pueda suponer que este matrimonio ya no te desagrada tanto, ¿cierto?

Que dejase a un lado los formalismos la sorprendió, pero fueron sus siguientes palabras las que la dejaron sin habla. No sabía si lo había dicho de verdad o simplemente la estaba tanteando, pero fuese como fuese, aquello era lo último que esperaba oír de sus labios.

Lo observó en silencio por un momento sopesando su respuesta. John era un hombre apuesto y guardaba gran parecido con sus hermanos. Quizá el verde de sus ojos fuese más intenso que el de James o sus facciones más duras que las de Adam, pero no se podía negar que aquellos hombres habían nacido de la misma madre. Él la observaba a su vez, con interés, con curiosidad, pero sobre todo sin reproche sus ojos. No como Adam, que cada vez que cruzaban miradas encontraba acusaciones en la suya. Quizá por eso no quería mentirle, pero tampoco podía decir la verdad.

—James es un buen hombre —dijo finalmente—. Se merece tener a su lado a una buena mujer.

—No veo que tú seas tan mala para él. Le has salvado la vida en dos ocasiones y lo defiendes con fiereza —admitió—. Jamás había visto a nadie enfrentarse a Adam del modo en que tú lo haces y te aseguro que está muy contrariado por ello.

—Contrariado no es una palabra que se ajuste a vuestro hermano. Diría rabioso, ofendido, ultrajado... y aún así me quedaría corta.

—Es un hombre temperamental, pero tiene un sentido del honor muy arraigado —lo disculpó.

—Más bien ilógico.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no deja de acusarme de cosas que no hago y me vigila a todas horas como si fuese un criminal. Y aún así está dispuesto a mantenerme en Huntly y obligarme a cumplir en mi matrimonio —le explicó—. Si tanto le desagradó, debería haberme permitido huir cuando tuvo la oportunidad.

—Ahora eres una Gordon, solo quiere que te comportes como tal. Él cuida de los nuestros —el aseguró— y te protegerá con su vida, si fuese necesario.

—Pues tiene una extraña forma de demostrármelo.

—Está irritado porque has acabado casada con James y no con él.

—Pero si no me soporta. Debería estar feliz de haberse librado de mí.

—Como te he dicho, tiene un férreo sentido del honor. Siente que me ha fallado al no haberte desposado. En realidad no es por ti.

—Pues si su sentido del honor es tan fuerte como decís, pedidle que le saque la verdad a Mary —volvió a la carga—. Esa mujer está loca y es muy peligrosa.

—No puedo acusarla sin pruebas.

—Vuestro hermano está postrado en cama —lo señaló al hablar—, sufriendo los efectos del veneno que ella le suministró. Y no es la primera vez

que lo intenta. ¿Qué más pruebas necesitáis?

—Pudo ser una equivocación.

—¿En dos ocasiones? Lo dudo.

—En cuanto James despierte hablaremos de este asunto. Merece estar presente. Después de todo es el más afectado.

—Y mientras, le dais tiempo a Mary a perfeccionar sus mentiras.

—Mary ama a mi hermano y esperaba casarse con él algún día. De la noche a la mañana, se ha encontrado con que es un hombre casado. Solo está dolida y...

—No pongáis excusas para lo que no lo tiene, señor. Mary intentó acabar con la vida de James en dos ocasiones, porque no quiere que nadie más lo tenga, si no es suyo. Y pienso demostrároslo en cuanto amanezca —se levantó y abrió la puerta—. Ahora, si me disculpáis, estoy agotada y querría descansar, aprovechando que James parece haberse tranquilizado al fin.

John se levantó lentamente y salió del cuarto. No era un hombre que aceptase órdenes, pero sabía cuándo debía retirarse. Aileen estaba demasiado alterada y su presencia lo empeoraría. Sabía que una noche de sueño le vendría bien. En realidad, todos ellos la necesitaban, pues aquella había sido una semana dura.

—Hablaremos por la mañana —se despidió de ella—, Mac.

—Dadle las buenas noches a vuestra esposa de mi parte —le dijo, en un sutil gesto de rebeldía que solo lo divirtió.

Le gustaba el espíritu indomable de la joven. Sabía que sería una excelente esposa para su hermano pequeño, aunque necesitaba hacérselo ver a ella. James siempre había sido el más rebelde de los tres en su juventud. El inconformista. John siempre lo había admiraba por ello y había lamentado que con el tiempo hubiese perdido parte de aquella energía. La joven MacLeod le ayudaría a reencontrarse consigo mismo y mataría la rutina que se había instalado en su vida, pero sobre todo, le devolvería las ganas de aventura.

Porque John lamentaba que su hermano hubiese acabado en un estado de letargo que lo encaminaba hacia un futuro que no le correspondía. Había querido sacarlo de él enviándolo fuera cada vez que tenía podía, pero seguía viéndolo igual de hundido. Supo del interés de Mary hacia él poco después de enviudar e intentó hacerla desistir. Aquella mujer no era lo que necesitaba y de un modo egoísta, había hablado con ella para alejarla de James. Le puso el embarazo como excusa, recordándole que debía buscar un hombre que pudiese hacerse cargo de ambos y que James no era el adecuado porque solía pasar

largas temporadas lejos de Huntly cumpliendo las misiones que él le encomendaba, pero la joven se mostró firme y no desistió. Menos después de perder al bebé y de que su hermano comenzase a frecuentarla.

—¿Cómo está James? —Sophia estaba acostada cuando John entró en sus aposentos. Henrietta dormía ya y acarició su tierno rostro antes de comenzar a desvestirse, para meterse en cama.

—Tranquilo —abrazó a su esposa—. Creo que saldrá de esta. Es un hombre fuerte y tiene quien se preocupa por él.

—Mac es su ángel guardián.

—Eso parece.

—John, hay algo que necesito contarte —lo miró dubitativa—. Solo son habladurías, pero después de lo que ha pasado con James, creo que deberías saberlo.

—Y tú no deberías hacer casos de las habladurías, Sophia.

—Escucha y decide si quieres creerlas o no, por favor.

—De acuerdo.

—Sabes que Lorna le ha estado enseñando el oficio a Mary.

—Eso es bueno. La pobre mujer está muy mayor ya para cuidar de todos nosotros y necesita una sucesora.

—Al parecer Mary —se mordió el labio insegura de continuar, pero la caricia de su esposo en el brazo la animó a hacerlo— estuvo haciéndole preguntas sobre cuáles eran las plantas que podían ayudar a conservar los bebés cuando había riesgo de perderlo y cuáles provocaban que lo perdiesen. También le preguntó sobre aquellas que se podían suministrar para ayudar en el parto.

—Es normal que lo hiciese, después de todo estaba esperando un hijo.

—Pero muchas mujeres creen que hizo todas aquellas preguntas para que Lorna no sospechase de sus verdaderas intenciones.

—¿De qué estás hablando, Sophia?

—De que sospechan de que Mary provocó la pérdida de su bebé.

—Imposible.

—John, piénsalo. Poco después de preguntar perdió a su bebé. Un bebé que llevaba muchos meses en su vientre y era totalmente sano. Casi muere por el sangrado que le provocó.

—Ninguna mujer haría tal cosa. Tienen que estar equivocadas.

—Una mujer en su sano juicio jamás haría algo así —se incorporó para mirarlo a los ojos—, pero después de lo que ha pasado con James... ¿No

crees que tal vez haya intentado envenenarlo? ¿Y si mató a su bebé porque James lo veía como una barrera para que pudiesen estar juntos? Todos sabemos que la estaba rechazando por su embarazo y me consta que a ella no le sentó bien. Tal vez quiso deshacerse de lo único que le impedía tenerlo. Después de eso, empezaron a verse con frecuencia y sé que James planeaba casarse con ella en verano si tú consentías la unión.

—Sophia, eso es...

—Es muy posible, John —lo interrumpió—. Algunas mujeres cometen locuras por conseguir lo que desean y Mary puso sus miras en tu hermano en cuanto se quedó viuda.

—Locuras puede, pero matar a un hijo por un hombre...

—Tenemos que averiguar si es cierto, John. Porque si lo ha hecho, merece ser castigada por ello.

—Mañana hablaré con ella —le prometió después de pensar en lo que le había contado—. Sabremos la verdad de su boca.

—Gracias, mi amor —se recostó de nuevo sobre su pecho—. Espero haberme equivocado.

También él lo esperaba, porque la otra opción era un tanto ruin. Una mujer que estaba dispuesta a matar a su propio hijo por la atención de un hombre, no merecía ni que se la llamase mujer.

—Amor —Sophia interrumpió sus pensamientos una vez más.

—¿Qué sucede?

—Habla también con Adam para que deje de acosar a Mac, te lo ruego. No me gusta cómo la trata. Es una Gordon, lo quiera o no.

—Adam lo sabe, mi vida —acarició su cabello—. Tiene el orgullo un tanto herido por cómo sucedieron las cosas, pero se le pasará.

—Está obsesionado con ella —le dijo—. Ha ordenado a tus hombres que la vigilen cada vez que sale del castillo. Solo está esperando a que haga algo de lo que pueda acusarla para saltarle encima.

—¿Cómo sabes tú eso? —la miró sorprendido.

—Los hombres hablan con sus esposas y ellas conmigo.

—Vaya —no sabía qué decir.

—A ninguna le gusta cómo trata Adam a Mac —añadió—. Ella se ha desvivido por salvarle la vida a James y no se lo merece.

—Se ha ganado el cariño de las mujeres del clan —sonrió pensando que ahora tendría un motivo más para aceptar su matrimonio con James—. Eso es bueno.

—¿Hablarás con él?

—Hablaré con él —le prometió una vez más.

—Es por esto que te amo tanto, John —lo miró, con una sonrisa en los labios—. Siempre me escuchas y aceptas mis consejos.

—Yo también te amo, esposa —la besó—. Y ahora duérmete, antes de que me comprometas a algo más.

—Tal vez podría agradecerte que seas tan complaciente conmigo —le sonrió con picardía, mientras paseaba la mano por su pecho.

—¿Estás segura? ¿No es muy pronto? —había cautela en su voz.

—Estoy totalmente recuperada, John —lo acarició—. Hace tiempo ya. Eres tú el que tiene miedo de lastimarme.

—En ese caso —la recostó en la cama para colocarse sobre ella—, estoy deseando que me lo agradezcas, esposa mía.

—Con mucho gusto, esposo mío —lo atrajo hacia ella para besarlo. Había extrañado la intimidad con él.

LA TRAMPA

Nada más amanecer y después de comprobar que James había logrado pasar lo peor de los efectos del veneno y ya descansaba plácidamente, Aileen salió de la alcoba en busca de la mujer que casi había logrado matar a su esposo. Le arrancaría la verdad a golpes si era necesario. Y debía hacerlo antes de que comenzase la actividad en el castillo.

Le había sonsacado sutilmente a las mujeres que la ayudaron a limpiar el día anterior dónde vivía y cómo llegar a su casa. Tenía que salir del recinto amurallado, así que pensaba escabullirse sin que la viesan y llevársela, a rastras si se negaba a colaborar con ella, de regreso al castillo. La haría confesar delante del laird y de todo el clan. Después podría poner en marcha su plan de huida, a sabiendas de que James ya no correría peligro. Aquella misma noche tenía abandonarían Huntly para siempre.

—¿Vas a alguna parte, Mac? —la voz de John en las escaleras tras ella la sobresaltó. No había previsto que estuviese despierto tan temprano y mucho menos que se fuese a encontrar con él.

—A buscar a Mary —lo enfrentó con la verdad, esperando que él intentase impedirselo.

—No será necesario —le aseguró—. Yo mismo enviaré a buscarla en cuanto hayamos desayunado. ¿Me acompañarías? Ya llevas una semana aquí y todavía no he tenido el gusto de compartir mesa contigo.

—Preferiría ir a buscar a Mary.

—No se irá a ninguna parte —la tomó del brazo y continuó bajando las escaleras llevándola con él—. Podemos alimentarnos primero. Además, se piensa mejor con el estómago lleno.

—¿Vuestra esposa no baja?

—Está en cama todavía —sonrió—. Esta noche ha dormido poco.

—¿Henrietta se encuentra bien? —se preocupó por la niña.

—Está perfectamente. Al igual que anoche —su sonrisa se amplió al ver el rubor que cubrió el rostro de Aileen cuando comprendió el verdadero motivo de que Sophia permaneciese en vela.

—Me alegra saberlo —susurró, evitando su mirada.

El salón comenzó a llenarse de gente al poco tiempo. Al parecer en Huntly

todos eran madrugadores y Aileen tomó nota mental de ello. Suponía menos tiempo para alejarse de allí antes de que notasen su ausencia. La única ventaja con la que contaría, sería que nadie los iría a despertar tan temprano, si acaso James no decidía que había dormido suficiente y alertaba al resto antes de que hubiese salido del castillo. Con un poco de suerte, algo que parecía escasearle últimamente, dormiría toda la noche. Aquella semana le había exigido demasiado a su cuerpo.

Admiraba la fuerza que poseía. Cualquiera otro habría sucumbido ya, pero él seguía luchando. Contra la fiebre en primer lugar y el veneno después. E incluso estando tan débil, en cada ocasión en que había despertado, la había obsequiado con aquel carácter afable y divertido que poseía. Había bromeado con ella, le había hablado de sí mismo y se había interesado por su pasado. Había tratado siempre de obtener más de ella sin resultar opresivo y en ocasiones lo había logrado. Había sabido bajar sus defensas y aunque se había mantenido firme en ciertos temas, le había contado más de su vida que a cualquiera de sus compañeros desde que se había escapado de su hogar. Que no la censurase cuando le relataba sus aventuras de los últimos tres años había supuesto para ella una revelación. Y una continua lucha mental entre lo que debía hacer y lo que le habría gustado hacer, si las circunstancias hubiesen sido otras.

Pero ya no había vuelta atrás. En cuanto desenmascarase a Mary podría irse y olvidarse al fin de James y sus sonrisas. Sus pullas y provocaciones. Sus besos robados y sus caricias. Y la única noche que habían compartido en intimidad. En cuanto regresase a su hogar, todo lo que había sucedido aquella última semana sería solo una anécdota más. Una que se guardaría para sí misma.

John le ofreció un plato repleto de comida y Aileen le sonrió por cortesía, pues aquel gesto solo había evitado que se levantase. Había intentado ignorar las miradas cargadas de curiosidad poco disimulada con que la obsequiaban los que iban llegando, pero se sentía incómoda por su atención. Había intentado marcharse también varias veces, pero John parecía preverlo y la frenaba en cada ocasión. Bien con alguna pregunta sobre su hermano, bien ofreciéndole comida, como en aquel momento. Era un hombre astuto, no podía negarlo.

La llegada de Adam resultó todavía más incómoda por el modo en que las conversaciones enmudecieron. Por un momento, las miradas de todos se mantuvieron fijas sobre él y la tensión podía cortar con un cuchillo. Adam

avanzó hacia ellos, rígido y con una dura mirada sobre ella, que Aileen le mantuvo, desafiante.

—¿Qué ha...?

—Adam —lo interrumpió John, consciente de lo que su hermano estaba a punto de decir—, siéntate con nosotros. Este es un día especial ya que al fin la esposa de tu hermano James ha podido acompañarnos a la mesa. Sin duda él también lo hará en breve. ¿No te parece una excelente noticia?

—Desde luego, John —asintió hacia él y se sentó a su derecha, tan lejos de Aileen como pudo.

A nadie le pasó inadvertido el gesto y Aileen deseó una vez más salir de allí. No porque le tuviese miedo a Adam, jamás lo había hecho, sino porque estaba harta de sus desplantes y la paciencia que le quedaba estaba al borde del colapso. Si no se iba pronto, acabaría cogiendo el puñal que todavía escondía bajo el vestido y se lo colocaría en el cuello a su cuñado, animándolo a darle un nuevo motivo para rebanarle el pescuezo.

—¿Me permitís ahora ir a por Mary? —le susurró a John para que Adam no la escuchase. Lo que menos necesitaba era oír a aquel hombre defendiéndola de nuevo.

—Mandaré a por ella.

—Preferiría ir yo misma.

—Si envío a alguien, vendrá de buen grado —le palmeó la mano, condescendiente— y menos prevenida. ¿No crees?

No pudo refutar aquello porque tenía razón. Seguramente si la veía aparecer a ella se pondría a la defensiva y sería más difícil sacarle la verdad, por lo que asintió a desgana y observó cómo uno de los hombres de John se acercaba a la mesa principal a un gesto suyo. John habló con él en privado y después lo vio salir a toda prisa. Adam los miró ceñudo a ambos, pero no dijo nada.

—Tengo unas cuantas preguntas que hacerle a Mary —le explicó su hermano a la silenciosa pregunta que le hizo con la mirada.

—¿No creerás sus acusaciones?

—Tengo nuevos datos que necesito que me aclare.

No solo Adam se sorprendió al oír aquello, sino también Aileen. ¿Nuevos datos? ¿Cuándo? ¿Quién? Le hubiese gustado saber de qué se trataba, pero la llegada de Sophia la interrumpió mucho antes de poder empezar a preguntar. Se ruborizó al ver la amplia sonrisa que sostenía la joven. Después de lo que había insinuado John, para ella era más evidente el motivo de su felicidad.

—Buenos días —le sonrió, todavía más, cuando se sentó a su lado.

—Buenos días —intentó intercambiar el asiento para que estuviese con su esposo, pero la detuvo.

—No es necesario —le dijo, colocando una mano sobre su brazo—. Mi esposo ya me tiene muy vista. Unos minutos lejos de mí no le harán ningún daño.

—Pero...

—Nada —la interrumpió.

Mary llegó poco después, pero detuvo sus pasos mucho antes de alcanzar la mesa principal. Cuando vio a Aileen con su laird, su determinación flaqueó, sin embargo, el hombre que la había ido a buscar la instó a avanzar, sujetándola por el brazo. Mary no la miró directamente en ningún momento, pero Aileen sabía que lo había hecho disimuladamente para intentar averiguar el porqué de su presencia allí. Disfrutó con su miedo, manteniendo aún así su rostro imperturbable. Dejaría que la incertidumbre la royese por dentro hasta que John se decidiese a interrogarla.

—¿Sucede algo, mi señor? —finalmente su atención recayó en el laird.

—Tengo algunas preguntas para ti —le dijo— y espero sinceridad en tus respuestas.

—Siempre os he dicho la verdad, mi señor.

Aileen contuvo su lengua para no responder e hizo acopio de su paciencia, que era escasa a esas alturas. Permitiría a John llevar todo el peso de la conversación e intervendría cuando lo creyese realmente necesario. También ella sentía curiosidad por aquellos nuevos datos de los que había hablado el laird.

—Entonces no tendrás problemas en contestar.

—Por supuesto que no.

—Dejadnos solos —pidió al resto de comensales, que no se habían ido por su afán por saber más. Tan solo Adam, Sophia y Aileen permanecieron en su sitio, pues la orden no iba dirigida a ellos. En cuanto se despejó el salón, John inició su interrogatorio—. He estado pensando en lo que nos dijiste ayer, cuando descubrimos que habías envenenado a James...

—No fue a propósito —lo interrumpió.

—Precisamente a eso me refería —la miró con censura por haberlo interrumpido y ella bajó la cabeza avergonzada—. Sé que Lorna te está instruyendo. ¿Cómo es posible que confundieses una planta tan mortífera con simple aderezo? Si vas a ser nuestra curandera algún día, quiero creer que no

cometerás errores tan graves.

—Tampoco yo lo entiendo, mi señor —se apresuró a responder—. Y creedme si os digo que nunca antes me había pasado. Supongo que estaba tan nerviosa por volver a ver a James, que no me fijé en lo que hacía. Me han impedido visitarlo desde el día que llegó herido —miró de reojo a Aileen— y estaba muy preocupada.

—Esa noche también te confundiste en las cantidades —le recordó John—. Si cada vez que estás nerviosa dejas de prestar atención a lo que haces, no creo que seas la más adecuada para el puesto de curandera. Podrías acabar matando a alguien por error.

—Todavía estoy aprendiendo —se defendió—. No podéis culparme si aún no conozco bien las cantidades. Además...

—Mac supo ver que te habías excedido y me consta que no está entrenada para ello —la interrumpió enfadado—. Sin su certera intervención, mi hermano no estaría vivo ahora mismo.

—Y no sabéis cuánto he lamentado lo que sucedió —se apresuró a responder.

—Más lo habrías lamentado si hubiese muerto —la amenazó antes de inspirar profundamente para relajarse—. He escuchado ciertos rumores sobre de ti, Mary. Normalmente no suelo hacerles caso, pero después de todo lo que ha sucedido, necesito saber si son ciertos o no.

—¿Qué rumores?

—No tengo una forma suave de decirlo —dijo después de pensarlo bien—, así que seré totalmente franco. Dicen que provocaste la muerte de tu propio bebé.

—¿Qué? ¿Quién?

—Mary no haría algo así —Adam salió en su defensa, pero al ver que era el único que lo había hecho, la miró—. No serías capaz, ¿verdad, Mary?

—¿Por qué habría de hacer algo así?

Aileen se sorprendió con semejante acusación, pero imaginó que la negaría en rotundo. Que estuviese respondiendo con evasivas era, para ella, prueba suficiente de que lo había hecho. La sangre comenzó a hervirle bajo la piel y apretó la mandíbula para no decirle todo lo que pensaba de ella. Y mientras seguía eludiendo la respuesta, comenzó a idear la forma de hacerla confesar.

—Responde, Mary —le exigió John—. No es tan difícil. ¿Lo hiciste o no?

—Mi señor, están intentando desprestigiarme ante vos. Merezco saber

quién ha sido.

—Quien lo diga carece de importancia. Te he hecho una pregunta, Mary, y estoy esperando tu respuesta.

—Yo quería a mi bebé.

—Pero se interponía entre James y tú —intervino al fin Aileen—. Y cuando algo te estorba, sencillamente lo quitas de en medio.

—Tú no me conoces —la acusó.

—Atrévete a negarme a la cara lo que me dijiste ayer —se levantó—. Atrévete a decirles que no me confesaste que si James no era tuyo, no sería de nadie. Atrévete, Mary.

—Estás loca.

—Loca está la mujer capaz de arrancar de sus propias entrañas a un bebé solo para conseguir a un hombre. Loca está la mujer que trata de envenenar al mismo hombre porque ya no puede ser suyo. Loca está la mujer que lo sigue negando aún cuando ha sido descubierta —se había ido acercando a ella mientras hablaba porque quería estar a su lado cuando sacase su carta maestra—. Pero puedes sentirte orgullosa de tu locura, porque has logrado lo que te proponías. No he querido decir nada a nadie todavía porque necesitaba que estuvieses presente para que vieses tu reacción.

—¿De qué estás hablando?

—James murió anoche por culpa del veneno que le suministraste.

No había planeado mentir de una forma tan descarada, pero no se le ocurría qué más cosa hacer para obligarla a reaccionar. Era probable que Mary hubiese actuado sin pensar realmente en las consecuencias de sus actos, dejándose llevar por la ira. No creía que quisiese matarlo de verdad, aunque ella pensase que sí. Solo era una mujer despechada y muy vengativa.

—¿Qué?

No fue la única sorprendida ni la única que gritó al escuchar sus palabras. Pudo ver de soslayo cómo John sostenía a una Sophia completamente pálida y lamentó tener que darle tal susto, pero no había tenido tiempo de avisarlos porque había improvisado.

—Lo que oyes —continuó—. Lo has logrado. Ya no será para nadie.

—No —movía la cabeza constantemente, negándolo—. Imposible. No puede ser cierto.

—Has matado al hombre que jurabas amar. Igual que has matado al hijo que esperabas —la remató—. Era una asesina.

—No —le gritó—. Mientes.

—Puedes subir a comprobarlo, si quieres —le dijo con calma, pero no había contado con que Adam se levantase tras sus palabras y saliese del salón en silencio. Imaginó que iría a comprobarlo y rogó que le siguiese el juego cuando descubriese la verdad, para que Mary confesase—. Estarás contenta, ahora que soy viuda.

—No —gritó de nuevo—. Es imposible. Ni siquiera tomó el veneno suficiente para matarlo porque derramaste toda la comida. Tú lo hiciste vomitar después, no puede estar muerto. Mientes.

—¿Se lo diste a conciencia? —rugió John al escucharla.

—Yo... —comenzó a retroceder asustada porque, tal y como había esperado Aileen, se había delatado sola. Había dudado de que el engaño funcionase, pues su acierto a la hora de decidir parecía haberla abandonado en las últimas semanas. Y ahora que Mary había confesado, podía escapar con la tranquilidad de saber que James estaría a salvo de sus locas maquinaciones, mientras se recuperaba del todo. Parecía que todo se estaba solucionando y que había logrado deshacerse de su mala suerte, al fin.

—Está vivo —dijo Adam en cuanto regresó al salón, evidentemente aliviado. No obstante, sujetó a Mary por los hombros cuando vio que intentaba alejarse de su hermano. El pánico en los ojos de la joven le dijo a Aileen que no estaba siendo gentil en su agarre. Ella, mejor que nadie, sabía cuán bruto podía ser aquel hombre.

—Me ha engañado —la acusó Mary, presa de la ira—. Maldita seas.

—Donde las dan, las toman —le dijo, sin remordimientos.

—Enciérrala en su cabaña —pidió John— y deja un guarda apostado en la puerta. Que no salga de allí hasta que yo mande llamarla.

Adam se llevó a Mary mientras esta le lanzaba miradas de odio a Aileen. Ella se limitó a despedirla con la mano y sonreírle. Sabía que la molestaría todavía más y era la única venganza que podía permitirse porque no estaría allí para conocer el castigo que le impondrían. Se marcharía en cuanto anocheciese.

—Esa fue una buena jugada, Mac —John llamó su atención—. Pero nos has dado un buen susto también a todos.

—Lo lamento —realmente lo hacía—. Se me ocurrió en el momento y no pude preveniros.

—No vuelvas a hacer algo así —le rogó Sophia—. Creí que me moría yo también cuando te escuché decir que James había muerto.

—Debí suponer que era una treta —continuó John, abrazando a su esposa

de nuevo—, pues no parecías demasiado afectada cuando nos encontramos en las escaleras. Después de cuidar de James tantos días, algo te habría afectado su muerte.

—Por supuesto —tampoco mentía en aquella ocasión. No deseaba que le pasase nada malo a ninguno de ellos. Quizá a Adam, pero ese era otro tema.

—Necesito retirarme a deliberar sobre este asunto —John exhaló el aire de un golpe—. No sé qué he de hacer ahora.

—Te acompaño, amor —se ofreció Sophia—. Dos mentes piensan mejor que una.

—Cierto —le tendió una mano para tomar la suya y le sonrió con tanto amor, que Aileen supo que no era resignación, como había pensado el día que llegó a Huntly, sino amor lo que sentían. John y Sophia habían conseguido enamorarse.

Aileen decidió subir a comprobar cómo estaba James y llevó una bandeja con algo de comida para él. No estaba segura de que pudiese retener algo, pero debía intentarlo. Después de tantos días ingiriendo poco alimento, había bajado bastante de peso y necesitaba comer con urgencia. Sería su último gesto como su esposa. Una despedida disfrazada de preocupación genuina.

Preocupación que había sido una constante desde su llegada a Huntly, pues James no había hecho otra cosa que estar al borde de la muerte. En más de una ocasión, llegó a pensar que lo había maldecido al convertirse en su esposa porque solo había tenido mala suerte después de su casamiento. Luego recordaba que su matrimonio había impedido que desposase a una loca y se sentía menos culpable por verlo postrado en una cama.

—No sé qué ha pasado —le dijo él en cuanto la vio—, pero Adam ha entrado arrasando con todo y salió casi de igual modo sin decir palabra.

—Puede que estuviese buscándome a mí —se encogió de hombros negándose a contarle la verdad—. Habrá pensado que escapé del castillo, como cada vez que salgo de aquí.

—Lo dudo mucho —la miró divertido, consciente de que le estaba mintiendo—. A menos que creyese que te habías escondido bajo las mantas. Me zarandeó tanto, que pensé que me arrancaría el brazo.

—Ese bruto —refunfuñó por lo bajo.

—Me alegra saber que te preocupas por tu esposo —la había oído.

—Hoy desenmascaramos a Mary —le dijo sin rodeos, cambiando de opinión, mientras colocaba la bandeja en su regazo. Prefería hablar de eso y no de su preocupación—. Por eso Adam entró de ese modo aquí. Creía que...

—¿Qué habéis hecho qué? —la interrumpió.

—Mary intentó matarte —lo miró directamente a los ojos—. En dos ocasiones. La primera, el día que llegaste herido de muerte y la segunda ayer. No fue una equivocación como hizo creer a todos en un principio, James. Era totalmente consciente de que lo que te estaba suministrando te mataría. Quería acabar con tu vida porque no ibas a ser suyo. O eso creía porque en cuanto le dije que lo había logrado, se asustó. Creo que no era consciente de...

—No puede ser —la interrumpió otra vez—. Mary no haría tal cosa. Es una joven alegre y optimista. Y muy dulce. No sería capaz de algo tan rastrero.

—No empieces tú también —lo reprendió con enfado—. He tenido suficiente con tus hermanos. Ninguno de ellos me creía, pero les demostré que tenía razón. Ella sola se delató cuando creyó que te había matado.

—¡Cuánto daño le he hecho! —se lamentó.

—No hagas eso, James —lo reprendió con más dureza esta vez.

—¿Hacer qué?

—No la victimices de ese modo. No se merece tu compasión.

—Es por mi culpa que...

—Se provocó un aborto —lo interrumpió—. Mató a su bebé porque era lo único que, según ella, se interponía entre vosotros. Era un estorbo y acabó con su vida sin remordimientos. No te culpes ni trates de justificarla. Esa mujer está loca.

—No puede ser —repitió más para sí mismo que para defenderla.

—Lo es. Una persona así no conoce límites. Te habría matado solo para que no fueses de nadie más —se acercó a él y se sentó en el borde de la cama—. Si fue capaz de deshacerse de su bebé, carne de su carne, no merece ninguna consideración.

—Tengo que hablar con ella.

—Cuando te recuperes un poco más podrás ir a verla.

—No —sujetó su mano—. Tengo que hacerlo ahora. Pídele a Adam que la traiga.

—No creo que sea buena idea, James —intentó alejarse, pero él la detuvo tirando de su mano—. Ahora mismo está muy enfadada porque le hice creer que estabas muerto. Hablar con ella solo os perjudicará a ambos. Espera hasta mañana, al menos.

—Solo necesito mirarla a los ojos y escuchar de su boca que no mató a su hijo por mi culpa.

—James —se sentó en el borde de la cama de nuevo—, no cargues con

una culpa que no te corresponde. Tú fuiste el objeto de su obsesión, pero habría hecho lo mismo con cualquier otro. Ella es la que actuó mal, no tú.

—Pero se fijó en mí y la rechacé por estar embarazada. Cualquier otro la habría aceptado y su bebé estaría vivo ahora.

—¿Y qué vida le esperaría a ese niño con una madre dispuesta a matarlo para conseguir lo que quiere? Porque lo habría hecho en cualquier otro momento, James. No te engañes. Si ya lo hizo, lo volvería a hacer. Imagina que la hubieses aceptado y hubieseis acabado casados aún estando embarazada. ¿Qué habría pasado cuando le negases cualquier otra cosa que te hubiese pedido? El chantaje habría sido lo menos dañino que habría podido ocurrir porque su mente no funciona correctamente. No debes culparte por las acciones de otros. Cada uno toma sus propias decisiones y debe aceptar las consecuencias. Ella sobrepasó el límite y tiene que pagar por lo que hizo. No lleses su carga, porque no merece que se la aligeres.

—Puede que tengas razón, pero sigo queriendo hablar con ella.

—Hombres. Sois todos tan estúpidos —se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Trata de comer algo mientras aviso a tu hermano.

—Esposa —la llamó cuando ya salía.

Aileen lo miró y descubrió una fiera determinación en su mirada, que la hizo estremecerse. Su mente traicionera regresó a aquella única noche que habían compartido y contuvo el aliento.

—No creas que me arrepiento de haberme casado contigo por lo que ha pasado, porque no es así. Estoy...

—Nos casaron a la fuerza, James —lo interrumpió—. Ninguno de los dos tuvo opción.

Cerró la puerta antes de que James pudiese terminar lo que iba a decir. No quería escucharlo. No debía escucharlo porque se iría aquella misma noche y no necesitaba llevarse más recuerdos de su esposo para que la atormentasen durante su viaje de regreso a Lochbay. Tampoco quiso estar presente mientras hablaban, a pesar de la insistencia de James en que se quedase. Decidió que era mejor darles cierta intimidad, sobre todo al saber que tanto John como Adam estarían con él. Estaba a salvo con ellos cerca y con eso le bastaba. Prefería aprovechar aquel tiempo extra para echar un último vistazo a su vía de escape.

—Ni se te ocurra gritar —alguien la sujetó con fuerza del brazo y tiró de ella para que caminase a su lado—. Tú y yo vamos a tener una pequeña charla.

—¿Y es necesario que me claves los dedos en el brazo?

—No tengo intención de dejarte escapar.

—Si lo que quieres es hablar, no tendría por qué querer escapar —miró a su alrededor solo para constatar que estaban solos. Tanta gente en el castillo y en ese preciso momento no había nadie. Se le llamaba ironías de la vida.

—Mejor ni lo intentes —la amenazó.

Caminaron hacia el establo y el hombre la obligó a montar en un caballo que había preparado para la ocasión. Se colocó tras ella y salieron al galope. Antes de que alguien pudiese verlos, estaban fuera del recinto amurallado y se alejaban del castillo. Y aunque debería estar preocupada por las intenciones del hombre, Aileen no podía dejar de pensar que en realidad acababa de facilitarle el trabajo. Solo tenía que librarse de él y podría marcharse para siempre de Huntly. No tendría ni que esperar a la noche. Había pensado dejar una carta para James antes de irse, tratando de convencerlo de que no la siguiese y de que lo mejor era romper su matrimonio, pero ya no sería posible.

Tendría que conformarse con pedir ayuda a Boyd. Estaba segura de que no le molestaría dejar pistas falsas por el camino para despistar a sus posibles perseguidores. James sabía que era una mercenaria y se había cuidado de no decirle que su intención era regresar a Lockbay, así que podrían engañarlo haciéndole creer que seguía con ellos. Pero lo primero era derribar al hombre que se la había llevado de Huntly con tanta facilidad.

Sopesó la idea de empujarlo con el cuerpo, pero era demasiado grande para ella. Apenas lograría desequilibrarlo y lo enfadaría más de lo que parecía estar ya. Su única posibilidad era que el hombre detuviese al caballo. Si conseguía hacerle desmontar en primer lugar, podría intentar arrebatarse las riendas y huir con su montura.

—¿Vas a decirme a dónde me llevas o debo adivinarlo? Porque si querías cabalgar conmigo no era necesario ser tan brusco. Con pedirlo habría bastado. Después de una semana encerrada en la alcoba con mi esposo habría ido con cualquiera que me sacase fuera del castillo. Aunque dudo que eso le gustase —si tenía que volverlo loco para lograrlo, lo haría. Había descubierto que se le daba muy bien incordiar—. Por suerte, todavía está postrado y no tiene fuerzas ni para levantarse. Una loca intentó envenenarlo anoche y...

—Cállate —le gritó apretando el agarre en su cintura hasta dejarla casi sin respiración—. Ni se te ocurra calumniar más a Mary. Has hecho más que suficiente por un día.

—Uhhh —continuó provocándolo en cuanto recuperó el aliento—. Me he topado con tu fibra sensible. ¿Acaso eres un amante leal? ¿O tal vez uno

despechado? Normalmente actuáis de un modo tan parecido que suelo confundiros.

—Tú no sabes nada.

—Últimamente me lo dicen mucho.

Al comprender que el hombre no le daría más pistas, comenzó a molestarlo de nuevo. Si lo enfadaba otra vez, explotaría y le diría todo cuanto quisiese saber.

—Vamos —intentó girarse para mirarlo a los ojos—. Dime la verdad. ¿La amas o la odias? Siento curiosidad. Porque me temo que no te correspondería si la amas. Está loca por mi esposo. Y literal.

—Silencio —rugió furioso—. Es mi hermana.

—Vaya —miró de nuevo al frente—. No ha de ser muy agradable descubrir que tienes una hermana loca que ha intentado matar al hermano más joven del laird. Yo también estaría avergonzada.

—Maldita zorra —gritó deteniendo el caballo apenas lo suficiente para no caer al saltar al suelo con ella—. Has acusado falsamente a mi hermana y vas a pagar por ello.

En cuanto afianzó los pies en el suelo, Aileen se agachó y tiró con fuerza de una de las piernas del hombre para desestabilizarlo. Intentó alejarse en cuanto lo logró, pero él la sujetó a su vez por el tobillo, provocando su propia caída. Tiró de él con fuerza para dejarla a su altura y rodó, colocándose sobre ella. Prácticamente se sentó en su estómago para impedir que se moviese y sujetó su cuello con una mano mientras intentaba sacar el puñal de su cinturón con la otra.

Era demasiado corpulento para quitárselo de encima así que lo golpeó en el cuello tan fuerte como pudo, haciendo caso omiso a la angustia que comenzaba a sentir por la falta de aire. Cuando el hombre la liberó para llevar su mano a la zona golpeada, le dio en el costado repetidas veces y se removió bajo él tratando de alcanzar su propia daga. Tarea nada fácil con una bestia encima.

—Me las pagarás —logró decir con la voz desgarrada por el golpe que le había dado—, zorra.

Llevó la daga hacia ella y Aileen apenas tuvo tiempo de sujetarle la muñeca con las dos manos para evitar que se la clavase en el cuello. Sus brazos temblaban por el esfuerzo de alejar el arma de su cara, aunque sabía que era una batalla perdida. Jamás podría vencer en fuerza bruta a un hombre que le doblaba en tamaño, pero se negaba a morir sin pelear hasta su último

aliento.

—Muere —dijo él rozando su garganta con el filo de la daga.

RESCATE

Justo cuando creyó que le hundiría la daga en el cuello hasta el fondo, la mano que la sostenía se aflojó y el peso del hombre la aplastó al caer sobre ella, inconsciente. Apenas duró un segundo porque alguien se lo quitó de encima. Se sentó y tomó aire para intentar recuperar el resuello. Había estado cerca, muy cerca.

—Dios, Mac —la voz angustiada de Rob precedió a sus manos, que la ayudaron a levantarse—, creí que no llegaba a tiempo.

—Rob —se abrazó a él—. Nunca en mi vida me he alegrado tanto de verte.

—¿Estás bien? —le sujetó el rostro con ambas manos y le movió la cabeza para estudiarla—. Estás sangrando. Maldita sea.

—No es nada —se llevó la mano al cuello, al pequeño corte que le había hecho el hombre con la daga—. Se curará solo. Pero dime, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en el campamento con los demás?

—Estaba cerca, esperándote —la miró a los ojos y sonrió, un poco más tranquilo ahora que estaba a salvo—. Quería acompañarte al campamento. ¿No pensarías que te iba a dejar andar por ahí a ti sola durante la noche?

—Si hubiésemos mantenido esta conversación por la noche —dijo, entrecerrando los ojos— no te habrías librado de unos cuantos insultos, Rob. Pero ahora mismo estoy tan agradecida de que me hayas estado esperando, que no pienso decir nada.

—¿Qué hacemos con él? —miraron al hombre. Rob le había dado tan fuerte, que probablemente despertaría con dolor de cabeza.

A Aileen le habría gustado hacerle algo más fuerte, pero prefería alejarse de Huntly cuanto antes. No tardarían en descubrir que ya no estaba en el castillo y temía que saliesen en su busca y los encontrasen. Necesitaba poner millas de distancia entre ellos.

—No hay tiempo para darle un escarmiento —negó—. Dejémoslo. En cuanto descubran que me he escapado podrían venir a por mí y prefiero no estar cerca cuando suceda.

—De acuerdo —la tomó por un brazo para indicarle hacia dónde ir ahora—. Le dejaremos el caballo también. No lo necesitaremos.

—¿Habéis traído a Dubh?

—Ese caballo es como tú —refunfuñó.

—¿Maravilloso? —aventuró divertida, a sabiendas de que no había sido un halago.

—Indomable.

—Yo también te extrañaba, Rob —rió. Ahora que estaba con él, se sentía lo suficientemente segura como para bromear.

—Dime eso cuando llegemos al campamento —le guiñó un ojo— y te daré una mejor respuesta.

—Creo que me quedaré con las ganas —dio un par de pasos antes de añadir—. O más bien, te quedarás tú con las ganas.

—Me lo temía —le escuchó decir por lo bajo aunque estaba segura de que contaba con que lo escuchase.

—Gruñón —sonrió a su espalda, ya a lomos del caballo de Rob.

—Mac —la llamó minutos después.

—¿Sí, Rob?

—Te extrañaré cuando regreses a tu hogar.

—Puedes ir a visitarme siempre que quieras —sugirió—, aunque sé que no lo harás.

—Mi lugar está allí donde necesiten de mis servicios —asintió.

—Pues no pienso pagar para que vengas a verme —lo golpeó en un costado con suavidad.

—Tenía que intentarlo —rió él.

Llegaron al campamento en poco tiempo y Boyd la abrazó con tanta fuerza que tuvo que protestar por la falta de oxígeno. La bienvenida por parte del resto fue menos efusiva, pero igual de emotiva. Habían sido su familia durante algo más de dos años y los echaría de menos por más que estuviese deseando regresar a su hogar.

El campamento fue desmantelado en pocos minutos y partieron en completo silencio. Toda precaución era poca mientras no se alejasen de las tierras de los Gordon. Aún así, dejaron suficientes pistas sutiles para que quien los siguiese supiese hacia dónde se dirigían. Aileen le había explicado a Boyd que necesitaba tiempo para llegar a Skye y pedir la disolución del matrimonio antes de que James diese con ella. Durante los siguientes dos días, Aileen trató de responder a las preguntas que Boyd le hacía sobre su estancia en Huntly procurando ser imparcial y no ocultarle nada, salvo la consumación de su matrimonio porque sabía que no le ayudaría si descubría aquel detalle. Y

aún así, ambos parecían haber estado evitando deliberadamente la parte que concernía a la familia de Aileen. Boyd temía que no le quisiese responder y Aileen no estaba segura de querer hablar de ellos todavía. Saber que pronto los vería la ponía nerviosa.

—Si John estaba tan interesado en una alianza con tu clan, ten por seguro que te buscarán —le dijo Boyd mientras cabalgaban a la par. Aquel era el punto que más los preocupaba.

—Tengo la esperanza de que no lo hagan, Boyd —se encogió de hombros—. Les insistí tanto en que no era nadie importante, que espero que se lo hayan creído. Después de todo lo que he hecho por James, bien me merezco que no desconfíen de mí.

—Has escapado de ellos, eso ya los hará desconfiar de nuevo.

—Aún así, espero que crean que lo hago para ahorrarles el fracaso de un matrimonio que no les beneficiaría nunca.

—¿Lo haría? —preguntó con cautela. Conocía a Aileen lo suficiente para saber que lo más probable era no recibir contestación, pero ya no podía dejarlo estar por más tiempo. Necesitaba saberlo.

—Dougal, el laird de los MacLeod —dijo después de soltar el aire de sus pulmones—, era primo de la primera esposa de mi padre. Su sangre no corre por mis venas, pero siempre me trató como a una más de su familia. Sé que haría honor a este enlace si fuese necesario. Por eso necesito anular este matrimonio antes de que sea demasiado tarde. No quiero cargarlo con tal responsabilidad.

—Han pasado muchos días, Mac —la obligó a mirarlo con aquel comentario—. Será difícil demostrar que no habéis consumado el matrimonio. Sobre todo si los Gordon atestiguan que dormisteis en la misma alcoba cada noche.

—Pero James estaba herido —procuró no sonrojarse al hablar para no delatarse—. ¿Cómo podría haber hecho algo en aquel estado si apenas se mantenía consciente?

—Las cosas no funcionan así, Mac. No todos son tan nobles como tú. Los Gordon podrían mentir para mantenerte en la familia si realmente les interesa esa alianza. Pedir una anulación después de tanto tiempo exigirá una investigación y...

—Los hombres la harán —terminó por él, furiosa—. Y los hombres decidirán qué versión es verdadera. Es un asco ser mujer, Boyd. Cuando le dije al padre Logan que James no era mi prometido, no me creyó. Cuando le

dije a Adam que no era Jean Keith, no me creyó. Y cuando le dije a John que no era nadie importante para mi clan, no me creyó. No me creerán si digo que no hemos consumado el matrimonio si James dice lo contrario. Estoy igual de atrapada que cuando me retenían en Huntly.

—La única solución es que tampoco ellos quieran ese matrimonio. Debes hacerles entender que a tu laird no le afecta que te hayas casado con un Gordon.

—Me temo que ya es tarde para eso. Enviaron hace una semana a un mensajero a Dunvegan para saber la verdad —se lamentó una vez más de su estupidez—. A estas alturas ya estará allí y Dougal ya habrá hablado con él. Es cuestión de tiempo que los Gordon sepan que la alianza es factible y ya no me permitirán deshacer el matrimonio.

—Esto se complica por momentos, Mac.

—Esto se complicó el día en que abrí la boca para decirles que era una MacLeod. Si hubiese dicho que era una simple mercenaria, habría evitado todo este embrollo.

—No te habrían creído.

—No sería una novedad, pero al menos no habría involucrado a mi familia.

—Aunque no te hayan creído, sembraste la duda en ellos y eso te salvó la vida.

—James lo hizo —pensó con nostalgia—. Ni siquiera tuve que tratar de convencerlo. En cuanto le conté el porqué de hacerme pasar por Jean, lo aceptó sin más explicaciones. Y no me juzgó por usar armas. Ni me miró de distinta forma cuando supo que he estado conviviendo con una veintena de hombres desde hace dos años. Aunque eso creo que no le hizo mucha gracia.

—Interesante —Boyd se rascó la barbilla mientras pensaba— ¿Estás segura de que quieres disolver vuestro matrimonio?

—Por supuesto —lo miró ofendida—. Ni lo dudes por un momento.

—Tranquila —rió—. Solo era curiosidad. Por como hablas de él, diría que te ha impresionado.

—Sabes perfectamente que no quiero ser una esposa de.

—A veces solo necesitamos encontrar a la persona adecuada para cambiar de opinión. No me parece tan descabellado pensar que sea él, después de todo lo que me has dicho.

—Pues te equivocas. James no es esa persona —y aún así, no pudo evitar que sus palabras se tiñesen de dudas.

—Está bien, Mac. Solo pensaba en alto —sonrió—. Aunque es una pena que quien ha sabido escucharte, valorarte y creerte como parece que lo hizo él, no sea la persona que llegue también a tu corazón. Pero supongo que tienes razón. Tú, que te desvives por los demás, aunque no vayas a admitirlo nunca, no necesitas que nadie cuide de ti. Tú no estás hecha para amar, por supuesto. Lo has dicho tantas veces, que ya debe ser verdad.

—Mintió para sacarme de la capilla —lo acusó, sin saber qué otra excusa dar para justificar su decisión de alejarse de él.

—Tú mentiste en primer lugar —le recordó.

—Pero acabamos casados por su mentira.

—¿Hubieses preferido casarte con el hermano?

—Abandonó a la mujer con la que tenía pensado casarse.

—Antepone el deber a sus propios intereses —respondió, divertido con sus evasivas—. Que mal por su parte.

—Si no hubiese estado herido, me habría obligado a consumir el matrimonio —y aunque lo había hecho por voluntad propia, no se lo podía contar a Boyd o sería él quien la obligase a regresar.

—Y eso habría sido terrible porque es un hombre sin honor, rudo, bruto y patán —sonrió de nuevo—. Es un hombre que no te supo valorar y que trató de cambiarte desde el mismo momento en que te convertiste en su esposa. De buena te has librado, Mac.

—Ya basta, Boyd —lo acusó—. Sé lo que intentas hacer, pero no vas a convencerme de regresar a Huntly. Antes de vivir allí, prefiero hacerlo en una pocilga pestilente y nauseabunda.

—¿Tan terrible fue? —la presionó— ¿Te trataron mal? ¿Te negaron la comida? ¿Te...?

—Adam no me quiere allí —lo interrumpió—. Lo dejó claro en cada ocasión en que coincidimos y yo no estoy dispuesta a vivir en un lugar donde tendré que vigilar mis espaldas en todo momento.

—Creo que hemos llegado al verdadero motivo de tu negativa —le sonrió triunfante— ¿Te das cuenta de que el único inconveniente que le encuentras a tu matrimonio es una persona que no tiene nada que decir sobre él en realidad? No le des tal poder sobre ti, Aileen. Si quieres a James, no permitas que su hermano os aleje.

—No quiero a James.

—De acuerdo, haré como que te creo.

—No lo quiero, Boyd —insistió.

—Cómo podrías quererlo si desde que os casasteis lo único que ha hecho ha sido intentar morirse. Fíjate lo poco que le gusta ser tu esposo.

—No te burles de eso, Boyd. Desde que nos conocimos ha estado a punto de morir dos veces... bueno, tres si contamos la vez que Mary intentó dormirlo para siempre. Por mi culpa quiso matarlo. En dos ocasiones.

—Y esa es otra de las razones por las que no quieres seguir casada en realidad.

—¿Qué?

—No te gusta el modo en que Adam te acusa todo el tiempo —le explicó — y por eso no quieres vivir en Huntly. Es comprensible. Pero tampoco quieres seguir casada porque crees que de algún modo, le traes mala suerte a James. Totalmente ilógico. Eres una mujer práctica, Mac, busca una solución.

—La solución es pedir la nulidad matrimonial —dijo con calma—. Y no creo que le dé mala suerte.

—Haré como que te creo —repitió.

—Y yo haré como que no te he escuchado —lo miró enfadada.

—Mac —la llamó minutos después.

—¿Qué? —le contestó de forma brusca.

—No tienes que decidirlo ahora —le recordó.

—Ya está decidido, Boyd —aunque sabía que las posibilidades de lograr una nulidad se habían evaporado después de la noche que había compartido con James.

—Te quiero como a la hija que nunca he tenido —añadió él— y me gustaría verte feliz algún día.

—Soy feliz.

—¿Y por qué no lo pareces?

Aileen no supo responderle. O más bien, no quiso. Simplemente se alejó y se reunió con Rob, segura de que no le haría preguntas incómodas como Boyd. Siempre había podido contar con él para pasar un buen rato cabalgando y le sonrió en cuanto estuvo a su altura, intentando disimular el malestar que le había causado la insistencia de Boyd.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó nada más verla.

—¿Tanta prisa tienes por deshacerte de mí?

—Mientras tú estuviste en Huntly, yo cabalgaba junto a Boyd, yo mantenía largas conversaciones con él, yo tomaba las decisiones con él... ahora lo has vuelto a acaparar —se burló—, así que dime, ¿cuándo te vas?

—Ya veo que me echarás mucho de menos.

—Te echaría mucho más de menos si te fueses ya.

—Mañana nos separaremos —le informó, ya sería—. Yo iré al norte y vosotros a... donde quiera que tengáis que ir. He preferido no saberlo.

—¿Por si te arrepentías y regresabas después? —sonrió—. Ni se te ocurra hacerlo, Mac. Quiero tu puesto.

—Todo tuyo, ya lo sabes.

—Hubiese preferido acompañarte hasta la costa —le confesó más tarde—. Incluso hasta la puerta de tu casa. Pero Boyd tiene razón y eso solo serviría para que descubriesen antes que regresas a tu hogar. Nos tocará dejar un rastro falso para ellos.

—Es mejor así —lo miró—. De todas formas, me hubiese marchado sola si la misión hubiese terminado bien, así que no supondrá la gran diferencia.

—Eso es verdad —sonrió con picardía antes de continuar—. Y que estés huyendo de tu esposo no tiene nada que ver.

—No estoy huyendo de él.

—Ah, pero no has negado que sea tu esposo —se burló.

—Porque lo es —lo miró ceñuda—, pero por poco tiempo. Cuando llegue a Dunvegan pediré la nulidad y dejará de serlo.

—Si tu esposo no te lo impide.

—Eso no pasará —ni siquiera sonó segura.

—Si te lo pone difícil —le mostró una sonrisa ladeada—, avísame y le haré una pequeña visita para explicarle por qué debe dejarte ir.

—No harás nada, Rob —lo miró furiosa—. Ni se te ocurra tocarle un solo pelo a James. Yo me encargaré de que la anulación se haga.

—Interesante —dijo Rob tan bajo, que Aileen no lo escuchó.

REGRESO AL HOGAR

A pesar de que Boyd le había dado el mensaje de Jean, Aileen decidió que no podía arriesgarse a ir a verla. Perdería un tiempo del que no disponía, así que justo antes de tomar el barco que la llevaría a Skye, le entregó dos cartas al joven con el que había hablado aquella misma mañana, haciéndole creer que eran las dos para la joven esposa del laird de los Forbes. Sin embargo, le había dejado indicaciones a Jean para que le hiciese llegar la otra a James y de ese modo se aseguraba de no darle pistas sobre su paradero a su esposo. Le hubiese gustado creer que desistiría de buscarla, pero sabía que no era de los que se daban por vencidos con facilidad. Si conseguía ocultarle su rastro, jamás pensaría en ir a Dunvegan a por ella. O eso esperaba.

Había tenido que permanecer dos días en Mallaig, lamentando el retraso porque ningún capitán parecía dispuesto a llevar a su caballo a bordo de su barco. Sobre todo porque la mayoría eran embarcaciones pequeñas que no tenían espacio suficiente para él. No estaba dispuesta a abandonarlo, porque aunque se había jurado que no volvería a encariñarse con ningún caballo, Dubh había sabido ganarse su corazón, casi sin proponérselo.

Igual que James, pensó disgustada porque se colase en su mente a cada rato. No importaba lo que hiciese o cuánto se alejase de él, James seguía presente en sus pensamientos. Había tratado de justificarlo con el miedo a que la siguiese a Skye para impedirle anular el matrimonio, pero sabía que no tenía nada que ver. Que la realidad era muy diferente. Que por más que se engañase a sí misma, James formaría parte de sí misma para siempre. Aunque lograrse dejar de ser su esposa y no volviesen a verse jamás.

Embarcó a primera hora de la tarde, consciente de que ya había transcurrido casi una semana desde que el hermano de Mary la había raptado. El tiempo corría en su contra, inexorable y su mal humor aumentaba a medida que comprendía que toda distancia entre ellos sería inútil. Que aunque consiguiese esconderse de él y solicitase la nulidad, nunca se la concederían porque James no lo permitiría. Aquel matrimonio era un hecho consumado y no le dejarían deshacerlo.

—¿Por qué tuve que hacerlo? —se lamentó, una vez en la soledad de la bodega, donde había decidido permanecer para no alejarse de Dubh—. Soy

tan estúpida.

Desde allí abajo podía oír de forma tenue al capitán en cubierta, impartiendo órdenes a sus hombres y se concentró para intentar descifrarlas. Cualquier cosa que le ayudase a no pensar en James ni en su matrimonio.

Los marineros habían sido otra de las razones para quedarse en la bodega. Sabía que no les gustaba tenerla en el barco y menos todavía después del encontronazo con su capitán horas antes de zarpar. El hombre había pretendido cobrarle más de lo acordado y se había resistido. Al final, gran parte de lo que llevaba encima terminó en manos de aquel hombre, pero le regaló unos insultos también, que molestaron a toda la tripulación.

Por suerte, no necesitaría dinero una vez desembarcase porque conocía aquellas tierras y podría obtener todo lo que necesitase recurriendo a las buenas gentes del lugar. Así había sido hacía ya tres años y estaba segura de que podría repetirlo. Los llamaban bárbaros solo porque no querían abandonar su isla y porque la defendían con fiereza de cualquiera que llegase a ella con malas intenciones. Los continuos enfrentamientos con el rey les habían granjeado poderosas enemistades y muy poca simpatía, pero la gente ignoraba que eran hospitalarios como pocos, leales hasta la muerte y orgullosos de sus raíces.

Claro que descendían de bárbaros, pero no de cualquiera sino de los más bravos marineros, de los mejores guerreros y de los más hábiles comerciantes. Les habían llamado salvajes a su llegada a la isla, pero aquellos hombres del norte habían demostrado ser más civilizados que muchos de sus habitantes.

—Ya hemos llegado —le informó el capitán de mala manera, unas horas después de su partida—. Salid de mi barco y no contéis con volver a subir en él.

—Ni querría hacerlo aunque fuese el único barco del puerto —dijo, tirando de las riendas de Dubh—. Deberíais ser más agradecido. Con lo que os he pagado, podríais compraros un barco nuevo.

—Haberos buscado uno más barato.

—Debería haberme comprado mi propio barco —le replicó—. Mi dinero habría estado mejor empleado que en un borracho como vos.

—Largo de aquí —le gritó.

—No lo gastéis todo en alcohol. Al menos no en la misma noche —añadió en un susurro para que no la escuchase.

Precisamente, el exceso de alcohol había sido el motivo de una de las peores discusiones que habían tenido. Le había informado de que zarparían al

amanecer, pero había estado bebiendo toda la noche y para cuando Aileen dio con él no servía ni para mearle encima. Había tenido que tirarle varios cubos de agua helada por encima para despertarlo de la borrachera y después de discutir con él, había tenido que pagarle más para que aceptase llevarla a Skye.

Pero nada de eso importaba ya porque estaba en su tierra al fin, en su hogar. En cuanto pisó tierra firme, se olvidó de las faltas de respeto y los abusos por ser mujer, de los retrasos y las quejas. Y sonrió feliz, sintiendo su corazón latir a una velocidad de vértigo en su pecho. En cuestión de pocos días podría reencontrarse con su familia y eso lo compensaba todo.

—Ya estamos cerca, Dubh —le dijo a su montura antes de azuzarlo para que avanzase—. Falta poco para volver a ver a mis padres y a mis hermanos. No sé cómo me recibirán, pero estoy deseando descubrirlo.

Sin embargo, no pudo llegar más allá de Kilmore, antes de que el atardecer la obligase a pedir cobijo en la granja de una pareja de ancianos con la que ya se había topado tres años atrás. Se alegró de saber que todavía vivían, a pesar de su avanzada edad, y que conservaban la energía suficiente como para mantener la granja en perfecto estado. Habían tenido tan solo una hija y esta había muerto en su adolescencia. Por eso la habían ayudado hacía tres años y por eso la ayudaron de nuevo una vez más. En memoria de su pobre hija.

—Puedes quedarte cuanto quieras, querida —le dijo Edna durante la cena—. Siempre serás bienvenida.

—Muchas gracias, pero debo seguir mi camino mañana temprano.

—¿Y encontraste lo que habías ido a buscar, muchacha? —David le preguntó después, con curiosidad.

—Sí —no quiso entrar en detalles.

—¿Mereció la pena?

Aileen no supo qué contestarle porque en su mente se dibujó la imagen de James, desconcertándola. Se limitó a asentir, incapaz de pronunciar palabra alguna en ese momento.

—Me alegro —asintió él a su vez, conforme—. Un viaje que no te da lo que buscas, es tiempo perdido.

Con la excusa de encontrarse agotada por el trayecto a caballo, se retiró pronto a la alcoba que habían preparado para ella y no salió hasta el amanecer, cuando se despidió de ellos. Y le habría gustado prometerles que regresaría a visitarlos algún día, pero no lo hizo porque sabía que sería poco

probable que volviesen a verse. Nunca les había preguntado a qué clan pertenecían, pues por las tierras que ocupaba su granja sabía que eran MacDonald, los mayores enemigos de los MacLeod en la isla. Más incluso que los MacKinnon, por el simple hecho de que eran más poderosos que estos. Y ese era un buen motivo para no regresar, una vez se estableciese de nuevo con su familia.

Y aunque le habían dejado claro que siempre sería bienvenida en su hogar, tampoco le pidieron que los visitase. Estaba segura de que habían intuido, tres años antes, a qué clan pertenecía ella, debido a su reticencia a hablar de su lugar de origen. Así que un abrazo y el deseo de un buen viaje fue lo único que les quedó en ambas ocasiones. Además de la gratitud de Aileen de por vida.

En cuanto salió de sus tierras, avanzó lo más rápido que pudo, vigilando su alrededor en todo momento. Tres años atrás había sido más inconsciente y no había pensado siquiera en que podía encontrarse con algún MacDonald allí. No había tenido miedo de cruzar sus tierras sin tomar precauciones, por el simple hecho de que lo que dejaba atrás era mil veces peor para ella. Ahora sabía que había sido afortunada porque su viaje hubiese transcurrido sin incidentes, pero sabía que podía no ser así una segunda vez y por eso se cuidaba de no cabalgar por sendas frecuentadas y se escondía de las personas que se encontraba por el camino.

Y a pesar de todas las precauciones, cuando sus pasos la llevaron cerca de Kilchurn, no pudo evitar que el corazón se le acelerase al sentir un retumbar en el suelo que se acercaba cada vez más a ella. Ni siquiera tuvo tiempo de esconderse o huir antes de verse rodeada por algo más de media docena de hombres a caballo y con los colores de los MacDonald. Aileen agradeció llevar puesta todavía su ropa de mercenaria, que no permitía saber a qué clan pertenecía.

—¿Acaso no os han enseñado lo peligroso que es para una mujer viajar sola? —habló el que parecía el cabecilla del grupo, después de estudiarla por un buen rato.

—Supongo que dependerá de la mujer a la que se lo digáis —le dijo ella sin mostrar temor alguno—. Algunas corren más peligro que otras yendo solas.

—Cualquier mujer corre peligro yendo sola —matizó él—. Más si es tan bella como vos.

Aileen se limitó a observarlo en silencio. No iba a discutir con él, a sabiendas de que solo perdería el tiempo. Su aspecto distaba mucho de mostrar su verdadero potencial y de un simple vistazo la tachaban de

indefensa. Boyd siempre le decía que eso era una ventaja aunque a ella le molestaba que la considerasen débil. En aquel caso ni se molestaría en demostrar lo contrario, porque le interesaba mucho más encontrar el modo de escapar de ellos.

—Os sorprendería —dijo finalmente.

—Somos 8 —señaló a sus hombres— ¿De verdad creéis que estáis a salvo?

—Supongo que depende de lo caballerosos que seáis —respondió— ¿Debo preocuparme?

—¿Dónde está vuestra escolta? —ignoró su pregunta, algo que no la sorprendió porque estaba en sus tierras y querrían averiguar qué hacía allí. Y lo más importante, si estaba sola. Eran tiempos difíciles y la desconfianza estaba a la orden del día.

—No la necesito —escuchó risas entre los hombres, pero mantuvo la calma mientras seguía buscando disimuladamente una vía de escape. Habían formado un círculo a su alrededor para impedir que escapase, pero si lograba traspasarlo, podría dejarlos atrás. Dubh era rápido y ella menuda, así que contaba con poder huir con facilidad. Pero antes debía romper aquella barrera.

—¿A qué clan pertenecéis?

—No soy una MacDonald —supo que su respuesta no le gustó por la forma en que apretó la mandíbula.

—¿A qué clan pertenecéis? —insistió.

Se acercó a ella sin desmontar, dejando un hueco en el círculo. Justo lo que Aileen había estado esperando. Si conseguía pasar a través de él antes de que cerrasen filas de nuevo, podría escapar de ellos. Sujetó con fuerza las riendas de Dubh, preparada.

—Me temo que eso no es de vuestra incumbencia —lo provocó—. Y ahora si me lo permitís, querría continuar mi camino. ¿O acaso me equivoqué al pensar que erais un caballero?

—Responded a la pregunta y os dejaré ir.

—Si respondo a la pregunta es muy probable que no pueda irme, así que mejor no lo hago.

—Responded —le exigió con un grito.

Hizo avanzar al caballo un par de pasos más hacia ella y Aileen espoleó a Dubh, que atravesó al galope el círculo de guerreros. Escuchó órdenes a su espalda, pero no se permitió mirar porque quería conservar la ventaja que había ganado con la sorpresa.

—Vamos, Dubh —lo animó—. Tú puedes.

Continuó avanzando durante algunas millas, con los MacDonald pisándole los talones. Apenas miraba hacia ellos para no perder de vista su objetivo, las montañas, pero un movimiento a su lado le hizo girar la cabeza justo a tiempo para ver que varios de ellos se habían desplazado a la derecha para tratar de rodearla.

—Maldición.

Se desplazó a la izquierda para impedir que la cercasen, pero no había contado con que también hubiesen hecho lo mismo en esa dirección. Antes de que pudiese recuperar su anterior posición, la habían rodeado de nuevo y la estaban obligando a detenerse. Su escapada se había quedado en intento, pero lo peor quizá era que los había enfadado y que sabía que pagaría por ello.

—Buen intento —le dijo, acercándose y arrebatándole las riendas de Dubh—. Ahora vais a responder a mis preguntas y más os vale ser totalmente sincera o habrá consecuencias.

—Os creéis muy valiente por capturar a una mujer indefensa con ayuda de siete hombres más —lo provocó—. Bravo por vos. Será una historia digna de contar a vuestros nietos.

—¿A qué clan pertenecéis?

—Aquella mujer no quería responder a mis preguntas —continuó, imitando pésimamente su voz—, así que tuve que obligarla. Fue una gloriosa hazaña.

—Ya basta —rugió— ¿A qué clan pertenecéis?

—Matadme ya porque no pienso deciros nada.

—Por suerte para vos, yo no mato mujeres.

Aileen no dio muestras de alivio como seguramente esperaba él, pues sabía que ningún hombre con honor mataría a una mujer y, por más que se comportase como un bruto, él sin duda, se debía a su clan y solo estaba tratando de proteger sus tierras. No podía culparlo, porque ella habría hecho lo mismo de estar en casa. Y si la estaba amenazando de una forma tan contundente, solo era debido a sus provocaciones.

Tal vez debería haber fingido que la habían asaltado y que había logrado salvarse porque sus hombres habían defendido su huida a riesgo de sus propias vidas. Podía haber intentado granjearse su compasión, pero como siempre, su impulsividad había podido más que su cordura. Aunque en realidad no se arrepentía, pues la última vez que había mentido, acabó casada.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirándolo fijamente a los ojos—. Yo no hablaré y vos no me mataréis. Eso nos deja en una encrucijada.

—Para nada, mi señora —se inclinó hacia ella—. No voy a mataros, pero os aseguro que para cuando consiga sacaros la información que busco, desearéis que lo hubiese hecho.

La amenaza explícita en sus palabras pretendían asustarla, pero solo logró fue que su mano fuese a parar a la empuñadura de su espada, que había estado oculta hasta el momento. Si tenía que luchar para defenderse, no le temblaría la mano para hacerlo.

JAMES

—Todavía no estás bien, James —John lo reprendió al verlo entrar en el salón.

—Estoy perfectamente —mintió—. Ya es hora de salir de la maldita cama.

—Si estás pensando en recorrer media Escocia para buscar a tu esposa, deberías descansar unos cuantos días más —le recordó.

Cuando descubrieron que Aileen se había marchado, John quiso organizar una partida para traerla de regreso, pero James se lo había impedido alegando que era su esposa y se encargaría él de encontrarla en cuanto se recuperase por completo. Por más que insistieron sus hermanos, no dio su brazo a torcer. Y de eso hacía ya una semana.

—No voy a esperar más.

—No merece la pena que recaigas por culpa de esa mujer —gruñó Adam.

Se había tomado la huida de Aileen como una ofensa irreparable y había entrado en cólera. Ni siquiera saber que Archibald había intentado matarla en venganza por acusar a su hermana Mary, apaciguó su ira. Desoyendo la petición de James, había salido en su busca. Había descubierto algunas pistas que le indicaban que se había reunido con un grupo más grande, pero no pudo seguir indagando porque John le ordenó regresar a instancia de James, que temía que cometiese alguna locura si la encontraba.

James supuso que aquel grupo del que les había hablado Adam eran los mercenarios con los que trabajaba Aileen y se propuso encontrarlos. Tenía la certeza de que así recuperaría a su esposa. No creía que fuese difícil averiguar a dónde habían ido después, pues un grupo que incluyese a una mujer en sus filas no pasaría desapercibido. Y aunque hubiese deseado iniciar su viaje cuanto antes, decidió esperar unos días más para reponer sus fuerzas.

Sin embargo, la carta que acababa de recibir le obligó a cambiar de planes. Una carta de Aileen que habían enviado desde Forbes y en la que su esposa intentaba disuadirlo de buscarla y trataba de convencerlo de que anular su matrimonio era lo mejor para ambos. Pero no estaba dispuesto a renunciar a ella y cuanto más se empeñase en alejarse, más lucharía por conservarla a su lado. Había encontrado en ella a la mujer que hacía su mundo menos aburrido y no tenía intención de perderla, así tuviese que pasar el resto de sus días

buscándola.

—Esa mujer, como la llamas, es mi esposa, Adam —la defendió—. Y se fue porque cree que es lo mejor para mí.

—Lo mejor para ella, dirás —la acusó—. Es una Gordon, James, y su lugar está aquí, pero se ha escapado. Se ha reído de nosotros y...

—¿Cuándo? —lo interrumpió— ¿Cada vez que tenía que defenderse de tus acusaciones ilógicas? ¿O cuándo la mandabas vigilar si se le ocurría salir de la alcoba? No, seguramente se rió de nosotros mientras me cuidaba. O cuando evitó que Mary acabase con mi vida en dos ocasiones. Ya sé, lo hizo cuándo Archie quiso matarla después de desenmascarar a su hermana. Sí, probablemente fue en ese momento porque después huyó.

—No puedes creer...

—No creas tú —lo interrumpió de nuevo— que por estar postrado en una cama no me entero de las cosas, Adam. La has acosado a tal punto, que no me extraña que quisiese irse. Dices que es una Gordon, pero jamás la has hecho sentir como tal. Tú en especial, te dedicaste a dejarle claro que no era bienvenida. ¿Esperabas otra cosa de ella? Porque yo no.

—Al final tenía razón —se defendió—. Se fue.

—Después de tu actitud hacia ella, estaría deseando perderte de vista. Yo también querría hacerlo.

—No quieras darme lecciones, James. Hice lo que tenía que hacer.

—Ya basta —gritó John—. Adam, deja que James lidie con su esposa a su manera. No es asunto tuyo. Ni lo será cuando regresen, así que mejor abstente de hacer comentarios respecto a su huida. Y ve haciéndote a la idea de que tendrás que aceptarla como tu hermana. No quiero mala fe ni desconfianzas entre vosotros.

—Sí, John —asintió de mala gana.

—Y tú James, dale la nulidad si después de hablar con ella la sigue queriendo. Puede que me interese una alianza con los MacLeod, pero he llegado a apreciar a la muchacha y no la obligaré a hacer algo que no quiere.

—No voy a renunciar a ella, John —no necesitó decir más para que su hermano lo entendiese.

—Pues tráela de regreso —le dijo—. Llévate a tantos hombres como necesites.

—Iré solo.

—¿Vas a arriesgar así tu vida por ella? —Adam lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—Ella lo merece, hermano —sentenció—. Y cuando encuentres a la mujer adecuada, tú mismo lo comprobarás.

—Si una mujer me vuelve tan estúpido, no tengo intención alguna de buscarla.

—Puede que ella te encuentre a ti.

Así había pasado con él. No lo vio el día que se conocieron, pero cuando Aileen se bajó de aquel carruaje, ya estaba condenado a enamorarse de ella. Nada habría cambiado aquel resultado, ni la boda con su hermano de haberse llevado a cabo. Habría amado a Aileen de todas formas y a cualquier precio y por eso no estaba dispuesto a dejarse vencer por sus negativas. Si debía recurrir al secuestro para retenerla a su lado hasta que comprendiese que también ella lo amaba, así sería.

Porque lo hacía. Puede que no fuese consciente de ello todavía, pero su esposa lo amaba. Su carta, llena de excusas, era prueba de ello. Cada una de las razones que le daba para alejarse de ella era un motivo más para ir a buscarla y demostrarle que estaba equivocada. No serían más felices ni estarían mejor, lejos el uno del otro. No encontraría otra mujer mejor que ella. Y si tenía que vivir en el camino como ella, sin un lugar al que llamar hogar, lo haría siempre que la tuviese a su lado. Porque su hogar estaba junto a ella. Fuese donde fuese.

—James —Sophia lo llamó cuando se disponía a subir a su alcoba para prepararlo todo para su partida.

—¿Qué ocurre? —la miró con cariño y sonrió al ver a su sobrina dormida en sus brazos.

—¿La amas?

Cuando Sophia había llegado a Huntly era un manojo de nervios y se asustaba de cada ruido que escuchaba o si alguien hablaba con ella. Seguía siendo tan dulce como cuando la conoció, pero la determinación en sus actos y en sus palabras era digna de la esposa del laird. En apenas un par de años, había dejado atrás a la niña que era para convertirse en una gran mujer. La mujer que su hermano necesitaba y amaba.

—Lo hago —admitió.

—Lo sabía —sonrió—. Y creo que ella también te ama, James.

—Lo sé.

—Pero tienes que saber algo más. Nunca será feliz aquí.

—¿Te lo dijo ella?

—No hizo falta —negó—. Si huyó no fue por ti, James. Vi el modo en que

cuidó de ti, la delicadeza con que limpiaba tus heridas cada día, la preocupación cuanto te sobrevenía la fiebre y las noches en vela intentando bajarla. No permitía que nadie se ocupase de ti, salvo ella. También vi la rabia con que miraba a Mary después de su segundo intento de envenenarte. Si vieses todo lo que hizo para desenmascararla... Si se tratase solo de vosotros dos, no se habría ido.

—Pues sigue decidida a anular nuestro matrimonio.

—No se lo permitirás, ¿verdad?

—No, Sophia. No lo haré.

—Quiero pedirte algo —dudó antes de continuar—. Creo que no te va a gustar, pero es importante.

—Lo que sea —la animó a hablar.

—Si no quiere regresar a Huntly, no la obligues —le rogó—. Buscad un lugar donde formar vuestra propia familia y sed felices allí.

—¿Por qué dices eso? —frunció el ceño.

—Ambos conocemos a tu hermano —le explicó—. Adam no dará su brazo a torcer por más que John le haya dicho que se mantenga al margen y estoy segura de que Mac se fue por su culpa. Por sus continuas acusaciones. No querrá vivir bajo el mismo techo que él y no puedo reprochárselo. Así que, por favor, no la obligues.

—Mi sitio está junto a ella —le dijo finalmente, después de sopesar su petición—. Sea donde sea. No la obligaré a volver si no quiere.

Tampoco podía decir que la decisión la hubiese tomado en aquel instante, porque había estado dispuesto a vivir en el camino por ella. Buscar un lugar donde establecerse juntos no le parecía tan mala idea.

—Voy a echarte tanto de menos —Sophia lo abrazó procurando no despertar a su hija en el proceso—. Solo espero que no le importe venir de visita después de unos años.

—Pareces segura de que no querrá vivir aquí.

—Si Adam se hubiese portado conmigo como lo hizo con ella, yo tampoco querría —se encogió de hombros—. Pero se lo digas a tu hermano, por favor. No es necesario empeorar las cosas. La vida se encargará de ponerlo en su sitio, estoy segura.

—Hace tiempo que sé que Adam no es un hombre al que puedas hacer cambiar de opinión —la tranquilizó—. Solo espero que algún día sepa cuán equivocado estaba con mi mujer.

—Nunca la llamas Mac.

—Porque no es su nombre —sonrió—. Aunque pienso averiguarlo muy pronto.

—Ten mucho cuidado, James —lo abrazó de nuevo—. Me quedaría más tranquila si te llevases a algunos hombres contigo.

—Si tan segura estás de que no regresaré, es mejor que me vaya solo —le guiñó un ojo.

—Oh, dios —inspiró profundamente—. Voy a extrañarte tanto.

—Cuida de mi sobrina y de mis hermanos —la besó en la frente y la rodeó con sus brazos, incluyendo a la niña—. Te prometo que nos volveremos a ver.

Sophia regresó al salón y James subió a su alcoba. Había pasado la última semana lamentándose por no ser capaz de levantarse solo y había forzado su cuerpo a recuperarse para poder salir en busca de su esposa. Y aunque no estaba a pleno rendimiento, no tenía más opción que marcharse ya. La determinación que había sentido en cada palabra de aquella carta le instaba a encontrarla antes de que se le ocurriese enviar la petición de nulidad. No es que fuese a conseguirla después de tanto tiempo, pero prefería no tener que involucrar a la Iglesia en todo aquel asunto si podía evitarlo. Ni quería tener que recurrir a destapar la noche en que habían consumado el matrimonio porque lo consideraba algo de los dos, solamente.

John apareció en los establos cuando ensillaba a su caballo, para tratar de disuadirlo de que no fuese solo. Se veía genuinamente preocupado y se lo agradeció con una sonrisa, pero no cedería en eso. Si quería ir rápido, lo mejor era no llevar a nadie con él.

—Es peligroso viajar solo, James.

—No te preocupes por mí, John. Me conoces y sabes que puedo pasar desapercibido sin problemas.

—¿Y dónde la vas a buscar? Después de una semana podrían estar en cualquier parte.

—¿Vas a empezar a dudar ahora de mi habilidad como rastreador, hermano? —lo miró divertido—. Me sentiría un tanto insultado si fuese así.

—Todo el mundo tiene sus limitaciones y no creo que después de una semana vayas a encontrar muchas pistas que seguir.

—Sé todo cuanto necesito para encontrarlos.

—De acuerdo, entonces —no insistió, asombrándolo por la fe ciega que siempre había depositado en él—. Buen viaje y mantente a salvo.

—John —lo llamó al ver que se marchaba—, tal vez no regrese.

—¿Acaso he dicho 'regresa pronto'?

—Lo hiciste en el salón —le recordó.

—Siempre supe que tu futuro no estaba aquí, James —se acercó nuevamente a él—. Desde que eras pequeño supe que tu espíritu aventurero te llevaría lejos. Aquí nunca te valorarán como te lo mereces. Debes encontrar tu lugar y me alegro de que por fin lo vayas a hacer.

—¿Por eso me pediste que no me acercase a Mary?

—Nunca te habría podido dar lo que necesitas. A su lado parecías conformarte con nada, cuando podrías tener todo lo que deseas si aceptases arriesgarte. Creí que habías perdido para siempre tu fuerza, pero desde que Mac entró en tu vida, has renacido. Y no me refiero a que hayas estado a punto de morir y ella te salvase.

—Mi esposa ha conseguido que vuelva a sentirme vivo —lo había entendido.

—Eso es lo que necesitas. Que te reten, que te desafíen. Mary no te habría hecho feliz.

—Me habría matado —se permitió bromear, aún siendo un tema tan serio.

—No me lo recuerdes —suspiró—. No sé cómo nos pudo tener tan engañados a todos.

Después de delatarse con la treta de Aileen, les había confesado la verdad. La muerte de su bebé para poder conseguir a James, sus dos intentos de matarlo al comprender que no sería suyo y su secreto más inconfesable: había provocado el accidente de su esposo. Se había casado con él obligada por su hermano cuando los descubrió en una actitud demasiado cariñosa en el establo del castillo y aunque creía que ser su esposa era lo que quería, pronto descubrió que lo único que compartían era la pasión en la cama. Pasión que se apagó al poco tiempo. Y entonces puso sus miras en James. El hermano del laird, siempre tan atento con las mujeres y con aquella sonrisa que nunca abandonaba. Y era el mejor rastreador del clan, el guerrero más comprometido con su señor. Veía en él todo lo que siempre había buscado en un hombre, pero sabía que no podría acercarse a él sin deshacerse de su esposo en primer lugar. Su mano no vaciló al provocar una caída desde las almenas, una noche en que se encontraba tan ebrio que ni siquiera fue capaz de defenderse. Después de esa primera muerte, el resto fue más fácil. O eso les había dicho ella, relatando los hechos sin una sola pizca de arrepentimiento.

—Ahora pagará por sus crímenes —dijo James antes de tomar las riendas de su caballo para sacarlo del establo.

—No sé si será suficiente castigo, pero mientras no regrese, me daré por

satisfecho.

El padre de Mary se la había llevado a la Abadía de Iona, donde pretendía dejarla para que tomase los hábitos y pudiese expiar sus culpas, dedicando su vida al Señor. John no se opuso, porque había visto el rostro descompuesto de la joven al escucharlo y le hizo comprender que para ella aquel era mayor castigo que si ordenase flagelarla. Hubiese preferido enviarla a la cárcel, pero se conformaría con saber que viviría muchos años encerrada en un lugar donde lo único que podría hacer sería rezar y trabajar.

—Créeme que para ella lo es.

—Desde luego —lo acompañó a las puertas del castillo—. Buen viaje y cuídate mucho, hermano.

—Prometo volver a visitaros.

Y sin más, James emprendió su camino.

UNA INTERVENCION A TIEMPO

—No voy a ir con vos a ninguna parte —Aileen mantenía la mano firmemente aferrada a la espada, dispuesta a desenfundar si era necesario— ¿Cómo pensáis obligarme?

—¿Acaso creéis que tenéis opción a negaros? —Aileen apretó los labios con fuerza al escuchar su carcajada—. Como os dije antes, somos ocho.

—En realidad estamos a la par —se escuchó tras ellos—. Aunque, pensándolo mejor, si no ha perdido la costumbre y algo me dice que no, ella nos pondría en clara ventaja.

Aileen sintió un inmenso alivio al ver a Tam y a Ellar franqueados por seis hombres. Si la situación no se hubiese vuelto tan tensa, habría saltado del caballo para abrazarlos. Sin embargo, ocultó su emoción bajo una capa de fría determinación y sujetó con más firmeza la espada. No buscaba pelea, pero no se quedaría mirando si esta se producía.

—¿Y vos sois?

—Tam MacLeod —se presentó su hermano mayor—. El hermano de la joven a la que pretendéis... ¿obligar a hablar? Me gustaría que me explicaseis cómo teníais pensado hacerlo.

—Una MacLeod —dijo con rabia, mirándola—. De haberlo sabido ya no estaríais respirando. Os habría...

—Más os vale no terminar esa frase —lo interrumpió Tam— o voy a tener que cortaros la lengua.

—Y yo os arrancaré los ojos si no dejáis de mirarla de ese modo —añadió Ellar—. Mi hermana merece más respeto por parte de un miserable MacDonald.

—¿Qué me habéis llamado?

—Miserable —repitió—. Algo que sois si pensabais divertir os a costa de una mujer, haciéndola sufrir. Fuese del modo en que fuese.

—Esta disputa no llevará a ninguna parte —Aileen trató de calmar los ánimos— ¿Por qué no seguimos cada uno nuestro camino y lo olvidamos todo?

—¿Para que podáis saquearnos impunemente? —la acusó.

—Yo me dirigía a mi hogar cuando me detuvisteis y ellos venían a mi encuentro para escoltarme. No nos interesa nada de lo que poseéis.

—Déjalo, Aileen —la detuvo Tam—. Hoy me siento especialmente belicoso. Una pelea me vendrá bien para liberar tensiones.

—Ya he tenido suficientes peleas en tres años, Tam. Quiero llegar a casa de una vez por todas.

—De eso hablaremos más tarde. Tienes muchas explicaciones que dar, jovencita. Y papá está deseando escucharlas.

—¿En serio? Que me escuchase sería toda una novedad.

—Te escapaste, Leen —le recriminó Ellar, enfadado— ¿Cómo crees que se sintió papá?

—¿Aliviado? —aventuró en broma.

—No tiene gracia —Ellar la miró con disgusto—. Nos tuviste a todos buscándote durante meses. Te dábamos por muerta cuando nos llegó la primera carta. ¿En qué diablos estabas pensando?

—Tú no lo entenderías, Ellar.

—Desde luego que no.

—Ya basta —rugió Tam—. Buen trabajo a los dos. Habéis logrado espantar a los MacDonald y yo me he quedado sin pelea. Ahora volvamos a casa. ¿Debemos esperar por... alguien, Aileen?

—Vengo sola —entendió perfectamente su pregunta.

Sabía que su presencia allí se debía al mensajero que John había enviado a Dunvegan. No podía ser de otra forma. Seguramente su padre les había pedido que fuesen a comprobar que aquel hombre decía la verdad. O a asegurarse de que se quedaba en Huntly con su esposo. Lo que le extrañaba era que el mensajero no fuese con ellos.

—¿Venís solos?

—El Gordon iba a estar retenido en Dunvegan hasta que nosotros comprobásemos que lo que decía era cierto. Si te han obligado a...

—Me temo que fueron una serie de desafortunadas decisiones las que me llevaron a ser la esposa de un Gordon —lo interrumpió—. Pero ya no importa. Cuando llegue a Dunvegan pediré la nulidad matrimonial por falta de consumación y asunto resuelto.

—¿Me estás diciendo que tu esposo no te ha tocado en ningún momento? —Ellar parecía no creérselo.

—Hubo otra serie de ventajosas circunstancias que me ayudaron con eso. Creo que es mejor que salgamos de estas tierras antes de seguir hablando —azuzó a Dubh para continuar su camino.

No tenía intención de hablar de aquello sin tener a sus padres delante. Que

la juzgasen una vez sería suficiente. Y por lo que le habían dicho sus hermanos, la bienvenida no iba a ser agradable. Y aunque había contado con ello, se aferraba a la esperanza de que su padre estuviese preocupado por ella y no fuese tan duro. Si había enviado a sus hermanos para comprobar que su unión había sido consentida, bien podía significar que a pesar de todos los disgustos que le había dado, quería que fuese feliz.

—No te tortures, hermanita —Tam cabalgaba a su lado—. Papá va a estar encantado de tenerte de regreso.

—Pues por lo que dijo Ellar, no lo parece.

—Ellar está resentido porque le hubiese gustado hacer lo mismo que tú, pero le falta el valor que a ti te sobra.

—¿Quiere irse de Lockbay?

—Quiere vivir aventuras —concretó—, pero no se atreve.

—¿Por qué? Es un hombre, para él sería mucho más sencillo de lo que lo fue para mí.

—Teme el fracaso, Aileen —le explicó—. Quiere irse lejos y conocer mundo, pero le da miedo tener que regresar a casa con el rabo entre las piernas.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso?

—Tú has hecho lo que él quiere.

—Ya —agachó la cabeza—, pero también regreso con el rabo entre las piernas.

—¿Eso crees?

—Claro —lo miró—. Estoy huyendo de un matrimonio que no pude evitar y que no sé si podré anular. Ha pasado tanto tiempo, que va a ser complicado que crean que no fue consumado. Además, los Gordon ansían la alianza con los MacLeod. Si testifican en mi contra, estaré casada con James de por vida.

Aparte de que en realidad, había sido consumado. Pero no se lo iba a decir a nadie mientras no fuese estrictamente necesario.

—¿Y eso te disgusta mucho?

Aileen permaneció en silencio, sin saber qué responder. ¿Estar casada con James le disgustaba? ¿O lo que realmente odiaba era haberse visto obligada a ello? En el tiempo que habían podido compartir antes de escapar, había descubierto que James era un hombre íntegro, sincero y con un gran sentido del humor. Y que por más locuras que le contase sobre su vida o su trabajo, jamás la había juzgado. Pero en eso radicaba su miedo. En más de una ocasión, se había descubierto fantaseando con ser su esposa por el resto de sus días. Una

esposa de.

—No hace falta que respondas ahora mismo —rió su hermano.

—¿Y tú qué? —centró la conversación en él, para no hablar más de James — ¿Has encontrado ya a la mujer que te soporte? Supongo que no porque no te permitiría andar con esos pelos y esa barba. Pareces un oso, Tam.

—A ella le gusta —le guiñó un ojo.

—¿Te has casado?

—¿Tanto te sorprende?

—Bueno, no —parecía desconcertada—. Imaginaba que después de tres años la familia habría aumentado, pero... supongo que no es lo mismo pensarlo que saberlo con certeza. ¿La conozco?

—Es la hija de Ian.

—¿Murrón? —sonrió encantada—. Ahora no me extraña tanto que a tu esposa le guste tu aspecto, sea cual sea. Murrón ha estado enamorada de ti desde que tengo uso de razón.

—Pues supo disimularlo muy bien.

—Venga ya —lo miró incrédula—. Pero si se le notaba a las leguas. Cada vez que estabas cerca parecía una brasa.

—Siempre coqueteaba con otros hombres frente a mí —se encogió de hombros—. Al final tuve que convencerla de que ningún otro la tocaría nunca.

—Oh, Tam —rió—. Ese es el truco más viejo que hay para atrapar a un hombre. Los celos siempre funcionan.

—No me importa si solo quería llamar mi atención o realmente le interesaban esos hombres, Aileen. Ahora es mi esposa y pronto me dará un hijo. Soy un hombre afortunado.

—Enhorabuena —le sonrió encantada—. Otro sobrino al que amar. Qué maravilla.

—Ya tienes otro más al que no conoces todavía.

—¿Fiona y Bruce han tenido más bebés?

—Una niña, Nora. Cumplió un año la luna pasada.

—Cuántas cosas me he perdido —suspiró.

—Pero has vivido muchas otras que ninguna mujer podría siquiera imaginar, Aileen. No puedo decirlo delante de papá porque está bastante enfadado por eso, pero te admiro y me alegro de que lo hayas hecho. En la granja te habrías marchitado. Necesitabas explorar tus capacidades, ver mundo y conocer gente diferente. Estoy seguro de que vivir todas esas nuevas experiencias te ha ayudado a apreciar lo que dejaste atrás. No creo que

estuvieses regresando para huir de un esposo impuesto, sino porque ya era el momento de hacerlo.

—Llevamos muchos años sin vernos —dijo admirada— y me sigues conociendo incluso mejor que yo misma, Tam. ¿Cómo lo haces?

—Te sostuve en brazos cuando naciste, Aileen. Te enseñé a andar, a pelear, a montar a caballo... Ví cómo tus ansias de aventura crecían a mayor velocidad que lo hacía tu cuerpo. Siempre supe que estabas destinada a algo más que quedarte en la granja toda tu vida.

—Mis días de viajes terminaron ya, Tam.

—Pero los necesitabas para poder apreciar lo que ya tenías.

—Deberías estar furioso conmigo.

—Lo estuve —admitió—. Al menos hasta que recibimos tu primera carta. No debiste irte sin dar explicaciones. Nos imaginamos lo peor. Papá se volvió loco buscándote durante semanas y mamá estuvo llorando por ti todo ese tiempo. Incluso Dougal nos envió a algunos hombres para ayudar.

—No me extrañaría que me linchasen en cuanto llegue a casa. Sé que fui una insensata al marcharme así, pero me sentía atrapada porque mi destino parecía escapar a mi control. Me asusté. No quería, no quiero ser una simple esposa o madre, Tam. Yo quiero ser alguien para el mundo.

—Siempre fuiste alguien para nosotros —la miró con adoración—, pero supongo que eso no era suficiente para ti. No a tus 18 años y con tu carácter indómito.

—Me pintas como una rebelde.

—Lo eras. ¿O tengo que refrescarte la memoria?

—¿Qué tan enfadado está papá? —se mordió el labio temiendo la respuesta.

—Cuando desapareciste centró su ira en buscarte. Si te hubiese encontrado en aquel entonces... bueno, mejor no pensar lo que habría pasado. Con el tiempo empezó a preocuparse porque no aparecías. Se sentía responsable de tu huida y ver a mamá tan deshecha lo empeoró. Cuando llegó tu carta asegurándonos que estabas bien, pero que no regresarías por el momento, mamá se sintió aliviada, pero papá entró en cólera otra vez. Supongo que saber que estabas bien también lo alivió y eso le permitió sacar fuera lo que había guardado para no preocupar más a mamá. Se volvió un huracán con todos hasta tu segunda carta. Después de eso, decidió no volver a hablar de ti. Cada vez que sacábamos el tema, se alejaba sin decir nada.

—Le hice mucho daño.

—Creo que no sabe cómo lidiar con tu huída, Aileen. Bueno, todos fuimos testigos de las discusiones que teníais por tu amor por las armas. Cree que te fuiste por eso y se siente culpable. Su enfado no es contigo. Es con él. Siente que fue un mal padre para ti.

—¿Cómo puedes saber eso si no habla de mí con nadie?

—Con mamá sí que habla. Y ella lo hace con nosotros.

—Aceptaré el castigo que quiera imponerme y seré feliz por ello. Me lo merezco.

—No estoy muy seguro de cómo reaccionará cuando te vea —dijo—. Cuando Dougal lo mandó llamar y le explicó lo que había dicho el mensajero, salió del salón y le perdimos de vista unas cuantas horas. Al regresar, nos pidió a Ellar y a mí que viajásemos hasta Huntly para asegurarnos de que te trataban bien. Y para dejarles claro que tu matrimonio no les dará la alianza con los MacLeod que desean. A Dougal no le importa asumir esa responsabilidad, pero papá se niega a que lo haga.

—Intenté hacérselo ver para que anulasen el matrimonio, pero no me creyeron. Espero que ahora lo hagan porque la disolución es lo mejor para todos.

—Pues yo creo que a Dougal no le disgusta la idea de una alianza con ellos. Ya sabes que el rey sigue con sus planes de conquistar las islas para sus lowlanders. Los Gordon son un clan poderoso y su apoyo nos beneficiaría. Sobre todo porque son partidarios del rey.

—Acabas de matar todas mis esperanzas, Tam —se quejó—. Si a Dougal le gusta la idea, papá lo respetará y ya no habrá forma de librarme del matrimonio.

—Papá —le confesó— habló conmigo en privado antes de salir. Me pidió que te trajese de vuelta si no eras feliz en Huntly.

Aileen lo miró sorprendida. ¿Sería posible que su padre buscara su felicidad a pesar de todo el daño que le había causado con su impulsividad? ¿Se enfrentaría a los Gordon y a Dougal por ella si seguía empeñada en disolver el matrimonio?

—Papá te quiere, Aileen —añadió—. No vayas a olvidarlo cuando os reencontréis.

RUMBO A SKYE

Encontrar al grupo de Boyd no resultó tan complicado. James se reunió con ellos pocos días después de salir de Huntly. Y aquello le hizo desconfiar. Había sido tan fácil encontrar las pistas que le indicaban dónde buscar, que supo que su esposa no estaría allí, incluso antes de alcanzarlos. Supuso que había regresado a Skye, pero no quería ir por ella sin averiguar unas cuantas cosas antes. Y nadie mejor que los hombres con los que había compartido los últimos tres años para sacarlo de dudas.

—Os estábamos esperando —le dijo Boyd nada más presentarse—. Aunque imaginaba que no vendríais solo.

—No necesito a nadie más para recuperar a mi esposa.

—Pues lamento deciros que Mac no está aquí y que habéis hecho el viaje en vano.

—Sabía perfectamente que no la encontraría aquí —le replicó—. Mi esposa es muy inteligente y habría borrado mejor sus huellas de no querer que las encontrase.

—¿Por qué venir entonces, si sabíais que no la encontraríais aquí? —intervino Rob, estudiándolo con descaro. Tratando de decidir si el hombre era digno de ella o no.

—Porque necesito respuestas.

—Aquí no las hallaréis —le respondió Rob.

—Por supuesto que las hallaré —lo contradijo—. Aunque tenga que arrancáoslas a golpes. He estado convaleciente por casi un mes, pero os aseguro que estoy dispuesto a lo que sea por encontrar a mi esposa. Y si termino de nuevo en la cama por excederme cuando debería estar recuperándome, lo haré con ella a mi lado para que me cuide como lo ha estado haciendo.

—Si lo que queréis es una...

—Quiero a mi esposa —lo detuvo James— para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe. Quiero poder repetir esos votos ante un altar, porque el padre Logan no nos dio la oportunidad de hacerlo. Y quiero que ella me los diga a mí porque es lo que desea.

—Ella no quiere este matrimonio —le recordó Rob.

—Claro que lo quiere. Solo que es tan terca, que no lo admitirá sin que la presionen un poco.

—Si creéis que podéis...

—Rob —Boyd alzó la mano para hacerlo callar, pero su mirada no se había apartado de James—. Démosle el beneficio de la duda. ¿Qué queréis saber?

—¿En serio, Boyd? —lo llevó aparte para que James no pudiese escucharlos— ¿Vas a traicionar la confianza de Mac a la primera de cambio?

—No estoy traicionando nada, Rob. Ella nos pidió que dejásemos pistas falsas para que su esposo nos siguiese, pero nunca dijo lo que debíamos hacer cuando nos encontrase.

—Sabes que pretende disolver el matrimonio.

—Y también sé que no es lo que desea.

—¿Qué? ¿Te dijo algo al respecto?

—No hizo falta. La conozco, Rob. Y si tú abrieses los ojos, también lo sabrías.

—Los tengo abiertos —frunció el ceño.

—Pero están ciegos por la lealtad que le profesas. Olvídate de lo que te pidió y piensa en lo que necesita.

—Y los tuyos están rebosantes de amor fraternal —lo acusó—. Pero aunque tuvieses razón con respecto a sus sentimientos hacia él, ¿cuántas veces la hemos escuchado decir que no quiere ser una esposa de?

—¿Y cuántas veces ha huido Mac de los problemas? —le refutó.

—Nunca —respondió con seguridad—. Pero eso no tiene que...

—¿Qué hace entonces en Skye? —continuó sin permitirle terminar la frase — ¿Por qué nos pidió que dejásemos pistas falsas para su esposo?

—Porque quiere tiempo para... —ahora fue él quien no terminó la frase—. Maldita sea, Boyd, está realmente enamorada de él.

—Y para hacer lo que ella cree que es lo correcto, necesita tenerlo lejos o no será capaz de llevarlo a cabo.

—Por eso le vas a decir dónde encontrarla —sentenció.

—No sé dónde encontrarla —rió—, pero intentaré responder a sus preguntas y espero que eso sea suficiente para que sepa dónde buscar.

—Yo solo espero que no nos estemos equivocando al ayudarle.

—No lo hacemos, Rob —apretó su hombro para reafirmar así sus palabras.

Se acercaron de nuevo a James, que había permanecido en pie a pesar de que le dolía el costado. Se había forzado a cabalgar sin descanso para alcanzarlos y ahora lo estaba pagando. Cuando le ofrecieron tomar asiento, lo hizo de buena gana y no pudo evitar que una mueca de dolor desfigurase su cara por un momento.

—¿Estáis bien?

—En ocasiones me molesta la herida —le restó importancia—. Le he exigido mucho estos últimos días.

—Tal vez deberíais esperar a estar totalmente recuperado antes de embarcaros rumbo a Skye. No es una travesía fácil.

—Si espero más podría solicitar la nulidad —negó—. No se la darán, pero preferiría que la Iglesia no se entrometiese. La última vez que lo hizo acabamos casados. Y no es que me arrepienta, pero habría sido mejor no empezar un matrimonio de esa forma.

—Como se suele decir, bien está lo que bien acaba —sugirió Boyd.

—Tengo intención de que acabe bien —asintió.

—Perfecto. ¿Qué queréis saber?

—Todo lo que me podáis contar, empezando por su nombre.

—¿En todo este tiempo no se os ocurrió preguntárselo a ella? —lo miró con diversión.

—No quiso decírmelo. Insistía en que cuanto menos supiésemos el uno del otro, más fácil sería separarnos. Aún así logré sacarle algunas cosas sobre su vida, pero nunca el nombre.

—Muy típico de ella —rió—. Se llama Aileen MacLeod, pero temo que no seré de mucha más ayuda porque tampoco con nosotros hablaba mucho de su pasado. Hace apenas unas semanas que me enteré de que su padre es granjero y solo porque ya había decidido regresar con él después de llevar a Lady Jean a Forbes con su prometido. Creo que se le escapó porque ya era un hecho que se iba.

—Mencionó a su padre la noche que llegamos a Huntly —asintió—, pero no soy capaz de recordar el nombre por más que lo intento. Y no se me ocurrió preguntárselo a mi hermano hasta que había avanzado más de día y medio —parecía avergonzado al confesar aquello—. Es una pena porque esa información me habría venido muy bien para localizarlo.

—Siempre podéis volver para preguntar.

—No, no puedo perder más tiempo. Si vine hasta aquí fue porque esperaba encontrar mejores respuestas que un simple nombre. De saber que no hallaría

nada de lo que necesito, me habría ido directamente a Skye. En la carta parecía muy decidida a pedir la nulidad en cuanto llegase a su hogar y me temo que he perdido demasiado tiempo viniendo a aquí.

—Así que os escribió una carta de despedida —Boyd miró con suficiencia a Rob mientras hablaba. Eso probaba que no se había equivocado en sus suposiciones y el movimiento de cabeza de su amigo, junto con su sonrisa, le decía que estaba de acuerdo con él ahora.

—Para intentar disuadirme de seguirla. Pero en realidad consiguió que mis ganas de recuperarla creciesen. Sé que Aileen —saboreó el nombre en los labios. Le gustaba mucho y era perfecto para ella— no quiere disolver el matrimonio, pero lo intentará porque cree que es lo correcto por el modo en que sucedió todo.

—¿Cómo vais a convencerla de lo contrario? —le preguntó Boyd—. Puede ser muy terca.

—Yo también lo soy. Si tengo que secuestrarla y encerrarla en un cuarto conmigo hasta que acepte que me quiere, eso haré.

—Necesitaréis ayuda para eso.

—Me basto yo solo. Solo tengo que encontrarla primero.

—Ahora que lo pienso —decidió ser sincero con él porque cuanto más hablaban, más convencido estaba de que era el único capaz de manejar a Aileen y su temperamento—, comentó que el laird era familia directa de sus hermanastros. Al parecer, la primera esposa de su padre era su prima. Tal vez si vais a Dunvegan y habláis con él, os pueda indicar dónde buscarla.

Boyd le contó cada detalle de la conversación, incluyendo todos sus intentos de hacerle confesar que en realidad ya no deseaba anular el matrimonio. Había sido en vano, por supuesto, porque Aileen era demasiado terca para admitirlo, pero Boyd no había tenido la menor duda al respecto.

—Intentaré hablar con el laird —asintió levantándose—. Gracias por la información.

—Es tarde ya —miró hacia el cielo—. Quedaos a pasar la noche con nosotros. Necesitáis descansar porque el viaje a Skye será largo y duro.

—Preferiría...

—Aileen no hará nada aunque os retraséis un día —insistió—. Creo que antes tendrás que responder a unas cuantas preguntas de su familia sobre por qué se fue de casa hace tres años. Dudo que tenga tiempo de solicitar nada por ahora.

—Ya me he retrasado mucho.

—Si es cierto que os quiere —añadió Boyd, después de pensar en ello— y me consta que es así, aunque su intención sea anular el matrimonio, estoy seguro de que encontrará más de una excusa para posponerlo. Tendréis tiempo de sobra.

Después de cuatro largos días cabalgando sin apenas parar salvo para hacer alguna averiguación, el ofrecimiento se le antojaba el paraíso. Se había exigido demasiado y su cuerpo parecía estar al límite así que decidió darle un descanso antes de emprender su camino hacia Skye. Si al final no lograba evitar que solicitase la nulidad, se encargaría de demostrarle que no la respaldaría, así tuviese que seducir nuevamente a su esposa.

Se sentó bajo un árbol mientras observaba al grupo interactuar. Se notaba en la distancia la camaradería que reinaba entre ellos, el respeto por su jefe y el trato familiar que se dispensaban. Después de todo lo que Aileen le había contado sobre ellos, se la pudo imaginar perfectamente en aquel lugar, compartiendo con ellos bromas y conversaciones como uno más del equipo.

Haber huido de la seguridad de su hogar había sido temerario, pero su esposa tuvo la suerte de encontrarse con Boyd. Era fácil adivinar lo que aquel hombre sentía por ella. Si hubiese sido su verdadera hija, no la habría querido más. Si él había aceptado que la amaba, tenía la esperanza de que el padre de Aileen lo hiciese también. Porque si el hombre se negaba a que la viese, el asunto podría complicarse. Eso no lo frenaría, pero tendría que tomar medidas más drásticas para llevársela con él hasta que la convenciese de que siguiese siendo su esposa. Y después pedirle perdón a su familia por hacerlo.

A pesar de que no había pretendido hacerlo, se quedó dormido hasta que alguien lo fue a despertar para unirse al grupo en la cena. Le hubiese gustado compartir con ellos sus provisiones a modo de agradecimiento por la hospitalidad, pero Boyd se negó a que las malgastase con ellos cuando había comida de sobras para todos. Y aunque no participó activamente en ninguna de las conversaciones, disfrutó de ellas.

Sobre todo porque parecía que se hubiesen puesto de acuerdo para contarle anécdotas de su esposa. Y debería haberse sentido furioso por todas las veces en que, al parecer, se había puesto en peligro para salvar a alguien, pero en realidad, la admiró por su capacidad de sacrificio. Que hubiese ocupado el lugar de Lady Jean habría sido prueba suficiente, pero ahora tenía cientos de historias nuevas sobre ella que lo corroboraban.

—Mac es una gran mujer —le dijo Rob cuando se sentó a su lado, lejos del resto. Quien los viese podría pensar que mantenían una conversación

trivial, pero su intención era advertirle—. La aprecio mucho y espero por tu bien, que la trates como se merece.

—Puede que no la conozca tanto tú —no se alteró por sus palabras pues podía entenderlo— y no es que necesite justificarme ante ti ni ante nadie por lo que siento por ella, pero en vista de que te preocupas tanto por mi esposa, te diré que la amo. No sé cómo ni cuándo ocurrió, pero tampoco me importa. La amo y haré lo imposible por hacerla feliz.

—Y yo me aseguraré de eso —James lo miró incrédulo y Rob sonrió antes de continuar—. He informado a Boyd que te acompañaré a Skye para comprobar con mis propios ojos que Mac va a estar en buenas manos contigo. No la dejaré sola hasta que lo vea claro.

—Si crees que aceptaré que te entrometas estás muy equivocado. Es mi esposa y...

—Ni lo intentes —lo cortó—. Voy contigo y no hay más que hablar. Ahora descansa, partiremos al alba.

QUIEN TIENE LA CULPA

Jamás en su vida había estado tan nerviosa como al ver Lockbay en la distancia. Deseaba avanzar a galope para llegar antes, pero también sentía el impulso de dar media vuelta y huir de nuevo. Saber que Tam ya la había perdonado la consolaba bastante y le daba esperanzas para que los demás hiciesen lo mismo, pero al ver que un ceñudo Ellar seguía sin querer dirigirle la palabra, no le permitía relajarse. Si su hermano se comportaba de ese modo, qué no haría su padre. Por más que estuviese deseando regresar a casa, temía más el momento, que al juicio final de los tiempos.

—No será tan malo, Aileen —le susurró Tam a su lado.

—Si Ellar sigue sin hablarme —se encogió de hombros—, dudo que papá no quiera matarme.

—Ya te he dicho que Ellar está enfadado por su cobardía —sonrió—. No le hagas caso.

Aileen iba a responderle cuando escuchó un grito a lo lejos. Miró en aquella dirección y vio a su madre arrodillada en el suelo con las manos cubriendo su boca. La había reconocido incluso en la distancia. La emoción la embargó y olvidando completamente el miedo a enfrentar a su padre, bajó del caballo para correr hacia ella. Blair se levantó a su vez y fue a su encuentro.

—Mamá —sollozó abrazándose a ella. Cuánto la había echado en falta.

—Mi niña —lloraba ella—. Mi niña ha vuelto.

Aileen se sintió tan mal por haberle hecho semejante daño, que la disculpa se atascó en su garganta y la abrazó más fuerte para demostrarle lo arrepentida que estaba. Permanecieron unidas en su abrazo durante tanto tiempo, que ninguna vio a la gente que se iba agolpando a su alrededor al descubrir que la hija más joven de Kerr y Blair había regresado.

—¿Papá? —preguntó temerosa, en cuanto lograron separarse.

—Regresará esta noche —su madre la observaba con alivio—. Casi no puedo creer que estés aquí. Y que estés bien. He tenido tanto miedo.

—Lo siento, mamá —sus ojos se anegaron de lágrimas una vez más al escucharla—. Lo siento muchísimo. Soy una...

—No —la interrumpió—. Si no es algo bueno, ni se te ocurra decirlo, Aileen. Eres una mujer valiente y temperamental. No es la mejor combinación,

pero no quiero que te arrepientas de haber hecho lo que considerabas correcto. Sufrí mucho por ti, pero lo habría hecho también viendo cómo te marchitabas por no poder seguir tu propio destino.

Tam había dicho exactamente lo mismo y Aileen frunció el ceño. ¿Sería cierto que su espíritu se había ido apagando con el paso del tiempo? Se había sentido mal por no poder practicar con las armas, pero no había huido buscando aventuras, sino por miedo a convertirse en la esposa de alguien a quien no conocía. Ironías de la vida, había terminado haciendo precisamente eso.

—¿Después de todo lo que os hice —la miró con adoración—, vas a disculparme?

—Eres mi hija —le acarició la mejilla—. Aceptaré cada decisión que tomes y celebraré cada éxito que alcances, así como te acogeré en mis brazos en tus fracasos. Aileen, mi vida, estoy orgullosa de ti y de tu determinación, pero la próxima vez hazme sabedora de tus planes antes de llevarlos a cabo. Así podré prepararme mejor y no me llevaré disgustos innecesarios.

—Oh, mamá —la abrazó de nuevo y liberó las lágrimas que había estado reteniendo durante tres años—. Te quiero tanto.

—Tu padre no será tan fácil de aplacar, me temo —le dijo, ya de regreso en la casa, después de recibir la bienvenida de todos.

Ellar había desaparecido en cuanto llegaron a la granja y Tam había ido a ver a su esposa, que estaba con Fiona y los niños en la casa que Bruce y ella se habían construido después de saberse embarazada de su segundo hijo. La casa familiar era grande pero insuficiente para todos. Y como había les dicho Bruce por aquel entonces, todo matrimonio necesita su propio hogar. Tam había iniciado también la construcción del suyo unos meses atrás.

—Querrá matarme —asintió ella— y no lo culpo. Aceptaré el castigo que quiera imponerme.

—Ni se te ocurra —la amenazó su madre—. No he sufrido por ti tres años para que vuelvas a las viejas costumbres. Ahora eres una mujer casada y no puedes dejar que tu padre dirija tu vida. Por cierto, ¿dónde está tu esposo?

—Espero que todavía en la cama, recuperándose de sus heridas.

—Dime que no has sido tú, Aileen —la miró con espanto y Aileen no pudo evitar reír. El alivio de su madre fue inmediato.

—Los Chatan les robaron algunas reses —James le había contado la historia poco antes de que Mary intentase envenenarlo aquella segunda vez—. Cuando fueron a recuperarlas tuvieron que pelear por ellas. Durante la reyerta,

uno de los Chatan lo atacó por la espalda, Su hermano lo vio y quiso detener el golpe, pero era de noche y erró, así que la espada del hombre terminó impactando en su costado igualmente.

Había acusado a Adam de querer quitarlo de en medio incluso después de conocer la historia. La rabia hacia él era tanta, que lo único que deseaba era hacerle daño con sus palabras. Después de descubrir cómo había intentado salvarle la vida a James, sabía que acusarlo precisamente de eso, le dolería. Estaba segura de que se sentía culpable de que estuviese postrado en la cama por un error suyo. Se había aprovechado de ello para vengarse y no se arrepentía. Adam había sido igual de cruel con ella tratándola de ramera. Ahora estaban a la par.

—Debiste esperar a que se recuperase del todo, hija —sonrió feliz—. Me hubiese gustado que...

—No sigas, mamá —la interrumpió—. No te emociones demasiado porque tengo intención de pedir la nulidad matrimonial cuando las cosas por aquí se tranquilicen.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de los dos quiere este matrimonio —le explicó—. Nos fue impuesto, mamá. Lo mejor para los dos es separarnos y que seguir con nuestra vida cada uno por su lado, como si nunca nos hubiésemos conocido.

Su voz no sonó todo lo firme que le habría gustado porque sabía que James quería permanecer casado con ella para contentar a su hermano John. Aunque sus comentarios y acciones le habían hecho dudar en muchas ocasiones de que aquella fuese la única razón e incluso había llegado a creer que estaba complacido con su matrimonio. Sin embargo, seguía resuelta a disolverlo porque era lo que se debía hacer. James se lo terminaría agradeciendo, estaba segura.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso no es del todo cierto?

—Lo es —se encogió de hombros.

—Cariño, si lo que dices es verdad, habría sido más efectivo que pidiérais la nulidad juntos. Os la concederían en unas semanas si comprueban que ambas partes lo desean.

—Pero su hermano quiere una alianza con Dougal y James jamás se enfrentará a él —negó—. Lo admira mucho y es demasiado leal a su clan. Aceptará este matrimonio solo porque John se lo ha pedido. Los Gordon quieren contar con la ayuda de los MacLeod, pero no estoy dispuesta a que Dougal asuma tal responsabilidad por mi culpa. En eso estoy de acuerdo con

papá.

—¿Sabías que yo nací siendo una Gordon? —Blair cambió de tema estratégicamente.

—¿Qué? —la miró con espanto—. ¿Estás diciendo que James podría ser pariente mío?

Por un momento entró en pánico al recordar la noche en que habían hecho el amor. ¿Y si resultaban ser primos lejanos? Sabía que aquel tipo de matrimonio se permitía en algunas ocasiones especiales, como la de evitar que los títulos pasasen a manos de alguien ajeno a la familia, pero ella no quería algo así. No podría soportar que James llevase su misma sangre.

—Si piensas anular el matrimonio tampoco debería importarte si es o no tu primo —sugirió su madre al ver la lucha interna que se había desatado en ella.

—Y no me importa —trató de aparentar indiferencia.

—Pues es un alivio saberlo —sonrió, satisfecha con el resultado de su experimento—. Ya creía que me estabas mintiendo.

—Por supuesto que no —repuso.

—De todas formas, los Gordon de las Highlands no tienen ningún parentesco ya con los Gordon de la Lowlands —le aclaró—. Hace más de cien años que las líneas familiares se separaron. Huntly pasó a manos de los Seton en aquella época, pero el laird pensó que sería más beneficioso para él adoptar el apellido Gordon.

—¿Por qué?

—Porque los Gordon son aliados del rey, no tan importantes para él como los Keith, pero lo suficiente como para querer conservar aquella ventaja frente a otros clanes. Le convenía tener el favor del rey.

—Política —suspiró. Aunque no estaba segura si lo hacía por eso o por saber que James y ella no compartían antepasados—. Mamá, ¿por qué nunca nos hablaste de tu pasado siendo una Gordon?

—Porque no es algo que me guste recordar —la miró con ternura a pesar de la rabia que sentía al pensar en su padre—. Mi padre no era un buen hombre, Aileen. Llevó a mi madre a la ruina y habría acabado con mi vida si no me hubiese escapado de él el día que nació Bruce.

—¿Qué?

—Tu abuelo bebía demasiado. Tu abuela y yo sobrevivimos con lo que ganaba ella trabajando, hasta que tuve edad suficiente para ocuparme de ciertas tareas y pude colaborar también. Teníamos que esconder el dinero para que tu abuelo no nos lo robase para seguir bebiendo y soportábamos sus gritos

e insultos cuando no lo encontraba. Pero a pesar de todo, nosotras éramos felices —le dolía recordar lo que había pasado después—. Tu abuela no había querido quedarse embarazada de nuevo, pero amó a Bruce con locura en cuanto supo que crecía en su interior. Por desgracia, el parto se complicó y solo estaba yo para ayudarla. Hice lo que me pidió, pero cuando tu abuelo vio el resultado, entró en cólera. A pesar del daño que nos había hecho siempre, amaba a tu abuela y no pudo soportar su muerte. Nos hubiera matado a los dos en un arranque de locura, aunque luego se arrepintiese, porque en aquel momento no era dueño de sí mismo. Tuve que escapar.

—Lo que has tenido que sufrir, mamá —se abrazó a ella— ¿Por qué nunca nos lo contaste?

—Porque desde que conocí a vuestro padre mi pasado se quedó atrás. Ya no me importa ni me afecta. Vosotros sois todo cuanto necesito para ser feliz. El pasado, pasado está.

—Yo creo que te afecta.

—El recuerdo duele, cariño, pero no es más que eso. Un recuerdo.

—Papá ha llegado —les informó Tam mientras entraba en la cocina del brazo de su esposa.

—Aileen —Murrón corrió hacia ella y la abrazó—. Qué alegría verte y saber que estás bien. ¿Has traído a tu esposo? Tengo ganas de conocerlo.

—¿Papá está aquí? —Aileen le dedicó una sincera sonrisa a Murrón y una caricia a su abultado vientre, pero no podía pensar en otra cosa que no fuese su padre. Las explicaciones iban a tener que esperar un poco.

—En el establo, desensillando el caballo.

—Quizá deba ir hasta allí —miró a su madre buscando aprobación— para que nadie sea testigo de...

—Yo de ti querría testigos —la contradijo Tam—. Sabes que papá no es de los que arreglan sus asuntos privados delante de todos.

—Que hijo más astuto tengo —rió Blair—. Aunque igual no funciona esta vez. Podría decidir darle una zurra delante de todos a modo de lección.

Aileen tragó con dificultad, temiendo que fuese cierto. De todos los castigos que su padre podría imponerle, aquel le parecía sin duda, el peor. Jamás había recibido una zurra, por muy mal que se hubiese portado, y pensar en hacerlo ahora que ya no era una niña, le resultaba demasiado vergonzoso. Prefería ser encerrada en el sótano de la casa durante un mes, antes que eso.

—Ni siquiera sé cómo va a reaccionar al verte, cariño —continuó su madre—. Me ha dicho tantas cosas contradictorias, que no tengo ni idea de lo

que hará.

—Salgamos fuera y averigüémoslo —propuso Tam.

Y sin darle opción, la tomó del brazo y salió con ella, seguido de Blair y Murrón. Los nervios de Aileen iban en aumento con cada paso que los acercaba al establo. Si Tam no estuviese llevándola a rastras con él, habría echado a correr en la dirección contraria. Nunca había tenido miedo, ni cuando se había visto sola al huir, hasta el momento de enfrentar a su padre. Pero antes de poder pedirle a Tam que la soltase, Kerr y Bruce salieron del establo y ella se detuvo en seco.

Bruce no había cambiado mucho en tres años. Tal vez su cuerpo se había ensanchado, pero seguía conservando el mismo cabello rubio y aquellos ojos azules, tan intensos como un cielo típico de verano. Siempre le habían gustado sus ojos. Él fue el primero en descubrirla y corrió hacia ella para abrazarla con tal ímpetu que la dejó sin aliento. La besó en la mejilla, emocionado y su barba de varios días le rascó en la piel, pero no le importó porque se alegraba de que la recibiese de aquel modo. Tenía a alguien más de su parte y sabía que lo necesitaría porque su padre no había dejado de observarla sin ninguna expresión en su rostro.

Tampoco él había cambiado mucho. Tenía el mismo tono rojo en su cabello, ahora salpicado por algunas canas, y el mismo verde en su mirada. Hubiese preferido ver su ceño fruncido en lugar de aquella inexpresividad, porque temía lo que vendría después.

—Aileen —Bruce sonrió ampliamente, llamando su atención—. Diría que estos tres años no te han cambiado nada. Sigues empeñada en sorprendernos. Te hacíamos en Huntly. ¿Cuándo has llegado? ¿Vienes a presentarnos a tu esposo?

—Yo...

—Aileen —la voz de su padre llamándola interrumpió lo que fuese a decirle a Bruce y rehuyó su mirada mientras avanzaba hacia él, pues no podría dar un paso más si descubría decepción o enfado en sus ojos.

Deseaba abrazarlo y pedirle perdón por todo el sufrimiento que le había causado, pero temía que él la evitase. Su desplante sería muy doloroso, aunque bien merecido. Su único consuelo era que nadie parecía haberlos visto todavía, por lo que su vergüenza no sería expuesta antes todos.

—Papá —susurró una vez estuvo frente a él. Su mirada permanecía fija en el suelo, incapaz de levantarla hacia él.

—Has vuelto —le dijo, tan bajo que dudaba de que alguien más lo hubiese

escuchado.

—He vuelto —repitió en el mismo tono.

Y entonces, su padre cayó de rodillas frente a ella y se abrazó a su cintura, dejándola totalmente anonadada. Escuchó sollozos y se sorprendió todavía más al ver que provenían de él. Jamás en su vida había visto llorar a su padre y aquello le partió el corazón porque había sido ella quien lo había provocado.

—Lo siento, papá —trató de separarse de él para que se levantase, pero él se lo impidió—. Lo siento mucho.

—Soy yo quien lo siente, mi vida —la miró desde el suelo, con ojos suplicantes—. Aileen, por mi culpa, has abandonado la seguridad de tu hogar y has renunciado a tu familia. Podrías haber muerto y no me lo habría perdonado en la vida. ¿Podrás hacerlo tú algún día?

—No fue culpa tuya, papá —se arrodilló frente a él para quedar a su altura—. Fui yo la que huyó. Debería haber hablado contigo en lugar de escaparme.

—No te habría escuchado —negó—. Nunca lo hice. Creía que tenía la razón y me negaba a aceptar otra cosa. Ahora estoy dispuesto a hacerlo, aunque sea demasiado tarde.

—Nunca es tarde, papá —le sonrió aliviada.

Kerr se levantó y la ayudó a ella para luego fundirse en un largo y reconfortante abrazo. Aileen jamás había imaginado que aquel reencuentro pudiese ser así y menos aún, después de que Tam y su madre le dijese lo enfadado que estaba. Sin embargo, pensó que prefería disfrutar del abrazo y olvidar el resto. En los brazos de su padre sentía que había regresado al hogar por fin. Aquel había sido su lugar favorito en el mundo durante muchos años. Hasta que creció y su padre descubrió que adoraba las armas.

Cuando reemprendieron el camino de regreso a la casa, vio la sorpresa en los rostros de su familia y supo que tampoco ellos esperaban aquello. Fiona se había reunido con ellos también y le sonrió en la distancia asegurándole con la mirada que tendrían tiempo de hablar más tarde. Aileen hubiese querido conocer a la muñeca de cabellos rubios que llevaba en brazos o al querubín pelirrojo que se ocultaba detrás de sus faldas, pero tendría que esperar. Habría tiempo para todo.

—Quiero que me lo cuentes todo, hija —le pidió Kerr una vez en el salón.

—No sabría por dónde empezar —no esperaba respuesta, pero la recibió igualmente.

—Por el día en que te fuiste. No sabes la de veces que me torturé por

aquel día. Me mataba no saber qué hubo de diferente en él para que diceses el paso —le confesó su padre—. Necesito que me digas si habría podido evitarlo.

La mente de Aileen regresó a aquel día. A aquella conversación que nunca debería haber presenciado. Era como si estuviese de nuevo allí, tras la puerta, escuchando a hurtadillas. Como si el tiempo no hubiese pasado y volviese a ser la joven de 18 años que se sentía infeliz con su vida.

-Duncan la ha pedido en matrimonio —oyó decir a su padre.

-Los MacLean son un buen clan. Estoy segura de que la acogerán como a una más de ellos —su madre no parecía muy afectada y eso llamó más su atención. Habría esperado que pusiese algo de resistencia a que se la llevasen tan lejos.

-Me hubiese gustado que fuese de otro modo, pero dadas las circunstancias, creo que casarla con él es lo más prudente.

-No estoy segura de que ella opine lo mismo.

-En realidad no tiene importancia lo que opine, Blair. Tiene que resignarse y aceptar lo que su padre diga.

Aileen había dejado de escuchar después de eso y había corrido a su cuarto para recoger sus cosas y huir. ¿Resignarse? ¿Aceptar un matrimonio solo porque su padre lo decía? No. Además, ¿qué clase de hombre proponía matrimonio a una mujer a través de su padre sin presentarse a ella primero? Fuese quien fuese ese Duncan, no se quedaría allí para descubrirlo y menos aún para convertirse en su esposa.

—Te oí hablar con mamá sobre Duncan MacLean —dijo en cuanto regresó del pasado.

—¿Duncan? —miró a su esposa con asombro. Ella tenía la misma expresión.

—Sí, papá. Duncan —el resentimiento ensombreció sus palabras—. Pretendías casarme con él y ni siquiera lo conocía. ¿Cómo pudo pedir mi mano si ni lo conozco? Yo no recuerdo haberlo visto en mi vida. No entiendo cómo pudiste decirle que sí porque...

—Aileen —Blair la interrumpió con una sonrisa tierna en sus labios y una mirada entre divertida y sorprendida—. Duncan no te pidió en matrimonio a ti, sino a Rhona.

—¿A Rhona?

—Arran los encontró en el establo y... no precisamente hablando —le aclaró su padre, incómodo con aquella conversación.

Arran había descubierto a su hija en los brazos de Duncan y con su torso parcialmente desnudo. Y aunque se había apresurado a pedirla en matrimonio, no se libró de una buena zorra. Rhona se había negado desposarse con él, más por orgullo que porque no lo amase. Sin embargo, ahora era feliz junto a su esposo y a su hijo, pero eso Aileen no lo supo porque se fue antes de averiguar la verdad.

—¿Qué? —la conmoción fue tal, que su rostro palideció—. Vosotros no queríais... no hablabais...

—No hablábamos de ti —concluyó su padre—. Yo jamás te obligaría a casarte con un hombre que no te agradase, hija. Puedo ser un ogro en otras cosas y lo fui, pero nunca te ataría de por vida a un hombre que no te haga feliz.

Kerr jamás había hablado con sus hijos sobre su primera esposa porque no quería que Tam y Fiona descubriesen la verdad sobre su madre. Lo poco que sabían era que murió al nacer Fiona y que los quería con locura. Solo Blair sabía cuán ruin había sido, cuán manipuladora y cuán vengativa. Y precisamente había sido ella la que le pidió a su esposo que no hablase a sus hijos mal de ella. No merecían tener un recuerdo malo de la mujer que les había dado la vida.

Pero él no había podido olvidar los años perdidos a su lado y la desdicha de saberse atado a una mujer que lo despreciaba y que él odiaba por todo el daño que le había hecho. Y por esa razón, no quería que sus hijos pasasen por lo mismo. No los obligaría a casarse con nadie que no hubiesen elegido por voluntad propia. Y por esa misma razón le había pedido a Tam que la trajese de vuelta si no deseaba seguir casada con James Gordon. Hallaría el modo de separarlos, si Aileen se lo pedía.

—Entonces —Aileen se sentía perdida—, todo fue por nada...

—Yo no diría tanto, cariño —la consoló su madre.

—Mamá —la miró con horror—, me escapé por un malentendido. Y os hice sufrir por nada. Debí quedarme y hablar con vosotros en primer lugar.

—Por supuesto que debiste hablar primero con nosotros —admitió su madre—, ¿pero habría cambiado algo?

—Por supuesto. Me habría quedado con vosotros.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—Pues yo creo que no. Me costó meses comprenderlo y leer tres de tus cartas para darme cuenta que te habrías marchado igual. Si no fuese ese día y

por ese motivo, habría sido cualquier otro. Llegaría un momento en que simplemente no podrías quedarte. Eres un espíritu inquieto, hija. Necesitabas experimentar lo que el mundo te podría ofrecer.

—Me fui porque creía que me queríais casar a la fuerza —encogió los hombros—. Ni más ni menos.

—Tu madre tiene razón, Aileen —intervino su padre—. Yo no quería admitirlo al principio, porque me echaba la culpa por no haber sabido entenderte. Intenté que dejases las armas porque sé lo peligrosas que son y todo el daño que pueden hacer. Solo quería protegerte y lo que hice fue lanzarte al peligro. Pero con el paso de los años, al ver que no regresabas, empecé a entender que eso era lo que querías. No me gustó, ni creo que me guste saber por todo lo que has pasado y lamentaré el resto de mi vida el haberte empujado a hacerlo, pero creo que te habrías ido igual tarde o temprano. Así como algún día Ellar también lo hará.

—Lleváis la sangre de mamá —dijo Tam, mirando con adoración a su madrastra—. Es imposible no sentir ese impulso de recorrer el mundo.

—Yo estoy muy a gusto aquí, Tam.

—Pero para llegar hasta aquí, recorriste media Escocia.

—No por voluntad propia —le recordó—. Aunque no me arrepiento de nada ahora.

—Yo me alegro de que vinieses —dijo Bruce, abrazando a su mujer y besando su frente con auténtica adoración.

Las siguientes horas interrogaron a Aileen sobre sus aventuras y escucharon atentamente cada cosa que les contaba. Y a pesar de que ninguno tocó el tema aquella noche, todos tenían en mente que Aileen seguía casada y que había evitado deliberadamente el tema. Pero no quisieron presionarla. Sabían que hablaría de su esposo cuando se sintiese preparada para ello.

Sin embargo, Blair tenía la intención de hablar con su esposo en cuanto se quedasen solos. Necesitaba prevenirlo sobre lo que se avecinaba y sobre las conclusiones a las que había llegado con la breve conversación que había mantenido con ella a su llegada. Su instinto le decía que no tardarían en tener noticias de aquel hombre.

—Aileen quiere la nulidad matrimonial —le informó en cuanto se metieron en cama.

—Lo imaginé al verla llegar sin él.

—Creo que lo ama.

—¿Qué te hace pensar eso? —la miro curioso—. Pedir la nulidad no es

una prueba de amor, precisamente.

—Y precisamente, en este caso lo es —se recostó sobre él para mirarlo a los ojos mientras realizaba círculos en su pecho con el dedo—. Cree que debe liberarlo de un matrimonio que ninguno quiso en su momento. ¿Qué mayor acto de amor puede haber que ese?

—Libéralo y si vuelve a ti —recitó más para sí mismo que para su esposa— es tuyo.

—Aileen cree que no vendrá a por ella. Al menos, que no lo hará por las razones adecuadas.

—Tal vez sea así.

—Kerr —lo golpeó con el dedo en el pecho, disgustada por aquella actitud pesimista—. Tu hija lo ama.

—¿Y qué puedo hacer yo, preciosa? No hay forma de obligar a un hombre a amar a una mujer si no quiere.

—Necesito hablar con él antes de que Aileen solicite la nulidad —lo miró con ojos suplicantes.

—Si Aileen no lo quiere ver, no mandaré a buscarlo.

—No pienses ahora en Lorna, amor mío —lo reprendió con cariño—. Esta situación no es como tu primer matrimonio.

—Aún así, no voy a lanzar a mi hija a los brazos de un hombre que solo busca una alianza con los MacLeod.

—Por eso mismo quiero hablar con él primero. Si no veo en él lo que estoy buscando, te dejaré que lo envíes de regreso como mejor te plazca.

—No quiero que Aileen huya de nuevo —le confesó. Aquel era su mayor miedo, la verdadera razón por la que era tan reticente a traerlo—. No lo soportaría.

—Ha madurado en estos tres años, Kerr. No cometerá los mismos errores dos veces.

—¿Y por qué ha huido de su esposo?

—No está huyendo —lo miró con infinito amor—. Tan solo necesita aclarar sus sentimientos, antes de enfrentarse al futuro. Sea con o sin él.

—Le daré unos días a nuestra hija —tomó una decisión— y después enviaré a Tam a por ese hombre.

—Si es que no está ya en camino —Blair sonrió satisfecha—. Solo quiero interceptarlo antes de que lo vea Aileen.

—Pediré a los hombres que estén atentos. Si llega algún forastero a nuestras tierras, ellos me avisarán —se giró hasta colocarse sobre su esposa

—. Y ahora, mujer, deja de hablar y bésame.

Blair no se hizo de rogar. Después de haber tenido que negarle tantos besos antes de descubrir que la amaba, no desperdiciaba ningún momento para demostrarle que a pesar de los años, su amor no había disminuido. Tampoco el de Kerr lo había hecho. Y se lo demostró una vez más aquella noche.

RAPTO

James había tenido sus reticencias cuando Rob decidió que iría con él, seguro de que su intención era proteger a Aileen de él, pero resultó ser muy útil. Sobre todo, cuando el dolor que sentía por su herida todavía no curada fue en aumento hasta el punto de resultarle insoportable cabalgar. Rob le había conseguido uno de los remedios que solían usar ellos, para ayudarle a calmar las palpitaciones. A pesar de que tuvieron que aminorar la marcha durante unos días, gracias a la tisana no necesitaron detenerse más que para comer y dormir, como había sido su intención al partir.

Las habilidades de ambos les ayudaron a pasar desapercibidos también, mientras cruzaban tierras desconocidas. Cuanta menos gente se cruzase en su camino, mejor para ellos, pues no sabían quién podía ser amigo y quien enemigo en aquella isla. Al final ni siquiera necesitaron pasar por Dunvegan para averiguar dónde vivía la familia de Aileen, porque Rob resultó ser especialmente bueno sonsacando información a la gente. Junto al don de James para rastrear y reconocer un terreno aún sin haber estado antes en él, pudieron llegar a Lockbay sin tener que recurrir al laird de los MacLeod. James prefería dejar la visita para cuando tuviese una esposa por la que presentar sus respetos al laird.

Y aunque Rob quería aparecer sin más por la granja y que James la reclamase, este tenía otra idea en mente con respecto a la forma en que haría las cosas. No quería conocer a los padres de Aileen hasta asegurarse de que su matrimonio no sería disuelto. No quería que la obligasen a permanecer unida a él en cuanto les dijese que no le permitiría disolver el matrimonio. Él quería, necesitaba, que Aileen lo aceptase por voluntad propia antes de meter a nadie más de por medio. Quería que reconociese que se había enamorado de él y que lo amaba tanto como lo hacía él con ella. Así que después de discutir por más de dos horas con Rob sobre el plan, finalmente logró convencerlo de que lo mejor era llevársela a escondidas para que pudiese hablar con ella sin la presión de la familia encima.

—Esta noche entraré a hurtadillas en la casa y la sacaré antes de que nos descubran —le dijo a Rob.

—No —la rotundidad de su corta negativa lo asombró y enfureció a partes

iguales. Al menos hasta que habló de nuevo—. Todavía no te has recuperado del todo y te aseguro que Mac se enfrentará a ti sin importarle si te lastima en el proceso.

—No lo hará si sabe que soy yo.

—No tendrás tiempo para explicaciones porque en esa casa viven demasiadas personas. Tendrías que entrar y salir en cuestión de minutos. Te aseguro que Aileen se va a resistir y que sabe dónde dar para que la sueltes.

—¿Qué propones?

—Yo lo haré. Tú ten los caballos listos porque nos alejaremos tan rápido como podamos una vez la traiga. Espero que sea cierto eso de que los Gordon podéis orientaros bien por la noche.

—Yo puedo —le aseguró—. Era una de las tantas razones por la que lo consideraban el mejor rastreador del clan.

No le gustaba dejar a su esposa en manos de Rob, pero entendía su razonamiento. Todavía le dolía el costado cuando lo forzaba en exceso y no soportaría el forcejeo si Aileen se lo ponía difícil. Aún así hubiese preferido ir él porque estaba deseando atraparla entre sus brazos y besarla. Aunque no lo admitiría abiertamente, se había acostumbrado a su presencia en tan poco tiempo, que temía estar equivocado en su percepción sobre los sentimientos de Aileen hacia él. Si finalmente se negaba a continuar siendo su esposa, darle la nulidad lo mataría porque la quería a su lado por el resto de sus días.

—Bien —la voz de Rob lo regresó al presente—. Entonces prepárate para guiarnos y déjame el resto a mí.

Pasaron las horas previas a la llegada de la noche observando en la distancia el movimiento en la granja para buscar la mejor ruta de escape. En cierta ocasión, descubrieron a Aileen jugando con un niño pelirrojo. Se vía tan hermosa y su risa era tan increíble, que James apenas contuvo el deseo de cabalgar hacia ella para llevársela lejos, sin importarle quien pudiese verlos. Le picaban las manos por querer tocarla, le ardían los labios ansiando poder besarla de nuevo y cerró los ojos para controlar el intenso deseo que la visión de su esposa le estaba provocando. Maldijo una vez más la herida que le había impedido fortalecer su matrimonio en el tiempo que Aileen había permanecido en Huntly. Caminar por la cuerda floja con ella no le gustaba, ni siquiera sabiendo que tenía las de ganar porque su matrimonio había sido consumado ya. No quería tener que recurrir a ello para conservarla a su lado.

—Tranquilo, hombre —le susurró Rob—. O tendré que mandarte de regreso a Huntly.

—No sin ella —susurró a su vez con convicción.

—¿Y si no se quiere ir?

—Me quedaré con ella aquí —lo dijo con tal naturalidad, que Rob no dudó de que hablase en serio.

Había decidido acompañarlo para asegurarse de que James no lastimaba a Aileen de ninguna de las maneras. No confiaba en él cuando emprendieron el viaje, pero con el paso de los días había descubierto con sorpresa, que no era como había pensado en un principio. James era un hombre directo, que no disfrutaba de las mentiras, sino que las condenaba. Era honorable, justo y leal. Si conseguía convencer a Aileen de que siguiese siendo su esposa, sabía que serían felices juntos. Boyd no había dudado que Aileen lo amaba, pero él había tenido sus reservas. Otra de las razones por las que había decidido acompañar a James. Y aunque seguía sin saber si lo amaba, estaba convencido de que él merecería su amor. Y de que si no lo obtenía, le daría la nulidad finalmente.

—Llegó la hora —le dijo en cuanto la noche los envolvió.

Habían esperado una par de horas para darles tiempo a dormir profundamente. Rob era lo suficientemente sigiloso como para no despertar a nadie, pero prefería ir sobre seguro. Todavía más, al pensar que debía llevarse a una, seguramente belicosa Mac. Ya había comprobado en muchas ocasiones que las cosas podían torcerse en segundos. En la última, su compañera había acabado casada por la fuerza.

Se acercó a la casa, ocultándose en las sombras y después de un par de intentos, logró abrir la puerta. Se adentró en el interior y subió directamente al primer piso. No tenía dudas sobre dónde estarían los dormitorios, pero las tenía de cuál sería el de Aileen. Y aunque no le hacía gracia tener que mirar uno por uno, era eso precisamente, lo que debía hacer. Rezó por no despertar a nadie mientras comprobaba cada puerta.

La suerte le sonrió y la encontró en la segunda alcoba en la que entró. Estaba profundamente dormida, con el cabello esparcido por toda la almohada, y ligeramente destapada por el calor que hacía, incluso en la noche. En más de dos años conviviendo con ella, era la primera vez que la veía dormir en otro sitio que no fuese el suelo o un catre en un barracón. Y siempre con la ropa puesta. Y se sintió cohibido de repente, al pensar en que tendría que cargarla con una camisola como única prenda cubriendo su cuerpo. Recorrió el cuarto con la mirada hasta que encontró lo que parecía un plaid. En cuanto lo cogió para envolver a Aileen con él, se encontró con un vestido

ligeramente arrugado debajo y se lo llevó también. Tal vez si se lo entregaba como ofrenda de paz, el enfado por haberla raptado se le pasaría antes.

Inspiró profundamente al acercarse a la cama y se preparó para taponar la boca con un pañuelo a fin de evitar que sus gritos se escuchasen en toda la casa. Saltó sobre ella para inmovilizarla y logró cubrir su boca a pesar de sus intentos por liberarse de él. Le había dado la vuelta y se había sentado sobre su espalda para evitar que lo reconociese. No había tiempo para explicaciones y menos para que los descubriesen en aquella situación en plena noche.

Contuvo sus protestas cada vez que Aileen le asestaba patadas y puñetazos, a pesar de lo incómodo de su postura. Había contado con que se le pusiese difícil, pero por suerte, en cuanto le cubrió la cabeza y los brazos con el plaid para inmovilizarla, le resultó más sencillo cargarla y salió de la casa prácticamente corriendo hasta donde James los esperaba. Podía escuchar cada jadeo que Aileen dejaba escapar cuando su estómago se golpeaba contra su hombro, pero no se detuvo hasta que la subió al caballo de su esposo. Si los descubrían, alguien podía decidir matar primero y preguntar después.

—¿Algún problema? —le preguntó James.

—Nada destacable —sonrió mientras le indicaba con la cabeza que los guiase lejos de la granja.

James notó la tensión en el cuerpo de Aileen cuando los escuchó hablar, seguro de que los había reconocido. Estaría bullendo de rabia en aquel momento y deseó destaparle la cabeza para ver aquel brillo en sus ojos. Lo había extrañado también. Su lengua afilada, sus desafíos, sus ardides para evitar que la atrapase para robarle algún beso... Había extrañado las tiernas caricias que le prodigaba cuando lo creía dormido y aquella dulzura en sus ojos cuando bajaba la guardia y le permitía conocer un poco más de la verdadera Aileen. La había extrañado a ella.

—Si prometes no gritar —le dijo una vez seguro de que aunque lo hiciese nadie la podría escuchar—, te quitaré la mordaza.

Le había descubierto el rostro horas antes, temiendo que tanto tiempo bajo el plaid pudiese dificultarle la respiración, pero la había mantenido amordazada por precaución. Sobre todo al ver toda la ira que acumulaba en el cuerpo a cada paso que daban. Ya casi amanecía cuando pensó que era el momento de liberarla. La furia centelleaba en su mirada aún, pero asintió para asegurar que no gritaría. James comenzó a soltar la tela que Rob le había colocado en la boca, pero se detuvo cuando este habló.

—Si fuese tú, esperaría un poco más, James. Creo que nunca has visto a

Mac realmente enfadada —a pesar de sus advertencias, parecía divertido—. Puede ser devastador.

Aileen lo fulminó con la mirada y consiguió liberar sus brazos del plaid para quitarse la mordaza por su cuenta. Y aunque deseaba gritar hasta quedarse afónica, se contuvo, pensando que era una actitud demasiado infantil.

—De él —acusó, señalando a su esposo— me lo esperaba, pero tú. ¿Qué haces con él, Rob? No me digas que te ha pagado para que le ayudes porque...

—Lo hago por puro placer, Mac —le sonrió—. No le cobraría nada aunque quisiese pagarme.

—Y tú —miró a James, dispuesta a insultarlo de todas las maneras que se le ocurriesen. Sin embargo, se perdió en su mirada verde y olvidó lo que quería decirle.

—Yo —dijo él sonriendo— he venido a por mi esposa.

Al ver su sonrisa, Aileen supo que lo había extrañado más de lo que gustaría admitir. Y que en el fondo, había esperado que James fuese a buscarla para impedir que pidiese la nulidad de su matrimonio. La convicción de aquel pensamiento la golpeó con fuerza y no supo reaccionar de otro modo más que marcando su rostro con la palma de la mano.

—Auch —dijo él, sin inmutarse ni abandonar la sonrisa. Su mirada continuaba sobre ella, tan intensa que le provocaba escalofríos—. Puedes hacerlo mejor, esposa.

Aileen alzó la mano de nuevo, pero James la sujetó y se la llevó a los labios para besarla. El corazón de Aileen latió desenfrenado por aquel gesto que tan familiar le resultaba y le dejó hacer.

—Te he extrañado, Aileen —susurró James, sin dejar de mirarla.

Los ojos de Aileen se abrieron por la sorpresa de oír su nombre y miró hacia Rob solo para descubrir que este había desaparecido discretamente para dejarlos solos. Cuando regresó la vista hacia su esposo, la intensidad de su mirada la hizo tambalearse. Sintió los brazos de James rodeándola con firmeza y atrayéndola hacia él. Y aunque no quería admitirlo, estaba deseando que la besase.

—¿No dices nada? —susurró, con los labios rozando su cuello justo bajo su oreja.

James la tenía atrapada, no solo con sus brazos sino también con su voz y no se sentía capaz de hablar. Ni siquiera podía alejarse de él, si acaso lo hubiese querido hacer. ¿Qué diablos le estaba haciendo? Ni siquiera cuando estuvo encerrada en la alcoba con él día y noche había tenido tanto poder

sobre ella. Ni después de haberle hecho el amor. ¿Qué había cambiado en aquellas pocas semanas en que habían estado separados? ¿Por qué ahora era incapaz de resistirse a él?

—James...

Sin embargo, nunca tendría la oportunidad de decir lo que tenía en mente, pues se vieron rodeados por una docena de guerreros a caballo. Aileen los reconoció al momento: MacKinnon. Había estado tan absorta en lo que le provocaba James, que no había puesto atención en lo que les rodeaba. Ahora, vientos a aquellos hombres, supo que estaban en sus tierras, pues los MacKinnon nunca traspasarían sus fronteras. Después de que el hermano del actual laird hubiese muerto a manos de su madre cuando este la había raptado, la enemistad entre los clanes había ido en aumento. Para evitar las reyertas, Dougal había decretado que ningún MacLeod pisaría jamás las tierras de los MacKinnon y que estos se mantendrían lejos de las de los MacLeod, a cambio.

Ahora habían sobrepasado los límites y aunque James llevase los colores de los Gordon, el plaid que la cubría a ella era demasiado delator. Por más que intentasen convencerlos de lo contrario, se aferrarían al hecho de que ella era su enemiga.

—Vaya, vaya —dijo el cabecilla del grupo, dando voz al temor de Aileen—. Menuda sorpresa. Al parecer los MacLeod han decidido hacer una visita a sus vecinos.

—Mi nombre es James Gordon —intervino su esposo— y ella es mi esposa. Aquí no hay ningún MacLeod.

—Los colores que lleva ella dicen lo contrario.

—No los que llevo yo —insistió.

—No tengo nada en contra de los Gordon ni pretendo tenerlo, pero cualquier MacLeod que se adentre en nuestras tierras debe morir —dijo, como si fuese un incordio para él cumplirlo, aunque Aileen sabía que lo estaba disfrutando.

A pesar de que el hombre probablemente no habría sido más que un niño cuando el hijo del laird había muerto, había crecido con el odio irracional hacia los MacLeod, sin importar que Ruadh hubiese intentado matar a su padre y hubiese secuestrado a su madre después, todo por dinero. Los MacKinnon que lo habían vivido, solían olvidar de esa parte de la historia a conveniencia.

—Ella es una Gordon —repitió James mientras su mano viajaba por la espalda de Aileen hasta la empuñadura de su espada— y nadie va a tocar uno solo de sus cabellos.

—¿Quién nos lo va a impedir? —lo miró con sorna— ¿Tú?

—Sí, yo —respondió con tanta seguridad, que el hombre vaciló por un momento.

—Yo también —añadió Rob, lanzando una flecha como advertencia a los pies del MacKinnon.

—Dos contra doce —rió el hombre después de estudiarlos—. Vaya pérdida de tiempo.

—Tres —dijo Aileen.

—¿Tú? No eres más que una mujer —la miró con burla y Aileen se prometió que le haría tragarse sus palabras.

Y por un momento nadie se movió, nadie habló. Simplemente se estudiaban los unos a los otros, esperando a quien fuese a dar el primer paso. Si acaso lo daban, porque ellos solo eran tres y no harían nada que iniciase la lucha y los MacKinnon lo sabían.

Aileen también sabía que acabarían matándolos igualmente. Los MacKinnon eran poco razonables cuando había MacLeod de por medio. La única posibilidad de que los mantuviesen a todos con vida mientras ideaban un plan de escape, era incentivarlos con algo jugoso. Así como había ocultado su verdadera identidad en el pasado, en aquella ocasión, darla a conocer sería lo único que los mantendría a salvo. Quizá no por mucho tiempo, pero tal vez el suficiente para escapar.

—Soy Aileen MacLeod —dijo con voz lo suficientemente alta para que todos la escuchasen.

Sabía que el actual laird, envenenado desde pequeño por el odio de su padre hacia su familia, ansiaba tener en su poder a alguno de ellos. Había jurado vengar la muerte de su hermano matando a cuantos hijos de Kerr se pusiesen a su alcance y ella lo era. La llevarían ante su laird y eso les daría el margen que necesitaban para planear algo. No era la mejor idea que había tenido, pero debería servir por el momento.

—La hija de Kerr MacLeod —bramó con rabia el hombre.

—Una de ellas —asintió.

—¿Por qué tengo la sensación de que nos acabas de meter en un lío peor, Mac? —susurró Rob, que se había unido a ellos después de su aparición magistral, para hacer frente a los MacKinnon.

—Nos he dado tiempo —le susurró de vuelta.

—Tú te vienes con nosotros —dijo el MacKinnon.

—Mi esposa no va a ninguna parte sin mí.

—Me parece bien porque no tengo intención de cargarla en mi caballo — su mirada se posó en Rob—, pero este no es necesario. Matadlo.

Antes de que alguien pudiese hacer algo al respecto, una flecha voló hacia Rob y se le clavó en el hombro izquierdo, tan cerca del corazón que era imposible que no se lo hubiese atravesado. Con la fuerza del impacto, Rob cayó hacia atrás completamente lacio.

—Rob —gritó Aileen.

No pudo bajarse del caballo para comprobar si todavía respiraba porque los apremiaron a alejarse. James la rodeó con los brazos y la cubrió con el plaid tratando de ocultar al resto las lágrimas que caían por su rostro.

—No llores, Aileen —le susurró.

—Está muerto —sollozó contra su pecho.

—Eso no lo sabes —la apretó más contra él, queriendo creer en sus propias palabras—. A mí me dieron por muerto, pero sigo aquí. No pierdas la fe y mantente firme para enfrentar lo que se nos viene encima. Algo me dice que será duro.

—Nos matarán —constató, tratando de controlarse. No era típico en ella dejarse llevar por sus sentimientos, pero lo que le habían hecho a Rob la había sobrepasado—. Wallace MacKinnon odia a los MacLeod, pero mucho más a mi familia. Tendremos suerte si decide darnos una muerte rápida.

—Yo te protegeré, Aileen —la seguridad que emanó de él al decirlo la envolvió y la reconfortó—. No permitiré que nadie te toque, mi amor. Los mataré a todos si es necesario.

En aquel momento, mirándolo a los ojos, en los que bailaba su determinación, supo que estaba completamente enamorada de su esposo.

RENCORES DEL PASADO

La celda, si se le podía llamar así a aquel agujero cavado en la roca bajo el castillo, era fría y húmeda. Aileen lo notaba mucho más, ya que no le habían permitido ponerse el vestido que Rob le había llevado cuando la sacó de su dormitorio a la fuerza. Por si eso no fuese suficiente, le arrebataron el plaid para quemarlo frente a ella, como una pequeña muestra de lo que sentían por los MacLeod. Había permanecido impassible mientras veía cómo los colores de su clan desaparecían entre las llamas, para no darles la satisfacción de mostrar su enfado, aunque en el fondo estaba deseando arrancarles los ojos a todos. James, en cambio, la había sostenido todo el tiempo, reconfortándola con su sola presencia.

Había tenido que encontrarse en una situación donde sus vidas peligraban para descubrir lo que ya debería haber comprendido tiempo atrás, cuando se había quedado con James para cuidarlo noche y día habiendo podido huir y dejarlo a su suerte. Y ahora que se sabía enamorada de él, temía que fuese demasiado tarde para compensarlo. Si no ocurría un milagro, no durarían mucho más tiempo vivos. Rob había sido el primero en caer y no había podido hacer nada para salvarlo. Se estremeció al pensar en ello.

—Estás congelada —James la apretó contra él y comenzó a frotarle los brazos para que entrase en calor.

—No te preocupes —no se atrevió a mirarlo por si descubría en sus ojos la verdad de sus sentimientos.

Necesitaba tiempo para asimilarlo y hallar la forma de confesarle que lo amaba sin parecer patética o desesperada. O para que no creyese que se lo decía porque estaban a punto de morir.

—Claro que me preocupo.

—Estoy bien.

—No lo estás —su afirmación la obligó a mirarlo aún sin quererlo—. Aileen, sé que eres una mujer fuerte e independiente y tú sabes que te admiro por ello, pero no quiero que me ocultes nada. Soy tu esposo y quiero saberlo todo de ti. Necesito saberlo. Este es mi momento para cuidar de ti.

—Estoy bien —insistió.

—Aileen...

—No es por el frío —añadió al ver que James tenía la intención de protestar de nuevo—. He soportado peores condiciones que esta durante tres años, sobreviviré.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Siento haberte metido en este lío —le confesó—. Soy impulsiva y no pienso en las consecuencias hasta que ya lo he hecho. Al final siempre acabo complicándolo todo. Por mi culpa, el padre Logan nos casó y por mi culpa estamos ahora aquí metidos, esperando una muerte segura. Y por mi culpa Rob...

No pudo acabar la frase. Aunque James había insistido en que no lo diese por muerto todavía, la flecha lo había alcanzado cerca del corazón y era imposible no pensar en que estuviese muerto. Nadie sería capaz de sobrevivir a algo así y menos si lo dejaban abandonado en medio de ninguna parte. Si la flecha no le había arrebatado la vida, lo haría la pérdida de sangre. Rob tenía las de perder y la culpa pesaba demasiado en su pecho.

—Rob no está muerto —dijo una vez más con convicción, rozando su mejilla con ternura—. Deja de torturarte por eso.

—¿Cómo puedes decir eso? —lo acusó—. Lo viste caer al igual que yo. Aunque sobreviviese a la herida, sin los cuidados necesarios acabará muriendo igualmente. Y es culpa mía porque...

—Ambos decidimos venir por voluntad propia —la interrumpió—. Y ambos creímos que arrastrarte en plena noche por tierras que no conocíamos era buena idea. Tenemos tanta culpa o más que tú.

—Si no hubiese huido de ti —negó—, no habríais tenido que venir a buscarme.

—Así que vamos a jugar a quien tiene la mayor culpa —le sonrió de repente—. Creía que eras de las que no se lamentaban por nada, sino de las que buscaban una solución a sus problemas. ¿Vas a decirme que unas pocas semanas separados te han vuelto una blanda?

—Estamos encerrados en un calabozo del que no podemos salir. Y aunque lo lográsemos, nos rodean los MacKinnon, que esperan una provocación para acabar con nuestras vidas. Algo que va a suceder igualmente en breve porque su laird está desquiciado. Y nuestra muerte no será agradable, de eso puedes estar seguro.

—¿Hay una manera agradable de morir? —sonrió de nuevo.

—Sí, dormido en tu cama con muchos años encima y rodeado de tu familia —dijo en un arrebató infantil.

—Eso suena maravilloso —se burlaba de ella y eso la enfadó.

—No estoy bromeando, James. Vamos a morir y no veo la forma de evitarlo.

—Tal vez no podamos librarnos de esto —la colocó en su regazo y la envolvió en sus brazos para darle más calor—, pero yo no voy a pasar las que pueden ser mis últimas horas, lamentándome de lo que no puedo cambiar.

—¿Y qué piensas hacer? —la intención en sus movimientos, le dio la respuesta y le provocó un nuevo escalofrío que nada tuvo que ver con el miedo o el frío.

—Por el momento —acercó los labios a los suyos—, pienso besar a mi esposa hasta hacerle olvidar dónde estamos encerrados.

No le permitió negarse, aunque tampoco lo habría hecho. No se negaría nunca más a nada que James pudiese ofrecerle. James recorrió su boca con besos expertos, buscando una respuesta en ella que no se hizo esperar. Rodeó su cuello y se aferró a él como si nada más existiese. James era todo cuanto necesitaba en ese momento.

—Te amo, Aileen —le susurró él contra los labios, antes de besarla de nuevo, con mayor urgencia.

La confesión, hecha de una forma tan natural, como si no fuese la primera vez que se lo decía, la cogió desprevenida. Detuvo el beso, sorprendida y emocionada, hasta que los labios de James la apremiaron a continuar. Fue por esa urgencia que comprendió que James también estaba preocupado. Le había hecho creer lo contrario para tranquilizarla y se sintió conmovida por el modo en que intentaba protegerla de sus propios miedos. Su corazón latió de emoción al saber que James también la amaba y que se preocupaba por ella. En el fondo lo había sabido incluso antes de escaparse y por esa razón lo había hecho. En Huntly había tenido miedo de no poder corresponderle, de hacer que su matrimonio fuese una farsa, tal y como había empezado, pero en realidad ya se había enamorado de él, solo que no había sido consciente de ello hasta que se reencontraron.

—Te amo —le dijo, incapaz de contenerse por más tiempo. Si iban a morir, necesitaba que lo supiese. Ni siquiera le importaba si no la creía porque en realidad, sabía que lo haría. James no había dudado nunca de ella ni de lo que le había dicho.

—¿Qué? —la alejó lo suficiente para poder mirarla a los ojos.

—Que te amo, James —repitió sin vacilar—. Y lamento no habértelo dicho antes, pero no lo...

James no le permitió terminar, la atrajo hacia él nuevamente y la besó con más premura. Sus manos sujetaban su rostro como si temiese que se desvaneciese y solo cuando ella se abandonaba al beso de nuevo, la liberó para recorrer su espalda y acercarla más a él.

—Te juro que saldremos de aquí, Aileen —susurró, desesperado—. Cueste lo que cueste.

Y por muy descabellado que le pareciese, Aileen le creyó.

James no le había fallado ni una sola vez. Le había dicho que ella sería siempre lo primero para él después de su matrimonio y la había defendido desde el primer momento de sus hermanos. La había creído sin dudar nunca. La había respetado, a pesar de que tenía derechos sobre ella después de desposarla. Y ahora estaba allí atrapado con ella, dispuesto a morir a su lado si no lograban encontrar una salida. Le estaba prometiendo que escaparían y le creía. Siempre le creería porque James sabía estar a la altura de las circunstancias y actuar en consecuencia.

—Descansa ahora, amor —le susurró acariciando su espalda—. Nos espera un día muy largo.

Aileen habría querido seguir disfrutando de sus besos, pues eran lo único que le hacía olvidar dónde estaban, pero sabía que tenía razón. Necesitaban estar descansados para lo que se avecinaba.

—No vamos a morir sin luchar, ¿verdad? —le preguntó más tarde, casi en sueños.

—Sabes que no —le respondió, con el orgullo de tener a la esposa más valiente. Cualquiera otra estaría llorando e implorando para que les perdonasen la vida, incluso sabiendo que no lo harían.

—Bien —se acomodó mejor en su regazo sin llegar a abrir los ojos—. Cuando estemos frente a Wallace, déjame hablar a mí.

—¿Qué vas a decir?

—¿Confías en mí? —le preguntó después de un corto silencio.

—Siempre.

—Bien.

James supo que se había dormido porque su cuerpo permaneció laxo en sus brazos y su respiración se ralentizó. Aileen tenía el don para complicar las cosas cada vez que hablaba, pero James confiaba en ella. Siempre lo había hecho y no sería diferente en aquella ocasión.

Wallace ordenó llevarlos a su presencia bien entrada la mañana del segundo día de su llegada. Los había mantenido encerrados en aquella celda

durante esos dos días, proporcionándoles solo agua y pan duro, creyendo que así conseguiría infligirles algo de miedo, pero no fue eso lo que vio en sus ojos cuando los tuvo delante. Se esperaba la mirada desafiante en el hombre, era lo que los guerreros hacían, pero no en ella. Las mujeres siempre eran más asustadizas y había esperado que aquella, tan menuda, estuviese temblando de miedo. Sin embargo, lo miraba como si deseara lanzarse contra él para acabar con su vida.

—Aileen MacLeod —se dirigió a ella, ignorando al hombre, pues no era tan importante para él—. La hija más joven de Kerr MacLeod.

—Dime algo que no sepa —le contestó ella.

—No te he dado permiso para hablar, mujer —rugió, fulminándola con la mirada.

Aileen lo observó belicosa. Su padre le había dicho que Wallace había sido un hombre juicioso y templado en su juventud, pero que el odio que su padre le había inculcado desde la muerte del primogénito, había conseguido endurecer su corazón cuando se trataba de los MacLeod. Podía verlo en sus ojos, cargados de ira cada vez que se topaban con los suyos.

Era un hombre atractivo, pero su rictus permanentemente serio, lo volvía desagradable a la vista para ella. Desde luego, la actitud hacía mucho a la hora de juzgar a las personas. La primera vez que había visto a Adam, le había parecido muy apuesto, pero al ir conociéndolo mejor, solo podía pensar en él como el hombre más irritante de toda Escocia y preferiría quedarse soltera a ser su esposa. James, al contrario, no le había llamado la atención especialmente, hasta que la defendió frente a sus hermanos tras su llegada a Huntly. Con la convivencia forzada diaria, se había rendido a su carácter afable y risueño y se había enamorado de su lealtad inquebrantable.

—Permíteme entonces hablar a mí —intervino James, sujetando a su esposa contra su costado en una muda advertencia de que no lo provocase más.

Tenerlos dos días encerrados había servido para trazar un mejor plan que el que tenía ella en mente cuando llegaron. Después de discutirlo durante horas, James había dejado claro que provocar al laird hasta que perdiese los estribos no era la mejor idea para sacarlos de allí con vida. Aileen no le había confesado que habría funcionado bien para él, tal y como ella esperaba, pues una vez Wallace la matase, lo liberaría. El laird no querría enemistarse con los Gordon. Lo había decidido mientras se confesaban amor. La muerte de James nunca sería una opción para ella. Desde el mismo momento en que lo vio

llegar en brazos de su hermano, tan gravemente herido, supo que jamás permitiría que le pasase nada malo. ¿Tan pronto se había enamorado de él? Al parecer sí, aunque no lo supo en su momento. O no quiso verlo. Pero ahora no podía negarse por más tiempo que no soportaba la idea de un mundo sin James. Y aquella revelación le había ayudado a tomar la decisión de sacrificarse para salvarlo.

—No cambiaré de opinión —su mirada seguía sobre Aileen con fría determinación.

—Puede que no, pero hay algo que debes saber antes de dar esa orden. Te convendría escucharme.

Wallace lo miró con sincera curiosidad y James supo que había captado toda su atención. Solo tendría aquella oportunidad para convencerlo de que matarlos a ambos provocaría una guerra con los Gordon. Algo que, por otro lado, sería muy probable cuando John descubriese lo que había pasado.

—Puede que Aileen haya nacido en el seno del clan MacLeod —le dijo—, pero ahora es mi esposa y, en consecuencia, una Gordon.

—Eso no cambia el hecho de que sigue siendo la hija del bastardo que mató a mi hermano.

—Tu hermano intentó matar a mi padre —Aileen no permitiría que insultase a su padre— y secuestró a mi madre.

—Tal vez —continuó James, tratando de contener a su esposa con una dura mirada, recordándole una vez más el plan original— en el pasado haya habido disturbios entre ambos clanes, pero ella es una Gordon ahora. Puedo garantizarte que no solo tendrás a los MacLeod encima si nos matas, sino también a los Gordon. Mi hermano es su laird y no se quedará de brazos cruzados cuando descubra lo que has hecho.

—Disturbios —rugió Wallace, tensando la mandíbula al pronunciar aquella palabra, tan insultante a su modo de ver—. Kerr MacLeod es un maldito asesino y debe pagar por ello.

—Pero a quien estás dispuesto a hacer pagar es a mi esposa.

James mantuvo la calma y controló a Aileen apretándola contra él. Su esposa tenía tantas ganas de atacar a aquel hombre, que temió que lo hiciese aunque le había prometido dejarlo todo en sus manos. Sabía cuán impulsiva era y no podía sino admirar que se mantuviese, a ojos de los demás, tan serena. Aunque ambos sabían que bullía de ira.

—Su hija —sentenció—. Un pago justo.

—Y Kerr exigirá otro pago por perder a su hija —continuó hablando

James— y el círculo jamás se romperá. Acabaréis los unos con los otros por una falta cometida hace años. Te recuerdo que Aileen ni siquiera había nacido y tú probablemente no eras más que un niño. Las hostilidades solo generan hostilidades.

—No seré yo quien detenga esto.

—Entonces serás tú quien condene a tu pueblo a un odio eterno del que se contagiarán las futuras generaciones. Y lo peor es que no sabrán cuál fue el motivo original de la ofensa.

—Sé lo que intentas —dijo finalmente Wallace— y no te funcionará. Ella va a morir y no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Si no quieres seguir su camino, mejor mantén la boca cerrada. No tengo nada en tu contra y no querría que los Gordon acabasen implicados en esto, pero te mataré si me provocas más.

—Si piensas acabar con su vida —cuadró los hombros y situó a su esposa a sus espaldas— tendrás que matarme primero porque no permitiré que te acerques a ella lo suficiente como para intentar dañarla.

—Sea pues —hizo un gesto hacia sus hombres con la cabeza.

En cuestión de segundos, Aileen y James se vieron rodeados de MacKinnon y fueron obligados a salir al patio exterior a pesar de su resistencia. Allí los esperaba el clan al completo, o al menos eso les pareció. Wallace hablaba muy en serio cuando dijo que nadie le haría cambiar de opinión. Su conversación había servido únicamente para retrasar lo inevitable unos pocos minutos, pues en medio del patio habían colocado un patíbulo improvisado, en el que lucía un poste justo en el centro y del que pendían un par de cadenas. Cualquiera que lo viese sabría que la intención del laird no era ejecutarlos sin más, sino hacer de Aileen un ejemplo para todos los MacLeod.

James logró liberarse de sus captores y rodeó a Aileen con sus brazos. A pesar de que ella mantenía la cabeza alta y una actitud desafiante, pudo sentir cómo temblaba bajo su abrazo. También sabía que estaban a punto de flagelarla delante de todo el clan.

—No lo permitiré —le susurró con convicción.

—No podrás evitarlo —le respondió en el mismo tono.

—Haré que empiecen por mí si es necesario.

—Todavía no estás recuperado de tus heridas, James —lo miró con infinita preocupación—. No permitiré que te mueras por intentar evitarme unos latigazos. Podré resistirlo.

—Aileen —los detuvo y la obligó a mirarlo a los ojos, ignorando a quien los apremiaba para llegar al patíbulo—, no se van a detener en unos cuantos latigazos. Te golpearán hasta la muerte.

—Y tú no harás nada para evitarlo —finalmente lo dijo—. En cuanto yo muera, te dejarán libre. No se arriesgarán a una guerra con los Gordon por más que Wallace lo haya dicho. Si no intervienes, vivirás.

—Si tú mueres, yo no tengo razones para vivir —sujetó sus mejillas con ambas manos—. Viviré contigo o moriremos juntos. Para mí no hay más opciones. Desde el día que te conocí, todo lo demás dejó de tener importancia para mí. Estabas tú. Estás solo tú. Te amo, Aileen Gordon y no viviré sin ti.

—Yo también te amo —James la besó con desesperación y les supo a despedida. No había forma de escapar de aquello.

—Vamos —los apremió Wallace—. No os despedáis tanto, porque os veréis en el infierno muy pronto.

—En el infierno arderás tú para toda la eternidad —escupió Aileen impregnando cada palabra de rabia—. Juro que regresaré de la muerte para atormentar tus noches hasta hacer que pierdas la razón y mueras por tu mano por lo que vas a hacer hoy. Y te lo dice una MacLeod.

—¿No eras una Gordon? —sus palabras no lo impresionaron.

—Soy una Gordon ahora, pero la sangre de los MacLeod corre por mis venas —se liberó de la sujeción de James y se acercó al laird con movimientos amenazantes. Nadie fue capaz de detenerla—. Tiembla, MacKinnon, porque morirás muy pronto. Si no es por tu mano o por la mía, será por la de mi padre o mis hermanos o por la de cualquiera de los hermanos de mi esposo. Puede que nos estés sentenciando a muerte hoy, pero estás sellando también tu propio destino. Morirás antes de poder saborear tu venganza. Eso te lo juro.

—Atadla al poste —gritó nervioso.

Puede que Aileen fuese menuda y tuviese un aspecto delicado, pero había aprendido lo dura que era la vida, a base de golpes, y eso había fortalecido su carácter. Sus amenazas no eran en vano y la rudeza de sus palabras calaba hondo, tanto como su mirada fría y calculadora. Por un momento, Wallace había creído cada una de sus palabras, incluso sabiéndose rodeado de su gente.

—No —James gritó y trató de liberarse para ir en pos de su esposa, pero lo golpearon sin contemplaciones hasta que se dobló sobre sí mismo y terminó de rodillas en el suelo—. Wallace, pagarás por esto. Si le pones un solo dedo

encima acabaré con tu miserable vida.

—Colocadlo frente a ella —dijo con la mandíbula tensa y la rabia bullendo por su cuerpo—. Que observe cómo le dan los latigazos.

—Maldito seas —gritó, tratando de soltarse. La herida le ardía de nuevo tras los golpes y la sangre se deslizaba por la comisura de sus labios. Lo mantenían fuertemente sujeto y escupió a sus pies cuando se vio incapaz de liberarse. Lo obligaron a arrodillarse en contra de su voluntad y solo pudo ver impotente cómo ataban a Aileen al poste mientras ella mantenía su mirada fija en él y le sonreía. Trataba de tranquilizarlo y la admiraba por ello, pero no podría soportar verla sufrir de ese modo sin hacer nada.

—James —lo llamó cuanto intentó soltarse una vez más. Cuando la miró a los ojos y ella le pidió con la mirada que ignorase todo lo que sucedía a su alrededor y se centrara en ella. Y aunque podía oír todavía a la gente gritando y abucheándola, James trató de olvidarlo para infundirle valor sin palabras, ocultándole la rabia que sentía en aquel momento por no poder salvarla.

Pero cuando el látigo silbó por primera vez y golpeó sin piedad la espalda de Aileen, James sintió cómo su corazón se quebraba. Su rabia se convirtió en impotencia, al ver las lágrimas acumularse en los ojos de su esposa. Sin embargo, ningún sonido salió de sus labios ni tampoco la sonrisa desapareció de su rostro.

—Te amo —deletreó con sus labios justo antes de que el segundo latigazo le obligase a cerrar los ojos para no gritar.

—Basta —gritó James por ella, intentando levantarse una vez más. En esta ocasión consiguió ponerse en pie, pero un golpe en el costado herido lo hizo caer de rodillas. Inspiró profundamente para controlar el lacerante dolor antes de seguir intentándolo.

El látigo viajó una tercera vez hacia la espalda de Aileen y los gritos de la gente aumentaron, acallando las protestas de James exigiendo que detuviesen aquella locura. Se necesitaron a cuatro hombres para mantenerlo arrodillado cuando el cuarto latigazo llegó.

—Más —ordenó el laird, rabioso porque ella todavía no hubiese abierto la boca. Quería escucharla gritar, quería que le pidiese clemencia, no que mantuviese la mirada fija en su esposo y una sonrisa permanente en los labios. No se detendría hasta haber saciado su sed de venganza y después, la mataría con su propia espada.

El látigo surcó el aire directo a su víctima en el mismo momento en que James conseguía al fin liberarse. Se lanzó sobre ella para detener con su

propio cuerpo el golpe, pero el látigo nunca llegó a rozarlo. Un grito escapó del hombre que lo blandía cuando vio la flecha que atravesaba su mano. Por un instante, el silencio se hizo en el lugar mientras todos miraban desconcertados hacia el látigo olvidado en el suelo y al hombre que apenas contenía sus gritos de dolor.

De repente, venido de la nada, se escuchó un grito de guerra y se desató el caos en el patio. La gente corría histérica de un lado a otro, hasta que alguien los llamó a refugiarse en el interior de la fortaleza. Los soldados blandían sus armas para defenderlos de un enemigo que entraba a tropel por las puertas abiertas del castillo, arrasando con todo.

LA LUCHA

James vio cómo algunos MacLeod se situaban estratégicamente alrededor del patíbulo para protegerlos, mientras otros iban en pos de Wallace y sus hombres. El despliegue de sus fuerzas era magnífico y comprendió por qué John había ansiado una alianza con ellos cuando supo que Aileen era una MacLeod. Pocas veces en su vida había visto semejante demostración de fuerza y poder incluso antes de empezar la lucha. Intimidaban simplemente con su presencia.

No tardó en descubrir a quien los comandaba y supo, sin lugar a dudas, que era el padre de Aileen. Aunque era más pelirrojo que ella, su mirada era inconfundiblemente idéntica a la de su hija. Y aquella concentración que se pintaba en su rostro cuando algo la preocupaba. O la determinación en sus movimientos. Viéndolo, estaba claro de quién había sacado Aileen su carácter. Apartó la mirada del hombre para observar a su esposa y sostenerla. No habían pasado más de unos segundos en todo el proceso y pudo ver que estaba tan sorprendida como él de la oportuna llegada de su familia. Pero un brillo especial en su mirada le hizo seguir la dirección de sus ojos hasta toparse con Rob, encaramado al parapeto desde el que había lanzado la flecha que evitó que el látigo dañase de nuevo a Aileen.

Aunque le había pedido a su esposa infinidad de veces que no lo diese por muerto, no esperaba verlo allí, tan impasible, lanzando flechas como si dos días antes no le hubiesen clavado una en el pecho. Y en el fondo no debería sorprenderle tanto, pues estaba seguro de que había sido él quien alertó a los MacLeod de lo que estaba ocurriendo. Nadie salvo él sabía dónde se encontraban. Y aunque estar dos días encerrados con apenas comida había sido duro, ahora daba gracias porque Wallace esperase ese tiempo para imponerles el castigo. No estaba muy seguro de que Aileen hubiese sobrevivido a aquello sin la intervención de su familia.

—Ellar MacLeod —James alzó la vista hacia el joven que se estaba presentando—. El hermano de Aileen.

Lo observó mientras le ofrecía una espada. Era tal vez un par de años mayor que su esposa, pero tenía el aplomo de un guerrero experto. Era más rubio que ella, pero su parecido era innegable. Mantenía un rictus serio que lo

hacía parecer más enemigo que amigo, pero no sabía si estaba enfadado con él o con su esposa, porque su mirada viajaba de uno a otro alternativamente. Sin embargo, no tenía tiempo para averiguarlo porque poner a salvo a Aileen era lo más importante ahora. Tomó el arma y rompió las cadenas que la mantenían sujeta. Después la rodeó con un brazo por la cintura para ayudarla a levantarse y se alejaron del peligro flanqueados por Ellar. Pensaba regresar a por Wallace para que pagase por cada uno de los latigazos que Aileen había recibido en su nombre.

—Ya está, mi amor —dijo, depositando un beso en su sien—. Se ha acabado.

—Ve con mi padre —respondió ella empujándolo en su dirección—. Por favor. Tienes que impedir que mate a Wallace. Esta disputa tiene que acabar aquí y ahora. Por favor.

—Sabes tan bien como yo que se lo merece, Aileen. Mira lo que te ha hecho.

—Tú mismo lo has dicho no hace tanto, James. Alguien tiene que romper el círculo —le recordó—. ¿O solo funciona en un sentido?

—Tienes razón —le sonrió con infinita admiración. La amaba tanto que casi no podía respirar al pensar en ello. Nunca le negaría nada que le pidiese y por más que desease vengarse de Wallace por el daño que le había causado, sabía que tenía razón. Allí, en aquel momento y en aquel lugar, las hostilidades debían acabar. O intentarlo, al menos, porque el odio atesorado durante tantos años no era tan sencillo de olvidar. La besó, prometiéndole con ese gesto que haría cuanto estuviese en su mano para evitar el inicio de una nueva guerra entre los clanes.

—Ve —le dijo Ellar, que se había mantenido al margen—. Yo cuidaré de ella.

—Maldita sea, Ellar —le replicó Aileen, ofendida—. No necesito que me cuiden. Ve con mi esposo y cubre sus espaldas.

Y aunque James debería haberse sentido ofendido de que Aileen hubiese insinuado que necesitaba más ayuda que ella, sonrió al ver el gesto de disgusto que le lanzó su hermano al escuchar sus órdenes. Al parecer, era con ella con quien estaba enfadado. Sin embargo, lo siguió cuando fue en busca de Kerr, protegiéndolo tal y como le había pedido Aileen. Blandieron sus espadas contra varios MacKinnon antes de alcanzar la cabeza de grupo, donde Tam y Bruce se mantenían a la par con Kerr. James pudo adivinar de dónde le venía el amor por las armas a su esposa porque con semejantes ejemplos en casa,

era imposible no querer ser como ellos. Y por más que Aileen le hubiese dicho que su padre odiaba las armas y lo que suponía el usarlas, su destreza era innegable. Estaba claro que, aunque solo ansiaba ser granjero, era también uno de los mejores guerreros que había visto en su vida. Tanto él como sus hijos.

—¿Dónde está Wallace? —preguntó en cuanto se situó a su lado y añadió, al notar la mirada inquisitiva de Kerr—. James Gordon, el esposo de vuestra hija.

Seguramente no fuese eso lo que le había preguntado, pero era su forma de asegurarle que Aileen era suya y que nadie se la iba a arrebatar. Ni siquiera ella, si acaso intentaba retractarse de sus palabras, una vez volviesen a la normalidad. Le había confesado que lo amaba y jamás le permitiría que lo olvidase.

—Supongo que eso significa que intentaréis evitar la nulidad —le respondió Kerr, esquivando a su atacante.

—No habrá anulación —admitió—. Amo a vuestra hija.

—Ella no opina lo mismo.

Aileen le había asegurado que quería pedir la nulidad y a Kerr no le importaron los motivos para ello. Le había bastado con saber que no quería seguir casada para apoyarla, pues no condenaría a ningunos de sus hijos a un matrimonio como el que había tenido con Lorna. Y había querido presentar la petición aquel mismo día para zanjar el asunto, pero Blair lo había convencido de esperar, segura de que las prisas de su hija escondían algún otro motivo que no les estaba contando. Viendo la determinación de James por mantener a Aileen a su lado, su esposa había tenido razón en no apresurarse. Le daría una oportunidad de demostrarle que realmente amaba a su hija antes de tomar una decisión. Aunque conseguiría la nulidad, costase lo que costase, si Aileen seguía empeñada en separarse de él después. Así tuviese que enfrentar a la Iglesia y a los Gordon.

—Puede que os haya hecho creer eso —James se deshizo de otro MacKinnon de un puñetazo, después de alejar su espada con la propia, mientras hablaba—, pero me ama también. Y ya lo hacía incluso antes de huir de Huntly. Me lo confesó hace poco y se lo recordaré en cuanto todo esto termine, si todavía se empeña en querer alejarse de mí. Sea como sea, su lugar está a mi lado.

—Supongo —esquivó un golpe y envió otro de regreso partiendo la nariz de su oponente— que debo darte la bienvenida a la familia, si tan convencido

estás de que ella te aceptará.

—Sería todo un detalle —le sonrió antes de empujar al oponente al que se estaba enfrentando en ese momento.

—Tam MacLeod —gritó desde cerca un hombre alto y tan pelirrojo como Kerr. El que más se parecía a él de los tres hombres que lo acompañaban—. El hermano mayor de Aileen. Y el rubio de aquí es Bruce, el tío. Supongo que a Ellar ya lo conoces, aunque sería toda una hazaña que te hubiese hablado. Últimamente está muy silencioso con todo el mundo.

El aludido se limitó a gruñir mientras luchaba con un MacKinnon especialmente insistente. Se deshizo de él a tiempo de lanzarle una mirada furibunda a su hermano. Desde luego, aquel hombre parecía estar permanentemente enfadado. Con su hermana, con su familia o quizá con la vida misma. Aunque parecía un poco de todo, en realidad. James se identificó con él porque había estado igual hasta unas semanas atrás, aunque en su caso había sabido disimularlo mejor.

—Bienvenido a la familia —dijo Bruce a modo de saludo—. Si buscas a Wallace, el muy cobarde se ha escondido en el castillo.

—Wallace es mío —les advirtió a los cuatro—. Pero no lo mataré. Se lo prometí a Aileen.

Ninguno protestó y James se sintió extrañamente agradecido. En Huntly había tenido que defender todas sus decisiones, incluso a golpes en muchas ocasiones porque los hombres de su hermano nunca le habían mostrado el mismo respeto que a él o a Adam. Se lo había tenido que ganar, aunque por desgracia, no siempre había salido victorioso. Que alguien aceptase su palabra sin más era una novedad para él. Y muy gratificante.

Luchando codo con codo, los cinco se abrieron paso entre los MacKinnon que trataban de defender las puertas bloqueadas del castillo. Su objetivo era alcanzar a Wallace y obligarle a rendirse. Todos coincidían en que era hora de terminar las hostilidades y trataron de no matar a nadie en su avance, aunque las heridas fueron inevitables.

—James —un grito desde lo alto del muro cuando alcanzaban las puertas, lo alertó.

Miró a su alrededor en primer lugar esperando encontrar algún enemigo amenazándolo, pero no vio peligro alguno aparte de los hombres a los que se estaban enfrentando ya. Levantó la vista, entonces, para descubrir a Robert señalando hacia el centro del patio, donde Aileen luchaba junto a varios MacLeod. El hombre que los había llevado a rastras hasta allí estaba

intentando aislar a su esposa del resto del grupo. Aileen se defendía bien, pero las heridas en su espalda le impedían mantener un ritmo constante y el hombre se aprovechaba de ello para hacerla retroceder una y otra vez. Robert lo había visto y había avisado a James porque él no tenía un tiro limpio desde su posición.

—Ve —dijo Kerr, que también lo había visto—. Capturaré a Wallace para ti.

James avanzó entre los MacKinnon hacia su esposa, pero a cada paso que daba le parecía que se doblaba la distancia entre ellos. Era como si todos se hubiesen puesto en su contra para impedir que llegase a tiempo hasta ella. Lanzaba estocadas, puñetazo e incluso alguna que otra patada, pero sentía que los metros no se acortaban. Robert seguía sin poder lanzar sin arriesgarse a darle a ella y Aileen cada vez estaba más lejos de la protección del grupo, que parecía ajeno a lo que estaba sucediendo. James se desesperaba, impotente por no poder advertirle de lo que él se proponía, a riesgo de desconcentrarla y hacer que errase.

Entonces, detrás de Aileen apareció un segundo hombre que la sujetó por la espalda, obligándola a soltar la espada. Vio cómo su esposa pateaba al sentirse izada en el aire y trató de avanzar hacia ellos para impedir que se la llevasen dentro del castillo. La idea de que pudiesen matarla no entraba en sus pensamientos, no porque no fuese una posibilidad real, sino porque no podría soportar verla morir estando tan cerca ya.

Avanzó tan rápido como los enemigos se lo permitían, pero supo que no llegaría a tiempo cuando la obligaron a arrodillarse y el hombre con el que había estado luchando alzó su espada para propinarle la mortal estocada. Las flechas volaron en dirección a ellos, pero ninguna dio en el blanco; Robert no estaba en buena posición para disparar con precisión, pero decidió intentarlo.

Mientras veía bajar el arma hacia la cabeza de Aileen, el tiempo pareció ralentizarse, como si su mente le exigiese registrar con todo lujo de detalles los últimos segundos de la vida de la mujer que amaba, para que las imágenes lo atormentasen por el resto de sus días, por no haber llegado a tiempo hasta ella. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Corrió los últimos metros que los separaban sabiendo que no los alcanzaría antes de que la espada la atravesase. La mirada de su esposa estaba fija en su asesino y mantenía una pose orgullosa, pero cuando James gritó su nombre, ella lo miró. Vio en sus ojos el amor que le profesaba y él le envió una disculpa por haberle fallado. Se sentía un miserable por no poder salvarla.

Se habría cambiado por ella de ser posible.

Y cuando creyó que lo inevitable sucedería un chocar de hojas se escuchó alto y claro, deteniendo el tiempo por completo.

PROMESAS

—Adam —susurró James, sorprendido de ver a su hermano.

Adam había frenado la espada del MacKinnon con la suya propia y la lanzó con fuerza lejos del rostro de Aileen. Con el impulso, el hombre retrocedió unos pasos, alcanzando a James. Al verse en desventaja, el hombre se defendió con un ataque rápido, pero el guerrero interior de James contrarrestó sus golpes sin esfuerzo. Se sentía arder de ira por lo que había estado a punto de hacer, sin embargo no dejó que sus sentimientos interfiriesen. Le había costado sudor y derrotas aprenderlo en su juventud, pero ahora nada podía alterarlo en un combate. Controló la pelea en poco tiempo y lo aventajó sin problemas, haciéndolo bailar a su son, jugando con él sin que este se diese cuenta, antes de asestarle el golpe final. Porque había prometido conservar la vida del laird de los MacKinnon, pero no la del hombre que habría matado a su esposa si su hermano no hubiese intervenido.

—Debería haberos matado cuando os encontré en el bosque —le dijo el hombre, preso de la ira.

—Debiste —lo obligó a retroceder hasta que lo acorraló contra la pared del castillo—. Ahora serás tú el que muera por haber osado tocar a mi esposa.

—James, no —el grito de Aileen detuvo su mano cuando el filo de la espada tocaba el pecho del hombre. Mantuvo la guardia y no dejó que él se moviese, con una mano en su cuello y la otra en la espada que apuntaba a su corazón, mientras miraba a su esposa.

Adam la retenía sin esfuerzo para que no se acercase a ellos, a pesar de que ella hacía todo lo posible por soltarse. Todavía no podía creer que su hermano estuviese allí, tan lejos de su hogar. Tenía muchas preguntas para él, pero tendrían que esperar. Le hizo un gesto para que la dejase ir y Aileen corrió hacia ellos al verse libre. En cuanto lo alcanzó, puso una mano sobre su brazo armado y lo miró suplicante.

—Me prometiste que esto terminaría hoy. ¿Qué crees que pasará si lo matas?

—Él no parecía preocupado por matarte a ti.

—Pero nosotros somos mejores que ellos —presionó su brazo con la mano—. No podemos añadir más muertes a un conflicto que se inició por culpa de

un hombre sin honor. Déjalos vivir a todos y que sepan así quién es el verdadero culpable aquí. Solo quiero ir a casa, James. Por favor.

Bastó aquella simple petición para hacerle bajar el arma. Pasó la espada a su mano izquierda, liberando su cuello en el proceso y su puño derecho fue a parar contra el rostro del hombre con tal rapidez que no habría podido esquivarlo aunque lo hubiese visto llegar. El satisfactorio sonido de una nariz rota le hizo sonreír, todavía mirando a su esposa. La sujetó por la cintura y la atrajo hacia él. En cuanto la tuvo a su alcance la besó. Ni siquiera le molestaron los gritos e improperios que lanzaba el hombre, que se sujetaba la nariz tratando de detener el flujo de sangre. En aquel momento nada más importaba que besar a su esposa.

—Te amo, Aileen Gordon —dijo después—. Ni se te ocurra morirme ahora que te tengo a mi lado.

—No voy a morirme, James —sonrió—. No ahora que te tengo a mi lado.

Aquellas palabras le sonaron a promesa y supo que no pensaba huir de nuevo de él. La besó, solo por el placer de tenerla entre sus brazos y saberla suya, antes de acercarse a su hermano con miles de preguntas bailando en sus ojos.

—¿No pensarías que te dejaría venir solo? —fue la respuesta que le dio a la pregunta que no tuvo que formular—. Os perdí la pista al cruzar el estrecho, pero me encontré a Robert a medio camino de Lockbay...

—James —la llamada de Kerr lo interrumpió.

Miraron hacia él y se encontraron a Wallace arrodillado a su lado con el miedo pintado en sus ojos. A su alrededor, todos estaban expectantes de lo que sucedería a continuación. James se movió hacia ellos, pero la mano de Aileen en su brazo lo detuvo.

—Por favor —le suplicó en voz baja.

—Te hice una promesa, Aileen —la tranquilizó—. No la romperé.

—¿Qué harás?

—¿Confías en mí?

—Siempre —sonrió al escuchar la misma respuesta que él le había dado en la celda. Dejó un beso en sus labios antes de ir con Kerr.

Quizá no pudiese matar a Wallace, pero este no lo sabía, así que lo asustaría un poco primero, antes de dejarlo ir. Y puede que le diese una buena paliza para resarcirse porque, en realidad, solo había prometido dejarlo con vida.

—Levántate —ordenó, con rabia contenida—. Tú y yo tenemos una cuenta

que ajustar.

—¿Qué hay de lo de romper el círculo? —le preguntó Wallace al ponerse en pie.

—Estabas dispuesto a matar a mi esposa —se encogió de hombros, impasible—. Además, no soy un MacLeod. No tengo que romper ningún círculo.

Giró sobre sí mismo y alzó la voz para que todos los presentes lo escuchasen. Quería darles una lección acerca de cómo no hacer las cosas, de cómo se podría empezar una lucha entre clanes por el tonto orgullo de unos pocos y de porqué el perdón era mucho más importante que la venganza. Por el bien de no uno, sino dos pueblos. Los observó a todos, hasta comprobar que le prestaban atención y después habló.

—Soy un Gordon —estiró los brazos exhibiéndose—. Esta lucha no tiene nada que ver con mi gente. No pedí venir a aquí, no quise verme involucrado en una venganza de la que no sabía nada hasta hace dos días, pero este hombre, Wallace MacKinnon, el laird al que seguís a ciegas, desoyó mis razones para liberarnos a mi esposa y a mí. Este hombre ordenó flagelar a Aileen Gordon solo porque era hija de Kerr MacLeod. Mi ira no es para vosotros como pueblo, sino contra él. Contra un solo hombre que quiso y logró dañar a mi mujer. No empezaré una guerra, pero tampoco me quedaré de brazos cruzados sin defender lo que es mío. Y a quien amo más que a mi propia vida.

Cuando terminó de hablar, lanzó un derechazo a la mandíbula de Wallace que lo hizo retroceder varios pasos con el ímpetu. Se llevó la mano al rostro para retirar la sangre de su labio partido, pero James no le dio descanso y lo atacó una y otra vez, siempre con los puños. No usaría armas, porque sentía más satisfactorio emplear las manos.

—¿Me matarás? —Wallace se defendía ya e incluso logró asestarle un par de golpes—. Sabes que iniciarás una guerra entre nuestros clanes. Unas pocas palabras dichas en voz alta no la impedirán. Mi gente vengará mi muerte.

—Tu gente no hará nada —James lo sujetó por la camisa— porque me encargaré de que esto termine aquí y ahora.

—¿Matándome? —preguntó de nuevo.

—Puedo hacer algo mucho peor que matarte —amenazó—. Puedo hacer que lamentos que te haya dejado con vida. Hay muchas formas de vengarse de alguien sin llegar al asesinato, Wallace. Muchas formas en que un hombre deje de ser útil para su gente. Y créeme, ninguna de ellas te gustaría.

A medida que hablaba, el rostro de Wallace iba palideciendo. No había mayor tortura que la de su propia mente imaginándose las posibilidades y James lo sabía perfectamente. Contaba con ello. Podía ver el miedo y la duda en sus ojos y lo disfrutó, incluso sabiendo que no cumpliría ninguna de sus amenazas porque no pretendía tener que vérselas con su esposa después.

—Si crees que mis hombres te permitirán mutilarme, estás muy equivocado —su voz no sonó tan segura como le hubiese gustado a Wallace.

—Para cuando intuyan lo que voy a hacerte, no serán capaces de impedírmelo —vio cómo tragaba con dificultad y su piel palidecía todavía más y supo que se lo había creído. Sonrió satisfecho y movió la mano hacia su espada, solo para asustarlo un poco más antes de terminar con aquella farsa.

—Estás loco —dijo, intentando alejarse desesperadamente de él—. No te acerques a mí.

James lo soltó de repente, provocando su caída y luego blandió la espada contra su entrepierna, dando veracidad a sus palabras sobre convertirlo en un hombre totalmente inútil. Wallace gimió y se arrastró por el suelo hasta dar con su espalda contra uno de los postes que sostenían la plataforma del patio. Ni siquiera era consciente de que su clan lo estaba viendo todo, asombrado de una reacción tan cobarde.

James se acercó a él y lo miró fijamente durante tanto tiempo que creyó que Wallace se volvería loco por la espera. Tampoco le importaba si lo hacía o no, solo quería darle una lección que no olvidase jamás. Finalmente alzó la espada sobre él y lanzó una estocada que frenó en el último momento hasta hacerle un simple rasguño en el muslo derecho. Nada en comparación con lo que le habría gustado hacer si no le hubiese prometido a su esposa que lo dejaría con vida.

—Si osas acercarte a mi esposa —dijo lo suficientemente alto para que todos los MacKinnon lo escuchasen— o a cualquier persona de su familia, no habrá lugar en este mundo en el que puedas esconderte de mí. Esta disputa termina ahora, no porque os esté amenazando de muerte si dañáis a algún MacLeod, sino porque una ofensa del pasado no tiene cabida en el futuro. El círculo se rompe hoy. Se acabó.

Caminó hacia Aileen, pero se detuvo después de unos pasos y se dirigió de nuevo a Wallace, que continuaba tirado en el suelo, completamente blanco. Lanzó un vistazo a los demás MacKinnon y habló una última vez.

—Soy un Gordon, pero los MacLeod son ahora mi familia. Toda mi gente estará a su servicio siempre que lo necesiten —no necesitó decir nada más

porque habían quedado claras las implicaciones de aquella declaración.

Se acercó a Aileen y la rodeó con un brazo con cuidado de no lastimarla en la espalda. Adam había recuperado su caballo para ellos y subió colocando a su esposa delante de él. Su hermano le pasó un plaid para cubrirla y cuando estaban todos montados a caballo, Kerr dio la orden de marcharse. Tal y como entraron, salieron, impresionando con su fuerza y disciplina.

—Gracias —le dijo Aileen apoyándose en él a pesar del dolor.

—No me las des, amor —le besó el cabello—. Se tenía que hacer.

—Lo decía por humillarlo delante de su gente —rió bajito.

—Así que tienes una vena vengadora a pesar de todo —rió con ella aliviado de que se estuviesen alejando de aquel lugar.

—Tengo mucho más que desconoces —lo miró por encima de su hombro con adoración— y estoy deseando mostrártelo todo.

—¿Esa es una proposición indecente?

—Esa es una promesa —le dijo ya más seria—. A partir de ahora lo sabrás todo de mí. No volveré a ocultarte nada, James. Por culpa de mis impulsos no he hecho otra cosa que ponerte en peligro.

—No ha sido culpa tuya. Nada de lo que me sucedió ha sido culpa tuya, salvo quizá...

—Quizá, ¿qué? —entrecerró los ojos.

—Enamorarme —le sonrió.

—Yo no hice nada para que me amases —a James le gustó el ligero rubor que cubrió sus mejillas.

—Lo hiciste todo, mi amor —explicó—. Me defendiste, me cuidaste y me salvaste de la muerte en más de una ocasión, pero sobre todo, le diste sentido a mi existencia. Tú eres todo cuanto quiero en mi vida, Aileen.

—Te amo —inclinó más la cabeza, buscando su boca y James no se hizo de rogar. Se apoderó de sus labios hasta que les faltó el aire a ambos.

—Yo también te amo.

—No vine a rescataros para que os comportéis como dos tontos enamorados ante mí —los interrumpió Rob, que cabalgaba ahora a su lado, con una sonrisa que desmentía sus palabras y les decía cuán aliviado estaba por haber logrado sacarlos de allí con vida.

—¿Tú no deberías estar muerto? —ahora que sabía que estaba a salvo, Aileen se permitió bromear un poco con él.

—Soy difícil de matar —se encogió de hombros.

—¿Te rescató mi hermano? —James recordaba que Adam le había dicho

que se lo había encontrado de camino a Lockbay y sentía curiosidad sobre ello.

—La flecha ni siquiera llegó a clavarse —les explicó—. Pasó rozando mi pecho y se quedó prendida en la ropa, entre este y mi brazo. Pero el golpe contra el suelo dolió a rayos y me dejó sin aliento. Lo aproveché para fingir que me habían matado. La sangre del corte en el costado ayudó a hacerlo más creíble.

—Eres un maldito canalla afortunado —dijo Aileen sin percatarse de lo mal que sonaban sus palabras, acostumbrada como estaba a escuchar cosas peores de sus compañeros.

—Esa es la Mac que conozco —rió, ganándose una mirada irritada de su parte—. Os seguí en la distancia para saber dónde buscaros e hice algunas averiguaciones. En cuanto supe que estaríais bien por unos días, corrí a avisar a tu padre.

—Nos encontramos por el camino —intervino Adam, que se había acercado a ellos mientras hablaban.

—Gracias —dijo de repente Aileen—. Sé que hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero nunca olvidaré que me salvaste la vida hoy.

—Eres una Gordon ahora —dijo él en respuesta—. Y yo cuido de mi gente siempre.

Aquello no era ni de cerca la disculpa que esperaba Aileen, pero era un comienzo. Una pequeña tregua. Tampoco olvidaría que había intentado salvar a James cuando resultó herido, pero eso no se lo diría por ahora. Habían empezado con mal pie y tenían mucho que resolver antes de que la animosidad que sentían el uno por el otro terminase por completo. No podía olvidarlo todo de golpe solo porque le hubiese salvado la vida.

Después de aquello, nadie habló de nuevo hasta que salieron de las tierras de los MacKinnon. Entonces, una vez en la seguridad de sus propias tierras, Kerr decidió hacer un alto para comprobar que todos estuviesen bien y para abrazar a su hija. Aunque había permitido que James la llevase con él, necesitaba sentirla entre sus brazos para asegurarse de que estaba realmente a salvo.

—Te has convertido en una mujer increíble, hija —dijo con orgullo—. Otro habría clamado por venganza.

—Ya hemos sufrido bastante, papá. Yo solo quiero vivir en paz —lo abrazó—. Ahora entiendo tu aversión a las armas.

—Esa es una muy buena noticia.

—Lo que no quiere decir que vaya a dejar de usarlas —añadió con una sonrisa.

—Temía que dijese eso. Procura no buscar los problemas —le dijo con cariño y resignación.

—Ellos me encuentran a mí, papá.

—Pues tendremos que trabajar en eso —le acarició la mejilla.

—Una vez en Huntly —prometió Adam—, nos ocuparemos de que no le suceda nada malo. Nosotros cuidamos de los nuestros.

—¿Qué te hace pensar que vaya a volver a Huntly? —le respondió Aileen, molesta por que tomase decisiones por ella.

—Eres una Gordon —respondió con naturalidad, como si aquello lo hiciese evidente—. Tu lugar está con nosotros.

—Mi lugar está donde yo decida —se cruzó de brazos.

—Tu lugar está junto a tu esposo —protestó él, olvidando la tregua que habían firmado poco antes.

—Y mi lugar está junto a mi esposa —intervino James, abrazándola por la espalda—. Si ella decide quedarse en Lockbay, empezaré a construir una casa para nosotros en el lugar que más le guste.

—¿Qué estás diciendo, James? —la sorpresa en su rostro era tan evidente como la traición que le parecían sus palabras—. Eres un Gordon, no puedes renegar de tu gente.

James lo separó del grupo para hablar con él en privado. John lo había entendido sin necesidad de explicárselo y se había sentido afortunado porque no era algo fácil de explicar, pero Adam era fiel a su gente y al clan y sabía que no entendería su decisión. Ni siquiera aunque le explicase que, desde la muerte de su padre, nunca se había sentido arropado por su gente. Le había contado sobre las veces en que le habían faltado al respeto aún siendo el hermano del laird, pero también le había ocultado otros muchos desaires que había protagonizado para no preocuparlo e incluso, por orgullo. Pero sobre todo, porque la lealtad de su hermano hacia su familia habría complicado más la situación de haberse enterado.

Ahora había llegado el momento de hacerle ver que alejarse de Huntly no era tan malo como creía. Esperaba poder convencerlo de que su sitio ya no estaba allí, sino junto a su esposa. Junto a la mujer que le había dado un nuevo sentido a su vida. Ya fuese en Lockbay o en los caminos, él la seguiría. Por más que quisiese a sus hermanos, más la amaba a ella.

—Adam —comenzó, pensando en cómo explicárselo—, sabes que no

siempre he estado bien en Huntly. Con algunos...

—Eres mi hermano —lo interrumpió— y el hermano del laird. Quien no te muestre respeto, pagará por ello.

—No puedes castigar a todo el que no esté conforme con lo que tú consideras correcto, Adam. Sabes que te agradezco que me defiendas, pero no puedes estar siempre luchando mis batallas.

—Eres mi hermano, por supuesto que puedo. Y lo haré.

—No se trata de eso —se pasó la mano por el pelo, frustrado—. Se trata de que nadie tiene por qué hacer nada. No me gusta decir esto, pero en el poco tiempo que he conocido a la familia de mi esposa, me han demostrado más respeto que mi propia gente...

—Y nos cambiarás por ellos —lo acusó, dolido.

—Jamás nadie podrá reemplazaros —le juró—, pero es hora de que siga mi propia camino, junto a mi esposa, nos lleve a donde nos lleve. Aquí, en Huntly o en el fin del mundo. Mi camino ya no va a la par del tuyo, Adam, pero no quiere decir que no se puedan juntar de nuevo en un futuro. Jamás renunciaré a mi familia, pero esos sois John y tú, no todo el clan. Y mi familia ahora será la de Aileen también, si así lo decide ella.

—Siempre supe que te alejaría de nosotros —dijo derrotado—. Vi el brillo en tus ojos cuando John decidió que siguieses casado con ella. Sabía que si se iba, tú la seguirías. No me gusta el control que tiene sobre ti.

—No es control, Adam —apoyó la mano en su brazo—. Es amor. La amo tanto, que haré lo que sea para verla feliz. No porque ella me obligue, sino porque quiero hacerlo. Y cuando encuentres a la mujer que haga tambalear tu mundo, me comprenderás.

—Nunca podré entenderlo —suspiró—, pero si eres feliz, no tengo nada más que decir.

—Volveremos a vernos, hermano. No lo dudes.

-Si tú no vas, vendré yo —no era hombre de demostraciones de aprecio, pero abrazó a James, casi como si le doliese—. Y nunca dudes en pedir ayuda. Si me necesitas, aquí me tendrás.

—Lo sé, hermano.

Cuando se reunieron con el resto, Kerr dio la orden de continuar. Estaba deseando llegar a Lockbay, a la seguridad de su hogar. No estaría tranquilo hasta que su esposa pudiese abrazar a su hija.

—Mi niña —exclamó Blair en cuanto la tuvo en sus brazos— ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho?

La observó de arriba a abajo al sentirla gemir con el abrazo y aunque Aileen quería evitarle más disgustos, tuvo que mostrarle la espalda, todavía en carne viva en los pocos latigazos que había recibido. Podría haber sido mucho peor, pero la pronta llegada de su familia lo había evitado. Algo por lo que Aileen se sentía agradecida. Habría soportado mil latigazos por James y habría muerto para salvarlo, pero se alegraba de estar viva. De que los dos lo estuviesen.

Blair ignoró las protestas de todos los que también querían darle la bienvenida y se la llevó a sus aposentos para ayudarla a darse un baño y hacerle las curas. Y para vestirla más adecuadamente que con un simple plaid de los Gordon y una camisola rota. Una vez a solas, no hablaron, Blair concentrada en no lastimarla más y Aileen tratando de no mostrarle a su madre cuánto sufría con lo que le estaba haciendo.

—Es muy guapo —dijo finalmente cuando ya cubría su espalda con vendas.

—¿Quién?

—Tu esposo —la empujó con cuidado, como reprimenda por fingir que no la había entendido— ¿Quién sino?

—Lo es —suspiró.

—¿Eso quiere decir que ya no habrá anulación?

—Sabes de sobra que no la habrá —fue su turno para empujarla—. Siempre lo supiste.

—Lo imaginaba —le sonrió con cariño—, pero no podía estar segura contigo. Hace tiempo que no doy nada por sentado cuando se trata de ti.

—Siento haber sido tan mala hija, mamá.

—Para nada —la abrazó—. Eres la hija más valiente e intrépida que tengo.

—Soy la única hija intrépida que tienes. Fiona es muy tranquila —rió—. Aunque no soy ni de cerca la más valiente.

—Claro que eres valiente.

—Huí cuando creía que queríais casarme con un desconocido, en lugar de enfrentaros. También huí de James porque creía que lo que sentía por él no sería suficiente para hacerlo feliz. Mamá, ni siquiera sabía que lo amaba hasta que él vino por mí.

—Eso no te quita lo valiente, hija —colocó su pelo tras la oreja en un gesto de cariño—. Eso solo te hace humana.

—Una humana cobarde.

—Una humana preciosa y valiente que comete errores —le sonrió—. Como todo el mundo. Y serás una esposa maravillosa ahora que comprendes que estar casada no resta fuerza sino que la suma.

—Te quiero, mamá —la abrazó—. He extrañado tus consejos.

—Los tendrás siempre que quieras. Incluso si decides irte con los Gordon.

—Nos quedamos aquí —le dijo con seguridad.

—Me alegra saberlo —le sonrió—. Ahora bajemos. Quiero conocer por fin al hombre que me ha devuelto a mi hija.

—Ya había decidido regresar antes de conocerlo, mamá.

—No me refería a eso, hija.

—¿Entonces?

—Entonces —la enganchó del bazo mientras bajaban las escaleras— vamos a conocer a tu esposo.

Aileen quiso protestar, pero no pudo hacerlo porque nada más entrar en el salón, el resto de miembros de su familia que no la habían visto a su llegada, la asaltaron. Blair no les había dado tiempo para comprobar que estuviese bien y ahora la rodeaban, ansiosos por escucharlo de sus labios.

Y aunque su mirada se desviaba hacia James, que estaba con su padre y sus hermanos, tratando de llamar su atención, él parecía concentrado en lo que estaba diciendo Kerr. Aileen por su parte, apenas era consciente de lo que le preguntaban y simplemente asentía, mientras trataba de deshacerse de todos para reunirse con su esposo.

—Supongo que ser una esposa de no te sienta tan mal después de todo, Mac —Rob estaba a su lado ahora y su frase logró captar su atención.

—Supongo que venir a verme sin que haya dinero de por medio, sí entraba en tus planes después de todo, Rob —contraatacó.

—Qué quieres que te diga —se encogió de hombros con la sonrisa bailando en sus labios—. Debía asegurarme de que no querrías regresar con Boyd a las pocas semanas de estar aquí.

—Admite de una vez que me echarás de menos, maldito canalla —lo golpeó en el hombro, blandiendo una brillante sonrisa.

—Algo me dice que lo tendremos por aquí de nuevo muy pronto —James abrazó a Aileen por la espalda y ella apoyó la cabeza en su pecho, necesitada de su contacto ahora que se sabía enamorada de él.

—Me tocará traer a Boyd de visita antes de que sus viejos huesos no soporten el viaje —bromeó Rob.

—Dios quiera que no se entere de lo que has dicho —rió Aileen— o serán

tus huesos los que sufran.

—Sé que tú no le dirás nada, Mac. Me tienes gran aprecio.

—Más se lo tengo a él.

—Esa ha sido una flecha directa a mi corazón —se llevó las manos al pecho.

—Sobrevivirás —pero la diversión se había esfumado al recordar el momento—. Creí que habías muerto, Rob. No vuelvas a darme un susto así en tu vida.

—No tengo intención de irme a ninguna parte hasta que conozca a las pequeñas Mac que tengáis vosotros dos —le guiñó un ojo—. Solo espero que te den tantos dolores de cabeza como me has dado tú a mí.

—No bromeo, Rob.

—Yo tampoco —pero lo hacía, al menos hasta cierto punto, porque en realidad quería ver a Aileen formando una familia con James. Quería verla feliz y sonriendo siempre. Quería saber, aunque no la viese, que estaba a salvo.

Puede que Boyd la viese como a la hija que nunca había tenido y puede que siempre lo estuviese importunando por ello, pero era para él como la hermana que nunca había tenido o que nunca había conocido, si es que la tenía. Al irse de casa a los 12 años había perdido contacto con su familia así que no estaba seguro de nada. No es que se arrepintiese de ello, pues allí ya no había nada para él. Su padrastro se lo había dejado claro al nacer su hermano. Su primogénito.

—Necesito hablar contigo un momento, Aileen —Kerr interrumpió su conversación—. Y contigo, James.

—Papá quiere hablar con vosotros —le susurró Rob al pasar por su lado — ¿Habrás castigo para la parejita feliz?

—Vete al infierno, Rob.

—Esa lengua, Mac —rió él.

—Que te den por...

—Aileen —la calló James divertido—. Tu padre nos espera.

En cuanto estuvieron a solas, Kerr los miró a ambos durante un tiempo, sin decidirse a hablar. James sostenía la mano de Aileen a modo de recordatorio para que estuviese en silencio hasta que su padre hiciese las preguntas que tuviese en mente. Conocía la impulsividad de su esposa y aunque sabía que su padre no se iba a sorprender, esta vez Aileen tendría que esperar.

—Supongo que ya no deseas anular el matrimonio —dijo Kerr al fin

mirando a su hija.

—Supones bien.

—Y por lo que he oído, te quedarás aquí —miró ahora a James.

—Iré donde vaya Aileen —respondió él.

—Bien —asintió—. Solo quería aclararlo antes de presentarte a la familia oficialmente esta noche, James. Sé que estaréis agotados y necesitaréis varios días para reponeros así que procuraré que sea algo rápido. Aileen, marchaos ahora a tu alcoba y descansad hasta la cena. Seguramente tu madre ya os habrá llevado algo de comer. James tienes también un baño preparado, sé que estarás deseando quitarte el olor a sangre de encima.

—Gracias —asintió el aludido, sorprendido de la eficacia del padre de Aileen.

—Nos vemos a la hora de la cena, pues.

Kerr les abrió la puerta para que se retirasen y Aileen llevó a su esposo hasta su alcoba, donde tal y como había dicho su padre, había una bañera esperándolo.

—Te dejaré solo para...

—De eso ni hablar —James la retuvo—. Tú te quedas conmigo.

—¿Para frotarte la espalda?

—Para frotarme lo que quieras —la acercó y la besó—, pero antes me quitaré la suciedad de encima.

—Mejor —bromeó con él—. Apesta.

—Te metería en la bañera con ropa por lo que acabas de decir —gruño.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque estás herida y es mi turno para cuidarte —la besó una vez más antes de separarse y comenzar a quitarse la ropa—. En cuanto termine de bañarme, comeremos algo y dormiremos. Los dos lo necesitamos.

—Aburrido —suspiró y se lanzó a la cama de costado para que su espalda no se resintiese. En realidad le parecía una gran idea, porque estaba totalmente agotada.

—Intenta repetir esa palabra cuando tus heridas se hayan curado, amor —rió él mientras entraba en la bañera—. Oh, esto es vida.

—Deja que te frote la espalda, esposo —se levantó y se acercó a él.

—Que bien suena eso —tiró de su mano para colocarla a su lado y poder verle el rostro—. Ahora lo dices como lo que es y no como recordatorio de que odiabas ser mi esposa.

—Nunca odié ser tu esposa —admitió—. Odiaba la idea de ser una esposa

de.

—Jamás serás una esposa de, Aileen —le prometió—. Y te sientes así alguna vez, tienes permiso para recordarme mis palabras de la forma que más te convenga. Te quiero feliz, completamente feliz. No me ocultes nada nunca, mi amor. Juntos superaremos cualquier problema y construiremos nuestra propia familia.

—Me gusta la idea —le sonrió.

—No permitiremos que nuestros hijos se sientan menos de lo que son —continuó— ni les prohibiremos ser como ellos quieran.

—¿Es una promesa? —preguntó emocionada.

—Lo es —le dijo con rotundidad.

—Te amo tanto, James —sin importarle que su ropa y sus vendajes se mojasen, se arrojó a sus brazos y lo besó.

—Te amo, Aileen. Lo hice desde el mismo instante en que mis ojos se posaron sobre ti —la besó—. Y dedicaré el resto de mis días a demostrarte lo feliz que soy de que me correspondas.

—Me conformaré con saber que me amas, James.

—Es mucho más que eso —se levantó y la cargó en brazos hasta la cama, dejando un reguero de agua tras ellos— y te lo demostraré cada día del resto de nuestras vidas, hasta que comprendas la magnitud de mis sentimientos.

—No me negaré a eso —rió ella, llevando aquella promesa por otro camino—. Demuéstramelo, James.

—Con mucho gusto, esposa —sonrió al comprenderlo.

EPILOGO

James colocó el último tronco en la pila, antes de secar el sudor de su frente. Apenas había descansado, pues quería dejarlo todo listo antes de que las primeras nieves cayesen y todavía faltaban algunas cosas por preparar. Se habían trasladado a la casa nueva un par de semanas atrás gracias a la ayuda de todos en la granja. Habían colaborado en la construcción para que el invierno no se les echase encima sin haberla terminado.

Adam se había marchado un par de días después de su rescate, no muy conforme con que se quedase en Lockbay, aunque no le había vuelto a insistir en que regresase a Huntly. Las diferencias entre Aileen y él parecían no tener una pronta solución, pero al menos lo habían intentado en aquellos dos días que permaneció con ellos en la granja. A pesar de la evidente tensión entre ellos, habían logrado no discutir en demasiadas ocasiones. James creía que con el tiempo podrían hacer las paces definitivamente, tal vez cuando Adam aceptase que Lockbay era su hogar y Aileen lo perdonase de verdad por todas las acusaciones que su hermano le había lanzado en el pasado.

Rob había decidido quedarse hasta el final para ayudarles, pero también se había marchado una semana antes, llevándose con él a Ellar, para sorpresa de muchos. No lo fue para él, pues sabía que Aileen tenía algo que ver con aquello, aunque ella lo negase cada vez que le preguntaba. Los meses que duró la construcción de la casa, la había visto hablando con su hermano y con Rob en innumerables ocasiones y siempre terminaban la conversación si alguien se acercaba a ellos. Demasiado sospechoso, tratándose de su esposa.

—Ven a casa, James. Está anocheciendo —lo llamó Aileen.

Una sonrisa cruzó su rostro en cuanto la tuvo entre sus brazos. No había mayor felicidad que saberse el poseedor de su amor. La besó justo antes de arrastrarla dentro de su hogar. Un hogar que no tardarían en llenar de niños. De hecho, habían empezado a crear su propia familia ya.

—¿Cómo te encuentras hoy, amor? —le preguntó, poniéndole la mano en su ya ligeramente abultado vientre—. No habrás hecho demasiados esfuerzos, que nos conocemos.

—Estoy tan bien como ayer —sonrió ella—. Y como el día antes de ayer. Y como el...

—Lo he pillado —la interrumpió—. Estás bien.

—El embarazo apenas comienza, James —lo obligó a sentarse en una silla para sacarle las botas, después de cubrirlo con la manta para que no cogiese frío por haber estado sudando toda la tarde a pesar del frío—. Solo tengo un garbancito en la tripa por ahora. Cuando no pueda verme los pies, será cuando empiece a pensar en sentarme todo el día mientras atiendes mis caprichos.

—Estoy deseando que llegue ese momento —tiró de ella y la sentó en su regazo—. Quiero consentirte, mi vida. Y no solo cuando no puedas ver tus pies, sino siempre.

—¿Qué habré hecho para merecer un hombre como tú? —sujetó su rostro con ambas manos—. Eres tan perfecto que asusta.

—Tengo muchos fallos, Aileen y los irás conociendo todos —acercó su nariz a la de ella—, pero amarte no es uno de ellos.

—Tú me amas con mis fallos —rozó sus labios—. Así que yo haré lo mismo con los tuyos.

—No esperaba menos de mi esposa —sonrió.

—Una vez Boyd me dijo que para enamorarme debería encontrar a un hombre a mi altura —le dijo—. En aquel momento no quería saber nada del asunto, pero creo que tenía razón.

—Así que doy la talla —bromeó con ella.

—No me refería a eso —le dio un suave golpe en el hombro, que James aprovechó para apoderarse de su mano y besársela—. Me refiero a que debía encontrarte a ti para enamorarme. Ningún otro lo habría conseguido.

—Soy tu highlander a la altura —susurró contra su cuello.

—Eres mucho más que eso —lo besó—. Eres el hombre al que amo.

—¿Más que a tus armas? —siguió bromeando, mientras sus labios se unían y se separaban en besos intermitentes.

—Más que a mi vida incluso.

—Eso es mucho —sonrió satisfecho.

—Te amo, James Gordon.

—Te amo, Aileen Gordon. Mi esposa.